The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller
Foundation

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

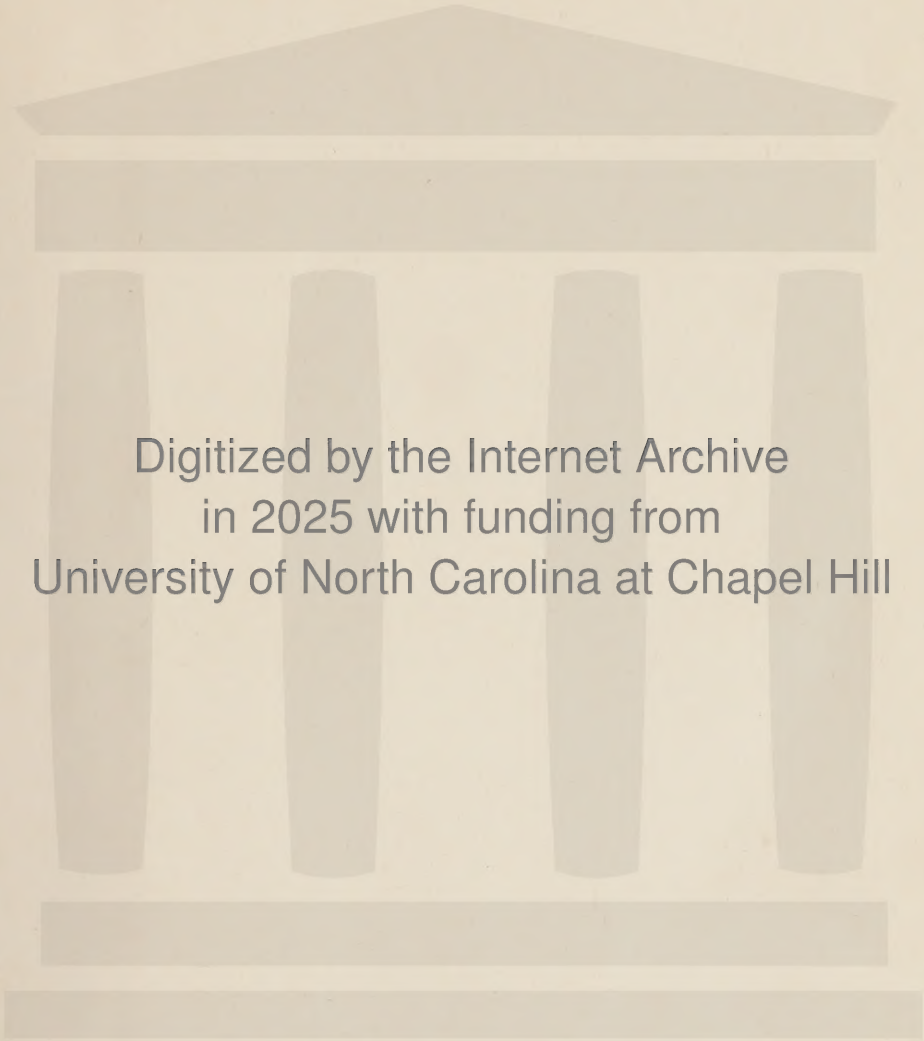
ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2823
.C2
Q5

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10003011330

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

CARREL CHARGE
DEC 05 2003



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/folklorecalchaqu00quir

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

DE BUENOS AIRES

REVISTA

DE LA

UNIVERSIDAD

DE BUENOS AIRES

(PUBLICADA POR ORDEN DEL CONSEJO SUPERIOR DE LA UNIVERSIDAD)

F2823
.C2
Q5

DIRECTOR: B. VENTURA PESSOLANO

SECCIÓN VI, TOMO V

BUENOS AIRES
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE VIAMONTE, 444

1929

398
Q8F
Gift

Library, Univ. of
North Carolina

OBRAS PÓSTUMAS DE ADÁN QUIROGA

ADVERTENCIA

Adán Quiroga, autor de este libro intitulado *Folklore calchaquí*, nació en San Juan (1866), estudió derecho en Córdoba (1880-1886), fué juez, profesor y periodista en Tucumán (1895); y finalmente se radicó en Catamarca, donde fundó su hogar y donde produjo lo mejor de su obra como arqueólogo: *La cruz en América*. Además de arqueólogo, Quiroga fué poeta y corren sus versos recogidos en un volumen que se intitula *Flores del aire*, entre cuyos poemas hay no pocos inspirados en el paisaje, la historia y el folklore del noroeste argentino. Con estos títulos intelectuales llegó a la subsecretaría del Interior en 1904, al iniciarse la presidencia Quintana; pero encontrábase incurablemente enfermo cuando fué designado para ese cargo en Buenos Aires, y falleció al poco tiempo (*).

Varios años después de la muerte de Quiroga, vino a visitarme un hijo suyo para hablarme de las obras inéditas que al morir dejó su padre. Era el primogénito (también llamado Adán), quien llegaba de Catamarca con su flamante título de bachiller, dispuesto a proseguir estudios jurídicos en la Universidad y a conseguir la edición póstuma de aquellas obras paternas. Según me dijo, don Samuel Lafone Quevedo había obtenido de la viuda de Quiroga los manuscritos con la promesa de su edición, que esperaba llevar a término mediante fondos del Congreso de americanistas o del Museo de La Plata. No habiendo podido realizar su promesa, el señor Lafone Quevedo había entregado parte de los manuscritos al señor Juan B. Ambrosetti, y éste había gestionado su publicación por la Sociedad científica, sin conseguirla. Lo que el joven Adán Quiroga deseaba de mí, era que yo me interesase en la devolución de esos papeles, lo cual se logró, y que le aconsejase sobre el destino que debía dar a los mismos.

366/12

Traídos los manuscritos a mis manos pude ver, a pesar de su desorden, que se trataba de tres libros distintos: el primero, sobre el hombre blanco y barbado en la América precolombina; el

* Véase en mi *Historia de la Literatura Argentina* (Los modernos, cap. VI, § 3), otros datos sobre la vida y obras de Adán Quiroga.

segundo, sobre petroglifos de nuestra cordillera, y el tercero, sobre folklore calchaquí. Examinado su contenido, comprobé que el primero coincidía, en gran parte, con capítulos preliminares y finales de *La cruz en América*, pudiendo considerárselo como un esbozo o fragmento de aquella obra, lo cual restábale novedad y urgencia a su publicación. Los otros dos, en cambio, frutos de una paciente labor personal, me parecieron más dignos de salir a la luz pública por su copiosa iconografía y por el comentario que la esclarece. Pedí entonces al hijo del autor que revisara el texto y ordenara las ilustraciones, prometiéndole buscar los medios para su edición.

Yo era a la sazón consejero de la Facultad de filosofía y letras, y presenté al Consejo directivo un proyecto para que la Universidad de Buenos Aires auspiciara la edición de estas obras póstumas de Adán Quiroga. Mi proyecto fué aprobado, previos los necesarios dictámenes, y pasó nuestro voto al Consejo superior; pero esta iniciativa quedó frustrada por falta de fondos para los gastos de impresión. Entre tanto, yo había interesado en estos mismos propósitos a Joaquín V. González, presidente de la Universidad de La Plata y senador nacional; pero tampoco González, a pesar del interés con que acogió la iniciativa, logró los medios de llevarla a término. Pasaron así los años: Adán Quiroga, hijo, se recibió de abogado y falleció repentinamente el año de su graduación, con la pena de no haber visto realizado su anhelo filial, del que tantas veces me hablara con una emoción enternecedora y para mí inolvidable.

Creía ya nuevamente perdidas las obras póstumas de Quiroga, cuando se me presentó un segundo hijo del arqueólogo, llamado Miguel Angel, también estudiante de derecho en nuestra Universidad. « Yo sé — me dijo — que usted fué amigo de mi padre y que se ha interesado por la publicación de las obras que dejó inéditas. Ya que mi hermano ha muerto sin realizar su propósito de editarlas, yo me he creído en el deber de proseguir su empeño, y vengo a ponerlo otra vez bajo el amparo de su benevolencia. Por de pronto, estoy dando cima a la preparación de los originales. » Yo acepté inmediatamente el nuevo compromiso: decepcionado de una edición oficial, busqué editores particulares, sin encontrarlos, por tratarse de obra costosa y de reducida clientela. Mas he aquí que un día me comunicaron la triste noticia de que el doctor Miguel Angel Quiroga había fallecido repentinamente en Azul, apenas iniciada su carrera profesional. Los papeles del extinto fueron enviados a su familia, residente en Catamarca, y, entre ellos, los originales de las obras paternas.

Por fin, hace poco tiempo, recibí la visita de un tercer hijo de

Quiroga, que me traía, en nombre de su señora madre, las tres obras citadas, para que yo dispusiera lo que juzgara más conveniente. Ratifiqué mi primera opinión sobre el breve libro que trata sobre el hombre blanco y barbado de la América precolonial, dejando, por ahora, de lado su edición; y con el objeto de facilitar la de *Petroglifos* y *Folklore calchaquí*, como se titulan las otras, resolví publicar esta última en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, y destiné la tercera a la Universidad de Tucumán. Hablé al respecto con el rector de esta Universidad, don Juan B. Terán, quien aceptó lo propuesto, y con el doctor Ernesto Padilla, a quien le fueron entregados los respectivos manuscritos. Entiendo que la Universidad de Tucumán, fundada, entre otros fines, con el de fomentar los estudios de interés regional, prepara la edición de *Petroglifos*, obra de tanto interés para el noroeste argentino y para la arqueología americana, como otras que ella ha publicado anteriormente. Quizá la misma institución podrá editar más tarde el libro que se refiere al hombre blanco y barbado.

He narrado estas aventuras y desventuras de las obras póstumas de Adán Quiroga, para que se vea cómo los últimos frutos de su desinteresada vocación pudieron perderse, a pesar del empeño de sus hijos y del interés de sus amigos. Pero tienen su destino los libros, según el decir de la antigüedad, y por algo ha de ser que éstos de Quiroga han vencido en cinco lustros al hado adverso, para llegar a quienes podrían entregarlos al público. Mis afanes en esta larga gestión quedarán satisfechos si alguien encuentra en sus páginas una lección provechosa.

Por lo que se refiere a *Folklore calchaquí*, la obra que hoy ve la luz pública, debo, ante todo, decir que ella está formada por una serie de artículos en que se relacionan las figuras de la arqueología con noticias de los cronistas coloniales y tradiciones o costumbres subsistentes en el noroeste argentino. Este punto de vista doctrinario y la circunscripción geográfica de sus temas, es lo que da unidad a la obra, a pesar de que cada uno de sus capítulos puede leerse por separado, y alguno de ellos fué así publicado en tal cual revista. El orden sucesivo en que ellos aparecen dentro del presente volumen, es el mismo en que los dejó el autor dentro de sus carpetas, que acaso es el de la cronología con que los escribió, y no el de su importancia ni el que mejor podría corresponder a la arquitectura lógica del conjunto.

Muchos de los documentos iconográficos y de las ideas que el autor expone, se hallan, fragmentariamente, en otras obras de Quiroga y de diversos americanistas de su generación; pero insisto en señalar su valor de conjunto en este esfuerzo sistemá-

tico sobre un tema nuevo para su época, y la ocurrencia de confrontar los íconos andinos con el folklore local. La arqueología, la crónica y el demótica préstanse aquí recíproco auxilio, y algunos problemas etnográficos e históricos resultan ingeniosamente iluminados, si no definitivamente resueltos. Cualesquiera que sean los asuntos tratados por el autor en cada una de estas varias monografías, todas ellas se abren hacia un horizonte común, formado por la irradiación de la cultura incaica sobre la cultura autóctona de Calchaquí, y por la fusión de ambas con la civilización hispano cristiana, en el panteísmo de la montaña agrícola.

El panteísmo de la montaña agrícola, he dicho, porque de ese fondo espiritual surgen los mitos y las costumbres que dan su carácter a aquella región del noroeste argentino que hemos convenido en designar con el nombre de Calchaquí. La montaña con sus pucarás para la defensa, sus intihuatanas para la observación solar, sus siembras para el sustento humano; la Pachamama, especie de Perséfona autóctona, con sus ritos de alcohol y de sangre; el Chiqui, numen fatídico; la Chaya, fiesta dionisíaca; el Inti y la Mama Quilla, dioses del cielo; las mamazaras y los menhires, fetiches de la tierra; los animales sagrados: el kuntur, el uturuncu, el amaru, el suri, el mikilo; las hachas para conjurar el granizo, las ánforas para implorar la lluvia, las illas para proteger los rebaños; el sortilegio de los falos de piedra, de los cailles de barro y de las plumas de colores; el Llastay, genio masculino de los lugares; el Pucllay, héroe de las bacanales; la Huayrapuca, madre del viento; el Zupay, espíritu del mal; los amuletos y conjuros más diversos, influyentes en las faenas rurales, en los amores, en las enfermedades y en la muerte; el arte del vestir indígena, desde el hilado, la tintura y el tejido en el telar doméstico, hasta los ornamentos del tocado; la religión cotidiana, desde el rito autóctono hasta el culto de la virgen del Valle; los bailes, las músicas, las armas, los remedios, todo eso está tratado en la obra de Quiroga, con profusión de referencias geográficas, pues el caudal de sus noticias fué generalmente recogido de la boca del pueblo, en los mismos lugares que nombra y que él visitó.

Si esta obra no tuviera otro mérito que el de sus muchas noticias, así como el desinterés con que su autor las reunió a través de lecturas y de viajes, ya ese mérito bastaría para justificar la presente edición; pero ella ha de valorarse, además, como estímulo de otros estudios que prosigan y perfeccionen, con mejores métodos, la obra del abnegado precursor.

RICARDO ROJAS.

Buenos Aires, 30 de junio de 1929.

FOLKLORE CALCHAQUÍ

EL CHIQUI

Es tan poco lo que nos han dejado, en citas y apuntes breves y dispersos, los cronistas católicos sobre los dioses y supersticiones de Calchaquí, que es necesario, para rehacer la mitología de la montaña, acudir al *folklore* — la tradición viviente en boca del pueblo — medio eficaz de las investigaciones.

Y es que, por más que pudiera creerse otra cosa, no obstante los siglos que van corridos, perduran en Calchaquí los rastros luminosos del pasado, luchando incesantemente con el tiempo y la cultura actuales. Llegan de tarde en tarde, al oído que quiere escuchar, las algazaras estrepitosas, los cantares melancólicos y báquicos, las gentiles invocaciones que salen de los labios y las gargantas empapadas con el licor de la algarroba. De tiempo en tiempo, llénanse los épicos valles con la algarabía de la fiesta indígena, como una resurrección misma de la raza, desde Antinaco, Machigasta, Pituil, Tinogasta, Pomán, hasta Santa María, Quilmes, Tolombón, Luracatao, Cachi y, más allá aún, hasta Humahuaca. Moran por esos valles lejanos la deidad funesta de la adversidad, el dios de las bacanales de *aloja*, el dueño de las aves y la madre de los cerros, de seno fecundo, que amamanta al guanaco, da *choclos* al maíz y cuelga vainas amarillas del *tacu* consagrado. Abundan todavía leche y miel en las faldas de la montaña.

Temerosas de su ropaje nativo y del desdén y menosprecio del vulgo profano que no las entiende, porque jamás las conoció, las divinidades de la tierra guarécense en el corazón del rancho de barro o de *quincha*, haciendo de sacerdote de ese culto reservado el gaucho indígena o, rara vez, en público el *alli*, el hombre bueno, vasallo de la real dignidad del Inca, que sigue tras las andas del santo, mitad aquel cristiano y mitad indio, rodeado de diáconos criollos, quienes, tamboril en mano, como en la procesión del *Niño alcalde* de Todos los Santos de la Nueva Rioja, entonan las palabras de la adoración quichua:

Santullay, santullay
Yayhuariscu, yayhuariscu.
Achallay mi santu
Chaimin canqui, etc.

Cuanto más el indio se aferra en guardar como reliquia la tradición de sus mayores, tanto más combatido se ve por los profanos de su culto, entre los que figuran, en primera línea, los curas de campaña, los que, como Maubecin con el *Chiqui*, empéñanse tenazmente en concluir con esas tradiciones, temerosos de que perduren en el pueblo las prácticas gentiles; pero el vulgo, acostumbrado a ellas y amante de fiestas y ruidosas bacanales, resístese obstinadamente a su desaparición.

Hablando de la fiesta riojana de la dinastía político-religiosa de los Nina, quienes han conservado el derecho de celebrar solemnemente las conversiones de gentiles de San Nicolás de Bari, auxiliado por el Niño Jesús, el doctor Joaquín V. González, tratando de la popularidad de esta misma fiesta y de la ojeriza con que los sacerdotes la miran, dice: «Debe notarse que el clero no le presta su auxilio; la procesión es puramente particular y su sacerdote único el Inca, seguido de sus cofrades y alféreces; pero está de tal manera arraigada en las costumbres, que han sido vanas e impotentes las tentativas para suprimirla. Gobernador hubo que, queriendo prohibirla, provocó un motín que puso en peligro su vida; y cuando uno de los vicarios de aquella iglesia impidió la entrada al templo de la procesión del Niño alcalde, suscitó en tal grado las iras de la muchedumbre, y tal lluvia de improperios e insultos se atrajo de los hombres y las mujeres — siempre, eso sí, salvo la corona y el hábito — que llegaron algunas de esas profetisas a augurarle una muerte desesperante y horrible» (1).

Repito que lo que es puramente de la ritualidad indígena; lo que ha dejado de ser una fiesta popular; las canciones invocando a las divinidades de la tierra; los versos quichuas; las *vidalas* y las prácticas puramente nativas, están guardadas en los pueblos apartados, con religioso respeto, velados por el secreto y el misterio. Supe por el médico pomanista *Bambicha* que la india María, de Machigasta, por ejemplo, sabía todo lo concerniente a la fiesta del Chiqui y que era entendida en el ceremonial de las cabezas de *aves* arrebatadas a *Llastay* para aplacar a aquél, e imposible me fué, por más esfuerzos que hice, sacarle una sola palabra. ¿Para qué, para qué? me decía. ¿Para qué se rían de nosotros? ¡No; ya no hay objeto; esos tiempos se han ido (tan lindos que eran) para siempre jamás!.., recordándolos con la tristeza profunda con que se rememora a lo que más se quiso, y que se perdió en la vida.

El *Chiqui* es una divinidad importada del Perú, la que, con su carácter típico, ha arraigado de tal modo en nuestros pueblos de esta parte de los Andes, que hoy día mismo no hay gente en Calchaquí que no conozca el nombre del numen funesto.

El *Chiqui* es la adversa fortuna, la Fatalidad, el reverso de *Pucllay* y *Pacha Mama* (2).

(1) *Mis montañas*, páginas 103 y 104.

(2) *Chi*, es cosa parada; *-qui*, partícula que significa ambigüedad, doblez: luego *Chiqui* es cosa *doble*, llena de *falsía*.

Para el buen logro de cualquier empresa, el indio tenía que invocarle; si no las cosas salían al revés de lo que se quería. Imposible era la vida de la tribu, en la aridez de la llanura, sin el sustento de la algarroba y el maíz — y había que implorar al Chiqui para que la cosecha fuera pingüe. Si el suelo, por falta de lluvia, no podía alimentar los árboles ni la mata de yerba para el *carnero de la tierra*, demandábase de Chiqui que no cerrase las cataratas del cielo. Si sonaban cornetas y *pingollos* anunciando la batalla, había que beber aloja en su loor, para que la suerte fuese propicia a la tribu. Las guerras, la seca, los huracanes, las pestes, los temblores, *Illapa* cayendo con furia y desgajando el *tacu* secular — todo era obra de ese Chiqui, demonio Calchaquí, a causa del cual el hombre es desgraciado.

Hablando Montesinos de los sucesos que tuvieron lugar en el Perú, más o menos al iniciarse esta era, trae el siguiente párrafo pertinente al asunto: « Era tan grande, dice, la turbación que por estos tiempos tuvieron los habitantes del Cuzco y todas las provincias del reino, así por las señales prodigiosas que cada día aparecían en el cielo con tanta variedad de cometas y continuo temblor de tierras y destrucción de los edificios, como por la multitud de gentes que por todas partes venía publicando la destrucción y expulsión de los habitadores del reino, que el rey Titu Yupanqui Pachacuti, lleno de congojas y melancolías, no atendía sino a hacer sacrificios a los dioses. Aumentábasele la tristeza porque los ariolos, tarpuntaes, alcahuizas y otros hechiceros y sacerdotes, les dijeran que en las entrañas había muy malos pronósticos y malos sucesos en todo, y que el *Chiqui, que así llamaban a la adversa fortuna*, dominaba en todas las cosas tocantes al rey. » (1).

Comentando este pasaje Lafone Quevedo (2) dice: « Aquí vemos que esta palabra *Chiqui*, al decir de Montesinos, ya en época muy remota se aplicaba al infortunio. Los temblores, la destrucción de ciudades, los fenómenos en el cielo y en la tierra, las hordas conquistadoras del Viejo Mundo se reproducían en América: todo era espanto y confusión. Desde Pachacuti VI hasta Pachacuti VII parece que median quinientos años, y éstos son los de las tinieblas en el Perú; en ellos se perdieron las letras.

« En pocos años más, añade, hasta el nombre de *Chiqui* se habrá perdido en lo que una vez fué Tucumán, más tarde, la cuenca o valle de Londres y hoy es el Pomán de Catamarca. »

El Chiqui es el padre de los sacrificios. Para aplacar a esta divinidad funesta, había que llegar hasta arrebatar a *Llastay*, el dueño de las aves de las llanuras, sus más queridos hijos.

No es concebible fiesta del Chiqui sin cabezas de animales. Estas cabezas de animales, sin duda alguna, son la substitución de las cabezas del

(1) *Memorias*, capítulo XIV, edición Madrid, 1882.
(2) *Londres y Catamarca*, apéndice E, página 378.

hombre, que con sacrificios humanos se le aplacaba: *runa arpainyiguarn.* Además, yo no abrigo dudas, después de recogidos muchos datos, de que los sacrificios de las tinajas o urnas funerarias tendrían que ver con el Chiqui. Lo que más frecuentemente se demandaba (como hasta hoy) del Chiqui, era lluvia pedida a *Yaya* por la tribu sedienta. En las tinajas todo habla de agua. Bajo el arco de las largas cejas de las figuras de las mismas, se ve a la serpiente, la que siempre suele salir de las grietas de la piedra, con agudos silbos, cuando la tierra quema; luego, todo el simbolismo de las urnas son rayos y, a veces, rayos con cabezas de serpientes; el *suri* aparece correr en ellas con el pico abierto, la larga pierna doblada en la rótula, suelto a los vientos el plumaje de sus alas — todo lo cual es un sím-

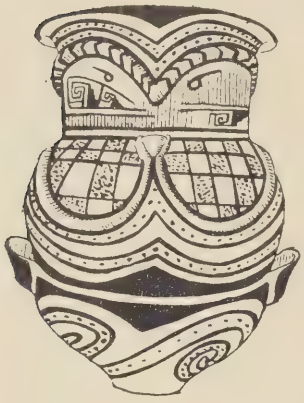


Fig. 1. — Urna de Amaicha
Colec. Museo nacional

Fig. 2. — Ídolo de Santa María
Colec. Instituto geográfico

bolo de lluvia. Este *suri,* como luego lo probaré, tiene que ver mucho con el Chiqui. Las manos del ídolo de la misma urna sujetan un jarro de boca abierta que yo antes tomé equivocadamente por ombligo del ídolo. Véase la siguiente urna de Amaicha (Tucumán) que es una prueba de cuanto digo (fig. 1). Aun más: en recientes piezas que he adquirido en Santa María, toda duda al respecto se desvanece. Ya la figura con su vaso o cántara, que pide lluvia, está fuera de la tinaja. Aquello que sujeta es un vaso todo hueco, como demandando agua (fig. 2). Después de esto, los sapos, renacuajos, lagartos en las urnas, así como estos mismos animales al borde de las pequeñas tinajas o *huillquis,* metiendo la cabeza dentro para beber, son signos indiscutibles del agua.

Tampoco es concebible la fiesta del Chiqui sin el *árbol,* el *tacu,* que da la algarroba, con la que se elabora la chicha de las libaciones a la divinidad funesta. El *árbol,* con cuyo nombre se llama al algarrobo, fué siempre venerado en Calchaquí, más que la palmera en el desierto; la cabeza del sacri-

ficio se colgaba de él, y hoy, cintas, masas y *huahuas*, sin duda en substitución de la carne humana; bajo el árbol hácense también las libaciones de aloja fermentada.

Repito que la fiesta del Chiqui es sacrificio para aplacarle, la que tanto parece coincidir, como lo ha hecho notar Lafone Quevedo, con la *caza de la cabeza* de los *Dayak* de Borneo, para ofrecerla a *Tiwah* o la *Muerte*, descripta por el marqués de Nadaillac (1).

En Pomán (Colpes), Machigasta y Tinogasta (San José), he tomado apuntes sobre esta «fiesta del Chiqui», a la que se denomina de este modo. Lo que dijo el indio Peralta coincide con lo que cuenta el médico *Bambicha*, descendiente del cacique dueño de Guañumil y Joyango, lo mismo que con lo que me dijo un indio tinogasteño.

Hé aquí en qué consiste la fiesta:

Antes de nada, hombres y mujeres se reunían bajo el *tacu*, decidiéndose a su sombra que los indios más *vaqueanos* cazaran durante dos días, en el llano y en el cerro, las *aves de Llastay*, o sea: guanacos, liebres, zorros, *quirquinchos*, suris (también éstas según Bambicha, aunque parece que no) y otros animales. Reunidos éstos, eran sacrificados con mucha ceremonia, cantos y libaciones, cortándoseles la cabeza con cuello, asándolas en una hoguera improvisada. A los quirquinchos los asaban enteros. Esto es el simbolismo del viejo sacrificio humano que presidía el «dueño de la cabeza» o *humaniyoc*.

Las cabezas eran repartidas entre las gentes, las que alzándolas en alto, tomadas del cuello, hacíanlas saltar, en medio de cantos y gritos infernales, en los que se demandaban de *Yaya* lo que la tribu ansiaba. Cuando se trataba de pedir *agua*, formábase un círculo de hombres y mujeres, que daban vueltas, danzando. En el centro de la rueda estaba el codiciado tinajón de aloja. Luego, cada cual alzaba su cántaro particular, que ponía sobre la cabeza, lleno también de aloja, atronándose los aires con el grito:

— *¡Inti rupas tian!* (El sol está quemando).

La india María de Machigasta, celebró la ceremonia con una pequeña cabeza de guanaco, momentos antes de llegar yo; pero me fué imposible conseguir lo hiciera en mi presencia, y eso que me valí de la influencia del mentado *Bambicha*.

En Tinogasta se toman de la mano y la rueda danza dando vueltas en torno de la tinaja de aloja, cantando coplas quichuas cuyo pie es:

— *Vidaychunquichu, vanquichu.*

Luego, dase vueltas alrededor del *árbol*, con las mismas cabezas de animales, entonando la *vidala* indígena y bebiendo aloja de un modo pasmoso. Por la tarde es la carrera a pie, separados en grupos, hombres y mujeres, como a dos cuadras de distancia del algarrobo, lanzándose todos a la carre-

(1) Lafone Quevedo, *ob. cit.*, en *Revue des deux mondes*, página 425, 1884.

ra, a fin de llegar primero y conseguir la *huahua*, colgada del árbol, premio al más veloz.

Lafone Quevedo (1) nos da el canto del Chiqui, en el que se notan visibles rastros de *canto solar*, tal como el folklore actual ha podido recogerlo de boca del presbítero don Juan Vázquez y Amado, cura de los Sauces (Rioja). Helo aquí :

Huirapuca Corriti ;
Runaca cusiqui, cusiqui purinqui :
Caballumpi armachis, armachis purinqui :
Arquituta silvas silvas purinqui :
Huilla, talca, saltas saltas purinqui :
Uñapa, uñapa cuasi pasa :
Uñapa, uñapa, asilo topanse, asilo guatanse :
¡Huipe, Huipe!
¡Cot, Cot, Cot!

Fig. 3. — Urna de Andaguala
Colec. Quiroga

En Tinogasta (Río Colorado), *Se-len-se*, parece ser el estribillo del canto al Chiqui.

Pasando a otra cosa sobre el mismo asunto, el Chiqui, como todo dios de Calchaquí, debe necesariamente tener su imagen especial. Siempre me he preocupado de buscarla entre centenares de ídolos que conozco ; y, francamente que no daba con nada que típicamente representase a la divinidad funesta, hasta que por suerte, pude conseguir del valle de Santa María una media docena de urnas funerarias, en las que no dudo que este Chiqui está representado entre las pinturas de la misma.

Si ello es así, será, por más de un motivo, un descubrimiento bien interesante.

He aquí la urna principal de Andaguala de entre las seis que hago referencia, de Andaguala, sin duda una de las más importantes de mi ya numerosa colección de tinajas (fig. 3).

¿Quién no cree ver en ella a Chiqui, con todo lo que es peculiar a la dei-

(1) *Londres y Catamarca*, cit. Apéndice F.

dad funesta? Esa fisonomía de la parte superior de la tinaja, a la derecha, es un mascarón de dar miedos, con sus grandes ojos y boca abierta, sus largos brazos caídos, y sobre el hombre la *huma* o cabeza de sacrificio, con la cual la deidad funesta se aplaca. Entre ambos pies (pies y piernas que ya se transforman en iguales de *suri),* hay otra cabeza humana destroncada. En la parte delantera del traje está un *suri,* como en esqueleto. Su vestido es como el de una de nuestras mujeres; y, si mujer fuera esta figura, en nada desmentiría la tradición que dice que *una muger cacica* tenía la cabeza.

En la figura de la izquierda de la misma tinaja, la imagen representada tiene algo de aspecto más feroz. Parece que a la cabeza *cortada* se la hubiese provisto de un cuerpo artificial. Eso que cae de ambos lados de la cabeza, a modo de cometas que terminan como con un sol o astro, parece ser una prueba más que todos estos dioses tienen atributos solares. En la parte inferior del vestido, como si dijéramos en la falda, está pintada una serpiente, y como ya lo demostró Ambrosetti (1), rarísima vez puede en urna alguna faltar. Lo notable y típico de esta figura, es que de su cabeza sale algo como un plumero o rama; es, sin duda, el *árbol* el *tacu* venerado, el algarrobo del cual pendía la cabeza y bajo cuyo ramaje celebrábase la fiesta de Chiqui. Este detalle es notable porque no hay fiesta sin árbol.

En la panza de la tinaja, o sea la parte inferior de la misma, distínguense perfectamente dos avestruces o *suris,* el uno al lado del otro, dejando un espacio en medio con el simbolismo de la serpiente de dos cabezas. El *suri* encuéntrase generalmente en las urnas, ya porque tenga que ver con la demanda de agua, objeto primordial de los sacrificios, o ya porque tenga que hacer con algo como *la transmigración* del enterrado, dentro de la tinaja, o ya porque el muerto se transformaba en este animal, tan típico, tan rápido en la carrera, tan hijo del desierto, que preocuparía al indio al verlo en él.

El suri, dije antes y lo repito en esta oportunidad, tiene mucho que hacer con el Chiqui, ya sea porque la misma deidad funesta se vuelva avestruz, para vagar en el desierto y abrir las alas y el pico al menor soplo de una brisa cálida cargada de vapor de agua, o ya porque en *suris* se transforman sus sacrificados.

Que el *suri* tiene que hacer con Chiqui, pruébalo el hecho de que en las fiestas del mismo, cuando se le ofrecen las cabezas de *aves* de *Llastay,* es la del *suri* la única que no se presenta, excluyéndosela del sacrificio, como si éste fuere motivo de veneración especial. Y no debe ser, sino, porque Chiqui se transformaría en *suri.*

Refuerza esta idea la tradición que se conserva en los pueblos indígenas Amaicha y Colalao del Valle, de que las brujas hechiceras y *machis* para seguir viviendo en la tierra, transformábanse en animales. La Pacha Mama misma —esto también lo saben los indios—, suele andar en las eminen-

(1) *El culto de la serpiente,* en *Boletín del Instituto geográfico argentino,* tomo XVII, página 225.

cias transformada en guanaco, llama o vicuña, pastando en medio de la gran majada, como su *Illa* sobrenatural, velando por sus veloces protegidos y fecundando el seno de las hembras.

Chiqui es como Pacha Mama, un dios, y mucho más que un hechicero, un brujo o un *machi*, y transformaríase con más razón, por medio de alguna transmigración especial, en animal, en avestruz, por lo que éste no figura en la fiesta del Chiqui y era mirado en Calchaquí con respeto religioso. El hecho mismo de encontrarse el *suri* en la misma urna que Chiqui, es un dato revelador. Véase, además, que el avestruz parece ir a la carrera, con las alas abiertas, largando de su pico la *serpiente*, lo que es síntoma de que el milagro está para consumarse, y que *va a llover*.

A fin de que no quiera creerse que es casual todo el simbolismo de la figura 3, que acabo de reproducir y estudiar, va en seguida otra urna funeraria de Andaguala (fig. 4).

Fig. 4. — Urna de Andaguala
Colec. Quiroga

En esta lámina tenemos ya a Chiqui bajo el árbol, que, por la falta de sombras, parece brotar de la cabeza del ídolo.

Sobre el pecho está grabada una estrella lo que parece ratificar que algo de solar tenía este culto. Su traje toma las formas de un escudo, y toda la figura es caprichosa por sus dibujos. Los pies son de avestruz.

Particular es en esta urna que las dos figuras pintadas bajo las cejas del ídolo mayor, sean tan diversas, cuando suelen ser exactamente iguales o muy parecidas.

La figura de la izquierda de la tinaja, cuyos rasgos principales diseño, es todo un simbolismo, toda una madeja mitológica, sin duda.

Sin embargo, distínguese perfectamente en medio de ella, dos *suris*, exactamente de las mismas formas del avestruz que aparece pintado en el traje de la figura 3, anterior. ¿No representará todo ese extraño simbolismo la transformación del Chiqui, de la derecha, en avestruz? Muy posible es que así sea.

Los dibujos de la parte inferior de la urna, apenas si pueden percibirse,

pues el tiempo casi ha concluído de borrarlas. Parecen carecer de importancia.

Del otro lado de la urna, no son menos notables sus pinturas, relativas al asunto de que me ocupo. Las figuras aparecen siempre con su cara triangular, bajo el árbol consabido. Las cabezas con cuello, del sacrificio, están patentes; el traje es semejante otra vez al de las mujeres; las piernas y pies son siempre parecidos a los del avestruz.

Para mayor abundancia va en seguida la urna número 316 de mi colección, también de Andalguala. Tanto las figuras de arriba, como las de la panza de la tinaja, representan al dios de la adversidad (fig. 5).

Las de la parte superior son muy semejantes a las que acabo de describir, correspondientes a la urna anterior.

Fig. 5 — Urna de Andaguala
Colecc. Quiroga

En las dos de la barriga o panza de la tinaja, el ídolo, con su fisonomía típica, tiene alzadas sus manos, como enseñándolas, a las cabezas del sacrificio.

Podría presentar tres ejemplares más: pero, con las láminas expuestas basta para dejar demostrado, a mi juicio, cuanto digo al respecto.

Si las figuras de las tinajas son representaciones de Chiqui, ya tenemos a éste en el simbolismo de las urnas funerarias de Calchaquí, y algo del misterio habremos contribuído a despejar.

Me falta saber únicamente si dentro de estas urnas, que conseguí vacías, estaba *la cabeza* del sacrificio, lo que es casi seguro. No lo puedo garantizar, aunque me han traído cráneos de adultos que dícenme se encontraban en las urnas.

Si ello fuere así, el asunto quedaría, al parecer, despejado. Entonces, sabríamos con certeza cuánto dolor y cuánta sangre no costaría a nuestros indios el grito del pueblo sediento, a la sombra protectora del algarrobo, en uno de esos días en que el sol ardiente quemaría la tierra, y el aire lleno de fuego azotaría el rostro abatido de la tribu suplicante: *¡Inti rupas tian!*

EL PUCLLAY

El Inca Garsilaso nos refiere cuánta afición había en todo el Imperio incásico por las fiestas, las que se repetían varias veces todos los años.

Algunas de estas fiestas tenían carácter oficial, como cuando se labraban las tierras del rey. «Cuando se barbechaban, dice el Inca (que entonces era el trabajo de mayor contento) decían muchos cantares que componían en loor de sus Incas, trocaban el trabajo en fiesta y regocijo, porque era en servicio de su Dios y de sus reyes (1). La que sobresalía entre estas fiestas era la celebrada en honor del sol, en el mes de junio, o sea la de *Intip Raymi*, que quiere decir la Pascua solemne del sol. Para ella traían grandes atabales y trompetas, y muchos ministros que las tocaban... En tres días (ayuno) comían un poco de maíz blanco, crudo, y un poco de yerbas que llaman *Chuncham* y agua simple» (2).

Yo creo que más que a los peruanos, civilizados y laboriosos, placían a Calchaquí las fiestas. Nuestro indio era holgazán por naturaleza, sentía encantos por la vida errante; su placer favorito era la ebriedad; las grandes fiestas, por no llamarles las grandes orgías, y las ruidosas bacanales constituían su deleite cotidiano.

Si el calchaquí hubiera conocido los viejos dioses, desde el primer momento apasionárase de Baco, el de las actitudes de serenidad y de embriaguez, el tipo del dios juvenil, casi desnudo, coronado de pámpanos y de yedra, como lo ideó Praxísteles, casi siempre acompañado de bacantes, sátiros, faunos y ménades o unido a Sileno, Pan, Ampelos, Melpómene, Sémele, las Estaciones y otros tipos simbólicos de su estirpe.

Como Grecia creó a Baco, juvenil y jovial, el indio creó a Pucllay, al viejo alegre, pintarrajeado, de cabellos canos, viejo verde, como se diría hoy, encarnación del juego, de la alegría, de la fiesta y, más que nada, de la embriaguez, que más que un hábito fué una virtud.

En la gramática del padre Torres Rubio (3) *Pucllay* es jugar, y *Pucllacoc* el que juega.

(1) *Comentarios reales*, libro V, capítulo II, página 332. Madrid, 1829.
(2) Garsilaso, *op. cit.*, capítulo XX, página 491.
(3) *Gramática quichua*. Dicción.

Pucllay, alegre, festivo y risueño, es el reverso de Chiqui airado.

Cuando uno medita en aquella divinidad de formas humanas, el espíritu instintivamente se vuelve tres siglos atrás, pareciendo tener ante sus ojos una época. Desfilan al instante por la imaginación aquellas multitudes de hombres y de mujeres llevando cántaros de aloja en la cabeza. Vemos beber a los unos y oímos cantar a los otros, dando alaridos, saltando, corriendo, haciendo piruetas y muecas, tocando tamboretes, haciendo sonar cornetas y pingollos, en revuelta confusión con sus trajes grotescos, el arco y la flecha a un lado como si se tratase de un pueblo de locos o de insensatos, que después de reir media docena de días concluye por pelear, con la excitación natural de las bebidas y licores salvajes, que hanse apurado en largas horas de algarabías y de insomnios, hasta que el ser humano, tendido en el suelo, se vuelve una bestia sin conciencia de su propia vida, entre los humos de la chicha fermentada que le dió a beber sueño.

Cántaros, y jarras, y vasos, y *yuros*, se hallan a un metro de la tierra como si Calchaquí, al lado de sus muertos heroicos, hubiera querido sepultar sus alegrías, guardando debajo, como una reliquia, la vasija de barro con que se libó a Pucllay.

El río de Chaquiago (en Andalgalá) llámase *Pucya-Mayu*.

Tinogasta está hoy día mismo lleno de Pucllay. Allí consiguió el doctor Schunk una de las imágenes de este ídolo, de madera, en un rancho indígena.

Pucllay es el héroe del carnaval, porque éste preside siempre todos los juegos. Las gentes hacen allí un muñeco de trapo, que figura un viejo ridículo, bonachón, de cabeza encanecida, sin un solo cabello negro y en extremo andrajoso, como que no vive sino en orgías.

Con su «genio y figura» móntase al viejo en un asno andariego y retozón de la comarca, al que sigue como en procesión la pueblada carnavalesca. Detrás de Pucllay van en primer término cantores y cantoras (está demás decir que deben ser grandes bebedores de aloja) que alzan sus himnos de entusiasmo al toque repetido y monótono del tamborillo indígena. De cuando en cuando, o en todos los trechos se bebe y se canta una *vidalita*, monótona y dolorida, con aquel pie repetido de :

Vidalita por el carnaval
Que se ha de acabar
Al año cabal...

De tiempo en tiempo, también entre música y jaleos, y risas, y bullicio, y cohetes, y algazaras, todos los del séquito echan almidón en la cara y la cabeza del dios ridículo, del viejecito de trapo, que va sobre su burro moviéndose de un lado a otro, con el cuello suelto, como si no se pudiese tener de ebrio, disputándose cada cual la preferencia de echarle el primer puñado. Pónenle también coronas con vainas de algarroba, sarmientos con racimos de uva, ramas con flores.

Cuando la procesión termina y la fiesta pasa, es necesario sepultar a Pucllay, porque ya se acabaron las alegrías, a fin de que éste reviva vigoroso al año siguiente.

El entierro debe ser siempre en las afueras de las aldea, y en el suelo sombreado por la copa del *tacu*, al lado de su tronco. Al efecto cávase la fosa; en su fondo se le recuesta; le cantan; ármanle duelo forzado, se grita, se llora, por niños, hombres y mujeres. Sobre este muñeco enterrado se echan frutas, lo que quiere decir que ha de duplicar los productos en otro aniversario de alegría. Después le echan tierra, largando cada cual un puñado en la fosa.

Una vez sepultado Pucllay cesan los llantos. El carnaval concluye y recomienzan las diurnas faenas.

Fig. 6. — Ídolo tinaja de Amaicha
Colcc. Quiroga

Conviene notar que en el entierro del Baco calchaquí, *el árbol* es indispensable; y si hago notar esto con insistencia, es por la coincidencia particular de que los primeros ídolos de Baco griego, se relacionaban con el culto fetichista *de los árboles*, «en los que suponían que había fijado su residencia. Al lado de estas representaciones naturales, la mano del hombre comenzó a modelar imágenes de una rudeza primitiva, consistentes en un poste adornado *con telas y una mascarilla pintada de rojo*» (1).

Entre los numerosos objetos de mi colección, la espléndida alfarería del *ídolo-tinaja* de casi tres cuartas de alto, sin duda que representa a Pucllay, el dios festivo (fig. 6).

No es este el lugar oportuno para hacer una descripción completa del ídolo, del cual señalaré solamente los rasgos típicos que hacen que yo lo tome por Pucllay.

Su fisonomía, aplanada por el artista, revela alegría y contento: están

(1) *Diccionario enciclopédico hispanoamericano*, tomo III, página 24. Barcelona, 1888.

abiertos sus grandes ojos, provistos de pupilas; en su boca se distinguen perfectamente sus raleados dientes en relieve, pues parece que está riendo.

De un lado y de otro, hasta la mitad de la mejilla, tiene pintados cuadrados rojos alternados, como se ve en la lámina, los que contrastan con el color amarillo de su cara. Esto es otra prueba de que este dios pintarrajeado está alegre y de fiesta con su particular tatuaje. Estos colores me hacen pensar en la singular coincidencia «de la mascarilla pintada de rojo» de Baco, en la cita que hice más arriba.

Que se trata de un dios festivo, compruébalo mayormente la música o flauta como ocarina que tiene entre las manos. Esta flauta de relieve lleva cuatro agujeritos para el sonido en la parte superior de la misma.

En sus orejas (una está comida por el tiempo) tiene una especie de moño; y sin duda es atadura de trenza, pues que en la frente del ídolo se ve su cabello partido, lo que continúa por la parte posterior de la cabeza.

En el corto cuello tiene pintado algo como collar o gargantilla.

Este ídolo-tinaja, por lo demás, es todo hueco, inclusive su cara aplanada y su forma es como la de un trombón, como si se hubiese querido que el sonido de su música llenara los aires.

Si tuviera alguna noticia de que los naturales adoraran a algún dios de la música, no tendría inconveniente en atribuir esta hermosa imagen a ese dios; pero como creo que no lo hubo jamás en Calchaquí, no trepidaré en llamar Pucllay a este dios alegre, risueño, de cara pintada, eternamente con su flauta entre ambas manos.

Hoy, como antes, se ha tratado de que el dios festivo desaparezca; pero todas las tentativas han sido inútiles. Los misioneros católicos, a pesar de sus esfuerzos, jamás pudieron quitar a Calchaquí su furor por las fiestas y bacanales, ni alejar de su boca el vaso de la *inmunda chicha*, como llama Lozano al licor de las libaciones. Tuvieron que dejar al indio en sus hábitos inveterados; y en las grandes festividades religiosas, y en los carnavales, nadie contenía al calchaquí, ya se trate de las fiestas del Patrón de la localidad o de la veneración del niño Jesús: la ruidosa bacanal ha de ser el principio y fin del festival, como lo es hasta hoy en Machigasta, Tinogasta y Fiambalá, especialmente.

Pucllay vivirá mucho tiempo más; y las codiciadas vainas amarillas de la algarroba harán evocar su recuerdo en cada estío.

LA CHAYA

La fiesta de la *Chaya* es la misma fiesta de carnaval, la de los tres días de locura sin término, repetida año a año, con desenfreno primitivo, en escenas que no corresponden a la locura y costumbres actuales, que rememoran el pasado de una manera atávica, dándonos una idea más o menos perfecta de Calchaquí alegre, festivo, cantor y ebrio.

La fibra nativa se sacude, como pulsada por los recuerdos, al escucharse en el rancho el tamboril olvidado durante un año, que se descuelga de la pared y se le adorna con cintas de colores, de sonidos secos como el bombo, menos bullicioso, pero más grave que la pandereta española ; llenan los aires en la noche cálida y tranquila los ecos dulces de la flauta de caña y cera, de la que brotan, como envueltas en un coro de tristezas, las *vidalitas* sentimentales ; el cántaro rebosa de aloja de algarroba, que chispea como la alegría del corazón de la turba que ya viene a la fiesta por las estrechas sendas de cercos de tala y *tusca*.

El teatro de la escena carnavalesca suele ser Malligasta, Anguinán, Nonogasta, Vichigasta, los demás pueblos, algún lugar de Pomán mismo y Fiambalá tinogasteño.

Toda la fiesta tiene mucho que ver con el Pucllay, cuya silueta acabo de hacer, el que aparece desde el primer día, aunque sea en la forma de una gran *guagua* de harina en el juego de las *comadres* y de los *topamientos*, como lo he visto en una aldehuela de Capayán.

El autor de *Mis montañas*, en un capítulo de valer, más que por la retórica, por la observación, lleno de verdad y colorido locales (1) sospecha el origen de la fiesta, cuando escribe a propósito de la Chaya. « He penetrado en el fondo de la sociabilidad de esos pueblos ; he estudiado los ritos, las costumbres y las ideas embrionarias : pero una sombra impenetrable envuelve la filiación sociológica de aquella institución y de las ceremonias carnavalescas que voy a relatar en las cuales parece aquella masa semisalvaje pugnando por volver al punto de partida, a la existencia selvática de la edad inculta, impelida por alguna fuerza latente de atavismo, o por las influencias todavía vigorosas de la tierra que la sustenta. »

(1) Capítulo XVII, página 232.

En esos días reina el *Baco Beodo*, que pintó Miguel Angel, conservado como arte y como verdad en el Museo degl'Uffizi, de Florencia.

Mucho antes de carnaval comienzan los preparativos de la fiesta de la Chaya. Largas caravanas de gentes, montadas en asnos aporreados y hambrientos, dejan la aldea, para ir a pasar unas semanas a la sombra de los algarrobales, porque ha llegado el tiempo de recoger las vainas que amarillean, y que irán a parar a la *pirhua*, después de consumida la cantidad necesaria para la fiesta. El rancho queda desierto, cubierta su puerta con un cuero, quedando solitaria la aldea después de unos días. En el campo se improvisan viviendas y a los algarrobales se trepan hombres, mujeres y niños a recoger el codiciado fruto calchaquí. Por la tarde o a la noche se ensayan las *vidalitas* clásicas de carnaval, que el gaucho entendido compone, *letras* de cuatro versos, ya quichuas, ya quichua y español, o simplemente español. Al compás del tamborete, con música de flauta de caña o violín de cuerdas de tripas, ensáyanse también los cantares de la Chaya y Pucllay, designándose de antemano a los protagonistas directores, como padres y comadres de la fiesta cercana.

Hecha la cosecha, y listo ya todo, las gentes vuelven a la aldea, y cuando el carnaval comienza, está lista la algarroba fermentada en los viejos odres de barro.

Entonces, desde el primer día de carnaval, comienza la Chaya, que es la fiesta misma. Correrías a caballo y a pie ; bailes en los ranchos o la pulpería ; cantos y vidalitas a toda hora, aloja el día entero, bebida en grandes porongos ; relaciones, gritos infernales ; aplausos de manos ; baldadas de agua y puñados de almidón y harina, con clavo de olor que no es permitido limpiarlo o sacarlo del rostro de la muchacha alegre y retozona, vestida de coloretes con un pañuelo rojo al pecho, o ya a los hombres de largas botas, con el sombrero encasquetado hasta los ojos, adornados con gajos de albahaca olorosa; los topamientos, el juego de las comadres : todo eso y mucho más constituye la Chaya, que sólo se suspende cuando ya las gentes no pueden tenerse en pie por la embriaguez.

« Otras escenas de carácter indígena, dice el mismo González (1), y cuyo significado ya es posible comprender, se desarrollan en los ranchos de las orillas, entre la gente más torpe, que no tiene otra manera de manifestar las alegrías ni los pesares que la embriaguez. Los actores de ellas son los descendientes más directos de los antiguos pobladores, raza intermedia, degenerada, llena de preocupaciones propia de la barbarie, y de costumbres que parecen ritos de una religión perdida, de la cual sólo restasen vagas nociones o recuerdos imperceptibles. El carnaval « o la Chaya » es para el indígena una institución, una orden con ritualidades y preceptos extraños, con prácticas tradicionales, con jerarquías, con relaciones curiosas a la historia y a la naturaleza de la región emparentada por vinculaciones singula-

(1) *Mis montañas*, lugar citado, páginas 230 y 231.

rísimas con la sociología de todas las razas de un mismo nivel de cultura, y en las cuales una observación profunda descubriría tal vez tenues vislumbres de la civilización conquistadora, en medio de los nebulosos hábitos de la edad prehistórica. »

Por otro lado, en estas fiestas jamás faltan numerosas escenas y cantos indígenas. He aquí uno de los versos que cantan en Fiambálá y en todo el norte de Tinogasta, tal cual hoy se lo repite :

Nuncancholo
Piscocamani
Saucepatamp
Iguaicami
Tumpa vaira
Basta vaqui
Brasos mique
Purmai carpi

En el último día de la fiesta tiene lugar la escena más típicamente salvaje, cuyo marcado origen o descendencia indígena no puede ponerse en duda. Es la manera como se despide a la Chaya.

En el centro de una gran rueda de hombres y mujeres, llenos de almidón y con ramos de albahaca, se coloca un gran cántaro de aloja, del cual todos sacan para beber con una avidez y entusiasmo repentinos, sin ahorrar un momento de tiempo, como si fuesen más veloces que nunca las horas de alegría.

Estalla de golpe la música, tocada por un grupo que obedece a los golpes repetidos del bombo.

Reanúdase la lucha, más encarnizada que antes, a puñados de almidón y harina. Se grita con estrépito y se cantan *vidalitas* a toda voz.

Entre canto y canto, domina la embriaguez, y aquello se vuelve una orgía atronadora.

Llega la noche.

Por un momento suspéndese la algazara. Uno de los músicos, que ya no puede cantar más, se coloca en un banco en medio de la rueda, la que comienza a dar vueltas en torno suyo, siempre bebiendo. Cuando llega cada cual frente al « ídolo ebrio », que constantemente golpea el parche de su tamborete, arrójale puñados de almidón, échale un jarro de aloja en la boca, la que debe tragar cuanto posible le sea.

La salvaje diversión dura hasta que el « ídolo ebrio » no se puede tener más, y convertido en una bestia sin acción, rueda por el suelo, salvaje escena que es saludada por una estrepitosa algazara, lanzándose inmediatamente todos sobre el ebrio, tirándole almidón, harina, aloja, albahaca, pisándolo, arrastrándolo, entre risas y alaridos...

¿Quién no ve en este ídolo humano al viejo Pucllay, centro de la rueda carnavalesca y objeto de los últimos entusiasmos en la fiesta de la Chaya?

Allí está en medio el dios ebrio, coronado de ramas verdes, andrajoso, llena la cara de almidón, objeto de los cantos más decidores de la vidalita, con la cántara del *tacu* a su lado, bebiendo como un tonel, entre risas estrepitosas, hasta que cae de su trono, para que todas las alegrías se acaben....

Concluye la Chaya, y el sueño reparador, se apodera de los carnavaleros, hasta que reparan sus fuerzas, volviendo a la aldea a su vida monótona e invariable de todos los días: los hombres buscan sus bueyes para arar la tierra; la viejas hilan el algodón o la lana de guanaco; las muchachas antes que nada, examinan sus conciencias, arrepentidas de las licencias de tres días, y los muchachos, repitiendo todavía en voz baja la última vidalita, vuelven a ensillar los burros hambrientos y se dirigen al campo a acarrear la leña para el hogar de *quincha*.

EL LLASTAY

Llastay y la Pacha Mama parecen gemelos en la tradición religiosa de los calchaquíes. Sin embargo, dos observaciones pueden hacerse respecto a ambos, que caracterizan diferencias entre el primero y la segunda.

Tanto el uno como el otro son los númenes de la tierra o de la localidad, siendo Llastay el genio protector masculino, y Pacha Mama, femenina.

Las observaciones a hacerse, son las siguientes: en primer lugar, Pacha Mama es especialmente la madre de los *cerros*, y por eso predomina en su Calchaquí montañoso, mientras que Llastay es el numen de la *llanura*. En segundo lugar, Llastay es pura y simplemente el « Dueño de las *Aves* », mientras que Pacha Mama no sólo es dueña de todo animal, sino que propicia las siembras y preside la buenaventura, al revés de Chiqui. De este modo, yo no conozco que a Llastay se le invoque sino únicamente para ser propicio a la caza; mientras que Pacha Mama es invocada como a la dispensadora de felicidad o suerte en toda empresa, trátese de caza, de acrecentar el rebaño, tener abundante cosecha, y demás.

Pacha Mama parece ser el todo ; Llastay, una de sus personas, quizás uno de sus atributos, en lo que se refiere al cuidado de las aves de la llanura. Y de aquí, sin duda, que cuando más al norte se anda en los valles calchaquíes, y más se acerca uno a las grandes montañas o sección andina, más se sabe de Pachamama, y apenas si Llastay es un mito un tanto vago, casi ignorado, que ocupa un lugar inferior al de un simple semidiós. Pero, ¿quién no ha oído mentar a aquélla por los pueblos de La Rioja, parte norte de Pomán, Andalgalá, Belén y Tinogasta en Catamarca?

Allí es una especie de Diana, algo como el dios Pan de los bosques, que tiene que ver con todo lo que se relaciona con la caza, y que cuida de las *aves*, entendiéndose por éstas todo animal que sirva al hombre, y que no vuela, como el guanaco, el avestruz, la liebre, el quirquincho, etc.

Llastay, como dueño de las aves, quiere que se le propicie o venere por parte del cazador, pues de lo contrario éste no será feliz en su empresa, y hasta corre riesgos de *apunarse* en los cerros. Si no se invocó o se sacrificó algo a Llastay, o no aparecerán las aves, o sentirán, para la fuga, la planta del cazador, o no acertará éste con el lazo o la boleadora.

De aquí es que, formando los cazadores bajo la dirección de un capitán,

constituyendo lo que se llama *kacha-kuna,* o junta de gentes, antes de emprender la partida, sea una *apacheta,* o cavando un hoyo, se invoca la protección de Llastay, arrojando sobre aquélla o dentro de éste, que se tapa, coca, maíz, tabaco o *Llicta,* como ofrenda (1)

Llastay hasta hoy es tenido en mucho por los paisanos de los valles calchaquíes; y de aquí es que Lafone Quevedo (2) dice: «¿Quién de nosotros que vive en los campos de Catamarca, Andalgalá o Machigasta, no ha oído a su peón exclamar: *Viditay el Llastay*, cuando de sus mismos pies arranca un *suri*, *huilla* o *talca*, es decir, avestruz, liebre o guanaco. »

Las *Illas*, los animales castrados o *mascotas* del rebaño, que hacen que éste no sufra desgracia o merma, es muy posible, por lo mismo, que tengan que hacer con Llastay.

Llastay, como cuidador de las aves, se parece a Valmiki indio, indignado por la muerte de la pobre garza.

Esta protección y cuidado a las aves es tal, que cuenta la tradición que cuando el enemigo blanco descendía del cerro, y una guanaca y su pequeñuelo estuvieron en peligro de verse rodeados — que el indio creía que la conquista se extendía hasta las aves—, Llastay avisó del peligro al pequeño guanaco para que fugara con su madre a la cumbre, entablándose este tan nativo como sentido diálogo, que literalmente me ha dictado el indio médico *Bambicha*, entre el *tekesito* y aquélla:

Guanaquito. — *Atari, mamita* (Levántate, mamita). *Enmigo rodianchi* (El enemigo nos rodea).

Guanaca. — *Upallai guagüita* (Cállate, mi hijito). *Cardoncisa kastianki* (Flor de cardón estás viendo).

(Después de ésto, la tomaron a la guanaca; el guanaquito pudo huir porque hallóse, advertidamente, sobre un peñasco *(rumi-santiarca)*.

Y dijo entonces la

Guanaca. — Tenía razón mi hijo.

(El guanaquito huyó trepando al cerro *(sachaman-rerka)*, donde guarecióse. A la guanaca *(huaño-chinco)* la mataron.)

Entonces dijo el

Guanaquito. — *Mamaita huañocheranco!* (¡A mi madre la mataron!)

(1) La *Relación anónima* dice que sacrificaban la Anta al dios de los animales.

(2) *Culto de Tonapa*, página 59 (Museo de La Plata, 1892). Véase también Ambrosetti, *Costumbres y supersticiones*, página 35, 1896.

LA PACHA MAMA

Pacha Mama, *kusiya, kusiya!*, es la invocación, hoy día mismo, del calchaquí a la madre tierra para la felicidad de cualquier empresa. La demanda su protección maternal, diciéndola « ayúdame », o « haz que me vaya bien ».

El culto a ésta, es el culto a la tierra de otras regiones primitivas, a su fuerza fecundante y reproductora, lo que nuestro salvaje hace, instintiva e inconscientemente, *fálico*, porque no puede pensar en fecundación sin el seno de la mujer y el parto.

Esto será luego ampliado.

En el Viejo Mundo, así nacieron en la antigüedad los pueblos, a los pechos de Ceres, « la tierra misma, *tierra mater, de meter*, la buena madre nodriza, tan naturalmente adorada por la humanidad reconocida », al decir de Michelet (1).

Sin Pacha Mama el indio no puede vivir, como no vivía el heleno sin Ceres, Perséfone o Proserpina. La guerra misma deteníase ante la misteriosa Samotracia, la volcánica Sicilia y gargantas de las Termópilas. Así como esas divinidades, la nativa es reproducción, fecundidad, amor a lo que de ella nace, pasión material: *mama*, como tan cariñosamente la significa el indio.

El nombre de Pacha Mama es compuesto de *Pacha* y *Mama*. *Pacha* es « universo, mundo, tiempo, lugar », dando estas dos últimas acepciones el padre Torres Rubio; y de aquí que *Pacha Yachic* sea « Hacedor del Universo ». *Mama*, es « madre », de modo que Pacha Mama es « madre de la tierra », « madre del lugar, del valle » o « madre de los cerros », como la llaman los indios calchaquíes del valle de Yocavil.

Junto con Chiqui, sin duda, la cultura del Inca introdujo a la Pacha Mama, que forma constraste con aquél; dos divinidades que se repelen: el primero, destruyendo, alentando la adversidad, que es él la adversidad en persona, exigiendo humanos sacrificios para aplacarse; la segunda, al revés, haciendo nacer desde la mata de hierba de la cumbre, hasta el maíz de la falda, protectora del hombre y de la bestia, alma de la naturaleza,

(1) *Biblia de la humanidad*, capítulo III, página 107.

tan misteriosamente adorada por el indio, para probar una vez más que no todo era rabia en su espíritu, sino que dentro su superstición admitía poesía, y dentro de sus melancolías crepusculares, cantares y músicas.

El culto de Pacha Mama, sin duda, por el carácter *sui generis* de esta divinidad nativa, de tan alta significación, ha pasado casi intacto al presente, y hoy mismo, en los valles calchaquíes y santamarianos salteños, no hay quien no sepa de la Pacha Mama, ni hay quien deje de ofrecerla las primicias de todo, invocando su protección contra la adversidad. De los otros cultos, no quedan sino reminiscencias, y si se recuerda de Chiqui o de Pucllay, es porque éstos, más que nada, sirven a los descendientes de los calchaquíes de pretexto para beber y armar orgías, pero sin que la inmensa mayoría crea más en ellos.

Son dioses destronados, en su carácter de tales.

Hay que tener en cuenta una otra circunstancia: en pueblos relativamente civilizados como el Perú, a sus habitantes no costó adoptar la nueva religión, la cristiana, y así vemos que desaparecen en el imperio, como por encanto, los más altos dioses como Pachacamac, Tonapa y Huiracocha y hasta el Padre Sol. Pero en las razas más indomables y menos civilizadas, como la nuestra, aunque el catolicismo se impuso, después de una larga y tenaz lucha de conciencia, las divinidades nativas quedaron siempre arraigadas en el espíritu de la raza, y sobrevivieron a la destrucción y caída del culto propio. Los calchaquíes fueron más leales que los peruanos con sus costumbres, carácter, ritos y demás, que constituyen la idiosincrasia étnica de raza.

Es que también fueron más raza, en el sentido del autoctonismo americano, que los peruanos. El calchaquí fué hombre siempre; el peruano no pasó de ser *runa*.

Sin embargo, los que propician a Pacha Mama, hoy día mismo, lo ocultan con mayor reserva, de modo que cuesta un triunfo adquirir un dato para el folklore. Ambrosetti (1), con observación propia, lo ha hecho notar: «Los actuales calchaquíes, escribe, son muy desconfiados, no gustan hablar de estas cosas, puesto que siempre temen la burla de quien los oye, y porque en su mayor parte, las ceremonias revisten para ellos un carácter íntimo, que efectúan sólo dentro de su comunidad, para substraerlas a la vista de las personas profanas, de quienes están seguros de que no han de recibir aprobación. En los pueblos, en las iglesias, oyendo a las personas y sacerdotes, niegan la práctica de estas ceremonias, y las ocultan quizás hasta en la confesión; puede ser que algunos hagan propósito de enmienda, pero en llegados a sus montañas, colocados de nuevo en su medio ambiente, la herencia vibra otra vez en sus cerebros, el temor a la Pacha Mama surge delante de ellos, y las ofrendas y libaciones en su honor se repiten en cada una de sus faenas con las persistencia de la idea fija. Las prácti-

(1) *Costumbres y tradiciones de los calchaquíes*, página 5, 1896.

cas cristianas, aprendidas a medias, y las supersticiones derivadas de ellas, surgen a su vez, y ante este conflicto de lo sagrado y profano, el cerebro inculto del indio no halla otra solución sino el asociar ambas cosas, y de allí nace esa curiosa promiscuidad de los ritos, que hallaremos a cada paso para sus ceremonias. »

La Pacha Mama, tanto por su nombre etimológico, como por el *la* que se antepone, como por lo que la tradición dice, es un dios femenino, que produce, que engendra y seguramente que, por lo mismo, tiene esta divinidad que hacer con el falo. Además, sabemos por la tradición corriente y los datos del folklore, que esta *mujer* es una *vieja*, madre de todos los cerros, y que en ellos vive. Asimismo, cuéntase que si algún viajero se extravía en los cerros y llega a ver su faz, no sale más de ellos, o vuelve influenciado, o lleno de *daño*, sin duda lleno de anhelos eróticos y deseos lúbricos, pues tradición hay en Tinogasta — yo lo he oído — que mujeres hubo que fueron al cerro y *quedaron en cinta*, sin haber tenido contacto con hombre alguno.

Aquí es el caso de preguntar: ¿qué hado puede producir semejante estado, si no es la potencia reproductiva de la dueña de los cerros, o algún Llastay que a ésta acompaña para que sea varón el que tal hace?

En un artículo publicado en un diario de Tucumán (1), se dice al respecto: « Pacha Mama es concebida por el calchaquí como una vieja que, dueña y madre de los cerros, tiene el poder sugestivo de atraerse a los que por ellos transitan, y de hacer que la tierra sea o no fructífera; asegurándose por medio de cultos, quizás inmorales, pero no crueles, la buena disposición de la Pacha Mama para que las cosechas den fructíferos resultados, así como para cualquier otra empresa que intenten. »

Por otro lado, sabido es que para cualquier cosa que sea *producción*, ya de animales, haciendas, granos o semillas, es necesario propiciar a la madre tierra, como hoy se hace de diario en Calchaquí o Valle de Yocavil, sabiéndose que *Yoca* es miembro (2), lo que puede tener conexión con este asunto.

Es por todos estos motivos que estoy de perfecto acuerdo con nuestro americanista Ambrosetti (3), cuando piensa que son representacioes de Pacha Mama los ídolos femeninos que en esa ocasión nos presenta, y que por su importancia reproduzco enseguida.

En el primero de estos ídolos (fig. 7), perteneciente al Museo nacional, y que se ve de frente, se nota desde el primer momento, que se trata de una vieja de extraño tatuaje; su barriga está ceñida por una faja, con sus mamas y su matriz y sus piernas recogidas como en cuclillas.

(1) C. R. Pozuelo, *La Provincia*, marzo de 1896.

(2) *Yoc* o *allo*, en aimará, equivalente a *ullo* en quichua. El aimará tiene mucho que hacer en calchaquí.

(3) *Notas de arqueología calchaquí.*

Vista de lado (fig. 7 bis) se ve que por medio de una *vincha* sostiene sobre sus espaldas una bolsa, de bellos grabados, lo mismo que una pequeña cántara. La bolsa serviría sin duda para colocar en ella lo que va a producir, y la cántara debe ser alusiva al agua.

Fig. 7. — Ídolo de Santa María (Catamarca)

Fig. 7 *bis*. — El anterior visto de lado

Bien, pues, dice Ambrosetti : «A todas luces se ve que es un verdadero ídolo ; y sobre esto no parece caber duda, puesto que es muy difícil que el artista indio se hubiera tomado tanto trabajo para esculpir en la dura piedra una figura con todo ese lujo de detalles simplemente para entretenerse.

Fig. 8. — Colección Wolff (Córdoba)

Fig. 8 *bis*. — El anterior visto por la espalda

Una mujer vieja, que carga sobre sus hombros una bolsa y un cántaro, debe ser la divinidad que presidía a la abundancia del agua y de las mieses, y ésta sólo parece ser o la Pacha Mama o alguna otra personalidad mitológica de igual equivalencia » (1).

Agregaré que la matriz indica a las claras la idea fálica del ídolo y que su vientre abultado está indicando la reproducción.

(1) *Boletín del Instituto geográfico*, tomo XVII, números 7, 8 y 9, páginas 454 a 459.

En igual caso se encuentra el ídolo (fig. 8 y 8 bis) perteneciente a la colección Wolff, de Córdoba, cuyo dibujo me ha sido comunicado por el señor Ambrosetti, que lo considera idéntico al anterior.

El otro lado de los ídolos (fig. 9), que fué publicado con anterioridad en la *Revista del Museo de La Plata*, es sin duda, otra representación de Pacha Mama.

Como se ve en la figura, como en la anterior, se trata de otro ídolo femenino, cuyo sexo está bien marcado; su fisonomía es también la de una vieja, con su tatuaje especial, y sin más vestido que la faja a mitad del cuerpo.

Se trata de ídolos sumamente semejantes; pero, sin embargo, alguien

Fig. 9. — Ídolo de Molinos. Colec. Zavaleta

Fig. 10. — Ídolo de Capayán Colec. Quiroga

Fig. 10 *bis*. — El anterior visto por la espalda

pudiera creer que se trata de una simple coincidencia, como suele muchas veces acontecer.

Encárgome de desvanecer esta idea con el siguiente ídolo femenino de mi colección, que encontré en enero pasado en Los Angeles, departamento de Capayán (Catamarca) y que tantos rasgos de semejanza tiene con el primero de los de Ambrosetti (fig. 10).

Lleva el número 24 en mi colección de Capayán y va dibujado, de tamaño natural, de frente y de espalda.

Este objeto (siempre de piedra), es para mí un representante aun más típico que los anteriores, de la Pacha Mama.

Lo único que no tiene es el tatuaje de la cara; pero, en cambio, se nos presenta con los carrillos inflamados, de tanta fuerza que hace, pues encuéntrase en el momento mismo *del parto*, para corroborar lo que antes dije al respecto.

(2) Herman ten kate, Rev. cit.; Ambrosetti, cit., pág. 453.

Su fisonomía es también la de una vieja. Su estado de preñez se nota a la simple vista, por el abultamiento del vientre. Sufre dolores, y por eso se lleva la mano a la barriga, a la que vése aprieta con fuerza. La *faja*, está corrida hacia abajo. Se halla sentada en cuclillas. Su cabeza, en la parte superior, es agujereada, en la forma del vaso o tinaja de la primera de estas tres figuras femeninas. El detalle de la parte posterior del cuerpo (fig. 10 bis), es bien significativo. Está abriéndose con la otra mano la matriz. El brazo pasa por el costado. Parece que quisiera dar ligera salida al fruto de su vientre.

¿Se quiere mayor y más evidente prueba?

Continuemos ahora con las noticias del folklore.

Repito que a la Pacha Mama, siendo el *Genuis Loci* o «Numen del lugar», como la llama Lafone Quevedo (1), hay que propiciar de diario, con motivo de cualquier faena de la cual se aguardan *productos*.

Las primicias son siempre para esta divinidad, pródiga en retribuciones: si se siembra, hay que depositar el primer grano en la tierra, en su honor: si se carnea, hay que arrojar al suelo la primera entraña de la res; si se bebe, hay que derramar una porción de líquido antes de hacerlo; si se come, igual cosa se hace con el alimento; lo mismo si se coquea; si se viaja, y se da con la *apacheta* del camino, hay que arrojar sobre ella el *acullico*, hojas de coca, gajitos de árbol, pedazos de palo, el cigarro que se fuma, un trapo, o cualquier otra cosa, como lo he visto en las apachetas del largo camino de Mazán a Tinogasta.

Es claro que en toda siembra será segura la invocación a Pacha Mama, como hasta hoy es práctica en los valles calchaquíes de Salta y Jujuy.

En esta última provincia, la gente sembradora se adorna con cintas y moños de colores; llevan al rastrojo *locro* con librillo, el que se derrama sobre las espigas que guardan el grano de la siembra, rociadas de antemano con *chicha*. Lo que queda de la comida, en sus respectivos pequeños *yuros* es enterrado en medio del rastrojo, con un poco de *llicta*. El más anciano invoca entonces a Pacha Mama pidiéndola que la siembra reditúe: *Kusiya, kusiya!*

En la caza, invócase igualmente a la Pacha Mama para ser feliz en ella, dando vicuñas a los cazadores, sin mezquinarlas, y fortuna, sin *apunarlos*. Es a la falda del cerro, agrupados los cazadores, donde se cava un agujero, en el cual se deposita la ofrenda, consistente en gajitos de árbol, coca y *llicta*, durante lo cual el jefe de los cazadores derrama aguardiente y pronuncia la siguiente invocación:

Pacha Mama — Santa Tierra
Kusiya, kusiya.
Vicuñata cuay.
Amá-mi-cha-uáicho

(1) *Culto de Tonapa*, cit., página 58.

Fortunata cuay
Amaón-cori-uaicho
Kusiya, kusiya.

Pacha Mama interviene también en la medicina, cuando se trata de un enfermo que ha andado por el cerro, a quien da un síncope o desmayo, porque lo que entonces sucede es que éste, por haberlo visto, ha sido despojado de su alma. La médica del lugar, que debe ser lo que antes un *machi*, usando de un ceremonial supersticioso, pide a la Pacha Mama que vuelva el espíritu al enfermo, al que se deja abandonado durante la noche, para que aquél, sin ser visto de nadie, se introduzca otra vez al cuerpo. Si el enfermo sana, éste tiene deber de pagar a la médica y sus ayudantes, así como de mostrarse grato a la madre del cerro, en el cual se *apunó*.

En Tinogasta, de Fiambalá al norte, los descendientes de los abaucanes celebran a Pacha Mama el día de la Pascua de Navidad.

Entre los vecinos dan un gran banquete, en el que los platos privilegiados son la carne con cuero y los pasteles. A la cabecera de la mesa, cavan un agujero dentro del cual se coloca un gran *huillqui*. Antes de servirse de cada potaje, arrojan en la fuente un poco del mismo. Cuando la boda ha concluído tapan el agujero, y en seguida vienen los bailes y las grandes fiestas, más o menos al estilo de las ya descritas.

Cierro este capítulo repitiendo lo que el señor Pozuelo dice con tanta verdad, refiriéndose a este culto: « Si el primitivo Chiqui era considerado cruel y sanguinario por la imaginación calchaquí, y por eso al carácter del dios amoldaban sus costumbres, y sus prácticas religiosas estaban revestidas de la crueldad de aquél a quién temían, el culto de la Pacha Mama que lo ha substituído en su espíritu, demuestra que es una raza tan susceptible de perfeccionarse que bastaría el más ligero soplo de la civilización para que se incorporarse de lleno a la vida culta. La Pacha Mama importada del Perú, representa un progreso revelador de lo susceptible de perfeccionamiento que es la raza que nos ocupa, y su disposición para la vida del trabajo » (1).

(1) *Op. cit.*

EL INTI Y MAMA QUILLA

Cuenta la *Relación Anónima* que los naturales del Perú « creyeron y dijeron que el mundo, cielo y tierra, sol y luna, fueron criados por otro mayor que ellos : a este llamaron *Illa Tecce,* que quiere decir *Luz Eterna*... Por donde estuvieron los del Pirú gran suma de años sin ídolos, sin estatuas, sin imágenes, porque solamente adoraban las luminarias del cielo y las estrellas ».

« El sol, añade, dijeron que era hijo del gran *Illa Tecce* y que la luz corporal que tenía era la parte de la divinidad que *Illa Tecce* le había comunicado, para que rigiese y gobernase los días, los tiempos, los años y veranos y a los reyes y reinos y señores y otras cosas. La luna, que era hermana y mujer del sol, y que le había dado *Illa Tecce* parte de su divinidad y héchola señora de la mar y de los vientos, de las reinas y princesas, y del parto de las mujeres y reina del cielo... A la aurora que era diosa de las doncellas y de las princesas y autora de las flores del campo, y señora de la madrugada y de los crepúsculos y celajes ; y que ella echaba el rocío a la tierra, cuando sacudía sus cabellos, y así la llamaban *Chasca* » (1).

Para el Yamqui Pachacuti Salcanaygua, « ay un Hazedor del cielo y tierra, el cual (en una lámina de oro) lo hizo fixar en una cassa grande, y les llamó *coricancha pachayachachicpac nacin* » (2).

El padre Cobo (3) decía que los peruanos « tenían creído que el *Pachayachachic* había dado al sol virtud para criar todas las comidas juntamente con la tierra... que llamaban *Apu Inti*, que quiere decir el « señor sol » ; pintándolo en su imaginación como si fuese hombre, y consiguientemente decían que la luna era su mujer y las estrellas hijas de entrambos » (4).

Para el Inca Garcilaso, Manco Capac enseñó la adoración al sol, que Pachacamac (sustentador del universo) había creado. « No tuvieron (los Incas), dice, más dioses que al sol al cual adoraron por sus excelencias y be-

(1) Gimenez de la Espada, *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, páginas 138 y 139, 1879.

(2) *Op. cit., Relación por don Joan Santacruz Pachacuti*, página 244.

(3) *Historia del Nuevo mundo*, tomo III, capítulo V, página 324.

(4) Los indios americanos Ahts, al revés, tienen que el sol es la mujer y la luna el varón. Sproat, *Scenes and studies of savage life*, página 206.

neficios adorables... y le hicieron templos de increíble riqueza, y aunque tuvieron a la luna por hermana y mujer del sol y madre de los Incas, no la adoraron por diosa, ni la ofrecieron sacrificios, ni le edificaron templos: tuviéronla en gran veneración por madre universal, mas no pasaron adelante en su idolatría. Al relámpago, trueno y rayo, tuvieron por criados del sol... mas no los tuvieron por dioses como quiere alguno de los historiadores españoles» (1).

No obstante la última aseveración del Inca, a los astros del cielo se tributaba veneración para que conjurasen las pestes, librasen al hombre del peligro de *Illapa*, de las garras del tigre, del veneno de la serpiente, de la sed y de cuanto puede ser una desgracia. La vía láctea era un inmenso río de agua, que proveía a las nubes. Entre las estrellas adoradas, podemos citar a Chasca, Pirua, Aucayoc, Catu-illa, Huacha, Collca, Urcuchullay, Catachillay, Chuquichinchay, Machacuay, Topalorca, Chacana, Mirco, Mamana, Miquiquiray, Quiantopa, etc. (2).

Sabemos que los Incas levantaron en todos sus dominios espléndidos templos al *Inti* en el relato de cuyas maravillas se solaza la fantasía de los cronistas de Indias, tan viva en los escritos de Garcilaso y Las Casas (3).

Por ser verdaderamente curiosa, reproduzco a continuación (fig. 11) la carta celeste peruana, lámina que, de acuerdo con la tradición del culto solar, nos hace conocer el Yamqui Pachacuti (4).

En esta lámina vemos perfectamente cómo los peruanos concebían al Inti, Mama Quilla, Chasca, el arco Chuychu, Illapa, Pacha Mama, Mama Cocha, o sean: el sol, la luna, el lucero, el arco iris, el rayo, la madre tierra y el mar.

Por esta lámina vese también que representábase al sol con cara de hombre, y a la luna con cara de mujer. En la lámina de Wiener, el sol aparece, igualmente, con cara humana, lo mismo que en la parte superior, que reproduzco, del famoso Tau de Titicaca (fig. 12), tomada de Lafone Quevedo, quien la publica en un ensayo mitológico peruano (5).

El Yamqui Pachacuti ofrécenos la famosa lámina solar (fig. 13) que se adoraba en el templo de Coricocancha, aunque según el padre Cobo figuraba con rastros humanos. «Esta plancha de oro, dice este cronista, la perdió, jugando, el soldado Manso Serra (6) de donde vino el refrán en el Perú de «juega el sol antes que nazca» (7).

(1) *Comentarios reales*, tomo III, libro II, capítulo I, páginas 83 y 84.

(2) *Relación anónima*, cit., páginas 138 y 139; Garcilaso, *Comentarios reales, loc. cit.*; Cabo, *Historia del Nuevo mundo*, página 332, etc.

(3) Sobre el temple famoso de Xachacama, junto a la mezquita donde quemóse el ídolo de palo, véase a Francisco de Xerez, *Verdadera relación de la congregacion del Perú*, anno 1534, libro XI, Madrid, 1891.

(4) *Op. cit.*, página 257.

(5) *El culto de Tonapa*, en *Anales del Museo de La Plata*, página 52, 1892.

(6) Mancio Serra o Sierra de Leguizamo, según Giménez de la Espada.

(7) Padre Bernabé Cobo, *op. cit.*, tomo III, libro XIII, capítulo V, página 325

¿Este culto peruano del sol, fué importado por las incas a Calchaquí?

Indudablemente, aunque tengo motivos fundados para afirmar que el sol fué adorado en nuestras montañas desde mucho antes de la entrada de la civilización peruviana a Calchaquí.

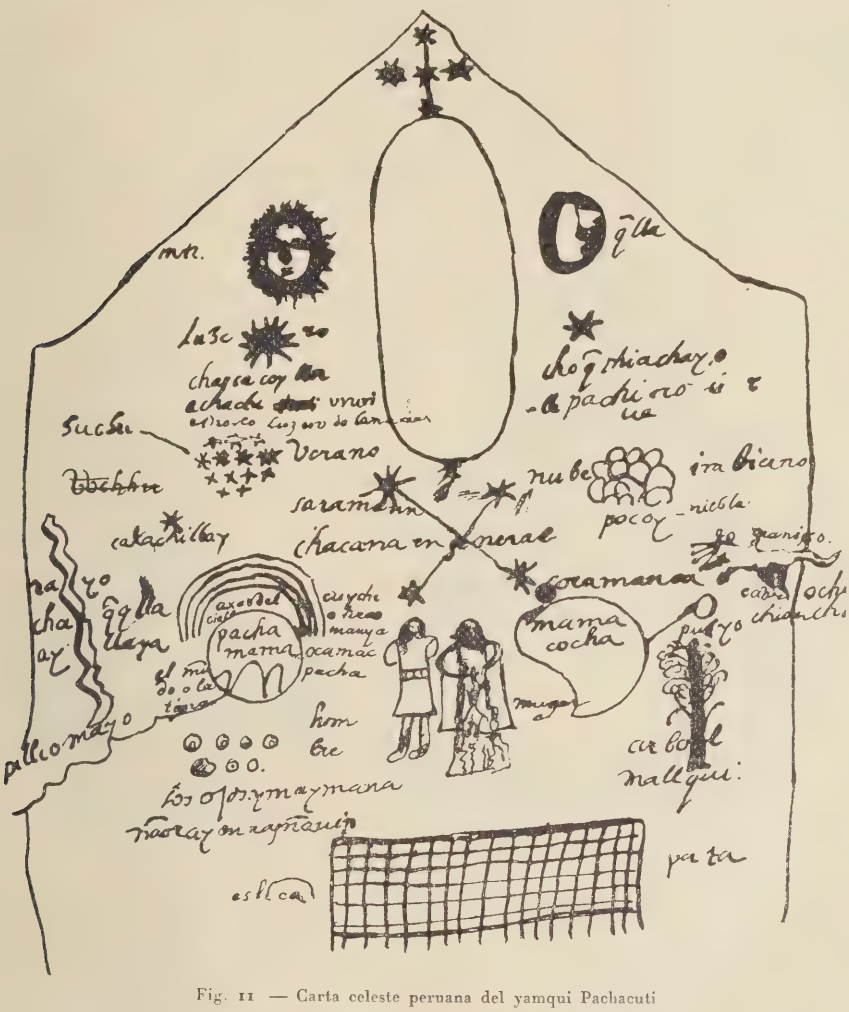


Fig. 11 — Carta celeste peruana del yamqui Pachacuti

Los cuzqueños, por más que fuesen los conquistadores más liberales del orbe, que llegaban hasta dejar que el pueblo siguiese con el culto a sus viejos dioses, imponían, no obstante, desde el primer día de la conquista, al sol como al dios de los dioses. Pachacuti Inga, nos cuenta Las Casas (1), «hizo edicto público y universal en todos sus reinos y señoríos, mandando a todos los señores, sus antiguos subjectos, y a todos los que de nuevo, por

(1) Fray Bartolomé de las Casas, *De las antiguas gentes del Perú*, capítulo VII, página 62, Madrid, 1892.

sus nuevas y fama loable, venían a se le subjectar, que cada uno hiciese en los pueblos de su señorío y gobernación, conforme a la calidad del pueblo, un templo al sol y lo adorase y proveyese... y que puesto que les dejaba los dioses antiguos que cada uno tenía, esto no era porque aquellos fuesen dioses, sino por condescendencia con ellos y contentarlos; por tanto, ya que se quedasen con aquellos, tuviesen por principal dios y señor al Sol, y como tal a le edificasen los templos y adorasen y sirviesen. Lo cual se puso así por obra por todas las tierras de su señorío, que ni poco ni mucho era sino unas mil y tantas leguas».

Los incas que fundaron el gran Pucará, introducirían indudablemente el culto al sol, impuesto al pueblo por el *tocricoc* (1) o el *huño* (2).

Fig. 12. — Parte superior del Tau de plata de Titicoca
Colec. Allchurch

Fig. 13. — Lámina del sol, llamado
Viracochanpayachachiy

El famoso disco de cobre de Chaquiago, de propiedad de Lafone Quevedo, es para mí una prueba clara y evidente de la adoración de Calchaquí al sol.

De este conocido disco limítome a reproducir su cara (fig. 14) en cuya cabeza está perfectamente trabajado el sol con sus grandes rayos.

Lafone Quevedo, más que como un dios, toma a la figura por una representación del Inca; con su llantu y sentado en su escaño o trono (3).

Para mí es un ídolo de la tierra que representa al sol, que pudo o no haber sido enviado por el Inca; pero no es el Inca mismo, quien no gastaría semejante sol en la cabeza, a menos de ser un Huiracocha, el divino.

(1) *Jefe de la provincia*, Las Casas, cit. página 18.
(2) *Jefe de los Curacas*, Las Casas, cit. página 18.
(3) *Londres y Catamarca*, páginas 78 y 79.

Los peruanos — sabemos perfectamente y lo hemos visto en las figuras 1 y 2 — representaban al sol con una cara humana y rayos, como en la lámina de que nos ocupamos. Pero hay otro detalle bien llamativo y son los animales monstruosos, como *higuanas* o *humucutis*, de cada lado de la faz del ídolo. La figura 15 es uno de ellos.

Bien, pues: la lámina del sol que nos ofrece Wiener en su interesante obra sobre el Perú, también tiene cara humana, y a sus lados están también estas figuras monstruosas, de las que reproduzco la de la figura 16, siendo de notar que los monstruos tienen una colocación igual en el disco y en la lámina, y que son muy semejantes, hasta en el adorno de las cruces maltesas, un monstruo con las cruces en la cabeza y el otro con una cruz en la cola.

Fig. 14. — Fragmento del disco solar de Lafone Quevedo

Fig. 15

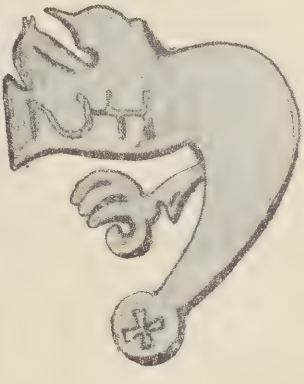


Fig. 16

Ya que tratamos de este disco de cobre, es necesario que de una vez por todas abandonemos la creencia que teníamos de que todo lo que se trabajaba con este metal venía del Perú. El que ha viajado por nuestros valles calchaquíes, se convencerá de que sus indios beneficiaban el cobre, y ahí están varios lugares con el nombre de *anta;* están las grandes *cananas* para moler el mineral, y los pesados *marays* para triturar las piedras, a más de que nos damos a cada paso con fragmentos de cobre fundido y numerosos objetos de este metal.

En todo Calchaquí encuéntranse rastros de atributos solares en sus ídolos, y por lo pronto, no debemos olvidar lo que nos cuenta el folklore, de que al Chiqui invocábase exclamando: *¡Inti rupas tian!* (1).

(1) Adán Quiroga, *Folklore Calchaquí*, número II, Instituto geográfico.

En dos de las urnas funerarias con que ilustramos este trabajo, vense soles o estrellas pintados en las mismas, de la propia manera que son solares los dibujos grabados en los monumentos megalíticos de Colalao y el bajo de Canota.

En otras dos urnas funerarias de mi colección, la figura principal pintada en las mismas, el ídolo de las cabezas, quizás el Chiqui o Tangatanga, tienen soles dibujados.

De la oreja del uno, pende algo como un *sacaca* o cometa, con una estrella en la extremidad (fig. 17).

El otro ídolo tiene sobre el escudo que forma su cuerpo, dos estrellas bien dibujadas (fig. 18).

Fig. 17. — Dibujo en una urna de Andaguala.

Fig. 18. — Dibujo en una urna de Andaguala.

Fig. 19. — Colec. Quiroga

La pequeña paloma de barro de Capayán (Catamarca) lleva grabado sobre su cuerpo, y entre sus alas, un idolillo con atributos solares (fig. 19).

Aparte de estos ejemplos, y otros que podría citar, en los petroglifos y alfarería calchaquíes, es de tener muy en cuenta los datos que conserva y nos transmite el folklore.

Hasta hoy en esos apartados valles los eclipses de luna y de sol *meten* indescriptible miedo a los actuales descendientes de los calchaquíes. Un eclipse es indicación segura de que Chiqui va a hacer de las suyas, o que pestes o guerras asolarán el país.

La Pacha Mama, que es la tierra que fecunda y engendra, tiene relaciones de afinidad con el Sol. Las fiestas clásicas de las siembras, de las cosechas y del festivo Pucllay, se celebran en la época en que el sol arde y cuando es necesaria la sombra del *taco* de vainas amarillas. Al lugar en donde ha caído un rayo se le tiene religioso temor, y las piedras quemadas por el mismo sirven de material para labrar las *illas*. Respecto a la luna,

perduran grandes supersticiones de sueños y aparecidos en los nimbos de su luz. Las exhalaciones celestes son indicaciones del cielo o de algún hado misterioso.

Todas estas creencias y supersticiones del pueblo tienen parentesco de origen con otras peruanas de la misma especie.

Antes de cerrar este capítulo conviene observar que la adoración del Sol, indiscutiblemente se tributaba antes de la conquista peruana en Calchaquí, por las representaciones solares en la alfarería funeraria y las viejas petrografías, trabajos muy anteriores a esta conquista, que se hace remontar a los tiempos de Huiracocha o de Yupanqui.

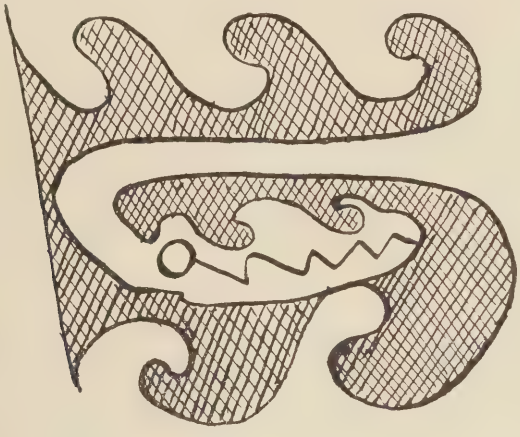


Fig. 20. — Dibujo de una tinaja de Capayán

Y a propósito diremos que el ⊙ (círculo con punto) es sin duda alguna el signo del sol en la simbología de la montaña. Como puede verse en varias figuras, el círculo o círculos con punto desempeña un papel de primer orden. En la segunda de las piedras de Colalao, este círculo (aunque aparece con dos puntos) tiene rayos solares. En una petrografía de Cafayate, como Tenkate lo hizo notar, un indio está en actitud de adorar al círculo con punto.

De una pequeña tinaja de barro de Capayán, tomo el siguiente dibujo (fig. 20) en el que se ve salir del ígneo círculo un relámpago.

Conviene, finalmente, hacer notar que el círculo con punto es la representación del astro rey en muchas mitologías y en la simbología de los pueblos primitivos.

HUAYRAPUCA O LA MADRE DEL VIENTO

Huayrapuca corriti...
Arquituta silvas, silvas purinqui

(Canto del Chiqui.)

I

Ofrezco a los estudios de la mitología calchaquí este nuevo mito de *Huayrapuca* o *Huayra-puca,* que literalmente quiere decir *Viento colorado,* y que para las gentes de los valles vale como «remolino de viento en día de tempestad», el cual remolino aparece de color rojizo porque levanta a los aires el polvo gredoso de los terrenos secos y áridos.

Huayrapuca es un mito curioso de estos Antis de Aconquija, de origen solar y luminoso en la cosmogonía calchaquí, o sea el culto al elemento «aire», así como son venerados la Tierra o Pachamama, el fuego divino o Illapa, y el elemento agua, al parecer en los mitos de Wati o Quonn, y de la misma Huayrapuca, que también aparece ser acuática a veces.

Ninguna divinidad superior, tanto por su origen cosmogónico, cuanto por sus atributos, es más misteriosamente múltiple que esta Huayrapuca, mito *sui generis,* muchas veces incomprensible, que con una facilidad pasmosa se transforma en otra divinidad, o se une, por el arte carnal de la cópula, con uno, dos o más mitos, transformándose en un ser mitológico doble y triple. A veces, las divinidades con las cuales se une para constituir un solo mito son sus adversarias y enemigas, verificando indiferentemente esta unión con seres masculinos o femeninos, a los fines de la fecundación y procreación, apareciendo entonces ser un mito andrógino, o varón y hembra a la vez.

En el folklore este mito es femenino; y así se le conoce con el nombre de «*Madre* del Viento», que es el Viento mismo, según la tradición del Cajón (Santa María), en donde para distinguir su sexo, ya que la palabra «viento» es masculina, antepónese a ella el artículo en femenino, de tal manera que se la denomina *La* Viento, sin duda para abreviar, o porque se ha querido reservar el epíteto cariñoso de «Madre» a la Pachamama. Y, no obstante esto, Huyrapuca procrea con Pachamama, mito femenino, lo mismo que con El Nublado, varón, siendo a la vez la segunda de estas divinidades el conjuro de la primera, y El Nublado el enemigo más encarni-

zado de *La* Viento, al cual ésta disipa cuando sopla, produciéndose en seguida la lluvia, que fecunda los campos y fertiliza los andenes.

Huayrapuca aparece en el folklore como un ser de múltiples atributos, y suele ser bicéfalo o tricéfalo, por los mitos con quienes se ayunta, de modo que se convierte en un ser de dos en uno y tres en uno. Es, pues, Huayrapuca, para mí, el *Tanga-tanga* calchaquí, la Trinidad aquella de la cual recuerda el P. Montoya (1).

Es por esto que en las representaciones simbólicas que luego voy a atribuir a Huayrapuca, ésta aparece con una cabeza monstruosa, como de dragón, a una extremidad del cuerpo, y con cabeza de serpiente a la otra, o ya con cabezas de guanaco y de renacuajo o con cabeza y cuello de guanaco, cuerpo de *suri* y cola de serpiente, constituyendo en este último caso un *tanga-tanga*, o sea un mito único, pero que a la vez por sus formas es guanaco, suri y serpiente, siempre con atributos solares. En otras ocasiones tiene cara humana; pero su cuerpo está formado de animales monstruosos, constituyendo todos ellos un solo ser de conjunto humano, con cara, cuello, cuerpo, manos y brazos.

Huyrapuca, en esta mitología de Antis, es la más alta y suprema de las divinidades, con cada una de las cuales se une cuando quiere para volverse un solo ser y fecundarse a sí misma.

No hay un solo punto en Calchaquí en donde no se conozca a este mito, del cual he recogido variados y preciosos apuntes en mi cartera de viajero. La primera vez que sospeché de su existencia fué al leer en Lafone Quevedo (2) el canto al Chiqui, en el que figura esa Huayrapuca, ese «viento colorado» de conjuro de aquél; y así dice este confuso canto adulterado, mitad castellano y mitad quichua:

Huayrapuca corriti;
Runaca cusiqui, cusiqui purinqui;
Caballumpi armachis, armachis purinqui:
Arquituta silvas, silvas purinqui.

Que Lafone traduce así:

Oh *viento colorado*, corre;
Que el indio andas alegre, alegre;
A caballo haciendo, haciendo que baile andas;
Toda la noche silvando, silvando andas (3).

Los dioses del Aire figuran en toda mitología andina. El Espíritu del Viento es en Estados Unidos un demonio o monstruo *(Haida Wind Spirit)* lamado *Skana*, que es el genio del mal. En la leyenda preincásica tenemos a las nubes del huracán, los tenebrosos *Guachemines*, que ahogan al

(1) *Conquista espiritual del Paraguay.*
(2) *Londres y Catamarca*, apéndice, páginas 103 y 167.
(3) *Tesoro de catamarqueñismos*, ver *Chiqui.*

rayo en la altura. El relámpago *Piguerao* los dispersa, corriéndolos en el cielo. De estos dioses voladores nos dan cuenta Wiener y Squier, con reproducciones de mitos del aire, de los que también se ha ocupado Rialle (1).

Entre nuestros calchaquíes existía el culto al Nublado que vaga por el espacio, y al elemento Viento mismo.

Estos mitos del Aire aparecen ser fálico-solares y llevan serpientes o colas de serpiente, que simbolizan el rayo y la carrera o velocidad. El mito de Squier aparece ser portador de un sol en la mano. Del mismo modo nuestra Huayrapuca tiene un origen igual.

He aquí como en Tafí, Chiquimí, Amaicha y otros lugares, se da cuenta de su origen cósmico, lo que en estos puntos es una clásica leyenda nativa que perdura del mismo modo, casi sin variantes y que como tal es digna de despertar vivo interés.

Hubo antiguamente, cuentan, en los valles, un gran gigante, al cual se sometió todo cuanto anda, camina y vuela por la tierra y el aire, como que era dueño del mundo. Cuando este gigante lo avasalló todo no se contentó con ésto, y como veía que a escondidas suyas el Sol y la Luna eran venerados por todas las criaturas, se puso celoso. El también se preciaba de ser hijo del cielo. El gigante trepó una mañana el más alto cerro y desde allí retó al Sol, el que se puso en guardia; pero de un hondazo le rompió la frente venciéndolo. Por la noche retó a Mama Quilla, y como ésta no era ayudada del Sol, su marido, en cuanto se le acercó la tapó, y tomándola la puso a hervir. Había vencido al Sol y a la Luna; pero aun no quedó contento: retó al viento. La Madre del Viento contestó al desafío, aceptándolo, lanzándose contra el gigante en el seno de una horrenda tempestad, llena

(1) « El terror producido por este fenómeno metereológico (del huracán) desempeña un gran papel en la historia primitiva de las religiones, dice Girar de Rialle, y es lo más natural que el salvaje haya divinizado este desencadenamiento espantable de las fuerzas de la naturaleza, delante del cual él queda débil y temblando, desarmado e impotente. Ninguna raza, por más intrépida que sea, ha quedado insensible a la impresión producida por el huracán; y si el temor religioso se ha transformado más tarde en un sentimiento de piadosa veneración entre ciertos pueblos, no es permitido dudar que al origen no fué el temor el que inspiró la deificación del rayo y de la tempestad. » *(La Mithologie Comparée*, t. I, cap. VIII, pág. 141.)

Este mismo autor (págs. 142 a 144) nos cuenta que cuando venía la tormenta, los caribes, raza turbulenta y guerrera, se escondían en sus cabañas con la más profunda consternación, llorando y dando gritos.

La tormenta es un genio encarnado en la nube y el rayo es el arma del mismo. La adoración al viento no se puede razonablemente distinguir de la del cielo. El viento, como ser viviente, como personalidad, es aceptado por muchos pueblos de la América del Sur, como los payaguás, los que reciben a la tempestad con tizones de fuego en las manos, o dan de puñadas al aire. Los pieles rojas a menudo representan a las tempestades y los vientos como grandes pájaros. El *Catequil* preincásico llevaba a la vez tres nombres: *Chuquilla*, el trueno; *Catuilla*, el relámpago; e *Intiallapa*, el rayo. Entre los araucanos, *Pillan* es un dios-rayo, que fué indudablemente el rayo mismo en los tiempos primitivos.

de truenos y erizada de rayos; y cuando la descomunal batalla comenzó la Madre del Viento sopló con todo su aliento, de tal manera que el héroe fué desbaratado por sus huracanes, así como suele dispersar al Nublado, su enemigo.

Tan singular y clásica leyenda perdura cabalmente en el valle de Yocavil.

— ¿Y cómo se llamaba por los antiguos esta Madre del Viento? — interrogué.

— *Huayrapuca*, se me contestó, porque *Huayra* equivale a «viento» y *puca* a «colorado».

Y aquí tenemos a esta divididad invocada en la primera estrofa del canto del Chiqui, para conjurar a este genio del mal. Ahora, veamos quién es, qué hace, dónde y cómo vive esta Madre del Viento, para que del conjunto de datos recogidos organicemos su armazón mitológico, buscando a la vez su ubicación en la pletórica leyenda del Norte.

Insisto en repetir que la Madre del Viento es el mito supremo, el Júpiter Tonante de las tempestadas desencadenadas. Es más que el Sol, más que la Luna y más que el héroe que venciera en la justa genesíaca al Inti y Mama Quilla, puesto que dispersó al Goliat formidable, haciéndose de sus despojos solares para avasallarlo todo. Sólo de vez en cuando en la tradición montañesa, dada la veneración filial del indio a su Pacha Mama, ésta, después de desigual batalla, suele poner en polvorosa fuga al Viento; pero es verdad también que para ello se ha aliado en las cumbres con el Nublado, quién conservará eterno rencor a *La* Viento, porque le dispersa a menudo, cuando sopla con los pulmones de la tempestad. También hay que tener en cuenta que en lo más álgido de la batalla con Pachamama, de repente se alzan ambos con gran estruendo a los elementos, donde ésta es fecundada por la Madre del Viento, que en ocasión tal se transforma en varón, por propia virtud, dando ello por resultado que todo fecunde, procree y venga en aumento, alzando entonces el indio su yuro de chicha para propiciar a las divinidades de la buena ventura. La primavera inyecta su sabia en los troncos y reverdece en los campos, y duplica las crías en los ganados de la tierra. Es de este modo también como tiene lugar para el indio el cambio de estaciones, del frío al verano con lluvias y sin nieves.

Huayrapuca nada tiene que hacer directamente con el hombre, sino que obra para él por intermedio de los demás mitos venerados, generando con ellos; y de allí que el indio no la propicia con las cariñosas ofrendas a la Madre de los Cerros; pero la teme, y la teme mucho; porque a aquella se debe la misteriosa fecundación de la tierra.

— La Pachamama, señor, es muy *alhajita:* nos da todo lo que le pedimos; a *La* Viento no le *mingamos* nada y sólo queremos que a la *magrecita* no la *oche*, porque todo viene a mal y la Pachamama puede salir perjudicada en la guerra; y entonces la tierra se pone muy triste; pero la *magrecita* es porfiada y se enoja a veces.

Únicamente en asuntos humanos de amores, dicen en Tiopunco que *La* Viento suele intervenir cuando está mal humorada, y eso para aniquilar la virtud de los *huacanques*, separando a los amantes. El amor para el indio es el acto carnal ; y así se explica que la madre de la fecundación suela entrometerse en ello. Como cosa ligada en este asunto se me ha dictado en Tiopunco el siguiente verso, herencia « de los antiguos », que sin duda es moderno por los consonantes. Va tal como suena :

Mimahuaqui nihuarcanqui,
Maitaschaimuna cuarcanqui,
Chirimancho chirichinqui
Huayramancho huapachinqui.

Que se traduce de este modo :

Dices que me quieres mucho :
¿Dónde está lo que me quieres?
¿Lo has hecho helar con el frío
O hecho llevar con *el Viento*?

¿Cómo es la Madre del Viento?

¿Cuál es el origen de esta Madre del Viento, de dónde sale, y qué formas tiene la misma mientras no se une con otros dioses y no se transforma?

A Huayrapuca se dan distintos orígenes según las localidades y tiene diversas formas, sin duda porque es tan variable ; y así, desde que se penetra al valle Calchaquí no hay quien no sepa de *La* Viento ; pero cada cual una cosa distinta. Veamos lo que de ella cuentan en varias localidades en las que hice folklore :

En *Los Cardones* (Quebrada de Amaicha). — Que *La* Viento nació junto con el Sol y antes que la tierra. Que con el Sol peleó y lo venció, y que por eso es temida. Que el buen Sol hace que las cosas reproduzcan, y que *La* Viento, si bien fecunda, también destruye ; y que cuando produce es siendo preñada o preñando, sea con varón, sea con mujer, con macho o con hembra, *runa* o dios. Que es enemiga mortal de El Nublado, a quien roba en el rayo la luz del sol y de la luna a los cuales cubre con sus nubes, y sobre los que se cree con imperio. Se añade también en este lugar que salió de una laguna en cuyo fondo se veía el resplandor de una estrella. Es, asimismo, hija del abismo y de los hondos *huaicos*, de cuyas profundidades sale siempre volando, en medio de braminos y reventones del cerro. Su cuerpo está cubierto de pieles de guanaco y se sienta a descansar en los corralitos, haciendo los rayos de luz de su cabeza.

En *Amaicha*. — Su origen es confuso pero cósmico. Se dice que peleó con el Sol. Según conviene es joven bella o vieja de espantable fisonomía. Es bàja, muy cabezona, *chasca*, con corona de fuego y ojos relucientes.

En *San José y Ampajango.* — Ha nacido del caos en las guerras del Sol con un gigante, al cual ella venció. Es una vieja alta, *chasca*, cabezona, de grandes ojos, con una boca extraordinariamente redonda para soplar y dispersar al Nublado.

En *Quilmes.* — Ha nacido antes que nadie. Anda volando y cuando vaga por el aire va con los cabellos de oro extendidos y desparramados. Es cabezona, *chasca*, y brilla más que el lucero.

En *El Cajón.* — Peleó al gigante que venció al Sol y a la Luna y al que después, soplando, desbarató, dispersando sus miembros por los cuatro vientos. Tiene figura de gente. Es de mayor estatura que un hombre y sus cabellos son muy largos y relucientes, como lentejuelas. « Los ancianos, agregan, la han alcanzado y visto en los desiertos. »

En *Cafayate.* — Es una mujer de largos y relucientes cabellos rubios. Ha aparecido recién después que el gigante venció a los astros mayores ; y, como éste era *ochador*, le salió al encuentro y lo desbarató.

En *Tolombón.* — Es una mujer muy grande, muy *chasca* y de cabellos lucientes. Se adorna con topos de plata. Es *chasca* porque el cabello se le desparrama cuando sopla y vuela. En el cuello lleva prendida una toalla con broches de oro. De sus grandes orejas penden dormilonas del mismo metal. No camina, y siempre vuela, aunque ande sobre la tierra. Ha nacido en los abismos de los cerros que rodean a Pampayana, junto con el viento, que antes de ella no existía. Otros cuentan que es una *coya* robada, en encanto, y quien hizo el rapto fué un gigante que se la llevó a un subterráneo brotando de éste un ojo de agua también encantado.

De todos estos datos combinados resulta, en resumen : que Huayrapuca tiene origen cósmico o solar ; que es la divinidad genesíaca y la más antigua de todas ; que es un mito poliforme, de aspecto humano, siendo a la vez la tempestad, el viento mismo. Y, respecto a sus formas humanas, es de advertir que el indio se las ha dado, como a todos sus dioses, aunque a aquellos visibles, como el Sol y la Luna, que figura con cara, ojos, nariz y boca. Lo del cabello brillante y chasco es una reminiscencia de sus altos abolengos celestes.

B. *Es la diosa del aire*

Huayrapuca, como lo hemos visto, es en todas partes la Madre del Viento, el dios o espíritu del Aire (1). Jamás ella camina, ni siquiera cuando penetra a su lóbrega vivienda. Vuela siempre, subiendo y bajando, soplando arriba y abajo, sin dejarse ver de los mortales, porque se oculta en lo más espeso de las nubes ; pero, por sus ruidos se sabe cuando pasa, iguales a los de los cerros « cuando se enojan ».

(1) Refiere el padre Antonio Calancha que al *Aire* tenían los peruanos por espíritu del sol. Giménez de la Espada (*Congreso de americanistas en Bruselas)*, tomo I, página 576.

Interrogando a las gentes de los valles qué clase de auxilio presta al mito la serpiente para volar, se me contestó :—¿no ve que la serpiente no tiene alas, y salta largo y vuela también?—Y, efectivamente, lo de las serpientes voladoras, es la cosa más corriente en Calchaquí. Cuando Huayrapuca tiene, entonces, larga cola de serpiente, es claro que vuela.

La Madre del Viento, tiene su imperio en los espacios, los que domina sin límites ni restricciones, no permitiendo ni que se arme el Nublado, ni que el Remolino se alce, envuelto en sus espirales de polvo, porque el viento es suyo, porque este elemento es su propia esencia. Rara vez sale de su cueva, a no ser cuando siente los pasos de alguien en el aire o en las eminencias de los cerros, suyas también, porque son sus descendientes.

C. *Parientes de Huayrapuca*

Hijos suyos son los más altos cerros que circundan a Calchaquí, siendo gemelos el Piscacruz y el Nevado de Cachi. De este modo *La* Viento comienza a confundirse con Pachamama.

Huayrapuca, además, tiene primos, ahijados, compadres y *cumas*.

En los Cardones y Amaicha se tienen a la Centella y al Rayo por parientes suyos muy próximos. La centella es hembra y varón el rayo

El Remolino es su primo hermano (1).

El hijo mimado de la Madre del Viento, el *Shulco*, de quien es compañera inseparable, es, como lo indica su nombre, el Viento, al cual, tras laborioso parto, ha engendrado en las inmensas cuevas de las cordilleras, y del que se vale cuando quiere actuar eficazmente. El Viento es varón; y a los varones, a quienes Huayrapuca persigue, los lleva a su cueva y en ella los tiene sin dejarles ver la luz. Esta, al llegar, dice: «Carne hay»; el Viento contesta: «Sí, mi madre», añadiendo que es un pobre que se ha perdido en los campos, y que es necesario dejarlo seguir su viaje, después de haberlo hecho pasar por el reino de las tinieblas.

Aquí, como se ve, cabe una observación sujestiva: La Madre del Viento es el viento mismo; madre e hijo a un tiempo, o sea un ser doble, de dos en uno y uno en dos.

D. *Es andrógina*

El hecho que acabo de apuntar demuéstranos a las claras que nos damos con un mito andrógino, varón y hembra a la vez.

Este mito se procrea a sí mismo, y es así como ha engendrado un hijo que es su esencia, su propia individualidad mitológica.

(1) El Remolino se llamaba *Huyra-Muyuh*, palabra compuesta en la que tenemos otra vez el *Huayra* o viento, lo que es muy significativo, como si se repitiera un apellido común entre parientes tan cercanos como *La* Viento y el Remolino.

Por otro lado, la tradición toda está conteste en que esta divinidad tiene contactos carnales con otros dioses o seres vivientes, varones o hembras, a los que fecunda, cuando no es por ellos fecundada; y he aquí confirmado, plenamente, lo de los falos andróginos.

Es mentado en El Cajón, el cuento de los amores de *La* Viento con un hombre, al que después, por celos, alzó a las alturas, desde donde lo largó a la tierra, para que no quedara ni el polvo de sus huesos. El cuento ha sido tomado por mí, de boca de los indios mismos, y para que no pierda su sabor local, va tal cual lo recogí:

« Había una vez, dicen, un pobre hombre que andaba siempre por los montes buscando vicuñas, de cuya caza vivía. Andando, andando, se encontró con *La* Viento, quien gustó mucho, mucho de él, enamorándose. Yo no sé cómo fueron las relaciones; pero sí sé que le hizo el trato, para que ella lo ayudara, de no enamorarse de ninguna mujer. Desde entonces aquel pobre hombre, que vivía de las vicuñas, fué el más rico de todos los hombres, pues en cuanto necesitaba dinero para pagar cualquier cosa, *La* Viento soplaba contra la montaña, que se abría, dándole todo el oro que quería. Sucedió que una vez el hombre se enamoró de otra mujer, y *La* Viento lo supo. El hombre, asustado, se refugió en un templo; pero, ¡qué era eso para *La* Viento! Desde muy alto se largó cuesta abajo contra el templo, lo hizo pedacitos y al hombre lo levantó a las elevaciones, largando desde allá sus huesos. »

E. *En donde vive*

Es en las eminencias de los cerros o en los profundos abismos de las cordilleras donde vive Huayrapuca.

En Tafí, se le da por vivienda las asperezas del llamado cerro del Zorrito, que se divisa a lo lejos, al nornoroeste, frente a Amaicha. Se dice que allí el viento estrelló contra las rocas un zorro, el mismo que hoy en las formas del cerro parece verse incrustado en él. No deja de llamarme la atención que en otros lugares se hable de este zorro, al que el viento ha vuelto piedra, como sucede en la quebrada de las Conchas, más allá de Cafayate, en donde creen ver las formas de otro zorro, debiendo advertirse que este animal figura en la leyenda preincaica como enemigo de la luna.

En Amaicha se cuenta que Huayrapuca vive en la boca de los cerros más altos. Surge también de una laguna llamada Lesle, sobre la sierra del mismo nombre, así como de la lagunilla del Rey Inga, llamada así para conmemorar las hazañas de un supuesto rey Tipa. Cuando la madre del Viento sale de la laguna, brota de las aguas una gran humareda.

En Quilmes se dice que vive en palacios de oro, en los precipicios y que estos palacios son invisibles.

Como antes apunté, en la quebrada de las Conchas, frente a San Carlos, hay un lugar en donde se resguarda el viento, el que, por la tarde, hace

ruído en su estrecho cajón. Este punto se conoce hasta hoy con el nombre llamativo de « Casa del Viento ».

Desde allí, en una piedra que está sobre la cumbre, creen ver el zorrito que salta de roca en roca; pero nadie osaría mirarle de cerca, porque en tal caso el viento daría en el suelo con quien ascendiera la montaña. Cuando no sopla en la quebrada se dice que el viento ya está en su casa; recién entonces transita la gente, temerosa del ruido que hace. Añaden que la casa de la Madre del Viento es una gran cueva prolongada hasta el corazón del cerro, que nadie ha visto, porque en llegando allí el viento alzaría en sus alas al del ascensor, y desde las alturas lo largaría al suelo. En esta cueva se asevera que hay un gran « tapado » de oro, porque la Madre del Viento guarda los metales en las entrañas de la tierra. Cuando no hay viento es porque la divinidad está alternando con su primo el Remolino.

En Tolombón se relata, más o menos, la misma leyenda, agregándose que, de noche, cuando no sopla viento, la Madre duerme.

F. *Es también divinidad acuática*

Huayrapuca no sólo mora en los cerros, en las eminencias y los abismos, sino que también es una divinidad acuática, no conociendo yo otro mito de esta especie en Calchaquí, por más que alguna vez llegue a hablarse vaga y confusamente de la Mama Cocha de la peruviana mitología. Desde este punto de vista, Huayrapuca es, pues, bastante interesante, tanto más cuanto que se nos presenta en el agua como persona de un mito solar.

A la Madre del Viento la han visto de lejos surgir esplendorosa, brillando como un cometa de la laguna del Pabellón (Cajón), alzándose las aguas cuando salía a la orilla a secar al sol sus cabellos de oro, a adornar su cabeza con piedras brillantes, para después cantar con la dulzura de una sirena. Sentada en la playa, toma su luciente peine y lo pasa por su cabellera suelta en larga madeja, que cae desparramada sobre su rostro y sus senos. Cada vez que moja el peine en el agua y lo lleva a su cabeza, brotan de ella vivísimos resplandores. La laguna citada es una vivienda permanente en la estación primaveral. Se cuenta que, en el fondo de la laguna, se ven una estrella y un cuerno de oro. Quienes tal cosa admiraron, enloquecieron al referirlo, muriendo poco después.

Otros dicen que la morada de la Madre del Viento es la Laguna Brava, en medio de los Pabellones; que en esta laguna se peina, flotando sobre las aguas, brillando un sol pequeño en el fondo y una luz en el cerro, frente a la laguna.

En Tolombón, refieren que la divinidad mora en una pequeña aguada, llamada de los Poronguillos, cerca de Caspinchango; que vive en el fondo de la aguada en un lecho de luces, y que de allí surge en forma de sirena (tradición españolizada) con una larga cola de serpiente de dos cabezas;

que surge portando en sus manos un *charango* de oro, brillante como un sol, pulsando las cuerdas del instrumento para cantar con más dulzura que las aves, las que llegan volando a oírla; y es por eso que tan suavemente cantan calandrias y zorzales.

«La Sirena», dicen en San Carlos, es hermosísima, llena de joyas resplandecientes. De sus manos saltan chispas cuando toca las aguas, y su cabeza es un sol. Viste traje de oro reluciente. Se peina con peine de oro, y cuando lo hace caen perlas de su cabeza.

En Cafayate y la Quebrada de las Conchas, cuando una muchacha canta bien, el mayor elogio que se le tributa es diciéndola: «ésta ha estado con la sirena de la laguna y con razón canta tan lindo».

G. *Huayrapuca y los mortales*

La Madre del Viento es una divinidad temida por el Calchaquí. Por eso mismo la propicia; pues, excepción hecha del Yastay y Pachamama, cuando más funesta es a aquél, tanto más es venerada y propiciada, para evitar su daño, después que la conjuración no ha dado resultados. El temor ha sido siempre el principal motivo del culto, de parte del salvaje. Este teme a Huayrapuca, porque muchas veces se le aparece como divinidad funesta, arrasándolo todo con su soplo; porque la considera un encanto o un hechizo, pues quien la ve enloquece y muere.

A más de eso, Huayrapuca hace desaparecer a los mortales, alzándolos a los elementos, para largarlos a la tierra o para retenerlos prisioneros en el reino de las sombras de su lóbrega vivienda. Desgraciado, sobre todo, de quien llegue a mirarla, cuando sale explendente de las aguas o cuando se aparece con su cortejo de viento a pelear con el Nublado. Uno de los tantos episodios de *La* Viento, en tal sentido, fué tomado del Cajón, donde perdura toda su intrincada leyenda. Dicen mis apuntes, que siempre recogen con fidelidad y a la letra lo que aquellas buenas gentes relatan: «Eran dos ignorantes que, andando por las faldas de la montaña en una quebrada, encontraron dormido al Viento. El viento es muy grande. El más corajudo de los dos hombres levantó una gran piedra y haciendo mucha fuerza la arrojó sobre la cabeza del temido ser; pero, ¡qué le iba a hacer al viento! ¡Vos me has querido matar, le dijo despertando y ahora vas a ver! Hizo un gran remolino; alzó al osado a los elementos, y cayeron en tierra los huesos del ignorante que el viento largó de lo alto. Mientras tanto, el compañero del caído que huía por los desiertos, vió caer los huesos de éste, y le quedó que contar.»

A mediodía, cuando el sol está sobre las cabezas, es cuando canta Huayrapuca. Si alguien llega a oírla, queda al momento encantado. En tal estado la sirena le arrastra al fondo de las aguas, y de allí no sale más. No

quiere que mortal alguno sepa de su pasado grandioso, pues canta su epopeya, cuando venció al gigante, batallador celeste.

Otras veces, Huayrapuca convierte en viento a los hombres.

H. *Cómo se la propicia y conjura*

Esta Madre del Viento, cuando está mal humorada o se enoja, lo que continuamente sucede, comienza por hacer gran ruido en el cerro, como si se desplomasen las montañas (1). Suelen, entonces, sentirse leves sacudimientos de tierra. Luego comienza a bramar en su tenebrosa vivienda, y truenos lejanos llenan los espacios con sus ecos repetidos y prolongados. En tanto, la naturaleza está como entumecida o aletargada, y no se mueve una hoja en los árboles; pero de repente aparece a la distancia el « viento colorado », que viene; las copas de los algarrobos y talas comienzan a cimbrarse y luego a silbar, hasta que una nube inmensa de polvo cubre la extensión de los valles. Es el viento que pasa, « que silbando pasa », arrasándolo todo, tanto, que los guacanos con sus *tekes* y las vicuñas con sus crías se suben a lo más alto de los cerros y como en las eminencias no hay polvo, *La* Viento anda haciendo daño sólo en el bajo.

Cuando Huayrapuca sopla sobre la tierra, amenazando abatir las eras de maíz y arrastrando las flores de los árboles frutales, como es Pacha Mama la madre de la tierra, hay que acudir a ella, sin necesidad de propiciarla, para conjurar a la Madre del Viento. La Pacha Mama la persigue y corre, sin dejarse envolver por sus trombas de viento y, cuando esto sucede, elévase a los aires con ella. Si el acto del conjuro no da resultados, si la divinidad funesta no se aplaca, el indio cambia de conducta, y entonces propíciala humildemente, valiéndose de la coca y diciendo: « Madre, déjanos pasar; te pago; te dejo *acullico* para que te alimentes; déjanos pasar, déjanos pasar por favor. » Esta oración breve responde a que al indio le sea permitido seguir su camino por el cerro y no lo alce o se lo lleve. Cuando la ceremonia propiciatoria se celebra con mayor unción es cuando, llena de ira Huayrapuca, « tira rayos », otra prueba de su origen luminoso y de que anda con Inti-Illapa.

Es de advertir respecto a la coca con que se la propicia, que Huayrapuca se alimenta con el sagrado vegetal de las libaciones, y por eso se dice de ella « que se roba la coca », cuando el indio nota su falta en la *chuspa* que la contiene y guarda. « Madre del Viento, dice: ¡quién si no tú me has de haber robado la coca! ¡Ya que lo has hecho, que me venga a bien! »

(1) Sobre los bramidos de los cerros y su significación, véase Daniel Granada, *Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata,* página 143 y siguientes. Montevideo, 1896.

I. La *Viento y Zopay*

El Supay o Zopay, dicen que es muy amigo de Huayrapuca, tanto, que casi siempre va a visitarla a su cueva; y esto porque, como Supay es el diablo mismo, puede servirla cuando ella premedita algún daño a algún mortal en asuntos de su oficio. En cambio, como Supay es tan amante de las doncellas, *La* Viento le protege en sus empresas de seducción o de rapto. « A una moza, dice el Machi de los Cardones, el Supay la abrazó, la robó e hizo con ella su gusto, protegido por la Madre. Los parientes de la moza se fueron a buscarla a una quebrada; en su interior dieron con un agujero, al que conjuraron con chicha, oyéndose unos reventones durante la ceremonia : era la Madre que mudaba de casa. »

J. La *Viento y Pacha Mama*

Es Pacha Mama, como queda dicho, el mito al cual se recurre para aplacar a Huayrapuca. No obstante esto, es necesario para la reproducción y fecundación de las cosas, que la segunda *se comprometa* con la primera. Esto hace en primavera, frecuentando ambas divinidades sus misteriosas relaciones por un subterráneo profundo, que sirve de comunicación a las casas de una y otra. Después de frecuentes visitas, ambas se unen en un sólo ser y salen de las cuevas, y se levantan a los elementos. La Pacha Mama hace de hembra y Huayrapuca de varón. Su unión es tal, que entonces constituyen un andrógino, un ser único y bisexual que se fecunda a sí mismo. La lluvia no tarda en hacerse esperar sobre los campos sedientos. El indio, entonces, propicia a este doble mito, y la naturaleza revive, fecunda y produce.

K. La *Viento con el Remolino y el Nublado*

La Viento es prima hermana del Remolino. Este vive también en la cueva tenebrosa de los bramidos, y cuando salen de ella lleva la delantera el Remolino. Puestos en marcha, cada cual toma rumbos distintos, y encontrándose, sea por el cerro o el llano, se abrazan y confunden. Entonces caen los árboles. Ambos son enemigos del hombre, al cual lo llevan consigo si lo encuentran a su paso.

Huayrapuca es irreconciliable adversaria del Nublado, con el cual lucha a menudo, venciéndolo y dispersándolo; pero si éste, como sucede de tarde en tarde, es favorecido por la victoria, en ese caso nieva. En Los Cardones y Amaicha cuentan de este combate singular. « El Nublado, dicen, viene, viene, hasta que estallando de ira reta a *La* Viento con un trueno, embistiéndose y tomándose a brazo partido. Esta sopla y le dispersa. »

L. La *Viento y el Sol*

Cuando al ponerse el sol éste da reflejos rojos en las cumbres de los cerros, dicen los calchaquíes que la Madre del Viento está en relaciones con el astro rey. Huyrapuca va volando y lo alcanza antes que aquél penetre a su casa, a la que llegan juntos, para pasar la noche entera en continua y amorosa orgía. En este caso, seguramente que va a haber tempestad de viento y de rayos. Huayrapuca « se encuentra » muy continuamente en la casa del sol con éste, la cual casa se halla en el cerro denominado *Orko*, al norte de Las Conchas.

II

Antes de pasar a estudiar las diversas representaciones de Huayrapuca en las pinturas de la alfarería y en los grabados de las rocas de nuestro Calchaquí, conviene hacer notar que en casi toda la región andina de la América existen dioses del aire, y que éstos están relacionados o vinculados al espacio, las nubes y los fenómenos metereológicos, cuando no son su propia personificación, o no tienen muchos de sus atributos (1).

Del propio modo que en la leyenda local, estos dioses del aire son mitos voladores, y tienen cola de serpiente o de dragón. En las láminas que nos ofrecen los arqueólogos, vense figuras del todo semejantes a las que yo, con sobrado criterio, atribuyo a Huayrapuca y que, por su parecido o identidad y algunas veces por sus atributos, conviene reproducir en esta ocasión.

En Estados Unidos tenemos dioses del aire, o espíritus del aire. Las representaciones de estos mitos aparecen en un interesante trabajo inserto en la Revista del Smithsonian Institution (2), del año 93, titulado *Myths and Mythic animals*. Las tres figuras que se ofrecen (fig. 21, 22 y 23) representan animales mitológicos. La más pequeña (fig. 21), que se distingue de las otras dos en no tener garfios y por la figurita representando un ser humano, en posición horizontal, en su vientre, es, según los pieles rojas creyentes, el Espíritu del Viento *(Haida Wind Spirit)*, un monstruo o demonio llamado Skana, que quiere decir genio del mal (3). Este demonio, tal cual sucede con la Huayrapuca, según Judge Swan, ateniéndose a lo que

(1) Keane, *Man Past and Present*, página 30, dice que los sudaneses tienen cierta idea de un ser sobrenatural identificado con el cielo (Sky), la lluvia, el viento o tormenta de truenos.

(2) J. W. Powell, *Tenth Annual Report of the bureau of Ethnology to the Secretary of the Smithsonian Institution*. Washington, 1888-89.

(3) *Op. cit.*, página 477, figura 664. Esta lámina, como las dos siguientes, me han sido remitidas por el inteligente y apreciable joven Víctor J. Garino, quien con tanto éxito colabora en nuestros trabajos.

le han contado, es susceptible de transformarse de todas maneras, y varias son las leyendas a propósito de él.

Las dos representaciones restantes (fig. 22 y 23) son también monstruos, genios del mal (2). Estas dos figuras fueron obtenidas de algunos indios haidas que visitaron el puerto de Townsend (Washington), en el verano de 1884.

La figura 21 lleva el nombre de *Orca Haida*, y las otras dos el de *Wasco and Mythic raven Haida*, y quien escribe sobre ellas es Albert P. Niblack, el que ha podido descifrarlas con paciencia y dificultosa labor.

Fig. 21. — Espíritu del viento. Estados Unidos

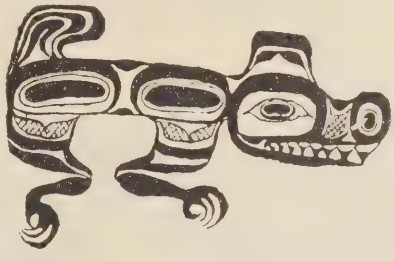


Fig. 22. — Figura mítica de los Haydas

Fig. 23. — Ave mítica de los Haydas

No se crea, por un momento, que estas representaciones han podido sugestionarme, pues dí con ellas muy posteriormente a mis apuntes sobre Huayrapuca (3), cuando buscaba los mitos del aire en toda la región andina. La representación que me hizo pensar en un dios del viento en Calchaquí, fué el mito del Aire de Squier, que luego reproduciré, por la comunidad de leyendas mitológicas de Calchaquí con el Perú.

Es necesario desde ya llamar la atención del lector sobre la coincidencia asombrosa de muchos de los datos del folklore con las representaciones ofrecidas en las figuras 2 y 3, en las cuales damos con monstruos

(2) *Op. cit.*, página 480, plancha XXXII.

(3) Carta de Garino, de julio 2 de 1899. Buenos Aires.

triformes, con diademas luminosas, cara monstruosa y larga cola. Además es muy singular, como lo hace notar el autor que de ellas trata, que estos mitos del Norte, como nuestra Huayrapuca, tienen la facultad « de transformarse ».

En Méjico es notabilísimo en este sentido el mito de Tláloc (1).

En Cozumel y la América Central, en general, hay una diosa del Aire, que vuela, vestida de túnica blanca, con cruces, que en estas regiones se tienen por símbolo de lluvia. En Yucatán el dios del Viento se llama Bacaba, que sopla de los cuatro puntos cardinales.

En el Perú tenemos un dios del Aire que nos ofrece Squier (fig. 24), el cual no tiene alas, como ninguna de las otras divinidades voladoras ; pero

Fig. 24. — Dios del aire de Squier

Fig. 25. — De Wiener

Fig. 26. — De Wiener

tiene en cambio la cola de proporciones desmesuradas, muy semejante a la de nuestra Huayrapuca, con la que remaría en el espacio, de acuerdo con la leyenda. Ya he hecho notar la coincidencia común de la cola en el mito peruano y nuestra Viento; añadamos que uno y otro tienen cara monstruosa, llevan casquete o diadema luminosos, y son portadores de un sol en la mano. Huayrapuca es un mito de la reproducción ; y fálicos son en la lámina de Squier el casquete triangular de la cabeza y el cetro que porta la izquierda (2).

De las mismas regiones incásicas, Wiener (3) nos ofrece todas esas figu-

(1) Rialle *(op. cit.)* dedica un largo capítulo final a los dioses del aire de Méjico y de América Central. Estos dioses tenían templos y hacíanles sacrificios para propiciarles.

(2) Notamos que el dios de Squier es portador de un ave. En Méjico, esta ave simboliza las nubes. Véase más adelante (fig. *b)* cómo el mito calchaquí es también portador de un ave.

(3) *Pérou et Bolivie,* páginas 47, 81, 167, 640, 671, 674 y 702.

ras con cola, muchas de ellas con símbolos luminosos (fig. 25 a 31). El lector debe comparar estas figuras con las que luego ofreceré, atribuyéndolas a Huayrapuca. La figura 25 lleva un casco luminoso y cola triangulada ; las manos con sus dedos, son del todo parecidos a los que luego ofreceré, correspondientes a figuras calchaquíes. En la figura 26 debe notarse el casco, las manos y sus dedos, así como la larga cola dos veces simétricamente doblada. La figura 27 como Huayrapuca, lleva sus manos de dedos largos, tiene al parecer diadema luminosa, y es un ser doble, que también tiene cola. El monstruo de la figura 28 es bicéfalo, siendo induda-

Fig. 27. — De Wiener

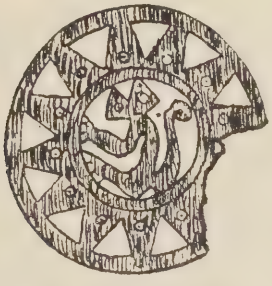


Fig. 28. — De Wiener

Fig. 29. — De Wiener

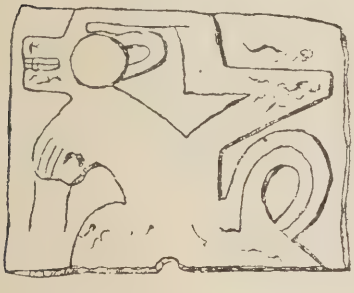


Fig. 30. — Bajorrelieve de Cabana

Fig. 31. — De Wiener

blemente un « doble » con cola, al centro de un círculo solar, adornado de triángulos fálicos. En el objeto de la figura 29 aparece una figura monstruosa en la parte ventral del mismo, figura que tiene muchas semejanzas con los mitos del aire de los Haida, que ofrecí al principio. Compárese el monstruo con las representaciones que más adelante ofreceré de Huayrapuca, y el parecido será muy notable en los rasgos salientes de la fisonomía y formas del cuerpo : boca monstruosa y dentada ; puntas de cuernos luminosos en la cabeza, ojo de gran círculo con punto, posición y forma de manos de largos dedos, cola y cuerpo monstruoso. En la figura 30, bajo relieve de granito en Cabana, representando un animal fabuloso, aparece

figurado otro monstruo que, por sus formas, su cabeza, boca con líneas que cortan en el lugar de los dientes, gran ojo, manos y cola, podemos atribuir a la serie. Finalmente, llegamos al famoso bajo relieve del Sol, de Pashash, actualmente en la iglesia de Cabana. A ambos lados de la figura solar de cara humana (fig. 31) y como envolviéndola con sus cuerpos enormes vense estos cuatro monstruos, dos cabeza arriba y dos cabeza abajo, unidos por las colas, que se juntan en el lugar correspondiente a los círcu-

Fig. 32. — Disco de cobre de Lafone Quevedo

los con cruces, que desde luego dan idea de viento, pues las cruces equivalen a agua de la tormenta. Estas figuras monstruosas son interesantísimas, y se repiten en el famoso disco de Lafone Quevedo. Para mí son verdaderas y típicas Huayrapucas, o representantes de la Madre del Viento. En efecto: la leyenda del mito es eminentemente solar, y divinidad tan alta o más que el sol es Huayrapuca, por lo que muy claramente figura a su lado. Antes ya se dijo que cuando el Sol está por ponerse, Huayrapuca se le une, y «tiene relaciones» con él, lo que refuerza la hipótesis anterior.

Si el Sol es el ser fecundante por excelencia, y si las lágrimas del dios

Sol de Tiahuanaco (1) son la *lluvia* que llora, nada es más natural ni más lógico que esté rodeado por la tormenta, porque sin ésta no se concibe la lluvia. Estas figuras monstruosas del Sol de Pashash son muy parecidas a las *Skanas* o Espíritus del Viento de los Estados Unidos y en Calchaquí se repiten con sus mismos caracteres, como lo prueban las láminas que más adelante ofrezco, con las cuales debe compararseles, y muy especialmente con los *humucutis* del disco de Lafone, también rodeando el sol, por una coincidencia seguramente intencionada. En las figuras monstruosas del dios Sol de Pashash, desde el primer momento deben llamarnos la atención sus cabezas deformes, con ojos con punto, de dos círculos concéntricos; su boca de la cual arrancan esos símbolos en forma de H U N, que más adelante vamos a ver que se repiten en algunas figuras calchaquíes equivalentes; su mano de cuatro dedos abiertos y la posición de la misma; la forma monstruosa del cuerpo; su cola y demás que hacen que este animal luminoso pertenezca a la familia de los mitos del aire y la tormenta (1).

Repito que los *humucutis* del disco de Lafone Quevedo (fig. 32), que rodean al dios Sol, de forma humana y orlado de rayos de luz, tienen el mismo valor mitológico que los llamados dragones del dios de Pashash, de Wiener, tanto por su semejanza, como por el modo y lugar en que el artista los ha grabado tan admirablemente en la plancha de cobre de Chaquiago (Andalgalá, Catamarca) pues lo que salta a primera vista es que los humucutis son solares, que forman parte del mito Sol y que por sus cruces en las cabezas, producen la lluvia, son la tormenta y, por tanto, representantes de la Madre del Viento, debiéndose de ellas repetir lo que se ha escrito respecto al dios Sol de Wiener, del cual debe formar parte en estas figuras monstruosas el Quonn, o dios del agua (2).

Insistamos en que en nuestro Calchaquí no teníamos hasta este momento un dios del Aire, que el folklore — ya que carecemos de todo dato escrito de los cronistas de estos indios, — nos ofrece en Huayrapuca, viniéndose con ello a llenar esta laguna de nuestra mitología del Norte, personificado como quedará en ella el elemento Aire, de la mayor parte de los pueblos venerado. Recogida minuciosa y detalladamente de boca de las gentes, la leyenda, heme preocupado en seguida, de acuerdo con ella, de buscar en la alfarería y en las piedras grabadas la gráfica representación de esta divinidad *sui generis*, creyendo haber dado con ella, en las láminas que en adelante se reproducen.

Fué una suerte haber dado en el valle de Catamarca (Capayán) con la olla que reproduce la figura 33, parte posterior, por estar desarrolladas en la figura 34 las complicadas representaciones de las partes anterior y late-

(1) Wiener, cit., página 703.

(1) Hablando de la trinidad solar, dice el padre Antonio Colancha *(Historia del Perú)* que « el Demonio los persuadió (a los peruanos) que había padre sol y hijo sol y *aire* o espíritu sol ».

(2) Ch. Wiener, cit., parte 3ª, capítulo IV, página 707.

rales de la misma. La olla es de barro cocido, negro retinto, brillando como si estuviese barnizada. Está reproducida en la mitad de su tamaño natural. La olla está casi totalmente dibujada, rayándose sobre el barro, tal como aparece en la lámina desarrollada de la figura, con excepción de esa pequeña porción de la figura, que corresponde a la manija del objeto y que es lisa. Esta manija, como salta a primera vista, es un fragmento de la cola de la extraña y complicada figura grabada en la olla, estando rota la cola a la mitad de la misma, la que se prolongaba hasta la boca del objeto, por el rastro dejado por la rotura.

La figura 34 que, como hemos dicho, es el desarrollo del mito de la olla, ofrécenos un ídolo interesantísimo, de formas humanas al centro de la lámina. Este ídolo lleva su gran penacho luminoso, y sus cejas, nariz y tatuaje del rostro están formados por la manera caprichosamente artística como se ha grabado la serpiente doble, correspondiendo sus cabezas al ta-

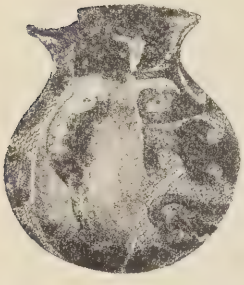


Fig. 33. — Olla de barro de Capayán. Colec. Quiroga

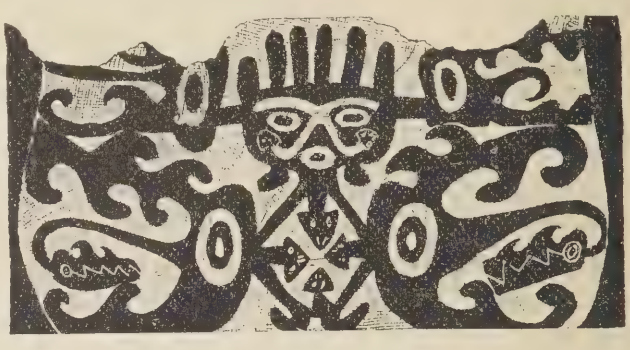


Fig. 34. — Desarrollo de la figura anterior

tuaje de la figura, y las colas a las cejas. En su cara se distinguen perfectamente sus dos ojos y boca circulares. De sus orejas parecen colgar gruesos pendientes. Más abajo de su cuello, viene el cuadrado de su cuerpo geométrico, en el que se ven cuatro fragmentos de serpientes, con sus ojos y bocas, saliendo aquellas de cada uno de los vértices, serpientes que hacen una significativa cruz en forma de X. Sus pies, en sentido inverso, parecen patas de animal o de monstruo. A la vuelta, el ídolo ostenta su gran cola de serpierte (fig. 33) con su escama formada de circulillos concéntricos, que según la lámina solar del Yamqui Pachacuti, son algo así que podemos denominar gérmenes protoplásticos o de fecundación (1). Ambrosetti en su *Catequil*, cree que estos signos representan la ovación, que yo llamaría más bien fecundación, por efecto de la luz vivificante, pues que estos círculos concéntricos aparecen de cabeza del rayo de la lámina, en el detalle que se ofrece en la figura 35, en la parte lateral de la olla, como se indica en el desarrollo. El círculo del rayo de la izquierda es sencillo.

(1) Marcos Giménez de la Espada, *Tres relaciones peruanas.*

A ambos lados de la cara del ídolo, lo propio que del cuerpo del mismo, y como formando con éste un solo ser, una sola figura ideológica, aparecen esos deformes monstruos, con un grande ojo doble junto a los ángulos laterales del cuerpo de aquél y de su cabeza. Son, sin duda, seres también vivientes; y, por sus formas caprichosas, como de nubes, y por los rayos que de sus senos se desprenden en zigzag, que deben repetirse en la parte posterior rota, es más que posible que las figuras sean el Nublado, que también es otro mito de estos Antis, y que en la leyenda es inseparable compañero de *La* Viento, por más que luche con ella, pues que es la tormenta misma.

Fig. 35. — Detalle de la anterior

En resumen, pues; la figura 34 que nos ocupa, no puede ser atribuída a ninguna de las divinidades conocidas; y, por todos los preciosos antecedentes del folklore y cuanto caracteriza al dibujo, la figura en cuestión representa a la Madre del Viento en su lucha con el Nublado. En efecto: tenemos un ser de cabeza luminosa; luz significan, asimismo, las serpientes que dan en el rostro los detalles salientes de su fisonomía; su cuerpo está formado de cuatro cabezas de serpientes; sus pies son de animal, etc. Este ser aparece estar en el espacio, entre espesos y grandes nublados, que

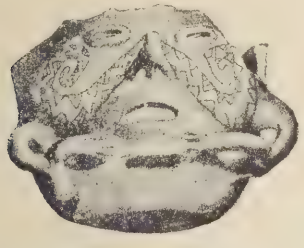


Fig. 36. — Vaso antropomorfo de Ambato (Catamarca). Colec. Quiroga

Fig. 37. — Grabado en la parte posterior del vaso

despiden relámpagos. Es lo que dice la leyenda recogida. Luego, tenemos aquí representada a Huayrapuca, o la Tormenta.

Es también muy digno de llamar la atención, por lo que antes se ha escrito, que la figura en cuestión haya sido grabada sobre una olla destinada a contener líquidos, lo que tiene que ver con demandas de agua; que aparezcan relámpagos, y que no falte siquiera, formada por serpiente-rayos la simbólica cruz de la lluvia en el pecho del ídolo.

Del mismo valor mitológico de la figura central de la lámina 34 es el ídolo del vaso antropomorfo figura 36 de barro cocido, ocre negro, perfectamente lustroso y admirablemente trabajado, tanto que parece una

pieza peruana. Los ojos largos y angostos del ídolo están calados en el barro con alguna profundidad, lo mismo que la boca, apareciendo los párpados de alto relieve, lo propio que los labios, las piernas (a una de las cuales falta un pedazo en su extremidad inferior) y las manos, cerca de la boca, en posición semejante a la que suelen ofrecer algunos ídolos personales. La figura es de tamaño natural.

La conformación de la cara, nariz, boca y ojos, así como la serpiente del rostro, otra vez grabada en el barro y adornada de triángulos sucesivos de determinado valor simbológico, así como — porque se ha grabado sobre un vaso para agua —, todo ello no deja lugar a dudas de que se trata de un mito de igual valor que el anterior, estando también en este caso iniciada en la parte superior de la cabeza rota, y en forma de picos o cuernos, a la izquierda, su diadema igualmente luminosa. Pero lo curioso de este vaso son los dibujos grabados en su parte posterior (fig. 37), que nos ofrecen una trinidad o sea tres seres vivientes en uno solo, o los animales de cabezas de guanaco arriba y abajo, y el renacuajo de en medio, con pecho cuadrado, como el ídolo central de la figura 34. Cada uno de estos tres animales unidos simétricamente, tiene dos cabezas, una en cada extremidad.

Los ojos de estos animales vuelven a ser círculos concéntricos o círculos con punto, que figuraron especialmente en los monstruos del dios Sol de Wiener. Los adornos triangulares de valor fálico, a los bordes del cuerpo de los monstruos se repiten de nuevo como en la serpiente del ídolo de Ambato. Los dos guanacos de arriba y de abajo, llevan en cada una de sus cabezas dos lenguas de fuego, y en su largo hocico, en el lugar correspondiente a los dientes, se han trazado líneas que no son caprichosas, y que parecen tender a reproducir las líneas simbológicas del dios de Pashash, en igual parte del rostro. Dentro de la figura geométrica del renacuajo central, está perfectamente formada la cruz artística que vimos aparecer en el pecho del ídolo de la figura 34.

En la figura 37, como en la 34, tenemos un Tanga-tanga o sea una trinidad, de las más típicas que pueden encontrarse en la alfarería calchaquí, y que representa a los seres fecundándose. Esta trinidad, como lo escribimos, es muy insinuante en la leyenda de Huayrapuca, y aquella es la figura simbológica del ídolo del frente del vaso (fig. 36), por aparecer en la parte posterior del mismo. A lo menos, el extraño grupo de la trinidad tiene directas relaciones y es un atributo del ídolo de las formas humanas. Esos dos animales como guanacos, con sus rasgos característicos y típicos, van a repetirse más de una vez; es decir: la forma de sus cabezas; sus ojos de círculos concéntricos; sus cuellos; sus largos hocicos, con la manera peculiar como se figuran los dientes, lo que es típico, y en sus lenguas de fuego por orejas — en otros casos diadema luminosa de varios picos —, todo lo que desde ya nos trae a la memoria el Dios del Aire de Squier y los dragones solares.

Yo doy mucha importancia a este pequeño vaso de Ambato (La Puerta) encontrado a unas diez y nueve leguas al nordeste del lugar donde se halló su similar de Capayán, por ofrecernos la figura simbológica, en forma de trinidad, del ídolo, de fisonomía humana que estudiamos; porque hay que tener presente que el calchaquí rara vez nos ofrece sus ídolos con todas sus formas y rasgos fisonómicos, sino que se vale de un simbolismo convencional para representarlos, tanto como de figuras ideológicas que poco a poco se simplifican, hasta que llegamos a un círculo, un triángulo, una cruz, un meandro, cuya equivalencia mitológica conviene descifrar, por más ardua que sea la tarea. Tal haremos en el presente caso.

En los valles de la jurisdicción de Londres hállase también representado en la alfarería el mito que nos ocupa; y, no hace mucho, el señor

Fig. 38. — Tinaja Blamey
1/2 tamaño natural. Andalgalá

C. Werning encontró en Pomán una teja con el ídolo dragón, de la cual es poseedor el señor Lafone Quevedo.

La figura 38 ó sea la tinaja Blamey, encontrada en Andalgalá, es otro ejemplar muy curioso del dios que estudiamos. Este está pintado en actitud de volar, con su mano cortando el espacio; su fisonomía típica, su tatuaje, quizá del valor luminoso de los arabescos del dios Sol peruviano; su diadema resplandeciente, apenas iniciada esta vez; su figura solar, en medio de su cuerpo, que parece despedir llamas; su gran cola de monstruo, y esas manchas ovaladas en sus brazos, cuerpo y cola, que yo tomo por equivalentes de los círculos concéntricos que antes vimos, y que pueden ser gérmenes protoplásticos, que representan la fecundidad. Ambrosetti (1) al describir la tinaja nos dice: «La cabeza carece de la diadema plutónica, lo que debe atribuirse al ningún espacio que ha quedado libre para ella; pero en cambio los dedos de la mano están mejor marcados».

(1) De lamentar es que este distinguido americanista nos introduzca, como de contrabando, un *Catequil* y un *Piguerao* de la leyenda preincásica, de allá de las regiones del norte del Perú, nada más que porque en algunas de las figuras calchaquíes que nos ofrece

Aquí nos da la explicación del porqué falta al ídolo dragón la diadema plutónica que suele llevar, y que figura en la leyenda de Huayrapuca. Esta interesante figura, por lo demás, tiene muchos motivos de semejanza con el Dios del Aire de Squier, lo que conviene tener presente. El ídolo de Blamey, como el de Squier, parece que va volando, por más que carezca de alas, como éste.

Los dos ídolos pintados en el interior del puco de la figura 39, no puede dudarse que son la misma representación del anterior, siempre con la diadema plutónica, de cinco y cuatro picos luminosos, respectivamente; el tatuaje como arabescos en el rostro; la mano luminosa, en este caso, cortando el espacio; la forma de dragón del cuerpo y la gran cola en-

Fig. 39. — Puco de Santa María
1/3 tamaño natural. Colec. Quiroga

Fig. 40

roscada y de largas dimensiones, llena de óvalos. «Las dos figuras, dice

para probar su tesis, haya rasgos típicos que coinciden con la leyenda. En su último trabajo sobre el suri, sugestionado por su Piguerao nos hace ir muy lejos con este animal, el que está perfectamente clasificado por el folklore en nuestra mitología. Yo puedo, con todo derecho, afirmar que no existieron en ella ni un Catequil ni un Piguerao, porque jamás se ha hablado de ellos en nuestro Calchaquí y ni siquiera sus propios nombres se avienen con la índole de la lengua local. Yo me declaro absolutamente adversario de este método de Ambrosetti, que nos llevaría a ubicar en Calchaquí a todos los mitos de la América, nada más que porque aquí, como en Yucatán y como en Estados Unidos las divinidades parecen tener atributos comunes, cuando la razón de ello es que todas las razas primitivas, aunque no hayan tenido contacto alguno, han adorado a la naturaleza y a los elementos, los que son invariablemente iguales en cualquier parte del globo. Con tal criterio, yo probaría que todos los dioses de Grecia y Roma han sido también calchaquíes; pero no quisiera que se repitieran obras de este estilo en nuestro país, por más insinuantes, atrayentes y seductoras que sean las coincidencias, lógicas y naturales en las creencias de pueblo y pueblo, de continente y continente. Véase Ambrosetti, *Catequil*, XII, página 351, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XVIII, números 4, 5 y 6; Idem, *El simbolismo del Suri*, XXIV, página 172, tomo XX, números 1 a 6.

Ambrosetti (1), que cubren ambas mitades del puco, son iguales y representan un ser fantástico, un monstruo de cuerpo diforme, con una cola parada y enroscada sobre sí misma, detrás del lomo arqueado. La cabeza bien destacada, redonda y al parecer rodeada de una aureola de fuego, que forma una especie de corona plutónica, tiene una expresión de terrible ferocidad, con la boca abierta, mostrando los dientes, con ancha nariz y grandes ojos formados por una espiral. Un sólo brazo grueso, monstruoso y terminado por otra aureola de fuego, que le da un aspecto de tener largas uñas, completa esta figura singular. Todo el cuerpo, lo mismo que los brazos, está formado por una serie de óvalos de diversos tamaños, conteniendo en su interior otros óvalos negros, separados de los primeros por una zona blanca. La posición de la figura es *como si estuviese flotando en el aire* y pronta a precipitarse sobre alguien.»

Las palabras del distinguido americanista, que he subrayado, son notables; y me complazco en tener su autoridad en favor de la idea que sostengo, de que las figuras monstruosas del puco son divinidades del viento, pues aparecen «como si estuviesen flotando en el aire».

El objeto reproducido en la figura 40 es una pequeña paloma o pájaro, que ofrezco de tamaño natural y que encontré en Capayán. Fáltale la cabeza y parte de la cola. Es de barro color negro retinto, hallándose la figura humana grabada sobre el lomo del ave. Esta figura es verdaderamente fantástica, de cuerpo deforme, con sus brazos y piernas abiertas. Sus ojos y boca son cuadrados, y su nariz triangular. Sus manos dirigidas hacia arriba, terminan en dos círculos concéntricos con punto central, círculos que aparecen orlados de fuego, de modo que esta figura es portadora de dos soles o astros. Su cabeza cuadrangular luce penachos luminosos. Los tres dedos de sus pies son llamas. Su cuerpo está ceñido por una faja, al parecer con adornos relucientes. Es esta figura fantástica, pues, un verdadero tipo de Huayrapuca: es portadora de soles, tiene aureola de fuego, y no falta en ella ni siquiera la faja o cinturón luminoso de folklore del dios del viento. Que este es un ser que vuela, aparte de la posición convencional de sus brazos y sus piernas, lo está probando a las claras el hecho de haber sido grabada la figura sobre el lomo de un animal alado, lo que es demasiadamente significativo para insistir en ello.

Quizás conviene también atribuir a Huayrapuca las reales figuras pintadas en un puco de Santa María, por su corona luminosa, la forma de su cara, las serpientes de luz de su pecho, y la artística cruz que porta una de ellas en el fondo del óvalo blanco, ofrecidas en el capítulo de *La religión en la vida ordinaria*.

Ofrezco en seguida en la figura 42 la preciosa vasija de barro de Ambato (valle de Catamarca) número 8, que aparece de blanco iluminado, la que mide 0,14 de boca, juntamente con su desarrollo encima de la misma.

(1) Lugar citado, página 351.

En esta vasija, de la forma de una campana, están grabadas sobre el barro siete Huayrapucas, cuatro en la parte de arriba (números 1 a 4) y tres en la inferior (5, 5′, 6 y 7), pues las figuras monstruosas 5 y 5′ son una sola.

Tomemos una de estas figuras: la 6, por ejemplo, por ser la más interesante. En ella vemos representado, ya un tanto simbológicamente, el mismo ídolo de las figuras 38, 39 y las anteriores, sin faltarle uno solo de sus rasgos distintivos o típicos. Tiene su cara monstruosa, con su gran ojo circular; lleva su orla luminosa en la cabeza; su hocico y su boca son típicos, con las líneas simbológicas en lugar de dientes, que siempre me traen a la memoria la del dios-Sol de Wiener; tiene dos manos, con cinco largos dedos cada una, una contigua al cuello y la otra saliéndole de la mitad del cuerpo del reptil de lomo quebrado; la cola es de serpiente, terminada en su cabeza de dos ojos circulares; en su cuerpo, a manera de escamas, vénse esos diez círculos con dos, tres y cuatro puntos en su interior, que serán los huevos a que hace referencia Ambrosetti y que yo tomo por gérmenes

Fig. 41. — 1/3 tamaño natural

protoplásticos, que, al fin y al cabo, da lo mismo, porque indican la idea de fecundación y reproducción. Esta figura número 6, como las restantes son «seres dobles» de acuerdo con la leyenda de *La* Viento. La figura monstruosa está en actitud de volar, siempre con las manos como cortando el espacio y otra vez está grabada en una vasija para agua. Las variantes de las figuras son pocas: la 1, tiene los diez círculos con puntos, una sola mano, una cresta luminosa sobre el hocico con dientes; en la 2, los círculos son nueve, el hocico está formado de seis pequeños cuadrados y ostenta dos crestas a manera de orejas en su cabeza como de guanaco; la 3 ha sido restituída, por estar en esa parte rota la vasija; la 4 tiene los diez círculos, uno de ellos, el primero, sin puntos: tiene dos crestas, ocho dientes y una mano; la 5, 5′, parcialmente restituída, parece un ser triple por sus tres manos, en cuyas palmas se ven círculos, siendo artísticamente complicados los dibujos de su hocico rectangular; en la 7, este mismo hocico es particular, y está también parcialmente restituída, teniendo sólo cuatro dedos humanos, como la 4, mientras la 5, 5′ tiene dos manos de tres dedos, lo que puede tener relación con el número 3, o triple ser.

Antes de olvidarme, diré que he tenido ocasión de admirar una hermosísima alfarería procedente de Fuerte Quemado, que posee Lafone Que-

vedo, en la cual también están grabados sobre el barro negro, preciosos dragones monstruos de este mismo estilo, objeto que va a ser reproducido en los *Anales del Museo de La Plata* ilustrando un trabajo suyo sobre simbolismo comparado. Lamento mucho que ya no haya aparecido para reproducirlo, como era mi deseo.

Ahora es muy oportuno, comparar estos y demás monstruos con los *Haida Wind Spirit* de Estados Unidos, de las figuras 1, 2 y 3.

En éstas, la cabeza del monstruo es como de jabalí, con excepción de la figura 3 de cara humana. El cuerpo de las dos primeras figuras norteamericanas, se parece mucho al de las figuras más atrás ofrecidas con los mismos óvalos y la cola enroscada en la figura 2. En la 3, la cara monstruosa

Fig. 42. — Vasija de Ambato y su desarrollo
Colec. Quiroga

Fig. 43. — Fragmento de calabaza
Piedra Blanca, (Catamarca)

Fig. 43. — *a, b, c,* detalles
de la anterior

parece ser común a los otros dos seres que constituyen la trinidad y va en actitud de volar, como si fuese a asir algo con las garras de sus manos de ave. En la figura 1 aparece esa cara monstruosa profusamente dentada, con un óvalo en el hocico. Es un ser triple, como algunas de nuestras reproducciones calchaquíes.

Es interesantísimo el objeto de la figura 43 con sus detalles diagramáticos (fig. 43, *a, b, c*) de barro negro, con grabados sobre el mismo, encontrada en la Carrera de los Agüeros, departamento de Piedra Blanca, Catamarca. El objeto tiene la forma de un mate de pico roto, con su boca correspondiente. Ha sido, sin duda, la representación en pequeño de una macana, con su agujerillo para tomar la piedra o hacha y con el mango para asirla. En el Museo de La Plata existe un precioso ejemplar de macana

de madera tomando un hacha de piedra de la misma forma del objeto de la figura 43, de buenas dimensiones. Pertenece el objeto aquí figurado a la colección Lafone Quevedo.

A cada uno de los lados del objeto que nos ocupa, y en la parte ventral del mismo están grabados en el barro las figurillas *a* y *b* y la serpiente *c* aparece enroscada en torno del mango de la macana.

Tenemos una macana sagrada, un toqui que representa, sin duda, la fuerza y el poder, por las figurillas de *llautu*, portadoras de flechas, tanto más cuanto que éstas son representaciones de Huayrapuca, genio que pelea con el Nublado, el Remolino, la Pachamama, etc., y que en este caso aparece de guerrera, portando el diosesillo una flecha en la mano derecha, y el otro una en cada mano, para que ni un solo detalle de la tradición de *la* Viento deje de figurar en la alfarería calchaquí.

La cola de serpiente que se ofrece en el detalle de la figura *C*, es la misma de Huayrapuca, que reiteradamente vemos salir de su cuerpo en las diversas láminas ofrecidas, con su cabeza triangulada, sus dos ojos circulares, y la serie de triángulos luminosos, de valor fálico, que en lugar de escamas adornan a la serpiente. Es esta la que aparece enroscada al mango de la macana entre las figurillas *a* y *b*.

En cuanto a estas figurillas, de gran hocico y una sola pierna la una y la otra sin ella, de cuerpo deforme y cara siempre monstruosa, vese que están como en los demás casos, en actitud de volar. La figurilla *A* es sencilla, distinguiéndose al momento que es la representación de una Huayrapuca, por la forma típica de la cara, el hocico dentado, el gran ojo circular y, más que nada, la larga mano o pie de tres dedos, al frente, cortando el espacio. Igual observación haremos de la figurilla *b*, cuyo hocico triangulado, como el cuerpo de la serpiente, se prolonga desmesuradamente hacia arriba. Esta figurilla portadora de casquete o *llauto*, tiene por ojo ese gran circulo típico de punto central, al cual el Yamqui Pachacuti denomina « ojos de Ymaymana », de Ymaymana-Huiracocha, el dios creador de todas las cosas de los cerros, una de las personas de Viracocha trino y uno, como *mito del mar y de la tierra* (1). Esta figurilla, en actitud de volar es portadora de una gran flecha en cada mano. En la de la derecha — nótese bien — porta además una cabeza de ave con su cuello, idéntica a la cabeza de esa especie de faisán que lleva el « Dios del Aire » de Squier, el que también, como la figurilla que nos ocupa, gasta casquete y va volando. Yo no atribuyo, lo advierto, a una simple coincidencia, encontrar en el Perú y en Calchaquí dioses del Aire portadores de aves en sus manos, lo que es una nueva y elo-

(1) Lafone Quevedo publica un trabajo o ensayo mitológico sobre esta trinidad, que es una verdadera revelación en el que se establece definitivamente el valor del círculo con punto central como símbolo, lo que indiscutiblemente debe atribuirse a un germen protoplástico, después de leerse lo que sobre el Imaymana escribe el padre Molina en un trabajo sobre ritos y supersticiones del Perú inserto en la obra *Rites and Laus of the Incas*, por Clemente R. Markham. Londres, 1873.

cuente prueba de su parentesco. En Méjico el ave es nube. Las flechas que la figurilla lleva, repito, confirman la leyenda de los combates de Huayrapuca con los otros dioses o mitos, como que la tempestad pasa siempre arrasando cuanto encuentra (1).

Lástima grande es que a este objeto (fig. 43) falte un largo fragmento del mango, en el lugar mismo en donde se enrosca la serpiente, pues seguro estoy que ella, como las de Ambato, hubiera concluído en una cabeza monstruosa grabada en el barro; pero las figurillas delatan demasiado toda la intención del artista indio para que insista sobre el particular.

Piedra Blanca y Ambato, finalmente, son en el valle de Catamarca dos departamentos contiguos. Es bien interesante la figura 44 que consiste en la reproducción de una pequeña alfarería de 0,11 de boca en forma de taza de barro bien cocido, ocre negro. En sus bordes tiene grabada esa franja,

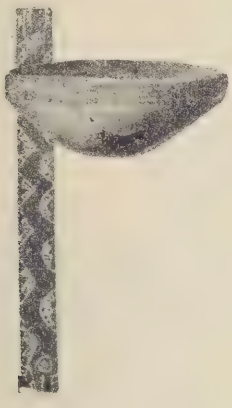


Fig. 44. — Alfarería de Ambato y su desarrollo. Colec. Quiroga.

Fig. 45. — Cabeza de barro Santa María

que a su izquierda se ofrece en desarrollo. En esa franja, como se ve en el objeto y dicho desarrollo, está grabada otra Huayrapuca bicéfala, de dos en una, con sus cabezas típicas en ambas extremidades, siendo su cuerpo de serpiente o reptil formado por una línea quebrada regular que hace siete triángulos adornados con la boca del objeto que sirve de base a los mismos.

Debajo de los triángulos y alternados con ellos, vemos esos siete semicírculos que, por sus adornos luminosos, parecen ser solares, correspondientes, sin duda, a los círculos con punto, sencillos o dobles, que hemos observado en figuras equivalentes. Esta equivalencia está patente al examinar las dos cabezas del monstruo, con sus formas peculiares, su largo hocico dentado, sus ojos de círculos dobles y sus crestas de fuego.

(1) Concuerda también con la leyenda de Huayrapuca, en lo relativo a las dormilonas o aros solares del dios, una preciosa alfarería de Belén, colección Lafone Quevedo, en la que se representa al genio volando por los aires y teniendo en ambas orejas dos soles por aros. Es otra preciosa noticia.

Es necesario hacer notar con insistencia que las figuras que nos ocupa, ya ofrecida con repetición, se encuentra especialmente pintada o grabada en objetos y utensilios para contener agua, como en tinajas y vasos, de la propia manera que en la especie de yuro de Lafone Quevedo de que di cuenta. Los demás pedazos de alfarería en que aquella aparece, son también fragmentos de vasos, tazas o jarros.

Esto no debe parecernos una novedad, toda vez que, como hemos dicho, Huayrapuca decide los fenómenos de la lluvia y el granizo en sus batallas formidables con el nublado o cuando se ayunta con Pacha Mama, de modo que las vasijas con Huayrapucas pueden ser vasos votivos a esta divinidad, para que produzca el agua, pues ella es la tormenta misma. En Vinchina fué adquirido por mí un pequeño amuleto de piedra (con su agujero para ser colgado) de esta divinidad, objeto que es la cara mons-

Fig. 46. — Puco de Santa María

truosa de Huayrapuca perfectamente tallada y que regalé para la colección del Instituto Geográfico. La cara de la figura 45 puede ser atribuída al ídolo, por sus ojos, boca y hendidura pronunciada en la cabeza, como para figurar los cuernos luminosos.

Estos amuletos están indicando que a Huayrapuca no sólo se conjuraba, sino que también se propiciaba, llevándose aquellos para que la diosa de la tempestad no arrasase los campos sembrados y los andenes, o para que hiciese llover.

Para que muchas de las figuras que he conseguido reunir estén acordes con la leyenda de Huayrapuca, ofrezco el puco santamariano (fig. 46) de la colección Spahr (1) con sus figuras de negro sobre rojo en su interior.

(1) Las figuras de este puco que Ambrosetti reproduce, aunque no con nuestra exactitud son atribuídas por éste a Piguerao, considerándolos una variante de otro ejemplar que ofrece en la figura 167. Descríbelo de la siguiente manera : « Los pájaros son de gran tamaño, de cola gruesa y arqueada, como la de los anteriores y densamente pun-

Pues bien: como hemos tenido ocasión de apuntarlo al tratar de la leyenda de Huayrapuca, que hasta hoy perdura en los valles, este mito, para fecundar o ser fecundado, se une, constituyendo un ser único, con quien va a consumar el acto de la fecundación, esto es, con Pacha Mama,

Fig. 47. — Guarda lateral de una tinaja.

Fig. 48. — Amaicha Colec. Zavaleta

Fig. 49. — Interior de un puco Santa María Museo Nacional

Fig. 50. — Petroglifo del Potrero (Catamarca). Colec. Quiroga

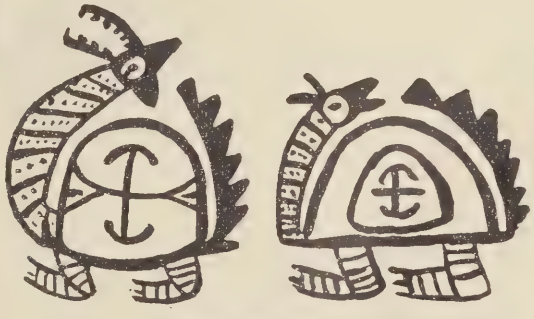


Fig. 51. — Figuras de una urna funeraria (San José)

teada, el cuerpo grueso y muy levantado en el dorso, dividido por cuadrados reticulados y dispuestos en forma de tablero de ajedrez, alternados por otros blancos. El cuello es largo y levantado, en uno es punteado y en otros dividido por fajas transversales: la cabeza pequeña y sin cuernos, con el pico abierto. Las patas son largas, gruesas, punteadas y terminan en esferas negras rodeadas de puntos... Debajo de uno de estos pajarracos hállase la silueta de un pequeño animalito, un mamífero con dos largas orejas se asemeja a una vicuña a pesar de su larga cola arqueada para arriba en elemento de guarda griega». *(Boletín del Instituto geográfico*, t. XX, nº XXIV, pág. 174).

como también con el Guanaco y el Suri. En este puco tenemos un ejemplar de lo que la leyenda dice. En el fondo del mismo se destacan esos tres grandes animales, cada uno de los cuales constituye «una trinidad», o sea: tres en uno y uno en tres. Que cada uno de estos animales es Huayrapuca, no hay duda, si observamos sus cabezas con todos sus detalles, y las comparamos con las de los ejemplares antes ofrecidos, pues en éstas, como en las de sus homónimas, tenemos los ojos de círculos concéntricos, las orejas luminosas simplificadas, el largo hocico y los dientes típicos. Que se trata de tres seres en uno solo salta ello a la simple vista, pues el

Fig. 52. — Urna funeraria de San José (Catamarca)

animal es un guanaco, por su largo cuello, cabeza con boca dentada y aspecto general; es un suri por la forma de su cuerpo y los cuadrados que lo hacen ajedrezado, como generalmente se representa a los suris en la alfarería funeraria; y, finalmente, que es una serpiente lo está diciendo su cola enroscada con escamas punteadas. Este animal triple no lleva manos luminosas, porque es un pajarraco; pero, en cambio, las patas son estrelladas exactamente de la misma clase de los círculos de puntos luminosos en derredor de una urna funeraria mía, encontrada en Amaicha, y cuya parte pertinente reproduzco en la figura 47. Estas patas sin plantas y sin dedos de los tres animales, indican claramente que no le sirven para caminar, como que Huayrapuca siempre vuela. Que el mito se ha unido con otros seres a los fines de la reproducción, lo prueba terminantemente

el pequeño *teke* de cola simbólica que ha nacido y que está bajo el seno de uno de los animales en actitud de mamar.

La idea de la trinidad que cada pajarraco representa, puede reforzarse observando que son tres los grandes animales del puco.

Son representaciones de estos singulares animales del puco de Spahr, los que figuran en las figuras 48 y 49, muy curioso este último por las serpientes bicéfalas y el pájaro volador que lo rodean (1).

Otra prueba de escenas de fecundidad de Hauyrapuca, en lo tocante a la reproducción de la especie humana, y de acuerdo también con la leyenda, la tenemos en el fragmento de petroglifo de la figura que poseo en mi colección, y que me fué enviado del Potrero, estancia de la familia, en la quebrada de Londres. La figura simbológica inferior, con su triángulo fá-

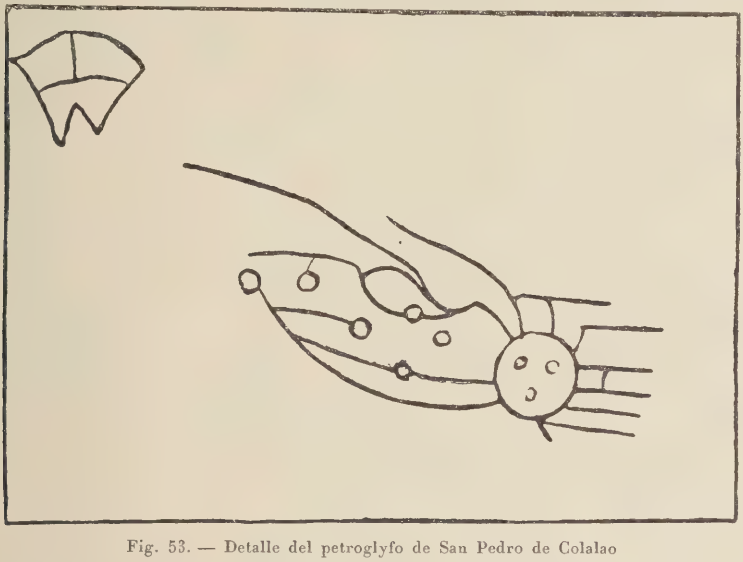


Fig. 53. — Detalle del petroglyfo de San Pedro de Colalao

lico y sus manos luminosas, representa muy posiblemente, una Huayrapuca. Encima de esta figura vese la curiosa escena del acto carnal, haciendo un hombre las veces de varón, y esa figura deforme, de ojos de círculo con punto y largo hocico las de mujer. Esta figura parece insinuar a la Madre del Viento.

Las figuras de la lámina 51 parecen otros ejemplares simbológicos del mismo valor de las 47, 48 y 49, que acabamos de ofrecer, en cuanto parecen ser dos o tres seres en uno sólo, por el cuello, la cabeza, las patas y la cola.

Sin duda alguna que es un ejemplar curiosísimo, y único en su género, la urna de la figura 52. Este ejemplar es otra representación de seres múltiples, figurados con una muy artística combinación de cabezas de serpiente, apareciendo cada figura con una gran cabeza de serpiente arriba, y dos

(1) Ambrosetti, lug. cit., páginas 172 y 174, sobre las figuras 167 y 168.

pequeñas cabezas en las extremidades del cuerpo, que afecta una forma singular. Si nos fijamos en la figura central — la de las manos —, distinguiremos en conjunto a un ser a quien se ha querido insinuar con humanas formas, por más que sea constituído por cabezas de serpiente. En efecto: la gran cabeza de serpiente, en medio de ambos brazos y manos, remeda una cabeza triangular humana, muy frecuente en el convencionalismo de la pintura real o ideográfica. Esa cabeza triangular tiene dos ojos de círculos concéntricos; la larga nariz se destaca en blanco sobre fondo negro; después el cuello, los hombros, el cuerpo, todos de líneas quebradas y finalmente los pies, terminados en pequeñas cabezas de serpientes; luego, para dar mayor apariencia humana a la figura, del hombro de la derecha sale el brazo, en repetidos ejemplares un tanto curvo, con la mano de cuatro largos dedos en su extremidad, como la mano de Huayrapuca. Del hombro de la izquierda no sale el otro brazo y la otra mano, sino de la pequeña cabeza de la figura anterior, pero en tal disposición y haciendo de tal modo *pendant* con el brazo de la derecha, que viene a aparecer como el otro brazo de la figura múltiple que nos ocupa. Es el conjunto lo que el indio ha querido ofrecer y consagrar como obra artística. En la figura de más abajo se ve distintivamente otro ser de formas humanas, como si estuviera en cuclillas, porque el artista ha añadido a las piernas una línea más surgiendo los brazos de las rodillas, en las cuales parece apoyar sus codos. Sus manos esta vez son pequeñas cabezas de serpientes, como suele verse con frecuencia en ídolos de humanas formas.

Esta urna, sin duda que es esencialmente votiva, en demanda « de agua », como lo están diciendo claramente esas diez y siete cabezas de serpientes-rayo o Inti-Illapa, siendo rayos que caen esas líneas negras zig-zag que dan formas de cuerpos a tres de estos seres luminosos.

Un ojo avezado verá trinidades o seres múltiples en estas pinturas.

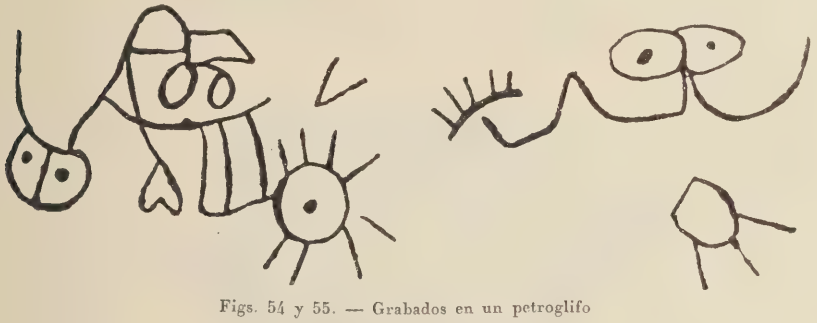
No es sólo en la alfarería en donde aparece la Madre del Viento, sino que se halla simbológicamente reproducida o iniciada en los petroglifos calchaquíes.

En el costado naciente de la piedra de San Pedro de Colalao (fig. 53), tenemos profundamente grabada la figura que nos ocupa. Las facciones de la cara circular están formadas por puntos y las formas de su largo cuerpo y su actitud de volar, hacen del grabado que nos ocupa una nueva reproducción de los dioses del Aire, demasiado profusos en nuestro Calchaquí y en los valles que lo circundan.

Ahora vienen, en diversas piedras de Ampajango (Santa María) figuras solares que parecen insinuar el mismo ser, reproduciendo algunas de ellas de entre el cúmulo de los grabados (fig. 54, 55, 56 y 57). En la figura 54 se distingue a la izquierda la cabeza con ojos y nariz; en la figura circular está dividida por una línea con dos puntos a los lados. El cuerpo es complicado, sin faltar los óvalos en el centro del mismo, ni las líneas luminosas terminadas en un sol de punto central con sus rayos. En la figura 55 vese

arriba una figura simbológica de dobles cabezas, cada una con su punto, que equivale al ojo; el cuerpo está apenas insinuado con líneas quebradas, terminado en la mano de los cinco largos dedos. Debajo está grabado un astro con tres rayos, el cual es bastante imperfecto.

Es, sin duda, solar la figura simbológica 56, con ojos, nariz, boca y una línea sobre aquélla, insinuando pestañas, apareciendo el cuerpo respectivo de esta cara iniciado por el grabado tangente al círculo en forma de S. A la izquierda aparece ese grabado con una especie de 3 invertido. En cuanto a la figura 57 puede ser que tenga el mismo valor de la figura 45, si es



Figs. 54 y 55. — Grabados en un petroglifo

Fig. 56. — Grabado de Ampajango

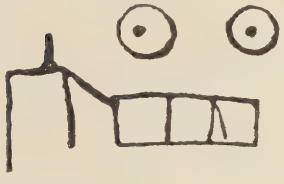


Fig. 57. — Grabado en un petroglifo

Fig. 58. — Detalles de la fig. 22

que efectivamente se ha querido reproducir un ser monstruoso, lo que hay que poner en duda.

De acuerdo con lo que reiteradamente he manifestado y establecido, de que el indio concluía por representar con símbolos convencionales a sus dioses, evitando de este modo un ímprobo trabajo y un esfuerzo de imaginación, para lo que su propia cultura lo tiene mal preparado, tratemos de buscar la representación simbológica del interesantísimo mito de la Madre del Viento, que me ha cabido en suerte exhumar del olvido.

Como es en la alfarería en donde hemos visto más clara y definidamente reproducida a Huayrapuca, es a ella que debemos acudir en busca de su simbolismo, tratándo de encontrarla en los objetos de igual forma y destino más semejantes a aquellos que la reproducen, y tratando si es posible, de hallar el símbolo en el mismo lugar en que tal reproducción se hace.

Para este simbolismo, el indio suele elegir una parte cualquiera del objeto que, ideológicamente, va a representar, como la cabeza, por ejemplo.

En el caso que nos ocupa, vese que nuestro indio, para su simbolismo, se ha inspirado en la forma general del cuerpo del ídolo, con sus accidentes, al cual encontramos siete veces repetido en la figura 42 en desarrollo.

Reproduzcamos de esta lámina el monstruo número 1, por ejemplo (fig. 58, bis). Aquí veremos, en la porción de cuerpo trazado de negro, que esta figura monstruosa se compone de líneas quebradas que van afectando las formas de una guarda griega, tantas veces repetida en la alfarería funeraria. En medio de esta guarda de dobles líneas paralelas, vemos grabados esos circulillos con punto, atribuídos por mí a gérmenes protoplásticos. Tomemos ahora, por ejemplo, una alfarería para contener agua, y seme-

Fig. 59. — Olla de Santa María. Colec. Quiroga

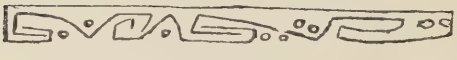


Fig. 60. — Desarrollo de la guarda anterior

jante a la de la figura 42 ó de la figura 43. Tenemos como en esta última, a los bordes de la vasija de la figura 59, el mismo simbolismo (*b*) de la figura 57, en sus rasgos más típicos y hasta con los mismos circulillos o gérmenes sin puntos en esta ocasión, más simplificado, por no haberse grabado las líneas paralelas que forman el cuerpo de la gran serpiente; y así, ofrecemos en desarrollo (fig. 40) el simbolismo de la guarda del objeto de la figura 59. Y para que no se piense que esta identidad simbológica de los objetos es casual, y para que se vea cómo el indio convencionalmente va siempre simplificando sus símbolos, reproduzcamos la taza de Aimacha, de la figura 61. Aquí volvemos a tener, más artísticamente grabada, la misma guarda griega, al borde mismo de la taza para líquidos, pero ya sin círculos, a consecuencia de la simplificación. Y, si aun se pudieran abrigar dudas sobre el valor simbológico de este último grabado, comparemos la franja, en la parte que se vuelve espiral de rectas, con las figuras de la lámina 58, o sea, con la extremidad superior de la cola del monstruo (*b*) y, sobre todo, con la cola del *teke* (*a*) que es la cría de uno

de los pajarracos triples de la figura 46. Otro ejemplar ofrezco en la figura 62, en la que se ve al animalejo de cara circular y cuerpo triangular llevando por cola el simbolismo que nos ocupa.

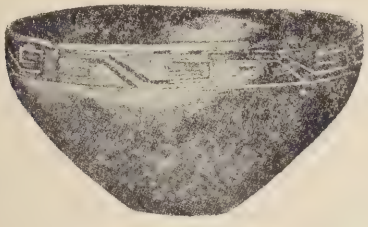


Fig. 61. — Taza de Amaicha. Colec. Quiroga

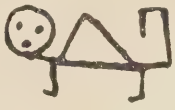


Fig. 62. — Detalle

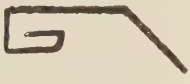


Fig. 63

Basado en estos hechos tan patentes a la simple observación arqueológica y que demuestran a las claras la intención artística del indio, cierro este capítulo estableciendo la siguiente equivalencia de la simbología calchaquí:

El Meandro = Madre del Viento, o sea
= Huayrapuca = Fecundación

CUPAY-MIKILO Y LOS HAPIY-ÑUÑOS

La región de las montañas está llena de enemigos malignos, de temibles seres visibles e invisibles del otro mundo, de Diablos y Demonios, de Supays, Mikilos, Chiquis, Apiñiños, Uturuncus, Mula-Animas y Duendes, que meten cotidianamente sus miedos a estas muy devotas y honestas gentes del Famatina a Cachi. Al diablo cristiano se añaden una docena, por lo menos, de otros diablos, de modo que por estos mundos montañosos se vive en continua zozobra, sin que basten oraciones, plegarias, penitencias y crucecitas de palo a la copa del sombrero, para conjurar esta horda de demonios del Norte, porque aquí los hay más que en la región de los grandes ríos y de la pampa. Los mitos americanos han salido de la montaña, y es en la montaña apartada de la civilización vertiginosa y demoledora, donde pugnan por vivir en las cumbres nevadas, en las quebradas escuetas, en los valles profundos, en el laberinto de las *pirkas*, en los espesos *tacuiles*, en el suelo de las *huacas* y en los fragmentos de piedra aún no derruídos de los *aris* consagrados.

El diablo, por estos mundos, da mucho más que hacer que todos los santos de la corte celestial, y es el demonio y sus daños la constante preocupación de la gente, como si hubiera que decirla a cada rato con el gaucho santiagueño: *¡ Supaypa huranka huachascan !* El diablo andino es un verdadero « mandinga », un azote de la tierra, raptor de hombres y de doncellas, ladrón del *espíritu* del moribundo, autor de todo género de daños y de desgracias, convulsionador del suelo, cuyas profundidades habitan, alma de la tempestad y del trueno, incendiario y profanador. Es mucho más perverso que el diablo de las pampas y las llanuras, el cual, al fin y al cabo, se presenta casi siempre « un mozo muy diablo », alegre, parrandero, decidor, guitarrero, payador, jinete, enamorado, y de aquí que el Satanás ribereño haya podido ser personificado en el mismo Mefistófeles en uno de nuestros más hermosos poemas nacionales, y que en las sonoras décimas de otras leyendas nativas haya vencido en la justas de los *tristes* a Santos Vega el payador, « aquel de la larga fama ». Sin embargo, el diablo calchaquí, descendiente legítimo del peruviano, mito del mal, suele también hacer de las suyas, lidiando en ardides con nuestro paisano, cuando está de buen humor, concluyendo, cuando más, por darles un susto mayúsculo

en cuanto comienzan a advertir aquéllos que en el raro sujeto no todo es armazón de carne humana. Este diablo burlón y embustero es el Sopay-Llullia, del cual recuerda don Juan de Santacruz Pachacuti, en su nota marginal así escrita: « Como Guascaryngalapacuciguallpa arrepiente por haber adorado a los guacas, y como los halló sus mentiras y engaños de los guacas, y como los pone nombre de *sopayllulla* (diablos de burla, embusteros) » (1).

El diablo calchaquí se llama Cupay o Supay, y es el « enemigo maligno », mito prehistórico que llegó a nuestras montañas siguiendo el pendón del arco *chuycho*, para no abandonar hasta hoy sus misteriosas y profundas viviendas en el Famatina, el Manchao, el Ambato y el Anconquija.

El diablo de Antis es más viejo que la creación misma del mundo americano, apareciendo aquél en la mitología con el nombre de Taguaipica Viracochea. Este es el hijo malo de Contici Viracocha, el « Hacedor del Mundo », a quien se propiciaba con humanos sacrificios.

El padre Las Casas (2), en un breve párrafo, nos habla de este Taguapica Viracocha, escribiendo: « Afirmaban que (Contici Viracocha) tuvo un hijo *muy malo*, antes que crease las cosas, que tenía por nombre *Taguapicaviracocha;* y éste contradecía al padre en todas las cosas, porque el padre hacía los hombres buenos y él los hacía malos en los cuerpos y en las ánimas; el padre hacía montes y él los hacía llanos, y los llanos convertía en montes; las fuentes que el padre hacía él las secaba; y, finalmente, en todo era contrario al padre; por lo cual, el padre, muy enojado, lo lanzó en la mar para que de mala muerte muriese, pero nunca murió » (3).

Este mito, propiamente hablando, parece ser el caos, y muy curioso es el pasaje final, en el cual se dice que fué arrojado al mar, lo que me trae a la memoria que Vati o Wati « *falsario* cruel », « enemigo diablo », del himno de Huascar Inca contra los Huacas (4) (al parecer del culto aymarítico), Wati que la morfología quichua-aymará nos da una radical *ati*, con calificativos *u* o *hu*, que tienen que ver con todo lo relacionado a vaso o jarro, o sea « agua » su contenido (5).

Estas divinidades acuáticas, especialmente el Vati, al que el Yamqui

(1) *Relación*, nota a la página 316, M. J. E., Madrid, 1879.

(2) *De las antiguas gentes del Perú*, capítulo VII, página 55.

(3) « Curioso mito peruano (dice Jiménez de la Espada, anotando este pasaje) que leo por primera vez. Tiene el carácter de todos los vestigios de tradiciones cosmogónicas, que todavía recordaban al tiempo de la conquista los yuncas costeños. »

(4) *Llolla*vatica *haochha auca*sopay.

(5) Lafone Quevedo, ocupándose de este Wati, escribe: « Dada la morfología quichua me inclino a creer que *Uati* o *Coati* era divinidad acuática, eso que yace en lo profundo de los mares *(Del Himno*, cap. IX del *Yamqui Pachacuti)*, de eso que todo lo vence, que tiene ojos fuertes, que es dueño del « hervidero espantoso ». *(Culto de Tonapa*, cap. XIII, pág. 41).

llamà auca-*Sopay*, son interesantísimas en la cosmogonía de nuestro diablo.

La *Relación Anónima* (1), cuéntanos de otra manera el origen de Supay.

Según ella, el gran *Illa Tecce Viracocha* tenía criados invisibles, «toda vez que a este cosmo invisible habían de servir invisibles». Los criados estos fueron formados de la nada por Illa Tecce, de los cuales unos permanecieron fieles y leales a su servicio, o sea los *Huaminca (hay huaypanti*, hermosos, resplandecientes). «Otros, dice, prevaricaron y se hicieron traidores enemigos, y a éstos llamaron *Cupay*, que propiamente significa adversario maligno. Por manera que a los *Huamincas* adoraron como a dioses, y aun hicieron estatuas e ídolos dellos. Mas, al enemigo, tomado debajo deste nombre Cupay, o que entendiesen ellos que era cupay, nunca lo adoraron. Y por eso inventó el Demonio otros modos diversos en que pudieron ser adorados desta gentilidad.»

Don Joan Santacruz Pachacuti (2) nos habla de un otro demonio, del diablo Cañacguay Yauirca, monstruo horrible, de formas humanas, ya «que era muy feo y de mal olor, y cabellos muy gruesos y crespos, y muy espantoso de talle». El Pachacuti nos refiere cómo el Capac Inca Yupanqui venció a este temido Cañacguay, «*uaca*, enemigo del nombre de Dios todopoderoso». La tradición cuenta que Yupanqui, queriendo ver cómo hablaba el *uaca* a los idólatras de Copayacu, entróse a una pieza de una casa con varios de ellos, haciéndoles preguntas de cómo se invocaba a Cañacguay para que se apareciese, lo cual le refirieron. Sabedor ya el Inca de la nigromántica ceremonia, llamó al diablo, el que «entró con ruido de viento que todos se sudaron frío y temor», pues la pieza fué cerrada por aquél, quien, en viendo entrar al diablo, dijo: «Abran esa puerta y las ventanas, yo los quiero conocer qué figura o qué talle trae éste a quien con tanta veneración y aparato lo habéis esperado.» Y cuando abrióse la puerta, el diablo, pasmado, escondió el rostro, y al ser preguntado por su nombre respondió llamarse *Cañacguay Yauirca*. «A ésto dicen que el inca les dijo: ¿por qué causa tenéis tanto temor y vergüenza, que si vos habéis dicho que dabas hijos, y haciendas y vida y venturas de *coycoycollas y uacanques*, porque estáis como delinquientes sin alzar los ojos? Pues yo digo que sois un falso engañador, que soy (sic) vos fueras poderoso, por lo menos no estuvieras con temor y cabizbajo... Y a eso dice que el Inca venció a *Cañacguay*».

Otro diablo, hasta hoy muy popular en Calchaquí por las fiestas que se le hacen todos los años, es el famoso *Chiqui* de Montesinos, la «adversa fortuna», al decir de éste, el cual en tiempo de Titu Yapanqui Pachacuti, trajo gran turbación en todo el imperio «con tanta variedad de cometas y continuo temblor de tierra y destrucción de los edificios, como por la mul-

(1) Jiménez de la Espada, *Tres relaciones peruanas*, página 140.
(2) *Relación*, páginas 259 y 260.

titud de gentes que por todas partes venían publicando la destrucción y expulsión de los habitantes del reino » (1).

A este Chiqui se aplacaba con sacrificios humanos: *runa arpainyiguan*, y es el enemigo perpetuo y tenaz del hombre, el destructor de todas las cosas, el causante de las plagas, las pestes, la seca y cualquiera otra desgracia.

El Mikilo del Famatina, de Sanagasta, Pituil, Tinogasta, norte de Tucumán y valles salteños, adonde ya ha llegado degenerado, caminando de norte a sur, es otro diablo muy interesante del folklore calchaquí.

El Mikilo riojano es el demonio en el colmo de su perversidad, el que hace hazañas y maldades muy parecidas a las del tigre uturunco, por lo cual no puede desconocerse su parentesco consanguíneo con este mito felino, diferenciándose de él en que uturunco es el hombre-tigre, el gaucho malo metarmorfoseado en demonio, mientras que Mikilo es el demonio mismo. El Mikilo catamarqueño parécese más bien al duende en lo que obra, y suele vivir en formas de pájaro o de animal en las cuevas de la Salamanca. En Tinogasta el Mikilo es un animal *chesche*, que siempre anda por dentro de las acequias que suelen bordear los cercos de *pencas* y de *tuscas;* es decir, este diablo es un diablo que no se deja ver, que se esconde en las zanjas o tras de los árboles, y que todas sus cosas las hace en acecho, valiéndose de su astucia para sorprender a quienes pasan descuidados o distraídos... Este Mikilo es un niño, una *huahua*, quien en el barro de las acequias deja estampado su débil rastro, igual al de la mano con sus cinco dedos, o de una criatura, cuando no de perro, en lo que suele volverse. Otras veces aparécese en forma de león, dejando sus rastros, los que al ser vistos por los paisanos, éstos huyen llenos de terror en sentido contrario de adonde el Mikilo se dirige, pues en dándose con él no hay salvación posible, porque sus garras son mucho más temibles que las del león y el tigre, demonio de los bosques como es. De la cueva de la Salamanca, en el Cerrito Blanco de Copacabana, sale al alba en forma de gallo de oro, y posado en una peña canta muy dulcemente en su escala cromática, alargando mucho la última nota: *cu-cu-ru-cuuuuú*. El Mikilo de Trancas (Tucumán) es un anfibio del tamaño de un gato montés, color pardo negruzco, de pelo áspero y duro, parecido al *cuchi*, que llena el silencio de la noche con su grito chillón de *güi ... güi;* a este Mikilo tan cerca de la ciudad de San Miguel, ha amasado ya la cultura tucumana y apenas si los criollos conservan la memoria de alguna fechoría que en tiempos de antaño hiciera este hoy inofensivo ex diablo. En los valles salteños el mismo mandinga, también muy degenerado, pero siempre bravo, es un anfibio del todo parecido a la nutria, de colmillos rojos salientes, enemigo terrible de la raza canina, con la que da descomunales batallas cuando les persigue en el agua o en sus cuevas.

(1) Montesinos, *Memorias*, capítulo XIV, edición Madrid, 1882.

El Supay calchaquí de que tratamos, como queda demostrado por citas anteriormente hechas, es de origen celeste, cósmico: el hijo espúreo, perverso del gran Illa-Tecce, el principio o alma de la luz del universo; y por eso nuestro Supay anda cabalgando en las nubes, vive del grato rumor para él de las tempestades y del trueno, y cae a la tierra como desgajado del relámpago, la luz brillante de las *illas*. Al revés del Huaminca, de la luz creadora y fecundante, del calor de estío que hincha los granos y hace brotar las mieses, Supay es la luz que mata, que fulmina, que desgaja el *tacu* secular e incendia la quincha del rancho; la tiniebla, el trueno, por lo cual se aparece entre las sombras de la noche, a la luz del cárdeno relámpago; y después de haber dañado o maleficiado a los mortales revienta en espantoso trueno.

Todo lo que dejo apuntado hace que nuestro Supay viva hasta hoy, pues por muchos puntos de contacto con el Satán genesíaco, aquél no ha sido eliminado, como los mitos adorados, por la cultura cristiana, la que no ha tenido mayores inconvenientes en dejar en la superstición del pueblo todo lo que se parezca a su diablo, por lo mismo que la leyenda nativa sobre el genio del mal refuerza la tradición cristiana. Y esto mismo es la causa de que el diablo calchaquí vaya poco a poco tomando las formas del diablo católico, siendo hoy Supay el Anti-Cristo, enemigo implacable de la cruz y de todo cuanto es sagrado para el pueblo que le conjura. El Supay de Santiago del Estero es algo así como nuestro diablo y Mefistófeles.

El Supay en los juríes se aparece de repente en cualquier sitio y sale del suelo, de las piedras, de los troncos de los árboles añosos y muy preferentemente de los *pujios* (pozos). Suele vérsele en cuerpo y alma en las proximidades de las encrucijadas, donde permanece en acecho con el fin de hacer errar el camino a los viajeros y de tentar a las doncellas buenas mozas. Generalmente suelen ser nocturnas sus correrías, lo que no obsta para que en las siestas calurosas del estío, cuando los campesinos duermen, el muy demonio se entre a los aposentos, por la entornada puerta o el ojo de la llave, y se oculte en los ángulos obscuros de la pieza, desde donde hace sus maleficios.

El Supay se disfraza de distintas maneras, para no ser conocido de los mortales, especialmente de comprador de hacienda, montado en mula siempre redomona y dura de freno.

Habla *la quichua* con cierto dejo extranjero, especialmente cuando pronuncia la *r*.

Cuando se le conoce y se le enseña una cruz se contrae, se retuerce y escapa como Mefistófeles, si no revienta, dejando la atmósfera saturada de olor a mixto.

De cuando en cuando se lleva consigo a las mozas más garridas de la comarca, a las cuales será inútil buscar.

Hay gentes que tienen tratos con Supay, con quien de antemano han negociado sus almas. Estas gentes son las *brujas*, viejas angulosas des-

greñadas, que salen de la espesura de los bosques cargadas de ataditos o *quipus*, en que guardan toda la farmacopea con que producen el daño. A estas *Supays*, el gran Supay las colma de regalos cuantiosos y les revela secretos raros e inescrutables.

Supay se cruza con el destino del labrador, del criador, del campero, de los pastores de ovejas, de los novios, de los enamorados y de todo ese mundo supersticioso de nuestras poblaciones rurales.

En las *hupías*, orgías o beberajes de *aloja*, suele presentarse bajo el aspecto de anciano. Bebe con todos, acepta, paga y compromete *obligos*, y jamás se *macha*.

Gran parte de los incendios se le atribuyen como una venganza que él se toma cuando al huir, enseñándosele la cruz, se le grita: — ¡Cruz, cruz, cruz, Supay!

Finalmente, Supay es la encarnación y el protagonista obligado de todo mal o daño entre los santiagueños (1).

Supay es tan conocido en Santiago, que el pueblo en casi todas sus interjecciones, exclamaciones, frases de despecho o de sorpresa, mete a Supay como por obligación.

He aquí la mayor parte de estas frases y exclamaciones:

Supayian rii! ¡Anda con el diablo!

Ima supaytaj ruanky? ¿Qué diablos haces?

Supay apasuchun! ¡Que te lleve el diablo!

Supayian purinki ucuikipi! ¡Tienes el diablo en el cuerpo!

Chicha guaina supay! ¡Qué hombre tan diablo!

Supay unanchisisum! ¡Ni el diablo que te entienda!

Supay iacham machu captin... Más sabe el diablo por viejo...

Supaypa huaranka huachaskan (2)*!* El diablo que te parió cien veces!

Supairacu noka niiki! ¡Te digo por el diablo!

Supaypa churin (3)*!* ¡Hijo del diablo!

Supayina sajra! ¡Feo como el diablo!

En Tinogasta y Belén (Catamarca) el Supay suele aparecerse de diversas maneras, generalmente con humanas formas: unas veces es un hombre muy alto y delgado, mientras que otras petizo y obeso, pero en uno y otro caso con grandes patillas a lo inglés.

En Copacabana (Tinogasta) todo el mundo refiere una fechoría de Supay, de ahora tiempos. Cuentan que en una siesta se apareció en una quinta, vestido de cueros de oveja, sombrero aludo y una especie de túnica granadina del mismo cuero; el aparecido era un personaje de un metro de

(1) Muchos de los datos sobre el Supay de Santiago del Estero me han sido suministrados por mi distinguido amigo el señor Pablo Lascano.

(2) La más grave injuria que puede hacerse a un santiagueño.

(3) Esta y la siguiente son las frases provocativas de los santiagueños, camorreros desde chicos. Suelen usarlas los muchachos en sus riñas.

alto a lo más, con patillas que le llegaban a la mitad del cuerpo, negra de un lado y *chesche* del otro. Supay se apareció de improviso porque andaba persiguiendo a una moza gentil de quince abriles, la cual al ver al deforme y contrahecho galán de las pieles de oveja, lanzó agudos gritos, corriendo en su socorro un hermano suyo, con el cual el diablo se trenzó hasta arrojarle al suelo, perdido el conocimiento, que sólo recobró cuando el buen cura del lugar roció la profanada quinta con agua bendita, y mojó la frente del desgraciado, presa de espantosos sueños del otro mundo. Y como el diablo insistiera en adelante, rondando la casa, sus dueños se vieron en la dura necesidad de abandonarla, hasta que cayó reducida a escombros.

Está demás decir que muchas veces el Supay calchaquí gasta cola de tigre, cuernos de macho cabrío, y arroja fuego por boca, ojos y narices.

Almas condenadas en vida, por Supay, son las tenebrosas y feroces *mula-animas*, y agentes suyos los *duendes*, los genios traviesos de las siestas de estío, que espantan, que meten ruidos y apedrean, vuelcan las ollas en la cocina, echan tierra en los platos, roban la ropa y el maíz de las *pirhuas*, y hasta vuelcan la pava de agua hirviendo en medio de la rueda de los tomadores de mate, a la sombra de los parrales de apinados y atornasolados racimos.

En los cerros de Humaya y en Singuil, la infernal mula-ánima, el alma del condenado, suele aparecerse por encima de los collados o de los peñascos salientes del mogote, echando fuego por boca, ojos y narices, turbando a la oración la tranquilidad del campesino, quien al escuchar su rebuzno de asno, grita al muchacho campero que llega al trote corto del caballo: ¡dispará, muchacho, que es el alma condenada!...

Los hapiñuños (hapiy-ñuños) son temidos demonios desterrados, enemigos del humano linaje. Si no es el mismo Supay, bajo distinta denominación y con algunos atributos peculiares, son estos apiñuños de la estirpe del demonio de Antis, traidores y crueles, que se valen del acecho y la sorpresa para asir a algún desgraciado y llevárselo consigo.

Que los hapiñuños son los mismísimos demonios, así lo deja consignado don Joan de Santacruz Pachacutti Yamqui Salcamaygua, al enumerar sus abolengos, refiriéndonos que sus antecesores, todos caciques, fueron los primeros que acudieron al tambo de Caxamarca a hacerse cristianos «negando primero todas las falsedades y ritos de ceremonias del tiempo de la gentilidad inventados de los *enemigos antiguos del género humano*, que son los *demonios y diablos* que en la lengua general se llaman *apiñuñu achacalla*» (1).

Esta cita de Yamqui es muy interesante para el asunto que tratamos, por la falta de datos en los demás cronistas que hanse ocupado como por incidente de la mitología peruana.

(1) Jiménez de la Espada, *Tres relaciones, etc.*, página 232, Madrid, 1879.

El cronista cuéntanos, además (1), que al alborear la era de Purunpacha, durante la cual se obró la dispersión de las razas madres, estos apiñuños eran dueños de todos los dominios territoriales, impidiendo que el hombre los poseyera, pues le tenían declarada cruel y encarnizada guerra, haciendo desaparecer a los adultos y a los niños, a quienen llevaban a los cerros, para martirizarlos, indudablemente, en el propósito de concluir con la raza humana, exigiendo, además, para aplacar sus infernales iras, que los caciques les hicieran sacrificios de indios vasallos.

Como estos hapiñuños « asían de sus tetas » a quienes querían llevarse, han debido ser para mí una raza de diablos voladores, quizás emparentados con aquel dios del Aire, de monstruosa cara y cola de serpiente, que en muy interesante lámina nos ofrece Squier en su obra *Perú*.

Estos apiñuños aparecen ser los ladrones de la tierra, los enemigos de la formación de los pueblos, de las heredades y de la agricultura, y como tales, eran los ángeles malos, cuyo *ñuño* deforme espantaba a los hombres, impidiéndoles posesionarse del paraíso americano. Y es por ésto que el indio no aparece propiciándoles para gozar de los beneficios de la tierra, como al mito de la Pacha Mama, que es la tierra fecundante y lujuriosa, sino que en las nebulosidades de la mitología prehistórica aparecen desterrados aquellos o exterminados por los dioses del bien, como por aquel Ttonapa « barbudo, mediano de cuerpo, con cabellos largos, con camisas algo largas, hombre más que de moço que trayera las canas, flaco y que andaua con su bordon », el cual Ttonapa, que sin duda es un mito fálico solar, un *Viracochanpachayachicachan*, que hace, destierra a su llegada, cuando los pueblos se mueven del Tavantisuyu y avanzan, a estos enemigos de lo que es y será, de lo que nace, crece y fecunda, engendros de las tinieblas, que andaban visiblemente en la tierra *en anocheciendo,* como la relación del Yamqui cuenta (2), y quienes lanzan su queja amarga cuando se ven vencidos porque comienzan a poblarse las tierras que intencionadamente conservaban desiertas y baldías, exclamando con grito de despecho y de impotencia : « ¡Vencidos somos ¡ay! *que pierdo mis tierras!*

Todo esto, pues, y lo demás que seguirá, hácennos ver en un hapiñuño una *fatalidad* que obra al amparo de las tinieblas, asechando a sus víctimas ; un diablo más traidor que Supay, quien al fin y al cabo suele divertirse como los duendes dando buenos sustos a los mortales ; un Chiqui más concreto que este mito de la *desgracia* al cual, sin embargo, se aplacaba con los sacrificios en sus fiestas, para que dejara llover; un Watí, más te-

(1) El mismo Yamqui en su *Relación* (pág. 262), escribe sobre los daños que los terribles apiñuños hacían, de la siguiente manera : « Y dizen que antes que hobieran desterrado a dichos ydolos, los habían hecho gran daño en los naturales, llevándolos y arrebatándolos a los hombres y criaturas, hasta hazellos desaparecer, y muchas veces los habían amenazado a los curacas para que los dieran sacrificios de cuerpo humano, y de que los curacas todos decían *haochhaavcam, casca uacca curaca, etc.* »

(2) *Op. cit.*, páginas 235 y 236.

mible aún que éste, el cual wati « cruel enemigo diablo » aparece sobre todo « mentiroso » en el Himno de Huascar Inca contra los *guacas,* con motivo del mal vaticinado desastre de Angoyaca : *Llollavatica haochha aucasopay.*

El nombre de estos *hapiy-ñuños* es compuesto de palabras que significan lo que tienen y lo que hacen ; pues *hapiy* es « coger », « asir » y *ñuño* es pecho *(chiche);* y según González y Holguín, *hapiñuño* es pues, « fantasma o duende que solía aparecer con dos *tetas largas* que podían *asir de ellas* (1).

La deformidad de algún miembro o parte del cuerpo, así como la singularidad peculiar de la fisonomía en sus detalles, boca, ojos, narices, orejas, frente, o en conjunto, solían distinguir a las diversas dignidades. Pacha Mama ha de tener el vientre abultado ; Uturunco ha de enseñar sus dientes de felino ; Chiqui, su cara horripilante; Pukllay, su rostro risueño y pintarrajeado ; las Illas, han de aparecer en estado de preñez ; los Callca, con sólo rostro o mejilla y sin cuerpo ; los Guauques, han de tomar el parecido de la persona que representan ; los Pururaucas, el hombre, animal o cosa a quienes se refieren ; y, del mismo modo los hapiñuños tienen sus largos o bien pronunciados *chiches,* tetas o ñuños ; y, sin duda alguna, sus caras debieran ser más o menos monstruosas, mucho más tratándose de representantes del diablo, cuando, como lo cuenta el padre Cobo (2) la generalidad de los ídolos tenían fisonomías caprichosamente raras o espantables.

Los *ñuños* o pechos de estos diablos, fantasmas o duendes, en tal desproporción física, es claro que, como mitos destructores, no servían para alimentar y para criar ; e indiscutiblemente, dado lo que nos cuenta el Yamqui y las etimologías de González y Holguín, servían aquellos *chiches* para que los mortales se asiesen de ellos especialmente los niños, a quienes los hapiñuños darían sus mamas para « asirlos por la boca » y llevárselos, pues que, como dice el cronista « no había seguridad de andar en anocheziendo. porque a los hombres y mujeres y muchachos y criaturas, los *llevaban arrebatándolos,* como tiranos infernales y enemigos capitales del género humano » (3).

De aquí el terror que en la fantasía popular de los indios despertaban estos hapiñuños o diablos de las largas tetas, ladrones de hombres, mujeres y niños ; y de allí que el mismo Manco Capac cuando se empeña en conocer a su criador, pídele que se le aparezca aunque sea hapiñuño, diciendo en su misterioso himno : — « ¡Oh, si me hicieras que supiera quién eres, sea lo que fueres ! »

Camquiman happiñuñu — aunque fueres hapiñuño.
Llasacatic manchachic... — en un sueño espantable...

(1) Diccionario de González y Holguín.

(2) Jiménez de la Espada, *Historia del Nuevo Mundo,* tomo III, *in fine,* edición, Sevilla, 1892.

(3) *Relación,* página 235.

Dije más antes (y así lo es) que en la mitología nebulosa de Antis estos hapiñuños aparecen desterrados en dos ocasiones al concluir la era de *puru-pacha* (tiempo sin poblarse), cuando las naciones de Tavantisuyu marcharon poblando los campos desiertos en los cuales hicieron sus viviendas y moradas, según reza « de noticias antiquísimas, ystorias, barbarismos y fábulas del tiempo de las gentilidades » ; en otra ocasión, es Ttonapa, ya Tonapa Tarapaca (águila), Bicchhaycamayoc (predicador) o Pachacan (siervo, criado), quien destierra a los hapiñuños y *achacallas* o hapiñuños achacallas (1).

Ahora vienen dos pasajes interesantes de Pachacuti sobre quiénes eran los desterrados, y dónde lo fueron. En ellos refiere que cuando el cuarto Inca Capac Yupanqui fué al Titicaca a traer agua tocaba por el Tonapa, con el propósito de ungir con ella a su hijo el Inca Roca, los curacas de Asillo y Hururu contaron al Inca aquél cómo el Tonapa Vihinquiera (mandante) « los había desterrado a todos los ydolos, ymagines de los *demonios appiñuñus*, a los serros nibados, donde jamás los hombres los llegauan, que son *lloques* o *quenamaris* (cerros inhabitables) ». Los Chinchaysuyos también dijeron al Inca que el Tonnapa Varivillca había estado en sus tierras, « y que los había hecho una cassilla para su morada, y que en el entretanto los habían desterrado a todos los *uacas* y ydolos y *apiñuños* de las provincias de Hatunsaussaguanca, haciendo grandísimos burlas y vituperios; de modo el ticho Ttonappa Varivillca los había destterrado, echándoles a todos los *uacas* a los serros nibados y carambanos, como en Pariaca y Uallollo » (2).

En Calchaquí muy rara vez se habla de ñuños en nuestro « serros nibados », grandes huacas o adoratorios del pasado.

Forma por la parte sur (en Tucumán) el muy renombrado valle de Tafí, el *Ñuño-Orco* Grande, para distinguirle del Ñuñarco Chico, que está más al sur y fuera ya del valle, uno y otro a los 68 grados de latitud y cerca de 27 grados de longitud, en el hoy departamento de Tafí. *Ñuñorco* quiere decir: ñuño, ciche, teta, y *orco*, cerro, lo que equivale a *cerro del chiche* o teta, cerro que en todos los inviernos tiene abundante nieve, que es inaccesible, y, por lo tanto, como esos « serros nibados » de que el Yamqui habla.

Desde el hermoso campo de la Arcadia se distingue, destacándose en el

(1) Respecto a este nombre de achacalla debe observarse que « la *ch* en estas lenguas es un *chicheo* o engrosamiento de la *t*, así que debe más bien buscarse como *Atacalla*, *Ca* y *lla* son partículas de adorno y encarecimiento, y *atan* o *Atancay*, según G. Holguín, es la *ventura* en cualquier cosa, el hado propicio. Como *Atahualpa* se escribe también *Atauhuallpa* se concibe que *Ata* y *Atau* pueden ser dos modos de escribir la misma palabra. Esa ortografía del nombre del famoso Inca nos aleja del todo de etimologías gallináceas, porque lo convierte en « Rodela de la Buena Ventura » es decir, que se le aplicó uno de los epitetos solares ». Lafone Quevedo, *El culto de Tonapa*, número 11, páginas 10 y 11.

(2) *Op. cit.*, página 261 y 262.

azul del cielo, la inmensa teta del cerro, vértebra enorme del Aconquija, que se interpone entre los valles de Tafí y de Yocahuil o Santa María (Catamarca).

La forma del cerro con su gran mama, así como el Nuñorquinto con su tetilla, hácennos pensar, casi con seguro criterio, que estos « nibados serros » son de aquellos a que la mitología andina se refiere, o sean los *ñuño-orkos* de los *api-ñuños* o la gran huaca de los diablos, duendes y demonios, tanto más cuanto que hemos constatado en otras ocasiones que las divinidades peruanas, de cuyas leyendas están llenos nuestros cerros, han penetrado a Calchaquí y perdurarán hasta ahora mismo en estos apartados y épicos valles del norte.

Escrito esto, pasemos ahora a enseñar algunos tipos de hapiñuños, con su largo pecho, como salido del centro del seno, bastante pronunciado, para demostrarnos que el artista no lo ha trabajado sin su segunda intención, siendo este detalle lo más saliente del ídolo, así como su extraña fisonomía. Sus cejas son paralelas a sus ojos al sesgo; su nariz está apenas indicada, en forma de pico de ave; su boca es un circulillo más contigua a los ojos que a la barba; sus orejas se ven trazadas por dos pequeñas insiciones; su frente es estrecha, y su cabeza ofrece un raro peinado, al que adornan, sin duda, *guaicas* u otros objetos por el estilo, indicados por muchos puntillos de poca profundidad. La fisonomía de este diablillo es típica del estilo de otras de su género y que, quizás, especie, siendo su material de barro color ladrillo obscuro.

El pequeño fetiche que Ambrosetti (1) publica como ídolo funerario es otra representación de hapiñuño, por su fisonomía y sus manos perfectamente visibles.

Como el anterior y el siguiente, el idolillo aparece en completa desnudez, también con su cara ancha, chata, nariz formada por la continuación de la ceja, boca formada por un cuadrado, orejas agujereadas como para colocarse aros, y comienzo en la cabeza, de cuernos. Lleva sus manos al pecho, junto al *pupu*, y su cuerpo es corto, con sus piernas terminadas en un muñón, en vez de pies, detalle que caracteriza a estos fetiches y demás ídolos en general. Fué encontrado en Belén (Catamarca) y encuéntrase actualmente depositado en el Museo de La Plata.

Poseo otro idolillo de barro rosado de esos que suelen hallarse en la cuenca de lo que antiguamente fué Londres. Ofrece base de cuernos tronchados, ojos al sesgo, nariz saliente con indicación de fosas nasales, boca cuadrada, orejas perforadas para pendientes o palitos, cabeza ancha como los otros, o *Palto-homa*. Sus manos van al *pupu* distinguiéndose las naturas de la mujer. Como el anterior, tiene muñones en vez de pies, y una pierna más

(1) *Notas de arqueología calchaquí*, número 1, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. XVII, nº 7, 8 y 9, página 422.

corta que la otra, como en actitud de correr, cual lo efectuaban estos andariegos hapiñuños, cuando se robaban las gentes.

Mi vaso (fig. 63) tenido por votivo, es un trabajo hermoso de un barro perfectamente cocido, color té con leche, todo hueco por dentro, siendo muy delgadas y finas las láminas de barro que lo constituyen. El vaso es uno de tantos de esos ídolos obesos y barrigones que abundan en los valles de Yocavil (1). Todo en él, como en los anteriores es típico: cejas, frente, ojos, nariz aguileña, y boca intencionalmente distanciada de la nariz, con sus orejas salientes, en las cuales se ven tres rayitas. Otras tres,

Fig. 63

Fig. 64. — Colec. Lafone (Museo de La Plata)

caladas en la parte inferior de cada ojo, indican gráficamente que el ídolo está mirando, quizás en acecho, a alguien. Las manos de la figura tienen semejante colocación a las de las figuras anteriores. Sus *ñuños* han sido trabajados de relieve y son bien visibles.

El ídolo de la figura 64, de bien pronunciados ñuños, es también un vaso o botellón de greda color rosa, con la particularidad este hapiñuño de apuntar las manos hacia sus pechos. Sus ojos y nariz son típicos, lo mismo que su frente y sus orejas. Al revés de los demás, este ídolo tiene pies,

(1) Este objeto fué regalado por mí al doctor Paulino Alfonso, Presidente del Congreso Latinoamericano, que hace poco se reunió en la capital. El ídolo encuéntrase en Santiago de Chile y es un recuerdo de Calchaquí.

los cuales sirven de apoyo al vaso. Fué la figura publicada por el americanista Lafone Quevedo en un ensayo mitológico suyo (2).

Suerte es que poseyamos estos ejemplares que atribuímos a estos hapiñuños de nuestros cerros nevados, en los cuales perduran las leyendas de los mitos de la montaña.

(2) *El culto de Tonapa*, número 2, página 10. (Museo de La Plata, 1892).

LA TRADICIÓN RELIGIOSA, LA VIRGEN DEL VALLE

Y LA EPOPEYA CALCHAQUÍ

I

Llega de todas partes la gente, excitada por el fervor religioso de otros tiempos, a prosternarse ante la clásica imagen que desde hace más de dos siglos representa la tradición histórica y la leyenda primitiva del Tucumán de la conquista y de las poéticas montañas de Catamarca.

Esta virgen no es una divinidad moderna, cincelada por el arte contemporáneo, retocada por la estética escultural, ni pulida por el cincel cristiano.

Un pedazo tosco de granito de la montaña, labrado no se sabe en qué tiempo ni por qué mano, ha servido de material para dar formas a esta imagen, cuya fama y cuyo renombre son tan duraderos como la piedra en que ha sido cincelada, representando de este modo de una manera más gráfica la tradición primitiva, cuando dos razas, dos religiones, dos mundos, luchaban a brazo partido, y la civilización castellana y la cultura indígena retábanse a muerte en la clásica tierra de las huacas, bajo el cielo mordido mil y mil veces por la flecha calchaquí.

Era el viejo pueblo de don Jaime II de Aragón, la España de los Felipes y de los Carlos, quien se internaba en la Virgen América. Como hermanas gemelas visitaron nuestra tierra la cruz y la espada; y mientras la una guiaba solamente ejércitos y estandartes de Castilla, la otra centelleaba con los rayos de *Inri*, como una exhalación en las noches de invierno. Cuando las naves partían de los puertos españoles, el populacho despedía con pañuelos al guerrero y al fraile, aquél con arcabuz al hombro y éste con un breviario en la mano y escapularios de la virgen colgados del cuello. A toda vela el buque, ambos concertaban el plan: tumbar imperios, domar razas, recoger oro, convertir tribus, entregar maniatado un mundo al rey y al pontífice. Baja a la playa, y el guerrero hiere el lomo de la tierra y el fraile clava la cruz a la sombra del árbol centenario y levanta su oración de gracias a María Santísima.

España ortodoxa nada hacía sin la cruz. Es el pueblo protegido de la vir-

gen, que aparecida un día al apóstol Santiago, dijo: «Esta tierra yo la tomo bajo mi patrocinio y predilección: España será una parte primorosa del reino de mi hijo, y poblará el mundo y los cielos de apóstoles y de santos.» El clásico rey que en cien lides empapó su espada en sangre sarracena, levantó mil setecientos templos para María. Carlos V en las capitulaciones de 1534 con el adelantado del Río de la Plata, Mendoza, invoca su nombre y previene lo de la religión «sobre todas las cosas». Don Felipe, el del Escorial, el más devoto de los hombres, recomienda a tierras americanas la veneración de María, y así lo pide y lo ordena cuando los jesuítas penetran al Tucumán. De aquí que en la Nueva España se multiplicaran los santuarios a la Reina de los cielos, que el coronel de guardias don Antonio de Salcedo ha contado por centenares. El reino de Granada estaba cubierto de ellos. Desde 1583 rebotaban en bóvedas los salmos a María de Copacabana, a orillas del Titicaca y el templo de Cuernavaca, en Méjico, salía esa letanía atronadora en su loor que llenaba selvas y montañas.

¿Sería concebible, entonces, que María Santísima no hubiera guiado a las legiones castellanas a la conquista del Tucumán?...

Es ella quien ha hecho la obra colosal, y el mismo calchaquí rendido la ha adorado, la ha bendecido: *Muchhaycuscaiqui Maria, Diospa graciahuan hunttasccam canqui. Apunchic Dioestni ccamhuan...*

Por otra parte, jamás una raza ha hecho una irrupción sin que la haya guiado una divinidad, desde el judío al romano, desde el bávaro al sarraceno, desde el cruzado hasta el castellano.

Cuando Cristóbal Colón baja a la playa, clava la cruz. A Hernán Cortés se le aparece misteriosamente la Virgen. Los guerreros del Tucumán ven, arrastrando túnicas blancas por el aire, a dos apóstoles que ponen en fuga a los naturales. Antes de todo, Santo Tomé u otro santo cualquiera, ha visitado la América y en los peñascos de las sierras brasileñas están grabadas sus rodillas, y el buen Garcilaso cuenta cosas maravillosas de apóstoles y evangelistas, allá por los dominios de los incas, sus ascendientes...

La raza conquistadora de nuestro Tucumán tiene su divinidad que la guía, lanzándose tras ella al combate y venciendo después de ciento treinta años de lucha. Calchaquí, de su parte, más soberbio que Chelenim, Coronilla o Don Juan, diviniza a Pedro Chamijo, el áparecido, semidios de carne y hueso, que consagra con el título de *Titaquín*, gasta trajes forrados con pecho de colibríes, y ciñe, por fin, el *llantu* del último inca, y envuelve en las redes de su diplomacia de andaluz a S. S. el muy noble y leal vasallo de S. M. Don Alfonso de Mercado y Villacorta, después de la conferencia del famoso Londres de Pomán, donde éste agasaja a aquél y donde no contento con banquetes da al aparecido algunas representaciones dramáticas ante el auditorio de ciento treinta caciques. Entre paréntesis: estoy seguro que en la historia literaria nadie ha dicho aún que nuestro arte dramático tuvo su iniciación primera en Londres de Pomán, entre los bosques de chañares, algarrobos, talas y *mullis* y entre las sinfonías monótonas y

prolongadas de la chicharra y *collullo*, esperando el anuncio de la fermentada *alhoja*.

María Santísima es el numen de la raza castellana, la *vencedora de Calchaquí*, bautizada en criollo con el poético nombre de Virgen del Valle.

Desde los lejanos tiempos la virgen choyana se convierte en la depositaria de la fe, del valor, de la vida, de la suerte de esa multitud que corre afanosa a ofrecerla cánticos, a quemarle incienso, a darle oro, a brindarle como ofrenda, cuando más no sea, las flores del aire de la montaña, que las brisas cálidas llenan de perfumes voluptuosos y orientales.

Sus milagros de esos tiempos heroicos, recogidos por la crónica y fantaseados por la tradición, la leyenda y la rapsodia populares, pasan desde entonces a formar parte de algunos capítulos de la historia del pueblo catamarcano, que no ha olvidado un solo día a su virgen.

El pueblo de Catamarca, un tanto aferrado al pasado, guarda hasta hoy, y guardará por años y años, el culto de sus mayores.

Ahí está en su camarín suntuoso, en urna gótica, la imagen de piedra.

Este pueblo, tan olvidadizo de su historia, que nada sabe de sus héroes, de sus mártires, de sus servidores, de sus valerosos soldados, conserva intacta, sin olvidar un detalle, la tradición de la imagen de piedra, repetida todos los días en el templo, en el claustro, en la escuela, en el hogar y hasta en la plaza pública.

Mientras agonizan el San Nicolás riojano y el Señor del Milagro, la Virgen del Ambato acrecienta su fama, y romerías de peregrinos llegan a visitarla desde el Perú y Bolivia, y la Meca argentina se llena de *coyas*, que venden quina, *esturake* y hierbas que curan todo mal.

¡Ahí está en su altar!

El grito del progreso no ha acallado las plegarias de la fe sencilla y primitiva, y hasta el Leviatan de Salaberry que se alimenta de viejas creencias, y que devora insaciable despojos y andrajos, parece que quisiera saludarla « ¡reina y señora de estos valles! »

« Escribir algo sobre Catamarca, — son palabras del señor Lafone Quevedo, — y no decir nada acerca de la famosa imagen de la Virgen del Valle, es, como dicen, dar la tragedia de *Hamlet* sin el papel de príncipe de Dinamarca. » Y en verdad que la tradición religiosa es el pasado palpitante del pueblo catamarcano, pues jamás hase realizado en la provincia un acontecimiento trascendental, social o político, sin que no haya tenido, de un modo u otro, directa intervención la Virgen Inmaculada de Ambato. Más que nada, es la Virgen del Valle la resurrección diaria de los acontecimientos seculares de la tierra, por la fe religiosa y veneración a la imagen que invocan los catamarqueños de hoy, como los tucumanos de la conquista en los momentos angustiosos o en las tristes expectativas.

Hace más de tres siglos que esta imagen mora en el santuario catamarqueño; más de trescientos años van corridos desde el día que fuera solem-

nemente conducida en procesión a la naciente colonia de Valle Viejo, desde su poética morada, la gruta de granito de Choya.

Allá en lejanos tiempos brumosos para la historia, cuando el nunca bien ponderado don Alonso de Mercado y Villacorta cerraba para siempre el período de la conquista de casi siglo y medio, que inicia Juan Núñez de Prado, el venerable cura de la naciente colonia del Valle, el buen De Aquino, con mística unción, delante del expatriador de los Quilmes, pronuncia esta sencilla profecía, que ha conservado literalmente la tradición: «A vos la gloria, ¡oh María! y ningún siglo callará tu gloria ni olvidará Estos portentos. Hasta tanto que el Ambato y Anconquija coronarán con su frente sublime a este valle, no dejará de resonar de tus alabanzas, ¡oh vencedora de Calchaquí!»

Al ver cumplida esta profecía es preciso recordar que el culto a la histórica imagen ha sido fomentado en todas las épocas por los poderes del estado, dando al pueblo el ejemplo de piedad y contribuyendo de este modo a arraigar en su corazón la adoración sincera a la virgen de estos valles. Hasta hoy nuestro gobierno provincial costea una de las anuales funciones de la virgen, y ésta es una obligación impuesta por los años, que nadie se ha atrevido a desatender, como legado imperioso de los comienzos del siglo. En 13 de diciembre de 1802, el ilustre cabildo, justicia y regimiento de Catamarca, sin opinión disidente alguna, declaró y resolvió, como si se tratara de una transcendental cuestión de estado, «que por cuanto se hallaban actualmente solemnizando las fiestas que anualmente se acostumbra de Nuestra Señora del Valle, patrona de esta ciudad, en el misterio de su purísima Concepción; y reconociendo lo mucho que se ha entibiado la devoción de este vecindario, según el fervor con que antiguamente se solemnizaban dichas fiestas; considerando que esto sea uno de los motivos por que se experimentan plagas, especialmente la seca tan rigurosa, que en ocasiones no alcanzan las aguas ni aun para beber; y deseando contribuir al mayor culto de esta soberana reina: hemos resuelto que este ilustre cuerpo haya de alumbrar y costear la función en su propio día de la purísima Concepción, desde su víspera hasta la novena. Pues, además de obligar a todos los señores la devoción que siempre han tenido y tienen a la Virgen Santísima del Valle, patrona titular de esta ciudad, les es constante que en otros tiempos el cabildo era el patrón y mayordomo de esta soberana Reina.»

Observemos, de paso, que el decaimiento de la devoción a que se alude, y que culminó en 1715, es debido a la circunstancia de haberse trasladado la imagen de Valle viejo a la nueva ciudad de San Fernando de Catamarca.

En las lomadas de Choya, al noroeste de la capital, y como a legua y media de la misma, hay cerca de aquella población indígena una estrecha quebrada que se interna hasta el corazón del Ambato. Esa quebrada es tan poética como todas las abras de esta serranía, llena de árboles, torrentes,

aves y flores. Esa sinuosa quebrada es la mansión primitiva de la deidad catamarqueña. En una de sus lomas, a poco andar, nos damos con una gruta de rocas de poca profundidad, que la naturaleza parece haber formado de intento, y de la que ya se han desprendido algunas piedras, haciéndola más caprichosa. Esa gruta es la *gruta de la Virgen*, la agreste morada en donde la encontrara el castellano, adorada por los naturales al son de salvajes y plañideros cantares. « Dios nuestro Señor, decía el indio Lorenzo de Pomán, formó esta santa imagen y la hizo aparecer entre los indios cristianos y pueblos de Choya, cerca de dicho pueblo en unos peñascos o cueva de piebra. »

Lo que acabo de transcribir nos dice claramente que la adoración a la imagen de piedra no comenzó de parte de los castellanos, sino, al revés, nuestros indígenas fueron quienes la tributaban, desde mucho tiempo atrás, veneración en el agreste santuario de la montaña, cantando delante de ella, bailando, arrojándole flores, iluminándola con fogatas o candiles encendidos.

Ignórase desde qué remoto tiempo adorarían los naturales a su imagen del Ambato, pues lo único que se conoce es que la adoración rayaba en fanatismo, y que el culto a la imagen era practicado por aquéllos con verdadero sigilo de indios, de manera tal, que sólo la casualidad pudo avisar a los castellanos que los naturales tenían una virgen, y que ésta, misteriosamente, habíase aparecido en una gruta, en el seno de una montaña.

Pero, a pesar de tanto sigilo, que hasta los pequeños indiecitos guardaron con recomendable reserva, no tardaron mucho los castellanos del otro lado del río del valle en conocer el misterioso secreto, aguijoneándolos inmediatamente su fe religiosa, tan acentuada a fines del siglo XVI, a dar con esa imagen aparecida, lo que desde luego era un portento del cielo.

Día llegó en que un siervo de uno de los vizcaínos de la colonia castellana, plantada con osadía en medio de enjambres de tribus, dirigiéndose a las lomadas de Choya y penetrando en la quebrada misteriosa, vió con extrañeza a varias pequeñas indiecitas internarse con ramos de flores y candiles de luz. El siervo del castellano imaginó al instante que algún misterio guardaba la montaña; y escurriéndose por entre los verdes y tupidos arbustos, siguió largo rato a las indiecitas. Al día siguiente el secreto de los pobres naturales estuvo en posesión de los místicos castellanos. En las viejas informaciones léese la siguiente declaración de uno de los descendientes de los colonos: « Haber oído, decía, el modo como vino la santa imagen en poder de su bisabuelo, y fué porque un indio sirviente de su bisabuelo, que frecuentaba ir al pueblo de Choya, vió que unas indias iban como escondidas llevando una lamparita hacia una quebradita del cerro inmediato a dicho pueblo; y al día siguiente, por el rastro de éstas, dió con la Santa Imagen en una cueva o nicho de piedra; y siendo por este indio noticiado su amo, vino y se llevó la imagen a resistencia de los indios. »

Así, en efecto, aconteció: el del hallazgo de la imagen voló a referir a

su amo cuanto había visto. Era un vizcaíno de nombre Salazar, hombre devotísimo, crédulo, escrupuloso y sencillo.

Apenas el vizcaíno escuchó el relato está de más decir que su cabeza se volvió una hornalla encendida de ideas y pensamientos encontrados. ¡Imposible dormir; inútil pensar en otra cosa!... aquello era obra patente del cielo, y algún gran plan meditaba el Altísimo, cosa que en esos buenos tiempos de apariciones y milagros, de ánimas y brujerías, era pan de todos los días. pues no transcurrían dos semanas sin apariciones de santos o milagros de María Santísima.

El vizcaíno, apenas aclaró el día, y después de haber repasado más cuentas de rosario qúe minutos de su larga noche de insomnio, seguido de su devota familia, dirígese con paso acelerado al vecino pueblo de Choya, y una vez entre los indios y en alegre plática con su buen cacique, manifiéstales que va a adorar la imagen misteriosa del Ambato...

¡Más bien no lo hubieran escuchado los indios, porque aquella revelación fué para ellos una sorpresa inaudita, de esas que paralizan las arterias del corazón!... Pero el velo estaba ya descorrido, y quiera que no quiera, el señor cacique tuvo que hablar de la virgen misteriosa con tan impertinente huésped. « Hacía años, dijéronle los indios, que ya no guardaban la cosa, y que la imagen la encontraron en aquel nicho natural de piedra, y que sólo Dios había podido formarla y colocarla en aquel punto »... Y adiós deidad indígena, que ya el vizcaíno no parará hasta tenerte de huésped en sus lares!... ¡Adiós, que lo que huele a huacas o a santidad hízolo el Creador para los señores conquistadores! Todo lo vió, todo lo observó el buen vizcaíno, y desde ese día se convirtió en implacable anacoreta, y cuando no rezaba pensaba en la virgen, y en Choya, y en la quebrada del Ambato, y en la cueva misteriosa, y en todos los santos y santas de la corte celestial, y la boca se le deshacía en salmos y en letanías, en *regina angelorum* y en *gloria patris*.

Cuando, pasados algunos días, el vizcaíno y demás habitantes de la colonia quisieron llevarse la venerada imagen de Choya, sacándola de su morada de rocas, los indios, no sólo protestaron sino que, armados de lanzas y flechas, en actitud hostil, rodearon el nicho del Ambato, como si se tratara de evitar que el rústico, pero sagrado templo fuese profanado. La quebrada llenóse de guerreros nativos; las cumbres cercanas aparecieron erizadas de indios; y cuando Salazar y los suyos, pretextando una regia romería, armados de cota, broquel, casco, alfanje, lanza en mano, pretendieron sacar en procesión la imagen para llevársela, los indios estiraron nerviosos los arcos, y de seguro que a no cesar la insistencia de los usurpadores, una granizada de flechas hubiera caído sobre sus cuerpos, en presencia de la virgen misma, y sangre humana hubiera profanado su sencillo santuario, donde se derramaban silvestres flores y se entonaban plañideros cánticos. ¡Era la lucha y el castellano llevados hasta la conciencia!

Al fin, la astucia del conquistador y la credulidad supersticiosa del indio,

hicieron que la imagen fuera a parar a manos del primero. Un día, en medio de la común adoración de castellanos e indios, uno de los devotos de la colonia, que permanecía en místico arrobo contemplando a la imagen, exclama a grandes voces: ¡La Virgen sonríe y despide luz de sus ojos!... Y todos creyeron ver que aquella inalterable fisonomía de piedra sonreía... La virgen sentía alegría ante la insinuación de los castellanos, y prefería la vida de la colonia a la de su mística morada!

Los indios así lo creyeron, y lanzando un profundo suspiro, mezcla de tristeza y de decepción, bajaron la frente y consintieron en que los castellanos se llamasen dueños de la imagen.

¡Hasta la deidad querida, la virgen del Ambato, tantos años venerada en silencio, único consuelo del hijo de la tierra, a la que diariamente ofrecía sus cánticos y coronaba con flores del aire, olvidaba para siempre a los suyos e iba a ser la protectora del enemigo blanco!... ¡Imagen despiadada! ¡No pasarán muchos años, y tú, la virgen del Ambato, delante de millares de hijos de la tierra, esclavizados y humillados a las plantas del aleve conquistador, volverás a sonreír como en la gruta de la montaña el día en que Alonso de Mercado y Villacorta te llame *Vencedora de Calchaquí!*

Seguida de inmenso gentío, la imagen del Ambato fué transportada a la colonia, hasta llegar a la morada del místico vizcaíno.

La idea de construirla una capilla encarnóse en aquel sencillo pueblo, permitiéndose a los indios tomar parte en la discusión de si debiera levantarse en Choya o en el Valle Viejo. Los indios se daban por muy satisfechos con que el santuario construyérase en su pueblo. En la asamblea de vecinos en que el punto fué discutido, el señor cacique de los choyanos, con admiración de todos los circunstantes, pronunció un elocuente discurso, mitad en castellano y mitad quichua. Pero nada pudo vencer la porfía de los colonos, cavándose en seguida los cimientos del nuevo templo, a cuyo trabajo los pobres indios tuvieron que prestarse solícitos, ayudando a la obra cien varones y cien indiecitas que acarreaban las piedras.

Como la fama de tan sorprendente hallazgo cundió por toda la provincia, no tardó en llegar a oídos del obispo de Tucumán, y luego no más S. I. demanda de S. S. el señor gobernador, subsidios para el trabajo del templo. «Vuestra Excelencia, escribía aquél a éste, conoce muy bien que estamos rodeados de enemigos numerosos y temibles y que los valientes indómitos calchaquíes han hecho palidecer muchas veces la bandera de Castilla, y que están muy lejos de abandonar las armas. Ahora, ¿qué mejor fortaleza y valla contra tales enemigos que un Santuario de la Virgen del Valle de Catamarca? ¿Y quién ignora que nuestra grande patria, la España, debe su salvación, su grandeza y gloria al patrocinio de la virgen contra moros y sarracenos?»

Al colocarse la piedra fundamental de la capilla celebróse una gran fiesta de indios. Romerías de naturales llegaron de los puntos comarcanos y de los confines del valle: de Choya, Pomán, Capayán, Polco y Singuil. La

procesión fué solemne, y más que nada fué una manifestación indígena: tamboretes, bombos, panderetas, flautas de caña, cantos en latín y cantos en quichua, alegres jaleos españoles y plañideras tonadas salvajes atronaron los aires.

Hay que recordar, y ya lo iba olvidando, un singular detalle que cuenta la tradición. Refieren los antiguos manuscritos que después que la Virgen fué sacada de su morada del Ambato y conducida a casa del vizcaíno, ésta se desapareció en repetidas ocasiones, espinando el corazón de los místicos moradores de la colonia y aguzando la natural superstición de los indios de Choya.

—¿Ha amanecido hoy la imagen en la casa de Salazar?

Esta era la pregunta de todos los días. La imagen desaparecía para volverse a su morada de Choya, y de allí la traían los castellanos nuevamente a casa del vizcaíno. Sin duda, y esto es muy lógico pensar, sigilosamente los indios de Choya la harían desaparecer de la colonia, conduciéndola a la quebrada, con el propósito de discutir a los castellanos, como lo hicieron, las preferencias de la virgen por su morada del Ambato. Fué entonces cuando el buen vizcaíno, que primero hubiera renunciado a su vida que dejarse llevar la imagen, obstinóse en sostener que la virgen se volvía a su morada porque quería templo, y fué esto lo que decidió la empresa de levantarle la capilla a que me he referido, como que, efectivamente, después de colocada la piedra fundamental, cuando los indios se convencieron de la obstinación de los castellanos, la virgen dejó de desaparecerse, y si se desaparecía, como aconteció cuando ya estuvo en la capilla, era para visitar al buen vizcaíno, quien supo aprovechar la ocasión, y por pocas no se hizo canonizar por el cura de la colonia: « Entre la Santa Imagen, dijo el señor cura en un patético discurso, y Manuel Salazar existe ya una relación indisoluble. La Imagen no puede estar sin Salazar, ni éste sin aquélla; es preciso que los dos vivan juntos en una misma morada; es preciso que el Salazar se quede con la Virgen en el templo, como siervo y esclavo y sacristán perpetuo. He aquí la condición que yo y la Virgen exigimos. »

Después de todo esto es bien entendido que ni la Virgen se volvió a Choya, ni los indios insistieron. Desde esa época parece datar la afección que la Virgen fué cobrando por los castellanos. No va a pasar mucho tiempo y se convertirá en la enemiga implacable de su pueblo.

Sin embargo, esto que parece tan manifiesta ingratitud, no lo es en realidad para quien tenga en cuenta que la imagen, según yo pienso, no era sino una pobre cautiva castellana en su morada del Ambato.

Con efecto: aunque hay mucha gente que piensa que la Virgen fué obra indígena a estar a la manera como se hizo su hallazgo, para mí nada es más erróneo que esta creencia, y estoy en que la imagen es obra del arte castellano. Los indios choyanos yo no sé que jamás hayan sido artistas, como sus vecinos los calchaquíes, ni menos que supieran tallar el mármol; y, aún cuando sucediese lo contrario, los indios no hubieran impreso a la

imagen sus formas. La posición escultural de los brazos y de los pies, estos siempre unidos en el talón y aquellos arqueados, descansando las manos en ambos costados de la cintura del cuerpo, es la posición del arte indígena; la fisonomía misma de todos los ídolos del indio, desde los artistas incaicos abajo, es, asimismo, diversa de la que se ha impreso a la imagen del Ambato. La imagen, yo la he visto muy de cerca y en repetidas ocasiones, tiene un tipo puramente castellano, otra prueba irrefutable de que no ha podido ser obra de los indios. La Virgen, no hay duda, es obra del arte español, y sin duda la trabajó algún escultor venido entre los conquistadores o sería importada por algún misionero, que la dejó a los indios después de instruirlos en las prácticas cristianas, como para agasajarlos. Por lo demás todo lo que de la imagen se dice, para atribuirle un origen divino, ponderando su belleza escultural, no pasa de ser exageración de los creyentes. Está lejos de ser medianamente hábil el cincel que la labró y apenas si por la posición de las manos tomarían los castellanos por María Santísima a la imagen de los choyanos.

Después de lo dicho ya puede verse, pues, que los naturales no tenían tanto motivo para lanzar reproches de ingratitud a la virgen que les abandonó, abrazando el partido de los castellanos. La cautiva volvió a su pueblo, y desde el día que vióse entre los suyos llenó de gloria los estandartes de Castilla. Veamos cómo.

« El simulacro de la Virgen Purísima, dicen los tradicionales manuscritos, según la aceptación y común persuasión antigua, quiso la Majestad Divina ponerlo en este valle, para que fuese todo el desempeño, amparo y defensa no sólo de este valle, sino de toda la provincia del Tucumán. »

En efecto: los señores castellanos desde la iniciación de la conquista, vieron a la Madre de Dios intervenir directamente en los sucesos de la guerra, prestando el demandado auxilio a los suyos; y esta idea está tan encarnada en el pensamiento de los cronistas, que ninguno de ellos trepida en afirmar que a no mediar el cielo la obra grandiosa de la conquista no se hubiera llevado a cabo, aniquilándose desde el primer día el brazo y el corazón de España.

En nuestro Tucumán la tradición está conteste en admitir como un hecho indiscutible la intervención de María Santísima en la guerra de Calchaquí; y donde se ha visto manifiesta la intervención de la Virgen del Valle es en los dos grandes alzamientos, el de 1627, en tiempo de don Felipe de Albornoz y en el de Pedro Bohorquez, el falso inca, treinta años después, en 1657.

La tradicion está conteste en afirmar que las repetidas desapariciones de la imagen del santuario de Valle Viejo, en los momentos más críticos, cada vez que vacilaba el poder español, son el más portentoso milagro de la Virgen del Valle, quien deja a sus buenos vizcaínos y vuela por los aires en protección y amparo de los suyos, apareciéndose en el momento psicológico de los combates con rostro airado y amenazante, para sembrar el pavor y la dispersión en el campo indígena. Es de esta manera como se realiza el

milagro del *Pucará* de Anconquija. Ciento sesenta españoles, cuenta la crónica religiosa, estaban completamente cercados por veinticinco mil calchaquíes, y en el instante en que toda resistencia es imposible y los sitiados van a perecer, aparécese la Virgen, cunde el terror y los calchaquinos huyen despavoridos.

Pero lástima es, y grande, que este tan repetido y ponderado portento no haya podido haberse realizado, por la razón sencillísima de que jamás hubo tal batalla o sitio del Pucará, y menos en tiempo de Pedro Bohorquez como se insinúa, en que la paz más octaviana reinó en el valle de Catamarca, tanto que los pocos soldados que en él vivían volaron a auxiliar a los castellanos de Calchaquí.

Mi respetable y sabio amigo, el señor Lafone Quevedo, tan creyente en la Virgen como profundo conocedor de la historia de Tucumán, dice en esta ocasión, contrariando la tradición religiosa: «en aquella vez los calchiquinos no estuvieron ni cerca del Valle, antes al contrario, el tercio de Catamarca penetró con los demás al propio Valle de Calchaquí»; pero el señor Lafone, que se siente espinado ante la idea de que el milagro ni siquiera haya tenido ocasión de realizarse, dice «que el Pucará del milagro es el que existió en Polco o Motimo, *y no el de Aconquija.*»

Esta aseveración no es ni puede ser más que una hipótesis, que desde luego comienza por contrariar la tradición religiosa, que no ha pensado ubicar en Polca o Motimo el milagro, sino buenas leguas más allá, en una altiplanicie del Anconquija. Que los indios del valle de Catamarca, y contemos también a los de Polco, se alzaron durante la guerra de 1627 a 1637, esto no ofrece duda alguna; pero en la historia de ese entonces, ¿cómo no aparece, ni por simple referencia, combate o sitio alguno en el Pucará de Polco? ¿Cómo la crónica hubiera callado este hecho de armas tan portentoso, sin rival en la conquista de América, de que sólo ciento sesenta hombres venzan a veinticinco mil, y tan luego veinticinco mil *calchaquíes*, haciéndoles horrible matanza? ¿Cómo Lozano, que no pierde ocasión de atribuirlo todo al cielo, empequeñeciendo el tamaño de los héroes, que se preocupa hasta de nimiedades que no merecen ser escritas cuando habla del culto, cómo Lozano, digo, no hace la más mínima referencia a este milagro colosal, y ni siquiera tiene la cortesía de nombrar a la Virgen del Valle en una sola de las páginas de su historia? Pero no es esto sólo: ¿qué andaban haciendo veinticinco mil *calchaquíes* en el valle de Catamarca, cuando la guerra ardía en las cumbres? ¿Con qué objeto venían a dar batalla en Polco? ¿De dónde sacaban en esa ocasión *veinticinco mil* guerreros, cuando jamás los tuvieron? La verdad es que veinticinco mil objeciones se puede hacer a lo de los veinticinco mil de Pucará, que pegaría muy bien en los *Doce Pares de Francia.*

Está bueno, muy bueno, que el milagro pase, como pasan tantas cosas; que ciento sesenta castellanos hayan puesto en fuga a veinticinco mil calchaquíes; pero, por Dios, hágasenos el favor a creyentes e incrédulos, de no llenarnos la historia con batallas o sitios imaginarios y con horribles

matanzas donde no voló una flecha ni sonó un tiro de arcabuz. Por esta vez el señor Lafone no debe merecer perdón ni de los unos ni de los otros: de los unos, porque contraría la tradición religiosa; de los otros, porque un historiador de su talla, a quien todo el mundo está obligado a creer, no debe crear supuestas batallas, menos en Polco o Motimo, donde jamás las hubo, y donde se quiere hacer morir, porque sí, a tanto pobre calchaquí, a quien Dios no había pensado llevarse todavía.

Por lo demás, que en cualquier otra ocasión los indios hayan huído despavoridos viendo en los aires a la Virgen del Valle y contemplando su rostro airado, cosa cien veces mentada ha sido ya por los cronistas que catalogaban las hazañas del cielo; y como prueba, ahí va un hecho parecido que aconteció en el Perú en tiempo de la sublevación del Manco Inca, referido como sigue por el buen Garcilaso: «Estando ya los indios, dice, para arremeter con los cristianos, se les apareció en el aire nuestra Señora con el niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante de ellos. Los infieles mirando aquella maravilla quedaron pasmados: sentían que les caía en los ojos un polvo, ya como arena, ya como rocío, con que se les quitó la vista de los ojos, que ni sabían dónde estaban...»

Pero volvamos al asunto interrumpido, y perdónesenos esta disgresión, que ha sido necesaria para colocar las cosas en su lugar.

La tradición religiosa asegura que desde los primeros años del siglo XVII las grandes guerras de Calchaquí estaban manifiestamente pronosticadas por la Virgen del Valle. Cuando ya la guerra iba a estallar aconteció un hecho sorprendente. Un día, uno de aquellos días más tranquilos de la colonia de Valle Viejo, el buen cacique de Choya, seguido de numeroso séquito de indios, con la alarma en el rostro, llama a la puerta de la casa del cura, para referirle el tan misterioso relato de la *indiecita Concepción*. La indiecita acababa de relatar de cómo habíase aparecido la Virgen en la quebrada de la gruta. Habiendo ido con varias de sus compañeras a visitar la abandonada morada de la Virgen en el Ambato, a encomendarse a ella en sus plegarias, de repente, al alzar la vista, contempló en el cielo una «linda señora» a caballo, acompañada de un caballero, lanza en ristre, quienes, entre un estruendo de armas que se oía, cortaban el aire y trasponían el Ambato.

La guerra de Calchaquí estalla al poco tiempo!... Aquello era un anuncio del cielo; esa «linda señora» no era otra que la Virgen del Ambato, y aquel estruendo de armas fué el mismo que resonó en tiempo de los Macabeos, cuando iba a estallar la guerra de Antíoco!

Poco tiempo después del misterioso relato de la indiecita llegan, uno de tantos días, y a toda prisa, desde la ciudad de Santiago, diez soldados a la colonia, trayendo la orden de que se armasen inmediatamente los castellanos y marchasen a incorporarse a los ejércitos de los generales Nieva y Cabrera, al otro lado del Ambato.

Cien guerreros, más o menos, armaría la colonia, y éstos, que se llamaron los *soldados de la Virgen,* no quisieron dejar el valle sin prosternarse ante la sagrada imagen, cuyos portentos comenzaban a realizarse a los ojos de aquellas buenas gentes.

Como interesa tanto a la tradición de la Virgen de estos valles, y por otra parte damos una clara idea del espíritu de aquellos tiempos, no me resisto a transcribir, por más que fatigue al lector, los siguientes trozos de la oración sagrada del cura del valle a la Virgen en el acto de la despedida de los tercios catamarqueños... « Hijos y campeones, decía, de la gloriosísima Virgen del Valle nuestra venerada Patrona: yo os envidio la dichosa suerte que tenéis de ir a pelear por la más justa, la más santa causa de guerra. Marcháis a la defensa de la Religión y de la Patria contra hordas de idólatras, bárbaros, caníbales... Hijos dichosos de la gloriosa invencible España no dudéis de nuestro triunfo, porque sois los soldados de la Virgen del Valle, y no debéis tan sólo confiar en vuestras fuerzas y valor, sino y mucho más, en la asistencia y amparo de nuestra Soberana Señora, verdadera Judit triunfadora de Holofernes y de los ejércitos innumerables de los Asirios. Nunca acometeréis la pelea sin armaros de la señal de la Santa Cruz, y lanzar el grito de: *¡ Virgen del Valle, ayúdame!* Soldados de la Virgen, no dudéis del triunfo. Si, me parece verla a esta Purísima, triunfadora de Satán, preceder nuestras filas, aterrorizarlos y desbaratarlos en fuga espantosa. Id, pelead, triunfad, oh campeones de la Virgen del Valle. Pronto volveréis con los laureles de la victoria a dar gracias a la Virgen. Y el eco de la victoria resonará en todo el mundo, en los anales de este Santuario, en los siglos venideros, en la boca de la más remota posteridad. Oh Virgen, Virgen gloriosísima, madre y Soberana nuestra clementísima, Patrona invencible de este valle, mirad, mirad piadosa desde el trono de tu gloria celestial, mirad a estos pocos valientes, que por tus altares y por la naciente patria se marchan contra un enemigo innumerable... »

En esta función de gracia y amparo a los soldados de la colonia, acontece por vez primera un suceso que no debe pasar inadverido para el historiador: los indios de Choya desdeñaron a la Virgen, no asomando siquiera al templo. Es que la imagen se declaraba protectora del enemigo blanco y el grito de libertad había sonado en las cumbres. A más de ésto, la mayor parte de los naturales habían desaparecido sigilosamente. ¡El cacique de Choya, el buen cacique, hasta el día antes aliado a los castellanos, había transpuesto el Ambato, y la voz de patria regalábale mil veces más el oído que las alabanzas a la deidad de la gruta de piedra!

El resto del valle de Catamarca quedó, asimismo, desierto: ni en Chumbicha, Capayán, Polco, Paclingasta y Singuil había quedado un indio, y de noche, cuando las sombras misteriosas derramábanse por la llanura, contemplábanse en las más altas cumbres de los cerros los fuegos de la guerra, y quizás algún alarido salvaje llegaba a la media noche a perturbar el oído de los colonos, sumidos en tristes expectativas.

En serios, muy serios peligros, veríase en tales circunstancias la solitaria colonia de Catamarca, tanto más cuanto que sus pocos guerreros, que pudieran defenderla, habían partido a incorporarse al ejército que actuaba sobre Calchaquí.

Cuenta la tradición que en tan críticos momentos cien indios cayeron sobre la colonia, y que antes de caer sobre ella desencadenóse un huracán que los confundió en el polvo, huyendo despavoridos, poseídos de misterioso pavor. Este hecho, en el que se vió un milagro portentoso, es confesado más tarde por los indios mismos.

Cuenta asimismo la tradición que las desapariciones de la imagen se hicieron frecuentes durante las guerras de Calchaquí. En el alzamiento de 1627 desaparecía y reaparecía en diversas ocasiones, y cuando pasados algunos días se la encontraba en el templo, retratábase el cansancio en su fisonomía inalterable y sus vestidos de seda aparecían cubiertos de abrojos y *cadillos* espinosos, los que, según los prácticos, no eran del valle sino de Calchaquí. No había duda alguna para los moradores de la colonia: ¡la «linda señora» de la indiecita Concepción transponía el Ambato y volvía con los abrojos del camino! ¿Qué de extraño, entonces, que todos los triunfos en esta guerra, especialmente la salvación de La Rioja, fueran obra del cielo? Así lo insinúa el P. Lozano, y así lo creían en aquellos buenos tiempos.

En el otro de los grandes alzamientos, el de Pedro Bohorquez, a partir de 1658 la tradición hace tomar a la virgen una directa participación en los sucesos de la guerra. Milagro de María Santísima, ¿quién no vió en la famosa defensa del fuerte de San Bernardo, a tres leguas de la ciudad de Salta, nada más que porque a Bohorquez faltara valor y porque sobrara a un puñado de valerosos castellanos? ¿Quién dejó de atribuir a milagro el triunfo de los hualfines, los héroes de la jornada?

Como lo pidió el cura De Aquino en su oración de gracia, los soldados de la colonia no perdían ocasión de invocar a su Virgen del Valle, prestigiándola ante propios y extraños, de manera que cualquier accidente favorable, como precedido por la invocación, era obra de la virgen del Ambato. Pero ya me olvidaba que en verdad mucho haría en Calchaquí en sus repetidas desapariciones, cuando volvía cubierta de abrojos y cadillos que no eran del valle de Catamarca.

En los momentos más críticos de la guerra, por ejemplo, cuando el gobernador Mercado y Villacorta estaba bien lejos del general Nieva, — quien veíase en serios aprietos, — tiene lugar el mentado milagro de protección al cacique don Lorenzo de Sanjil o Colpes, aliado de los castellanos.

La verdad es que el intrépido cacique, extraviando caminos, cruzó gran parte de la provincia no se sabe cómo, siendo portador de un recado urgente del general Nieva al gobernador Mercado. El hecho es que, cuando el indio llegó a presencia de don Alonso, éste, asombrado, interrogóle: ¿Y usted, mi cacique don Lorenzo, cómo ha podido llegar salvo hasta aquí?

El cacique respondióle emocionado que su salvación era obra exclusiva de la Virgen del Valle de Catamarca, a cuyos pies habíase postrado, juntamente con las cuatro compañías del valle. ¿Qué piensan, qué esperan en el santuario de Catamarca del resultado de esta guerra? — interrogó en seguida S. S. —, pregunta a la cual el cacique satisfizo con las hermosas palabras que la tradición ha puesto en labios del indio de Pomán: « Allá no se piensa, no se habla sino de la Virgen y de esta guerra, y en todo corazón late la esperanza del triunfo. La devoción, las romerías, la confianza en la Virgen del Valle se ha aumentado de un modo sorprendente. La fe de todo el Tucumán converge y se encuentra en aquel santuario. ¡Ah! No es posible que la Virgen del Valle no oiga nuestros clamores. Antes se hundirán en los abismos el Ambato, el Anconquija y los Andes, que la Virgen deje triunfar a los pésimos calchaquíes, enemigos irreconciliables de Cristo y del Rey. ¿Y cómo dudarlo, señor gobernador? ¿Y cómo se explicaría, pues, su aparición misteriosa en su cerrito del Ambato, y en los innumerables portentos en defensa y beneficio de los cristianos, y la salvación maravillosa de su predilecto pueblecito durante el alzamiento general de los indios, y el triunfo prodigioso de nuestras armas en aquella guerra de diez años? ¿Y qué significarán, señor gobernador, aquellas desapariciones y reapariciones de la imagen en tiempo de guerra, y volviendo siempre con señales de esforzada heroína que ha corrido en batalla por montes y campos y cumbres fragosas?... »

Desde que don Alonso de Mercado y Villacorta, dejando su gobierno de Buenos Aires, volvió a emprender su segunda campaña contra los calchaquíes en 1664, la virgen intervino nuevamente en la guerra, y su nombre de divina guerrera servirá de pavor a los indios alzados, siendo esta la explicación de por qué huyeron despavoridos, cuando, aprisionados más tarde y conducidos a presencia de la imagen, contemplaron su rostro de piedra.

Destruído el valeroso pueblo de Quilmes al fuerte empuje de los tercios de Santiago del Estero, Esteco, Córdoba, Valle Viejo, Londres, Rioja y dos compañías de Santa Fe, el vencedor castellano, en lo primero que pensara, fué en correr a prosternarse a las plantas de la virgen del Ambato, ofreciéndola la espada de la victoria definitiva, porque era ella quien había guiado los valerosos ejércitos de Castilla en la larga guerra de Calchaquí.

Resolvióse, pues, la celebración de grandes y solemnes fiestas de gracia a la imagen venerada de Valle Viejo, invitándose a ellas a S. S. el señor Gobernador don Alonso de Mercado y Villacorta, general Nieva, capitán Juan Gregorio Bazán, entre otros guerreros, así como al clero de Londres, San Miguel, Santiago y Rioja.

Ninguno de los invitados faltó. S. S., que se encontraba a la sazón en Esteco, no tardó en llegar al valle, al que acudían peregrinos de todas partes en devotas romerías.

Las fiestas fueron espléndidas, sin que faltaran los juegos de sortijas,

corridas de toros, carreras, bailes, banquetes, grandes discursos y cantos en quichua, entonados por doce indiecitas. Para dar mayor esplendor a la fiesta, en la que también se encontró el famoso P. Torreblanca, a quien ya conocemos, S. S. hizo venir a todos los indios prisioneros, que luego deberían ser repartidos en las encomiendas o desterrados a los valles.

Cuenta la tradición que en la solemne misa a la virgen, al descorrerse el velo que la cubría, los indios prisioneros, apenas la contemplaron, prorrumpieron en aterrantes alaridos y llantos, saliéndose precipitadamente del templo, tanto que, S. S. creyó que se trataba de un alzamiento, por lo que corrió, espada en mano. ¡Los indios sintieron horror al ver de cerca el rostro de la deidad funesta, que tantas veces invocara el castellano vencedor o moribundo!

Interrogados los indios sobre este extraño suceso, respondieron a S. S. las siguientes palabras que la tradición conserva con fidelidad: «Señor, en la terrible cara de aquella imagen hemos visto y reconocido a la terrible guerrera que en las batallas más atroces, montada en fogoso corcel, cubierta de yelmo, coraza y broquel, con lanza en ristre y acompañada por un formidable guerrero, librándose en los aires, amparaba a la tropa española y cargaba tremenda sobre nuestra muchedumbre. Ella, ella es la que, sin herir ni matar, nos infundía pánico, terror, confusión, y nos echaba a rodar en desordenada fuga. Y ella misma, a veces, nos separaba del furor de los españoles, y divertía sus armas, como para perdonar a nuestro total exterminio. La vimos en la barranca de este Río Grande, cuando estábamos al punto de caer como tigres sobre el Santuario y el pueblo que estaba sin defensa, sólo con mujeres, viejos y chicos: ella nos echó en precipitada fuga, mostrándose armada de un huracán que lo lanzaba sobre nosotros. La vimos en el fuerte San Bernardo sosteniendo el valor y los tiros de vuestra señoría y de los pocos españoles contra nuestro ejército de dos mil guerreros esforzados. Y asimismo la vimos en otros combates. Sin la intervención de ella ni un solo español habría quedado vivo en esta América. Y de esta intervención nada comprendíamos nosotros, pobres idólatras e ignorantes. Mucho hablábamos de esta señora guerrera, pero no sabíamos explicar el misterio: ahora sólo caemos en la cuenta.»

El gobernador Mercado, en un gran banquete, proclamó a la Virgen del Ambato «Patrona del Tucumán», y en tal carácter decidióse que fuese jurada el 18 de diciembre de aquel año.

Tal es la tradición de la Virgen del Valle, hoy, como ayer, reina y señora de Catamarca, a quien número inmenso de peregrinos, saludándola con la frase que, siglos atrás, dirigiera a la imagen del Ambato el venerable cura De Aquino: *Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificencia populi nostri.*

EL DIOS DE LOS MUERTOS

EL VOCINGLERO

Lo he dicho y lo he repetido en varios pasajes de esta obra que los grabados, figuras y pinturas, con caracteres geométricos en las tinajas y objetos, especialmente en las urnas cinerarias, no son, ni pueden ser adornos caprichosos. Un espíritu observador y analítico, que se valga de la comparación, cotejando un objeto y otro objeto, podrá, especialmente, encontrar que son letras o que representan ideas ciertos signos y grabados, tanto por las condiciones de su distribución, cuanto por su repetición constante en un género determinado de objetos.

Cualquiera que haya observado lo que se escribe o se graba en las tinajas o urnas cinerarias de los calchaquíes, habrá podido observar que la *deidad plañidera* está con los muertos: que éste está grabado en las tinajas.

En una buena cantidad de tinajas o urnas cinerarias aparece este ídolo de los naturales, esta deidad de las tumbas, la Parca griega, la Hela escandinava o nuestra Muerte. Unas veces está la deidad dibujada entera, con formas humanas, con cara, cuerpo; otras veces sólo tiene la cara y parte del cuerpo; y, generalmente, solo su rostro está grabado, y aún, a veces, únicamente los ojos y las largas y encorvadas cejas. Pero, en cualquiera de estas formas que se encuentre, siempre se verá una fisonomía plañidera, atribulada que vierte copiosas lágrimas, que abre la boca como para lanzar ayes; y, cuando tiene manos, se las lleva al pecho o *pupu*, apretando fuertemente para que el dolor no estalle o para contener la intensidad del sufrimiento.

La primera vez que miré esta figura en las urnas cinerarias, y más cuando me convencí que sus ojos derramaban abundantes lágrimas y su rostro contraíase con el llanto, pensé al instante, como era natural que la figura de la tinaja tenía relación con los despojos que ella guardaba; y que, grabada en la arcilla amasada y cocida, estaba destinada a llorar perpetuamente los dolores de la muerte arrebatando seres queridos. Después vi que la misma figura se repetía en dos, cinco, diez y más tinajas y ya no tuve dudas de que era el simbolismo de la muerte con formas humanas.

La posición de las manos, en los arrebatos del dolor, es interesante y singular: parece que el sentimiento es intensísimo y que le duele fuertemente el pecho cuando por la entreabierta boca se exhalan ayes.

Posteriormente tuve ocasión de ver que de un dios dibujado se trataba, cuando me di con este mismo dios trabajado de barro, exactamente igual al que estaba representado en las tinajas, y distinto, por sus formas y posición de sus miembros, de los demás ídolos.

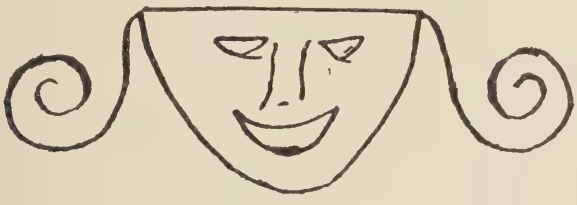


Fig. 65

De este ídolo, amasado de barro, hay cuatro imágenes en el Museo de La Plata; uno de estos lleva el número 19 y otro el 100. En Desmontes (Ambato) tuve ocasión de adquirir el ejemplar más curioso de este ídolo, el cual ha ido a parar a los estantes de aquel Museo: es de regular tamaño,

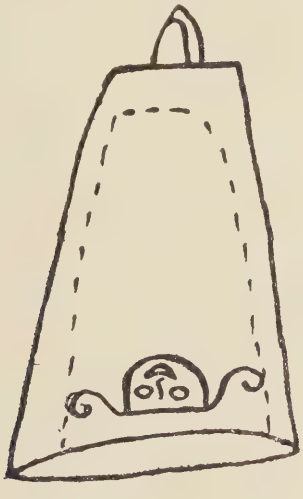


Fig. 66

barrigón, las manos en el pecho y rostro melancólico; de sus ojos caen gruesas y abundantes lágrimas las que se ven patentes caer sobre las escuálidas mejillas. Este ídolo es hueco por dentro y tiene un agujero en la cabeza.

La misma deidad grabada, como dije, encuéntrase en muchas tinajas de este museo, y entre otras, en la que lleva el número 3677.

En los objetos del Museo nacional encuéntrase igualmente: en los objetos número 2 (colección Morales, de Belén) y número 70 puede distinguír-

sela, estando sentada en el primer objeto, y con solo la cara en el segundo.

El hecho de hallarnos con esta deidad calchaquí, en la que creo nadie ha fijado aún la atención, así como el religioso respecto que se tenía por las huacas, que eran adoradas, pruébanos que había en Calchaquí un verdadero culto por la muerte, a la que dieron divina personificación en el mundo de sus idolatrías.

Doy el nombre de *Vocinglero* a una cara con boca especial, como si propagase el sonido que aparece en campanas, campanillas y discos de metal. Parece indudable, al encontrarse estas caras con su gran boca, abierta de modo que parece gritar, en objetos que producen sonido, que simbolizan la repercusión de éste.

La cara es como una máscara, y va representada en seguida :

En el Museo de La Plata puede verse al *vocinglero* en dos campanas de cobre, una de las que lleva el número 364 :

Generalmente están la boca para arriba, como si de esta manera fuese más fácil propagar el sonido, y propagarlo con más intensidad.

En el Museo nacional puede verse al *vocinglero* en un disco de cobre de 0,15 milímetros de diámetro. (Colección Luis Franco).

EL CULTO A LOS MUERTOS

Todos los pueblos, cuales más, cuales menos, han venerado a sus muertos.

Para los americanos son sagradas las cenizas de los que fueron y depositáronse piadosamente bajo la tierra o el techo de los hogares junto con los vivos.

Este culto a los antepasados suele tener su origen en el temor a los manes. Es este uno de los motivos de la deificación de los extintos y de que en Calchaquí haya tanto *huauque,* tanto dios antropomorfo.

El espíritu de los muertos, concíbaselo como se quiera, es en Calchaquí más temido aún que las divinidades funestas. La terrible Mula-ánima hace al calchaquí que los cabellos se le pongan de punta cuando el más viejo de la rueda cuenta en torno del fogón que el alma del condenado se apareció en las cuchillas, arrojando fuego por boca, ojos y narices, y que anda persiguiendo a los mortales desde la oración adelante, para que el espectro animal se destaque en las sombras envuelto en llamaradas, haciendo rechinar sus dientes horribles, con los que despedaza a sus víctimas. Las almas condenadas son los irreconciliables enemigos del hombre, al cual buscan llevarse para aumentar el número infinito de los que sufren los suplicios del fuego abrasador, o al cual acechan para aparecérseles repentinamente y tirarlo de espalda de un susto, de tal modo que podemos perfectamente decir de nuestros indios lo que Shortland ha dicho de los neozelandeses: « Los dioses temidos por los neozelandeses son espíritus de los muertos, a quienes se cree espiando constantemente a los vivos con miradas celosas » (1).

El calchaquí no ve en la muerte el aniquilamiento final de la materia, y es aquella la transición que se opera a una vida vagabunda, durante la cual el muerto deja de pensar en sí mismo para obrar en el destino y las cosas de los mortales que le sobreviven. Como dice Stevenson: « los Indios de la América del Sur no creen nunca que la muerte sea debida a causas naturales » (2). Desde el día en que el guerrero ha muerto, él se ha ido a los valles profundos o las quebradas solitarias de los cerros a afilar sus flechas certeras y a empaparlas en yerbas venenosas ignoradas, con las cuales hará un daño

(1) *Traditions of the New Zealanders,* página 81.
(2) *Travels in South America,* tomo I, página 60.

seguro al enemigo, invulnerable e intangible como se vuelve. El extinto cazador no tendrá ya inconvenientes de ver la faz temida de la Pacha Mama ni la fisonomía rugosa del viejo Llastay, quienes saben el secreto de la montaña y mueven los rebaños en las cumbres. El viejo cacique pasará a convertirse en sobrenatural señor de sus vasallos, a quienes juzgará y reprimirá con más segura y terrible justicia, haciéndoles un daño que debe evitarse proporcionándole. Cuando muere un infante, el día no es para duelos, porque él será un ángel bueno, y hay que celebrar al *angelito*, velándolo con danzas, con aloja y con algarroba, como hasta hoy se hace en el oeste de Catamarca y Salta.

Tiene razón John Lubbock cuando escribe sobre la idea que el salvaje se forma de la muerte, y el porqué, entonces, de su constante preocupación en los extintos, diciendo: « Imperfecta es la concepción de la muerte en el hombre no civilizado, y no puede asombrarnos que la muerte y el sueño hayan sido durante mucho tiempo cosas íntimamente relacionadas con el espíritu del hombre. El salvaje, sin embargo, sabe bien que durante el sueño el espíritu vive, aunque el cuerpo parezca muerto. Todas las mañanas se despierta de su sueño y ve despertar a otros. Es, pues, natural que trate de despertar a los muertos; y no hay que maravillarse de la costumbre general de proveer a los cadáveres de alimento y demás cosas necesarias» (1).

Para el padre Bernabé Cobo eso de vestir, aderezar y poner comida y agua a los muertos, hacíanlo nuestros indios por otros motivos. Según él los indígenas de Antis, sin excepción alguna, tenían arraigada la creencia de la inmortalidad del ánima, de las penas y recompensas, y era necesario que el muerto fuese a la otra vida con sus mejores trajes y joyas, así como en compañía de sus dioses predilectos. Creían que algunas almas andaban vagando, y que necesitaban comer y beber, por lo cual se enterraba con vasijas conteniendo comida y agua.

Además, el demonio engañaba a los vivientes, y les hablaba, fingiéndose el muerto, de que tal cosa había menester y de que gozaba de felicidad en el cielo, por lo que su tumba era tan cuidada y venerada por el indio (2).

(1) *Orígenes de la civilización*, capítulo VII, página 302. Madrid, 1888.

(2) Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo mundo*, tomo III, libro XIII, capítulo IV, página 319, en la que escribe: « y tenían por cierto que así pasaba, que donde quiera que las ánimas estaban recibían y comían los manjares que les ofrecían, como hacían antes que muriesen; y para que más se confirmasen en este error, a veces, y cuando por voluntad de Dios le era permitido, tomaba el Demonio la figura de algún hombre principal de los ya muertos, y aparecía con su propio traje y forma, como cuando era vivo, con su atavío y acompañamiento, a sus deudos y conocidos, y les hacía entender que estaba en otro reino alegre y deleitoso de la manera que allá lo veían. Por cuyo dicho e ilusiones, teniendo los deudos por ciertas aquellas apariencias falsas, ponían más cuidado en el servicio y regalo de sus difuntos; y esperando los vivos ir en compañía de ellos a gozar de aquella gloria después de esta vida, templaban la tristeza que les causaba el morir, y estando para ello, encomendaban a sus parientes sus casas y familias, pidiéndoles que hiciesen y cumpliesen lo que les dejaban encargado, que ellos lo volverían a ver desde el Cielo ».

Nuestros calchaquíes, al representar a los muertos con ídolos funerarios, es natural que les propiciaban para asegurar su intercesión con los dioses funestos, que les hacen mal y daño, que matan los ganados y envían las pestes, las secas y todo género de calamidades. Hasta hoy los indios del Chaco, vecinos de la frontera de Calchaquí, creen que sus muertos les serán benéficos allí donde reside el *a'hot*, creencia tan natural, que hace interrogar a Pelleschi cuando habla de las supersticiones de los muertos entre los matacos: «¿Qué más rogamos nosotros a los muertos que mueren en olor de santidad, sino que se hagan intercesores allá en el cielo en pro de nosotros, peregrinos en este valle de lágrimas?» (1).

Un otro motivo más de la veneración de los muertos era que se creía que con ello aumentaba la prole. «Allegábase a esto, dice el padre Cobo, que tenían por opinión (y es la segunda razón por que los veneraban) que con estos conservados y respetados *se aumentaban la generación*» (2), lo que demuestra una vez más que la reproducción de la especie o de las cosas era quizá el motivo fundamental del indio, para propiciar a sus dioses, y de aquí que su religión fuese en su mayor parte fálico votiva. Y es de advertir, no obstante, que no hay rastros de que la mujer fuese motivo de la veneración de que el hombre era objeto.

Como el muerto convertíase en numen tutelar de la familia o de la tribu, según su rango o jerarquía política o sacerdotal, éste era motivo de mucho mayor cuidado que un vivo, siendo muy singular que después de muerto se colmase de respeto y veneración la tumba del anciano, cuya decrepitud servía de burla a la familia indígena, ocupando el último rincón de la casa, mientras sepultábasele en la tierra elegida y consagrada a los mayores, lo que hace decir a Cobo, que «costumbre ha sido en todas estas naciones de bárbaros tener más cuenta y cuidado del lugar en que los han de poner después de muertos, que la morada en que vivían» (3). De aquí que a los muertos se enterrase tan pomposamente, con sus arreos, armas, joyas y dioses» (4).

(1) *Los indios matacos y su lengua*, en *Boletín del Instituto geográfico*, tomo XVIII, capítulo X, página 208, números 4 a 6. El capítulo X versa sobre «Culto de los sepulcros», y es muy interesante, como todo lo que produce este americanista.

(2) *Historia del Nuevo mundo*, libro XIII, capítulo X, página 342.

(3) *Op. cit.*, libro XI, capítulo VII, página 39.

(4) El mismo Cobo, en el lugar citado en la nota anterior, nos hace una breve reseña de los sepulcros peruanos, manera de enterrar y demás, diciendo entre otras cosas: «La forma de sus sepulturas y esto de enterrarse es muy vario, por que en cada provincia había diferentes ritos; pero todos convenían en enterrar sus difuntos aderezados y compuestos de las vestiduras más preciosas, de todas las joyas y arreos con que solían engalanarse cuando vivían, con las armas que usaban en la guerra, y en muchas partes con los instrumentos del oficio que habían ejercitado en vida, como, si era pescador, con las redes y demás adherentes; y a este modo de los otros oficios. Ponían sobre el cuerpo difunto sus comidas y bebidas; y con los *caciques* y Señores enterraban parte de sus criados y de las mujeres más queridas; déstos, unos ahogaban antes y los echaban muertos, y a otros,

« Era grande, dice el padre Las Casas (1) el cuidado que tenían cerca de sus entierros y sepolturas y difuntos, en lo cual era en gran manera religiosos, celando y guardando los cuerpos de sus difuntos... Sepúltanlos, añade, a todos envueltos en muchas mantas, cada uno según tiene el caudal, cubierto los rostros, calzados los pies, y los hombres con sus paños menores. Lávanlos primero que los envuelven en las mantas. Entierran con los hombres los instrumentos conque la tierra o las otras cosas de sus oficios labraban; con las mujeres las ruecas y husos y los telares y aspas con que tejían y devanaban. Poníanle comida y bebida para tres o cuatro días, guisada, y en ellos no cerraban las sepolturas, parece que creyendo que había menester comer aquel tiempo que debía de durar el camino que llevaban. Poníanlos hechados, el rostro hacia arriba, y atábanles con unas cuerdas recias los muslos y los brazos junto al pecho, como nosotros, é cruzados ».

« De la misma manera que los servían en la vida era servido después de muerto de sus familiares (conviene a saber), poniendo delante la sepoltura comida y bebida, donde la quemaban, désta traían mucha todos los que lo venían en su muerte a honrar. Renovávanle la ropa, y del ganado que poseía cuando vivo, le señalaban cierta parte, que también le quemaban finalmente, en muchas cosas les servían después [de] muerto, como en la vida servir le acostumbraban creyendo que su ánima vivía en otro mundo aunque de la presente faltaba. Teníanle gran reverencia, veneración, y amor y temor, lo cual, después de muchos tiempos yendo creciendo, llegaba y se convertía en idolatría por que muchas veces acaecía que habiendo sido algunos Señores buenos y para sus pueblos provechosos y dellos muy amados, acaecía *(sic)* que, andando el tiempo crecía tanto el amor y veneración, que por dioses y reputaban y con sus ofrendas y sacrificos y plegarias ocurrían a ellos en sus necesidades, como a tales. »

Sabidas son las exequias fúnebres que a los extintos se hacía.

En la casa del difunto llegaban las gentes, comiendo y bebiendo en ella ofreciéndole a los parientes y relaciones del extinto. En la comida se veía el asiento del muerto, el cual era rodeado con honores fúnebres, colocándose en aquél una figura improvisada de ropa, con sus armas, o sus vestidos y objetos más estimados. Frente al asiento, poníanle comida también, como si estuviese presente. El difunto era llorado cuatro, seis, ocho y más días, dando alaridos el pueblo entero si se trataba de algún cacique, sacerdote y gran señor. Mujeres especiales que hacían el oficio de « endeche-

habiéndolo primero emborrachado, los metían vivos en las sepulturas, a que muchos de su voluntad se ofrecían. Celebraban las exequias acompañando al muerto sus parientes y amigos hasta la sepultura, con cantos lúgubres, bailes y borracheras, que duraban tanto más tiempo cuanto era mayor la calidad del difunto ».

(1) *De las antiguas gentes del Perú*, capítulo XV, páginas 118 a 121.

ras » (1) eran quienes dirigían el lastimero coro, las que a la vez hacían a los oyentes el relato de las virtudes y hazañas del extinto. Endecheras semejantes, u hombres y mujeres que lloraban amargamente a grandes gritos, tirándose de cuando en cuando sobre el túmulo, veíanse hace tiempo en los entierros en Catamarca en donde solía desplegarse un duelo inusitado. Las endecheras indígenas acompañaban con cantos las hazañas de los muertos, ceñido el cuerpo con mantas. Otras tañen dolorosamente flautas. A la cabecera del difunto colócanse en actitud doliente la mujer que le fué más querida y la madre, si sobrevive, así como a los pies la segunda de sus mujeres. De cuando en cuando daban grandes alaridos conjurando sin duda a algún Supay o Chiqui. Las ovejas de la tierra, asadas, eran colocadas en palos frente al sepulcro, en las que pronosticaban los adivinos y hechiceros sobre el destino del muerto en el otro mundo. Sobre la tumba arrojábase coca, quemábase carne, cebo o grasa, en piedras especiales, que colocábanse encima de los sepulcros habiendo yo encontrado en éstos, huesos de animales y mucho maíz. Las mujeres del extinto recorrían continuamente llorando las labranzas y demás sitios frecuentados por el muerto. En el hogar veíanse ídolos de barro, piedra o madera que le representaban, así como en las pinturas de las urnas funerarias, y de aquí tantos dioses funerarios y personales en Calchaquí, de los que hoy día mismo pueden encontrarse centenares, que se van desenterrando, no obstante el gran número de ellos que poseen nuestros museos y nosotros los coleccionistas.

Sin duda alguna que en nuestro Calchaquí, como en las demás naciones de Antis, costumbre funeraria sería la de los sacrificios voluntarios de deudos e íntimos del extinto, pues he observado más de una vez en los sepulcros calchaquíes que el muerto no se encuentra solo, sino acompañado de dos o más personas.

Ya he tenido ocasión de describir una de estas huacas, la del Medanito, en un trabajo mío (2), en las faldas del cerro, al cruzar el río Abaucan, la cual huaca estaba indicada por un montón de piedras lajas, a manera de apacheta. La huaca era un pircado completo de 1,20 de profundidad, 2 de ancho, por 2,50 m. de largo, en la cual di con seis cadáveres juntos, tres sentados, mirando al sur y dos en la misma posición, al frente, estando un último, que llamóme mucho la atención, echado de boca en medio de la huaca, y en el claro que dejaban los pies de los cinco restantes. Varios objetos, entre ellos yuros, que guardarían agua, y tasas con maíz y semillas, encontrábanse diseminados en la tumba, y entre ellos un gran *huillque* de

(1) Techo (t. V, lib. XII, cap. XI) escribe : « Acostumbraban estos gentiles (los de Andalgalá) como los romanos, a llevar plañideras en sus funerales. » Lozano (t. I, pág. 428) escribe : « Pagaban plañideras que referían las hazañas del difunto cantándole tristes endechas. »

(2) *Excursiones por Pomán y Tinogasta*, número II, páginas 14 y 15. Buenos Aires, 1897.

barro negro, lo mismo que los que suelen encontrarse en los sepulcros peruanos. El cadáver echado de boca, a los pies de los demás, estaba indicando que se trataba de un siervo o esclavo de algún señor enterrado, juntamente con algunos de sus deudos, viéndose que esta huaca guardaba a gentes de posición por los objetos de adornos y numerosas cuentas de malaquita que también encontré.

La *Relación anónima* (1) describe detalladamente en qué consistía este sacrificio voluntario en honor del muerto, y como se llevaba a cabo esta sangrienta superstición; y, aunque la cita es larga, no me resisto a transcribir dos párrafos de la relación, por tratarse de asunto tan interesante. Dice así: « Luego se echaba un bando o pregón, que cualquiera de sus criados o criadas, o amigos o aliados que quisiesen ir a servir aquel señor en la otra vida, que podían de su voluntad hacerlo; por que, lo uno, el gran *Illa Tecce Viracocha,* criador del sol y de la luna y estrellas y cielo y tierra, y señor de todos los demás dioses, se lo premiaría muy bien; lo segundo, que el dios particular de aquella familia y nación de donde procedió el difunto, le sería favorable en la otra vida y le daría todas las cosas en abundancia; lo tercero, que a los hijos y herederos de los que así quisiesen ir a la otra vida a servir al difunto, se les daría acá abundantísimamente las tierras y cosas necesarias, así de los que perteneciesen *(sic)* a sus padres como otros de merced. Y que el que no quisiese ir a la otra vida, se ofreciese acá en la vida a socorrer al difunto con las ofrendas necesarias. A este bando y pregón obedecían todos los que querían en una de tres maneras: unos a matarse voluntariamente con manos propias o con la agena que él escogiese y con el género de muerte que él quisiese; y así había cordeles, cuchillos, vestias fieras, despeñaderos, bebidas de ponzoña que luego acaban la vida, y otros géneros de muerte, y con gran solemnidad y acompañamiento iva el que había de morir; y lo más ordinario era tomar veneno o matarse con pedernales desangrándose; cordeles para ahorcarse casi nunca se usaban, ni los despeñaderos, vestias fieras no sé que se usase, sino dos o tres veces fuera del Cuzcu. Luego como morían los metían embalsamados en la antecámara, si era varón, y en el aposento del tesoro, si era mujer, y a los herederos les hacía luego merced el sucesor del rey o señor haciéndolos libres de todo pecho y tributo. »

« La segunda manera era, que como esta muerte era tan voluntaria, que aún después de haberse ofrecido ante los majistrados, podía conmutarla en otro servicio, como algún sacrificio de ganado hacia junto el sepulcro, y presentes algunos majistrados, la conmutación de su muerte, dando la razón y causas bastantes délla, las cuales se recibían públicamente, y él ofrecía entonces por sí tantas cabezas de ganado, ropa y otras cosas, y tantas ovejas por su mujer, y tantos corderos por sus hijos; y porque este ganado había de morir por los hombres, llamábanlo no solamente *runa,*

(1) Giménez de la Espada, *Tres relaciones peruanas,* páginas 150 a 152.

hombres, *huarmi*, mujeres, *huahua*, niños, pero los nombres propios délos se los ponían a los carneros, llamando al carnero *Chispi* y a la oveja *Chinpu* y al cordero *Pasña*. »

Entre los indios de Calchaquí y naciones limítrofes, los enterratorios hacíanse de diversas maneras, y con ceremonias especiales, con más o menos variantes, todas tendentes a llorar al muerto, perpetuar su memoria y propiciarle.

Los chiriguanos del Chaco boliviano acostumbran meter sus muertos dentro de un cangilón, que es enterrado dentro del cuarto mismo donde habita la familia indígena, lo que está diciendo a las claras que los chiriguanos no son nómades. Sobre la cubierta del cangilón barnizado y enterrado, conservan fuegos encendidos por todo un mes, lo que quizá se hace para eliminar los gases de la putrefacción del cadáver. Los chiriguanos que no pueden adquirirse cangilón entierran a los muertos en el suelo, abandonando el rancho hasta que todo mal olor pasa. Los chirionoses, tribu también chiriguana, sepultan los cadáveres en el tronco de los árboles corpulentos en lo más espeso de los bosques, eligiendo entre los troncos el de yuchan, el cual cortan, para labrar la sepultura, que es de una sola pieza. Los matacos entierran sus muertos, y algunas tribus del este vecinas de los tobas, y por ende estos mismos, quémanlos. Los matacos creen que la *hések*, o alma del difunto no desciende bajo la tierra hasta que éste no es sepultado o quemado, y que aquélla vive intertanto, vagando por los alrededores del rancho y espantando a las gentes, sobre lo que la credulidad inventa tanta patraña. Lo mismo acontece si el muerto no fué enterrado en suelo patrio, por cuyo motivo sus restos son reimpatriados, lo que hacen una vez que la tierra ha descarnado el esqueleto. Las mujeres chaqueñas guardan riguroso luto a sus maridos, ocultándose en lo interior del toldo por un año, sin hablar con nadie, permaneciendo mudas y dedicándose con ahinco a los quehaceres domésticos (1).

En las barrancas del antiguo lecho del río Dulce, en Santiago del Estero, encuéntranse enterratorios como túmulos, dentro de los cuales hay tinajas de barro con restos humanos, hasta de $0^{m}60$ de alto por $0^{m}40$ de ancho. Generalmente estas tinajas son adornadas con dibujos de colores, en forma de redes o líneas cruzadas, distintos de los dibujos calchaquíes, con figuras humanas, serpientes, rayos, aves y monstruos, a veces.

En Calingasta, provincia de San Juan, encuéntranse esos típicos sepulcros en forma de pozos cubiertos con una loza, sin estar pircados, por la consistencia del terreno. Junto con el cadáver suelen hallarse algunos objetos, especialmente una especie de gama, y alguna vez, como en los sepulcros etruscos, una especie de abanico de piedra pulimentada. En la misma provincia, cerca del Pie de Palo, al lado de un montón de petroglifos hallóse un aposento mortuorio con muchos cadáveres de indios.

(1) Pelleschi, Véase cit., capítulo X, páginas 203 a 208.

En las serranías de Salta y en la Puna de Jujuy han halládose huacas en forma de pequeños hornos de piedra con bóveda. En ellas encuéntranse hasta tres cadáveres sentados en cuclillas, envueltos o cubiertos con ropajes, y a veces con tinajas conteniendo preciados objetos.

En los valles calchaquíes los enterratorios aparecen de diversas formas y modos, ya porque se enterraría de distinta manera a nobles que a plebeyos, o ya porque los enterrados pertenecen a razas diversas, y cada uno tendría su sistema de enterrar los muertos.

El padre Las Casas (1) nos describe cómo enterraban las gentes de la sierra, lo cual en su mayor parte es aplicable a Calchaquí, por lo que transcribimos este pasaje: « De diversa manera, dice, se habían las gentes de la Sierra en hacer las sepolturas y en los entierros y ceremonias; porque en algunas provincias déllas hacían por sepolturas unas torres altas, obra de un estado en alto; lo demás todo era macizo, que, o era lleno de tierra o de piedra y canto labrado y todas muy blanqueadas. En unas partes las hacían redondas y en otras cuadradas, muy altas y juntas unas con otras y en el campo. Algunas hacían en cerrillos, media o una legua del pueblo desviadas, que parecían otro pueblo muy poblado y cada una tenía la sepoltura de su abolorio y linaje. Metían los cuerpos en unos cueros de oveja, cerrados por fuera, señalados los ojos y las narices, vistenles sus ropas; tienen el rostro descubierto de la ropa, aunque cubierta con el pellejo de oveja. Ponen los cuerpos acostados; las puertas de las sepolturas todas al Oriente; ciérranlas con piedra y barro por espacio de un año; ya que los cuerpos están secos, luego abren las puertas déllas; y en algunos lugares, donde los vivos duermen y comen, ponen y tienen los cuerpos de los difuntos. No hay mal olor porque, allenden que los meten dentro de aquéllos cueros y les cocen muy juntos y recio con el mismo frio que siempre allí hace tornándose los cuerpos como carne momia. Los Señores ponían sus Cuerpos en una pieza grande y principal de su casa, y en ellas las joyas y vasos de su servicio y vestidos que se vestía y plumaje con que hacía sus fiestas, y el mismo servicio que se le hacía y tenía siendo vivo, se le hacía y tenía después de muerto: porque se le hacía sementera de *mahyz* y de las demás comidas, y su vino y guisado de manjares, y poníansele delante como si estuviera vivo. De allí se repartía entre sus criados y los que les servían como él lo solía hacer cuando vivía. »

Los cementerios indígenas generalmente se encuentran en las faldas de las montañas o en los collados o lomadas, tanto por ser, sin duda, cosa sagrada la montaña, cuanto por evitar que las aguas arrastrasen en sus corrientes los esqueletos sepultados, como he visto que ha acontecido en el panteón de Watungasta, por haberse tenido la imprevisión de trabajárselo cerca del río y haberse éste desbordado a consecuencia de su natural crecimiento. Otro tanto ha sucedido en Tinogasta con un panteón a orillas del río Ynga,

(1) *Op. cit.*, capítulo XV, páginas 124 y 125.

en cuyo lecho se ven grandes cantidades de fragmentos de urnas funerarias arrastradas por las crecientes al calar y derrumbar las barrancas, de modo que los indios tinogasteños, o no tuvieron muy en cuenta esta circunstancia, o no pensaron que los ríos pudieran con el tiempo cambiar de cauce, si es que así ha sucedido.

Muchas veces, grandes sepulturas suelen hallarse al reparo de las rocas, como la que nos ofrece la figura 67, sepultura que fué encontrada en Calchaquí, por el distinguido explorador Methefessel, en una de sus excursiones por cuenta del Museo de La Plata. Como se ve por la lámina, varios cadáveres estaban enterrados en los contrafuertes de una lomada, al reparo del hueco de una gran roca saliente.

Fig. 67. — Sepultura de los antiguos calchaquíes, descubierta al reparo de una roca. Esp. Methfessel

Los restos calchaquíes, repito, suelen encontrarse en muy distintas condiciones de yacimiento y posición. A veces hállase aislado al cadáver. Suelen encontrarse cadáveres acostados, sentados, encogidos, en cuclillas, en la tierra, en sepulcros de pirca, o de laja parada, y algunas veces bajo bóveda o en pozos de piedra, como puede verse en la tumba indígena dibujada por el mismo Methefessel (fig. 68). Algunas veces los sepulcros, como en el Medanito, están señalados por un montón de piedras aglomeradas, a manera de apachetas, y otras por piedras lajas enterradas hasta cierta profundidad, señalando la tumba, como sucede en el cementerio que corona una pequeña loma junto a las casas de la hacienda el Tembleque (quebrada de Londres).

Hase notado en excavaciones hechas, que algunas veces encuéntranse cadáveres sin cráneo. Esto debe provenir de que esos enterrados han sido personas sacrificadas, cuyas cabezas se enterrarían al pie del árbol del sacrificio o en la urna de la ceremonia, sepultándose el resto del cuerpo en el panteón

común o en lugar distinto, porque así lo dispondría la ley o la costumbre de los humanos suplicios para aplacar al Chiqui y demás divinidades. En la gruta de Cara-huasi, vemos a guerreros que llevan cabezas humanas en las manos, y cabezas destroncadas figuran en las pinturas de algunas urnas que yo he atribuído pertenecen al culto de ese funesto Chiqui, enemigo de los hombres, el cual hacíase cruelmente propiciar. Dentro de algunas urnas funerarias de Santa María han encontrádose cabezas solamente.

En estas urnas que he descrito antes, sepultábanse con mucha generalidad párvulos, los que indudablemente eran sacrificados vivos para que lloviese.

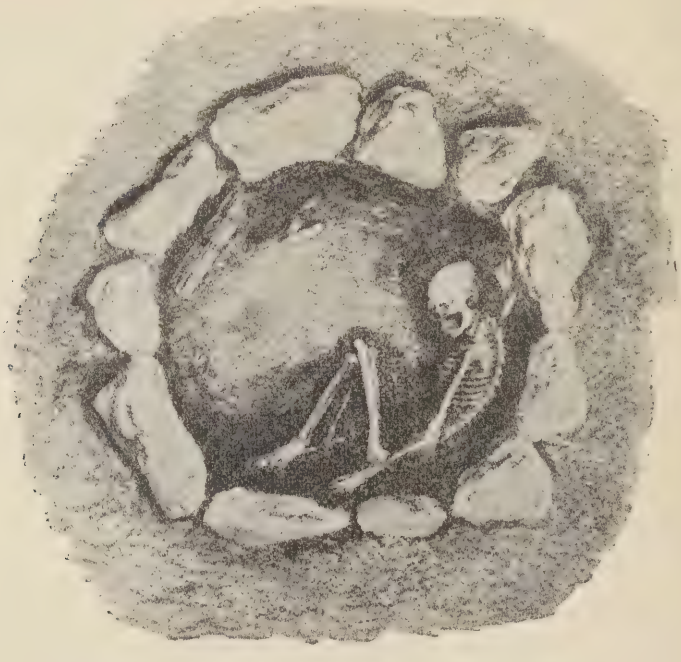


Fig. 68. — Tumba indígena, Andalgualá (Catamarca). Esp. Methfessel

No se ha comprobado en Calchaquí, pues he visto numerosos ejemplares en contrario, que al muerto se entierre mirando al naciente, como se hacía en el Big Mound de los Estados Unidos. Tumbas hay de oriente a occidente, como en dirección norte a sur, ocupando los cadáveres indiferentemente un lado u otro de la sepultura.

Alguna vez hase encontrado algún panteón bajo un túmulo o en lo interior de una especie de mound de tierra, sin piedras ; pero esto es muy raro.

En los enterratorios suelen hallarse cadáveres envueltos en telas y con sombreros que se deshacen al contacto del aire ; otras veces atados con cuerdas ya cortadas, cerdosas, o de lana de ovejas de la tierra, de las que conservo algunos ejemplares.

Con los cadáveres suelen encontrarse huesos de guanacos y demás ani-

males, carbón, leña y ceniza. Es muy común encontrarlos con tinajas vacías, o conteniendo carbón y maíz, con huillques en los que se echaba chicha (1), yuros, vasos, hachas, flechas, topos de metal, discos de plata, oro y cobre, objetos de piedra, ídolos y útiles domésticos. De un hermoso disco de oro encontrado en la sepultura de un grande calchaquí en Santa María, es poseedor Lafone Quevedo.

En mi colección figuran algunos de cobre y dos topos de plata.

De los cráneos calchaquíes, de los cuales poseo un centenar, no se ha hecho aún un estudio definitivo, y, especialmente, comparativo. La mayor parte de estos son deformados artificialmente. La braquicefalía predomina, no habiéndose dado con cráneos que por su dolicocefalía se aproximen al tipo antiguo exhumado en los sepulcros del sur de Buenos Aires y la Patagonia. El tipo craneológico acusa muchas mezclas de raza, con caracteres de tipo peruano, huarpe, patagón, chaquense, etc.

Nuestro calchaquí vese que tenía especial veneración por sus muertos, aparte de lo interesante de su alfarería funeraria, por la solidez de los sepulcros, manera de enterrarlos e ídolos que los representaban, de modo que de ellos, sin duda, podríamos decir lo que escribe Santillán: « Tenían asimismo otra religión e idolatría, que a los cuerpos muertos de los señores pasados honraban y guardaban con gran veneración, y cada uno estaba en su casa con el mismo servicio que tenía siendo vivo, que no se tocaba en ellos; así tenían sus chácaras, yanaconas, ganados y sus mujeres, las cuales los estaban sirviendo y dando de comer y chicha como si estuvieran vivos y los llevaban en andas a muchas partes » (2).

Los collas del Perú y los descendientes de calchaquíes, algunas veces recogen los huesos de sus muertos y les hacen decir misa. Sobre los sepulcros hoy mismo se hecha acullico. Los calchaquíes actuales no nos quieren avisar dónde hay sepulcros indígenas, y a mí me ha sucedido en Tinogasta que me llevaron, en un descuido, un cráneo que había encontrado, sin duda alguna para enterrarlo. Sobre los sepulcros suelen poner sus apachetas propiciatorias, y muchas veces cruces. Ambrosetti refiere cómo los calchaquíes mostraban su religioso respeto, cuando él en una ocasión ordenó la excavación de una sepultura calchaquí. « Uno a uno de nuestros peones, dice, desfilaron ante ella arrojando cada cual su puñado de coca y pronunciando en quichua estas palabras ingenuas y sentidas que jamás olvidaré: *Tata antiguo. toma y coquea; no te enojes, a nosotros nos ordenan.* Esta disculpa sencilla, agrega, esta confesión sincera y esta declaración de sumisión resignada, les dió ánimo » (3).

(1) Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, libro XIII, capítulo X, página 340.

(2) Fernando de Santillan, *Relación*, página 34, número 29. Vease el capítulo X, libro XIII, página 338 a 343 (*Historia del Nuevo Mundo*, « De la idolatría que tenían con sus difuntos »).

(3) *Por el valle calchaquí*, página 18. Buenos Aires, 1897.

EL CACLLA O DIOS ROSTRO

Bajo el nombre genérico de *cacllas* son conocidos hasta hoy en Calchaquí unos pequeños rostros o caras de barro, de distintas formas, cuadrados o redondos, que se usan como preservativos contra cualquier daño o maleficio a las personas, como enfermedades, pobreza u otro sufrimiento físico o moral.

Los *cacllas,* como otros amuletos, son sólo preventivos del mal, sin curarlo o repararlo una vez producido, para lo cual se recurre a otro género de amuletos o se propicia a las divinidades mayores.

Estos idolillos o dioses-rostro debían ser portados constantemente por la persona, llevándolos colgados del cuello, sujetados por un hilo, cuando tenían un agujerito para quedar pendientes, o colocándolos dentro de una bolsita a manera de escapularios o como nosotros llevamos una pequeña reliquia.

Estos amuletos deben figurar, sin duda, en la clasificación de los dioses personales peruanos, que denominábanse *huauques,* o ídolos de cada persona que le representan y *pururaucas,* o dioses de todo género y especie. En el Perú estos dioses personales se ve que tenían cierto origen solar, cuando alguna vez los cronistas llaman a los guauques, *inti-gauquis* o dioses personales del Sol (1).

En tiempo de epidemia, peste o flagelo, especialmente, el calchaquí invoca en secreto al idolillo que lleva colgado, propiciándole con coca y bebidas fermentadas; y el día en que llegara a perder su fe en el amuleto o que por cualquier causa le olvidara o menospreciara, de seguro que la persona que lo portó o dejó de portarlo, sufrirá las consecuencias de su falta o de su yerro.

El padre Toscano enumera entre los dioses más conocidos en calchaquí al ídolo *Caclla,* escribiendo de él: « El *Caclla,* rostro o mejilla, era un pequeño ídolo cuya imagen se formaba en barro que luego se cocía al fuego;

(1) Así los denomina el padre Cobo en uno de sus pasajes hablando de los ídolos de cada persona *(Historia del nuevo mundo,* t. III, pág. 326). Sobre la significación de la palabra huauques, véase la *Relación* del Yamqui Pachacuti, pág. 155, *in fine* y 156. *(Tres relaciones de antigüedades peruanas,* de Giménez de la Espada).

no pasaba de seis a diez centímetros su tamaño, porque siendo de la categoría de los dioses individuales, debía llevarse consigo como preservativo de todo género de males. »

Yo he podido conseguir de sus dueños algunos ejemplares para mi colección, los que me cedieron porque fueron *cacllas* que pertenecieron a terceras personas, pues de otro modo hasta me hubieran negado cualquier noticia del propio talismán, pues revelado el secreto, según me aseveraron, pierden su virtud. Ahora es el caso de hacerse estas preguntas : ¿por qué es adorado el pequeño rostro humano? ¿Qué representan estos *cacllas?*

Mucho lo he meditado y no menos he indagado al respecto, sin haber podido salir de la duda; pero por más de un motivo me inclino a pensar que la adoración al *caclla* ha sido inspirado por el terror religioso « a la cabeza », a la *uma* de los sacrificios.

En Punta de Balasto se habla mucho de la cabeza, que en tiempo de crecientes en su río seco suele aparecerse y sumergirse entre las olas arrastrada por la corriente. Esta cabeza mueve los labios y profetiza cosas que han de suceder, generalmente calamidades.

En las huacas de Tafí, dentro de las tinajas, se ha encontrado más de una vez la cabeza, sin el resto de los huesos del cadáver, lo que prueba que se enterró una cabeza destroncada del cuerpo.

La voz *huilla-uma* quiere decir « cabeza *que profetiza* » Huilla, en cuzco y sus dialectos, es avisar, referir; *uma,* es cabeza (1).

El valle de *Umaya* (Uma-ya) tiene su origen en la cordillera del *Manchao,* lugar que espanta, y uma-ya significa « amenazar con la cabeza ». La etimología de la palabra *Umahuaca* (Uma-huaca) es también significativa : *huaca,* es ídolo; *uma,* es cabeza, es decir, « ídolo de la cabeza ».

Lafone Quevedo sospecha también que existía un culto a la cabeza, cuando al ocuparse de la voz Umahuaca, escribe : « estos ídolos en *forma de cabeza* se encuentran en varias partes » (2).

Uma-niyoc, es « el que tiene la cabeza », en el juego o ceremonia del Chiqui; la cabeza aquella del sacrificio, que va a colgarse en el *tacu* venerado, como ofrenda al genio del mal, para aplacarle. Tanto, entonces, porque se trata de una cabeza de víctima elegida, cuanto por lo cruento de la ceremonia, y por colgarse como ofrenda al genio del mal en el árbol sagrado, es claro que esta cabeza teñida de sangre y ligada a un voto de la tribu desesperada por la sed, se aparecería a la imaginación del salvaje cada vez que recordara de la inmolación y de los motivos del mismo.

Si Chiqui es la « desgracia », el « infortunio », el amuleto de la cabeza del sacrificio, el *caclla,* llevaríase colgada del cuello como lo estuvo el original del árbol, para aplacar al infortunio y la mala ventura.

(1) Véase Lafone Quevedo, *Tesoro de catamarqueñismos,* versión *Huilla y Huma,* páginas 170 y 327.

(2) *Op. cit.,* verb. del texto, página 327.

En Tinogasta, después de la copla del *Vidaychunquichu, vanquichu,* los hombres y las mujeres se lanzan a la carrera para disputarse tomar la cabeza, o la *huahua* de pan colgada del árbol, como premio al más veloz (1), lo que demuestra el alto valor de la cabeza.

En varias urnas de Andagualá, de mi colección, aparecen estas cabezas cortadas.

Fig. 69. — Cabeza de Pomán. Colec. Quiroga

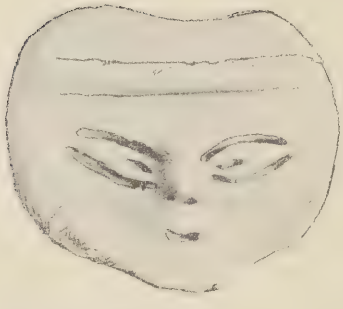


Fig. 70. — De Pomán. Colec. Quiroga

Fig. 71. — De fuerte quemado
Colec. Quiroga

En los pueblos de Pomán, en donde con tanto entusiasmo solían celebrarse las bacanales del Chiqui, coleccioné una buena cantidad de cabecillas de barro o *cacllas;* lo mismo en los valles de Santa María.

Paso a ofrecer algunos ejemplares de estas pequeñas cabezas, que van de tamaño natural, pues, como dije, estos talismanes son muy pequeños.

La de la figura 69 es de Pomán. Esta extraña cara de barro color bayo, con cabellos negros, es curiosa, y aparece representar a una persona muerta, por lo hundido de sus ojos apenas entreabiertos, y el aspecto de su fisonomía; sus narices son anchas y la boca está bastante separada de ellas.

(1) Véase el capítulo «El Chiqui», pág. 5

La carita de la figura 70, de barro color ladrillo, es de la misma localidad; su nariz está de relieve y sus ojos al sesgo, su boca pequeña calada; su cara es redonda y una vincha ciñe su frente.

El objeto de la figura 71, de Fuerte Quemado, es muy curioso, pues es una especie de cara simbólica circular, con sólo la nariz en relieve, y las largas cejas caladas que hacen de ojos. De cada ojo caen, respectivamente, dos largas caladuras y tres manchas negras que pueden en este caso ser las lágrimas de lluvia por su abundancia. Carece de boca, y del lugar corres-

Fig. 72. — Cabeza de ídolo, Santa María (Catamarca.) Colec. Zavaleta, 1/2 tamaño natural.

Fig 73. — Cabeza de barro de Poman (Catamarca.) Tamaño natural. Colec. Quiroga.

Fig. 74. — De Amaicha (Tucumán) Colec. Quiroga

pondiente a la misma salen tres anchas líneas negras, como complemento de las líneas simbólicas de los ojos. La parte correspondiente a la cabeza es negra. El plano de la cara es rojo obscuro.

Las figuras 72 a 74 son bastante interesantes, especialmente las últimas de mi colección.

La figurilla que Ambrosetti toma por ídolo funerario (1) parece, en efecto, representar un muerto. Las arqueadas cejas funerarias, como se las llama, rematan en la nariz de relieve. Los ojos están al sesgo; la boca abierta muestra tres dientes.

En la cara de la figura, trenzas adornadas rodean la frente del idoli-

(1) *Notas de arqueología calchaquí*, pág. 16.

llo. Las orejas tienen la particularidad de ser agujereadas con el propósito de que se les cuelguen aros o pendientes.

La carita de la figura, que parece resto de un vaso votivo, es muy curiosa por las pinturas del rostro, habiendo notado que en Amaycha muchos otros ejemplares de ídolos aparecen pintarrajeados. El fondo de la cara es amarillo claro. En las mejillas vemos dos grandes triángulos rojos, orlados de negro; los largos arcos que salen de la nariz para formar las cejas, con sus líneas suplementarias, son también negros y muy curiosamente pintados; de los ojos caen dos líneas negras; en su boca se ven varios dientes formados por caladuras en el barro.

Poseo en mi colección algunas pequeñas caras de piedra muy semejantes a las anteriores, que sin duda son también cacllas, aunque la tradición refiere que suelen ser de barro. Entre estas figurillas de piedra, poseo una pequeña cara ovalada con las facciones grabadas, de Vinchina.

Fig. 75. — Tamaño natural
Poman

Es sumamente curiosa la cara de piedra, con su cuello, de la figura 75, que nos ofrece Ambrosetti, con su agujero en la parte inferior para llevarla colgada. He aquí lo que sobre esta cara escribe el distinguido americanista a cuya colección particular pertenece el objeto: « En un trozo cuadrangular y chato de piedra negra y dura, ha sido toscamente grabado este amuleto que representa una cabeza humana. La cara anterior muestra la nariz formada por la misma línea que ha dibujado las cejas, y, debajo de éstas, los ojos, de forma semicircular; en cambio la boca ha sido representada por un triángulo de gran base. El lugar de las mejillas se comenzó del lado izquierdo a rellenarlo con un triángulo que quedó inconcluso y no se dibujó en el derecho. La cara posterior está ocupada por la figura de un corazón con la punta hacia abajo, lo que parece ha querido represenatr un tocado o tanga. La cabeza se ha separado del resto de la piedra por un reborde profundo que ha dejado una lista ancha, donde se perforó el agujero de suspensión. Tampoco puedo darme cuenta del objeto de este amuleto » (1).

(1) Ambrosetti, *Notas de arqueología calchaquí*, pág. 222, sobre su figura.

CAIJLLES

El padre Lozano, en un pasaje de una de sus obras (1), trae la siguiente noticia sobre el ídolo denominado *Caijlle*. « A otros ídolos, escribe, que llamaban *Caijlle* (veneraban los calchaquíes), cuyas imágenes labradas en láminas de cobre traían consigo, y eran las joyas de su mayor aprecio ; y así dichas láminas, como las varitas emplumadas, las ponían con grandes supersticiones en sus casas, en sus sementeras, y sus pueblos, creyendo firmemente que con estos instrumentos vinculaban a aquellos sitios la felicidad, sobre que decían notables desvaríos, y que era imposible se acercase por allí la piedra, la langosta, la epidemia ni otra alguna cosa, que les pudiera dañar. »

En calchaquí el nombre *Caijlle* es conocido, y *Caille*, efectivamente, se denomina hasta hoy las figurillas humanas o cara de las láminas de cobre, como discos y placas.

Lafone Quevedo trae esta voz también en su *Tesoro de Catamarqueñismos,* diciendo que este nombre se aplica a unos ídolos de los indios calchaquinos, y que es voz del cacán porque éstos la usaban (2).

La breve cita del padre Lozano es reveladora, y de ella se desprende lo siguiente :

1° Que estos ídolos son imágenes labradas sobre láminas de cobre.

Estas imágenes no expresan qué formas tienen, ni si son o no figuras humanas o animales, aunque la palabra « Imagen » que emplea, da a entender lo primero.

Tampoco nos dice cómo están labradas ; pero en los ejemplares que conozco aparecen de relieve sobre la lámina de cobre. Para ello, es claro que el cobre se fundía, y era vaciado en un molde preparado de antemano, con la imagen, cuyos contornos producen bordes salientes en el metal ;

2° Que como estas láminas son « joyas de su mayor aprecio », es claro que alude a esas planchas y discos que los caciques portaban en el pecho o en la frente, a manera de real corona, y que el padre Techo denomina *orbes*, sirviendo a la vez de insignias de mando (3), de los que Ambrosetti nos

(1) *Historia de los jesuítas del Paraguay.*

(2) Verb. *Caille*, páginas 62 y 63.

(3) *Historia de la provincia del Paraguay*, libro II, capítulo XVII y libro V, capítulo XXIII.

ofrece en sus *Notas de arqueología* hermosos ejemplares, bajo los títulos de « Placas pectorales y discos de cobre » y adornos de « El tocado », lámina que más adelante reproduciré (1). Juan de Betanzos nos da el dato de que el orbe o *patena* tiene su significación en la mitología incásica ;

3° Que usaban de las mismas supersticiones que con las varitas emplumadas.

A estas varitas emplumadas sabemos que las rodeaban con sangre de *cuy* y de otro animal sacrificado. Los *cailles*, de igual manera, eran objeto de sacrificio ; y esto lo sabemos por la afirmación de Techo de que los calchaquíes « roseaban los frutos nacientes con sangre de fieras a fin de que la cosecha fuera excelente » (2) ;

4° Que estos dioses, no sólo eran propicios a la sementeras, sino a las casas y los pueblos, de manera que también eran Lares y Penates, para que conjurasen en ellos « la epidemia y cualquier otra cosa que les pudiesen dañar ». Son, además, dioses personales, y tienen los mismos atributos que los cacllas o dioses rostros ;

5° Que cuando eran colocados « con grandes supersticiones » en las sementeras, « vinculaban a aquellos sitios la felicidad », y que era imposible « se acercase por allí la piedra, la langosta », etc. Luego, desempeñaban el mismo oficio que las mamazaras y huazas, y posiblemente las placas y los discos con imágenes serían colocados sobre estos monumentos sagrados de piedra para duplicar sus virtudes contra todas las plagas que pudieran dañar a las siembras.

Veamos ahora algunos ejemplares de estas « imágenes labradas en láminas de cobre que traían consigo » los calchaquíes.

Aparte del disco solar de Lafone Quevedo, paréceme que el ejemplar más típico de cailles que puede ofrecerse es el del disco de Liberani, precioso objeto de cobre encontrado por su poseedor en los cementerios de Loma Rica, valle de Santa María, objeto que más antes reproduje en un otro trabajo sobre el culto fálico en Calchaquí (3). Dos imágenes se han labrado en el mismo, sobresaliendo sus cuellos y cabezas respectivas. Estos personajes llevan en la cabeza su toca o llauto, del que penden largas barbas, apareciendo regiamente vestidos, con símbolos en sus túnicas, que bien se ve que representan fecundación y reprodución. Los dos respectivos circulillos que los ídolos llevan sobre el pecho, uno a cada lado, posiblemente son mamas, y no símbolos, de modo que nos daríamos con divinidades femeninas. La lámina esta reproducida con demasiada nitidez para abundar en detalles. Que el objeto era para « traerse consigo », pruébanlo los aros o manijas de la parte inferior, una de ellas rota, por donde pasarían los hilos que los sujetarían.

(1) Números XVI y XVII, páginas 120, 121 y 132 a 140.

(2) *Historia de la provincia del Paraguay*, tomo V, capítulo XI, página 42.

(3) Véase página de esta obra.

Otro hermoso ejemplar es el de la figura 76, disco de gran tamaño, que mide $0^{m}26$ de diámetro perfectamente circular. Dos figuras humanas ocupan el interior del disco, las que están cubiertas con sus escudos, semejantes a las de Carahuasi. La figura de la derecha enseña sobre su escudo dos cruces dispuestas en sentido vertical, y sobre el segundo, en sentido diagonal, separadas ambas cruces por un doble zigzag combinado. Sus caras se levantan sobre el arco de los escudos que corresponde a los brazos, y enseñan en sus cabezas una especie de sombrero que para Ambrosetti son diademas, debajo de las cuales hay dos triangulillos que indicarían grandes aros (1). En la parte inferior de los escudos aparecen enfilados en un mismo sentido los pies de las figuras. Quizás el detalle más interesante de las mismas son sus cruces, que también en este caso pueden ser símbolos de lluvia, o totem

Fig. 76. — $^{1}/_{5}$ t maño natural Cachi. Colec. Zavaleta

Fig. 77. — $^{1}/_{2}$ tamaño natural de Amaicha

cuyo origen sea la representación de fenómenos metereológicos. En la parte superior el disco tiene un agujero para ser colgado (2).

Es interesante el pequeño disco o placa pectoral de la figura 77, en el que se ve, de relieve, una larga figurilla humana, cuya cabeza con ojos y nariz, sobresale del disco. La parte de la figura correspondiente al pecho y al vientre es deforme, por su largo, en comparación a la cara del caijlle, y más aún sus piernas tan alargadas como delgadas terminadas con sus pies, grabados en sentido contrario el uno del otro. De los hombros de la figura salen dos arcos que forman los brazos, doblados a la mitad, en actitud de adoración.

El gran disco de la figura 78 con cuatro caras humanas a las extremidades de los diámetros que se cortan perpendicularmente, y haciendo cruz entre sí, fué publicado en la *Revista del Museo de La Plata*, formando parte

(1) *Notas de arqueología calchaquí*, número XVII, página 138.
(2) Véase Adán Quiroga, *La cruz en América*, página 191.

de los objetos adquiridos por la expedición Methfessel a los valles calchaquíes, que alcanzó excelentes resultados. Sobre el disco aparecen de relieve cuatro rostros, como caretas, mirando en dirección al centro del mismo, con sus ojos formados por círculos, divididos por una línea recta, que representa la nariz, debajo de la cual vese el óvalo de la boca, de mayores proporciones, como es natural, que los círculos de los ojos.

Yo poseo en mi colección un disco semejante, de $0^{m}17$ de diámetro, pero sólo con dos caras a los extremos opuestos del disco, exactamente iguales a las que quedan reproducidas. El disco tiene del otro lado una

Fig. 78. — Disco de cobre fundido, 1/4 del tamaño natural Andalgualá (Catamarca)

oreja saliente, con su agujero, para ser llevado. Fué encontrado en Fuerte Quemado.

Siempre me llamó la atención, desde que vi las campanas de cobre y bronce de la colección Zavaleta, que describí (1), encontrar de relieve, al borde inferior de las mismas, las caras de los discos, mirando hacia arriba, ya sencillas, o ya con adornos accesorios, como las cuatros líneas paralelas y alargadas que salen de la barba de los rostros, como se ve en las campanas de las figuras 79 y 80, y en la campana de la figura 81, que con las otras dos nos ofrece Ambrosetti en sus *Notas de arqueología calchaquí* (2).

Cuando escribí sobre estos rostros en las campanas, yo ignoraba los datos

(1) *Antigüedades calchaquíes*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, 1896.
(2) Número XIX, páginas 153 a 156.

que hoy poseo sobre este género de representaciones, que debo atribuir a a caijlles, dada la cita de Lozano ; y aun cuando éste expresa que estaban labradas las imágenes « en láminas de cobre », hay que tener presente que los cronistas no son precisos en la descripción de las cosas, ni tampoco nos dice que estas láminas son planas, ni que afectan tales o cuales formas. Por

Fig. 79. — 1/4 tamaño natural Borbollones. Río Tala
Falda oriental del Aconquija. Colec. Zavaleta

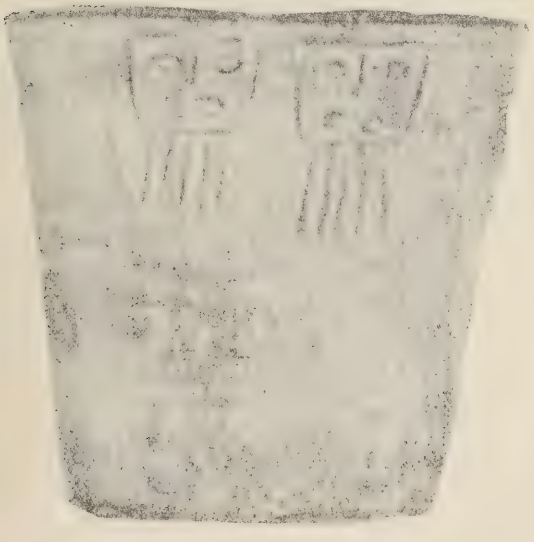


Fig. 80. — 1/5 tamaño natural Cafayate (Salta). Colec. Zavaleta

otra parte, hay que tener en cuenta que la boca de estas campanas es muy elíptica y comprimida, de tal suerte que las paredes de las mismas son chatas, inclinadas hacia el fondo, casi planas si se las mira de frente. El uso de tarros de lata para meter ruido en las fiestas del Chiqui, cuando se demanda lluvia, prueba que dichos aparatos han substituído a estas campanas. Este ruido y la vocinglería de los *pincullus*, también usados, es para

llamar al trueno por simpatía. Si, pues, las campanas se usaban en las bacanales en las cuales se demandaba agua, nada más natural que el grabado de estos dioses-rostro en las mismas, o de la « cabeza del sacrificio », sean símbolos propiciatorios de la lluvia. Nótense, además, otros detalles de estos rostros en las figuras que acabo de ofrecer. En la figura 79 las espirales de rectas que yo he atribuído al símbolo de la tormenta (1), aparecen como adornos a ambos lados del rostro, y las cuatro líneas que salen de la barba del mismo, deben ser « la lluvia », como también lo cree Ambrosetti (2); a lo menos, las lágrimas de los dioses-sol del Perú, según Wiener, son gotas de agua o de lluvia. En la figura 80, estas cuatro líneas se repiten, y si no aparecen en el rostro de la figura 81, en cambio la cara se encuentra en medio de la guarda, entre dos avestruces

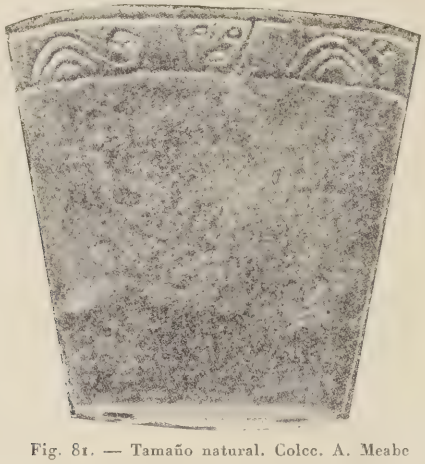


Fig. 81. — Tamaño natural. Colcc. A. Meabe

que tienen que ver con la lluvia y con las labranzas, como que en las urnas funerarias en la caja del cuerpo de los *suris* aparecen cuadrados, que yo atribuyo siempre a representación de andenes. Los ídolos imágenes de que yo me ocupo, tienen el destino de proteger los cultivos en las labranzas, y sabido es que el agua de lluvia es el elemento vital de las cosechas en el árido y seco valle Calchaquí.

Es esta la oportunidad de decir que el americanista Ambrosetti, careciendo también de los datos por mí recogidos sobre los caclla o dioses-rostro y los caijlles o dioses-imagen, con su ojo avisado y su criterio perspicaz, se dió cabal cuenta del valor de las representaciones que me ocupan, en las campanas. Ha llegado, además, a sospechar de las representaciones de las cabezas del sacrificio.

« ¿No tendríamos, aquí, se pregunta este americanista, un simbolismo del *Chiqui?* »

(1) Véase capítulo *Huayrapuca o la Madre del Viento.*
(2) *Op. cit.*, página 156.

« El hecho, se contesta (1), de no figurar sino cabezas en todos estos objetos, lo da a entender, tanto más si tenemos en cuenta que lo que se ofrece a *Chiqui* son cabezas, actualmente de animales, pero que en otros tiempos no tendría nada de extraño fuese de hombre.

« Además, los adornos de la cabeza de la campana, figura 130, parecen ser los mismos que los que vemos en la del personaje que con el doctor Quiroga creemos que representa al Chiqui (2), pintada en la urna figura 95 (a la izquierda) *eso que cae a ambas lados de la cabeza como cometas que terminan con un sol o astro,* lo que en este caso está substituído por las espirales que terminan dichos adornos.

« Otra coincidencia importante la tenemos en que el mismo personaje tiene pintada una serpiente dentro del cuerpo... y ya sabemos que la serpiente, en el simbolismo calchaquí representa al rayo, y, por consiguiente, está íntimamente ligada a los fenómenos meteorológicos en que toma parte, es decir, a la lluvia.

« De modo que no es difícil que estas campanas y muchos discos de bronce, hayan servido a los objetos del culto destinados a implorar la lluvia, con su tañido repetido en las grandes ceremonias y fiestas del Chiqui, mientras la multitud atronaba el aire con el grito de *Inti rupas tian* (el sol está quemando).

« Más aún, en estas campanas se encuentra también el símbolo del suri o avestruz, y en la urna 95, este animal se halla repetido varias veces. El suri tiene también que ver con la lluvia.

« Todavía existe la creencia entre los calchaquíes modernos de que *este animal no toma agua sino cuando llueve,* y su cabeza, según todos los datos, no figuraba en la fiesta del *Chiqui.* A pesar de que hoy algunos lo emplean, también esto es una degeneración moderna de la ceremonia, y el mismo doctor Quiroga que consigna el dato de *Bambicha,* no le otorga gran fe.

« Así pues, tendríamos que estas campanas, y quizás algunos de los discos, sobre todo los que llevan serpientes, deben haber pertenecido al culto del *Chiqui* y no para formar sus reuniones, como lo ha supuesto el señor Ameghino, en su interesante libro *La antigüedad del hombre en el Plata* (3).

« Si esto llegara a probarse, lo que no será difícil, con nuevos hallazgos, a pesar de que los muchos objetos de bronce se han perdido ya para la creencia — pues los españoles emplearon gran número de ellos para fundir las campanas de sus iglesias —, llegaríamos a la conclusión de que todos estos objetos de metal historiados con cabezas humanas o símbolos de serpientes, sapos o suris, deben haber servido para el culto del *Chiqui,*

(1) Obra y lugar citados, páginas 155 y 156.

(2) Se refiere a lo que escribí sobre *Chiqui,* trabajo en que reproduzco la urna que cita, en mi *Folklore Calchaquí,* en *Boletín del Instituto geográfico argentino,* 1897.

(3) Ameghino, *op. cit.*, tomo I, página 540.

mientras que los que tienen atributos femeninos o vejetales se referirían a la Pacha Mama. »

Muy semejante al disco de la figura 78, por sus cuatro carillas y su disposición en el mismo, es el de la figura 82, de $0^{m}26$ de diámetro, encontrado en Tafí, con la diferencia de que estas caras aparecen adornadas, pues dos de ellas llevan un collar de tres círculos concéntricos, y las

Fig. 82. — 1/5 tamaño natural. Colec. Zavaleta

Fig. 83. — 1/3 tamaño natural
Colec. Museo Nacional

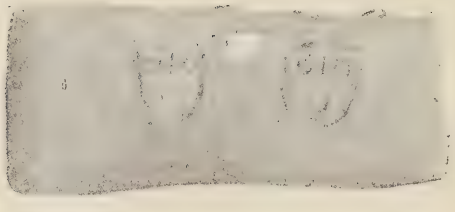


Fig. 84. — 1/3 tamaño natural. Colec. Zavaleta

Fig. 85. — Cachi (Salta)
1/2 tamaño natural

otras dos, apéndices que parten de las orejas hacia abajo y adornadas con pequeñas curvas casi espirales a cada lado, y correspondiéndose, « adorno, dice Ambrosetti, que tiene no sé qué de vegetal, y que me hace suponer, junto con los collares de las otras dos cabezas, alguna semejanza con el personaje de la placa » (que reproduciré en la figura 85) (1). Este disco lleva en medio un agujero para ser colgado.

(1) *Notas de arqueología calchaquí*, página 140, en donde cita mis opiniones al respecto, en el mismo sentido, cuando describí este disco, perteneciente a la colección Zavaleta.

El disco de la figura 83, también con dos caras, una superior y otra inferior, siempre mirando al centro, con adornos de espirales, fué encontrado en Santa María. En vez de las otras dos caras laterales, vense dos serpientes algo enroscadas, con grabados o escamas distintas, como si se hubiera querido distinguir el sexo de los ofidios. Estas serpientes son muy curiosas, y bastan para insinuarnos la idea de lluvia, toda vez que son representaciones del rayo. Luego, con este disco, en las ceremonias, se pediría lluvia para las sementeras.

La lámina de cobre de la figura 84, lleva también estas caras o rostros sencillos, y en medio de ellas se ha abierto el agujerillo para colgarlas.

Ambrosetti llama a esta lámina placa pectoral (1).

La placa de la figura 85 es muy interesante por ser reveladora, a tal grado, que se puede decir que por sí sola ilumina el asunto que estoy tratando.

La figurilla humana representada sobre la plancha tiene semejanza a la de la figura 77, siendo la presente más complicada que aquélla.

La cara sobresale de la placa, teniendo indicados los ojos, nariz, y boca. El cuello aparece bastante alargado, luciendo el mismo un collar de tres vueltas. De los hombros a la cintura, el cuerpo aparece cortado por dos líneas en forma de X, que deben ser adornos del vestido. En el vientre abultado, las líneas transversales se repiten, ocupando los espacios superiores tres circulillos que hacen triángulo entre sí; en el espacio inferior un arco de óvalo, con una perpendicular en medio, cayendo sobre la línea de la cual se desprenden las piernas, indica el órgano genital femenino de la figura, detalle que revela el sexo del caijlle. Las piernas son dos líneas verticales paralelas, cortas, en relación al tamaño de la figura. Sus largos brazos doblados, en actitud de adoración, despréndense los hombros, y las manos portan, cada una, gajos de árbol, al parecer, cuyas ramas terminan en circulillos, que deben ser frutas (2).

Ambrosetti, ocupándose de esta placa, atribuye la figura humana de la misma a una representación de la Pacha Mama (3), escribiendo al respecto: «El desgaste de esta placa no deja ver nada más; pero los datos anteriores nos permiten sospechar que se trata de algún amuleto propiciatorio de la Pacha Mama, con el objeto de obtener buenas cosechas. El órgano genital femenino, es un buen indicio que se complementa con los atributos vejetales, que bien pueden representar plantas de maíz.»

Trátese de árboles con frutos o de plantas de maíz con mazorcas, la verdad es que los vegetales a uno y otro lado de la figura, están bien representados, y es esta cabalmente la importancia reveladora de la placa, por que ello es una prueba que el dios-imagen figurado o el caijlle aparece como protector de lo sembrado o plantado, virtud, cabalmente, que Lozano atri-

(1) *Op. cit.*, página 135.
(2) *Notas de arqueología calchaquí*, número XVII, página 132.
(3) Véase Adán Quiroga, *La cruz en América*, páginas 193 y 194.

buye al caijlle, despejándose de esta manera cualquier duda que pudiera abrigarse al respecto. Ambrosetti ha estado en la verdad cuando ha visto en esta plancha un amuleto protector de las cosechas, y si bien le tiene como propiciatoria de la Pacha Mama, hay que recordar que esta divinidad es cabalmente el alma de la tierra fecundante, y que muy bien puede suceder que, como creo que pasa con la piedra Mama-zara, el caijlle no sea otra cosa que un atributo de esta divinidad múltiple, que ora aparece de hembra o ya de varón, personificada en el Dueño de las aves, por lo que se la invoca con el doble nombre de *Pacha Mama Llajtaio*.

Cerraré este capítulo manifestando que en presencia de estos caijlles, el indio debía terminar su invocación a la tierra demandando que no suceda nada malo en sus cosechas, que maduren bien, que no caigan heladas y que les sean propicios:

Amata inapa suceda angacho:
Adyita pococho,
Amataj casacho:
Kusiya Kusiya!

LA RELIGIÓN EN LA VIDA ORDINARIA

Imágenes y símbolos en los objetos y útiles domésticos. — Invocaciones indias. — Pinturas en el traje y en el rostro. — Vasos antropomorfos y zoomorfos. — Ex votos. — De parto. — Cailles en discos. — Figuras en torteros. — Pipas. — Músicas. — Hachas, etc.

Cuando estudiamos detenidamente las colecciones calchaquíes que a fuerza de paciencia y constancia hemos conseguido, y pasamos en prolija revista uno por uno de los objetos coleccionados, desde el aro hasta la tinaja y desde el topo hasta el yuro, notaremos al momento la insistencia pertinaz del indio de hacer intervenir a sus dioses en todas sus cosas y en todos los actos de su vida. Tomemos cualquier género de objetos de uso doméstico, el vaso, el yuro, el mortero, y al instante veremos que el indio no ha amasado el barro y calado la piedra pura y simplemente para hacerse de un útil que es necesario en la vida diaria de su hogar; el vaso tendrá ciertas formas convencionales, y tomará la apariencia de un objeto antropomorfo, zoomorfo u ornitomorfo, lo mismo que el yuro, cuya parte ventral y cuyo cuello le servirán para darle formas humanas o animales sin desperdiciar ni el detalle de su manija, que se presta para servir de brazo, ni su tapa, para la parte superior del cráneo, o para los adornos que suele lucir la cabeza, como los penachos o diademas; el mortero no sólo tendrá su cavidad central, sino que las dimensiones y formas especiales de la piedra servirán para labrar sobre el material una figura animal monstruosa o una figura humana, con todos los miembros de su cuerpo y sus detalles principales. Los pequeños utensilios domésticos suelen afectar iguales formas, lo mismo que los objetos de adornos, cuyo metal se graba hábilmente.

Si el indio dirigido siempre por su rica fantasía de artista, no ha dado tales formas a los objetos que de diario usa en casa o su toldo, valdráse de la pintura o del grabado, del pincel o del cincel, para escribir sobre ellos su lenguaje ideológico o simbológico siempre convencional, cuando las pinturas o los grabados, no reproducen imágenes completas o parciales.

Cada un objeto indio no está destinado pura y simplemente al uso diario de la familia, a suplir una necesidad de la vida y a servirle de instrumento de trabajo o de útil en la economía doméstica, sino que también ha de estar consagrado a su filosofía, a su religión, a sus dioses, a sus supersticio-

nes. El vaso para tomar agua o chicha le servirá para libar a sus divinidades o para ofrendarlas cualquier cosa; haciendo entonces el objeto, de vaso votivo; el yuro no será simplemente un objeto destinado a guardar licores que el indio ha de gustar para satisfacer sus deseos sino también los líquidos que han de derramarse en los sacrificios o en los altares de los dioses, en honor de la divinidad representada o figurada en el mismo, que generalmente es un penate, un *huauque*, un *pururanca* o un dios personal; en el mortero no sólo se ha de moler la algarroba o el maíz, sino también las hierbas de las ceremonias sagradas, o en el acto de las faenas de las moliendas se ha de golpear el hueco de la piedra propiciándose al ídolo labrado en el mismo para que la tierra sea propicia en los granos y en los frutos en una cosecha venidera; la mano misma del mortero ha de ser algún objeto sagrado, porque ella ha de afectar ciertas formas especiales o el cuello de su mango ha de terminar en una cabeza humana o animal, que ha de referirse a algunos de esos númenes o genios protectores de los árboles o de los cultivos; las hachas o instrumentos de trabajo no sólo han de servir para cortar, para golpear o labrar los objetos, sino que han de afectar alguna forma especial exigida por el culto o han de llevar grabado algún símbolo religioso, ligado con los quehaceres de la industria o trabajo en que se emplean cuando su mismo material no sea sagrado, como la piedra herida por el rayo; el tortero no ha de servir solamente para hacer girar el huso y retorcer las vellones sino que sobre el pequeño disco ha de grabarse el rostro de algún *Caclla* protector de los tejidos, o símbolo relacionado con la caza de los animales que suministran la lana para vestir; el disco que luce la frente, o la placa que cuelga sobre el pecho no han de servir puramente de adornos que realcen la grandeza jerárquica de las personas, sino que sobre sus planchas de metal han de grabarse o reproducirse en relieve los dioses que cuidan de la persona, de la familia y del hogar, o el complicado simbolismo que representa su acción benéfica, lo mismo que en el objeto de música, en el topo, en el aro, en el collar de malaguita o de *huayruros;* cuanto más en el cetro de mando, insignia distintiva de la potestad sobre la tribu, el pueblo o la nación.

Si en los objetos de uso doméstico, en las armas de los guerreros, en las prendas de su adorno y en los propios vestidos el indio reproduce a sus dioses, en la forma o en el símbolo, con iguales motivos la religión presidirá todos los actos de su vida. No hay autoridad que no venere especialmente a su dios, ni guerrero que no invoque a la suprema fuerza, ni labrador que no propicie a la tierra fecundante, ni pastor que no implore por sus majadas, ni cazador que confíe sólo en el tiro certero de su *libe*, aunque la piedra de su boleador sea sagrada. Cuando se ejercita la autoridad, se va a la guerra, se siembra, se cosecha, se lleva las majadas a pastar y se va de caza, los dioses protectores han de presidir todos estos actos de la vida diaria. Cualquier empresa por más insignificante que sea, no saldrá bien si no se han propiciado a las divinidades. El dueño de casa que no venera de diario

a sus huacas, vendrá en desgracia o enfermará, el viajero que no arroja primicias a la apacheta o no la ofrenda con cualquier cosa, perecerá en el camino o sufrirá algún grave accidente, quien trepe las montañas sin haber propiciado a la madre de los cerros, se apunará y no encontrará vicuñas; y quien no haya sacrificado a las divinidades funestas de seguro que sufrirá las consecuencias de su indiferencia o su culpable abstención.

Por eso es que es largo el archivo de las oraciones e invocaciones del indio el cual las tiene especiales para andar en los cerros, para cazar vicuñas, para beber, para hilar, para carnear, para señalar cabras, para que no se pierda el ganado, etc.; aparte de todos sus cantos, sus oraciones y sus invocaciones para cada divinidad, según los casos, y para cada una de sus festividades y bacanales.

Las invocaciones para beber son numerosas porque no hay acto propiciatorio en que la bebida falte (habiendo Ambrosetti tomado varias de ellas en sus viajes); así como otras oraciones para cualquier otro acto de la vida. Yo me serviré en esta oportunidad de alguna de esas curiosas invocaciones que suelen ser reveladoras pues ponen de manifiesto la intención del indio y descifran los misterios de su culto y la acción de sus dioses en cada caso especial.

Como la Pacha Mama es el numen propicio por excelencia, a ella son dirigidas especialmente las invocaciones, o es ella quien sirve de intercesora en el pedido y voto formulado.

La invocación para andar en el cerro que se hace dando de beber, o de *acullicar* a la Pachamama tiene el propósito especial de demandarle que no deje *apunar* (enfermar) a quien los trepa; y por eso se dice:

Pacha mama llajtaio, aculli
Munaiskani purinaipa
Kai orko pi.

La invocación de los cazadores tiene por objeto pedir a Pachamama que les dé sus vicuñas, que no les mezquine lo que llama su hacienda, que les dé la fortuna de sus cueros y sus lanas, que no sufran el mal de la montaña y que le sea propicia. Dice así el texto de la invocación:

Pachamama llajtaio
Vicuñas-kikita cuay
Munaiskani
Mi-cunapa
Pachamama kusiya kusiya
Vicuñata cuay
Ama mi chanicho
Fortunata cuay
Amáo cori uáicho
Kusiya kusiya

Las mujeres, al empezar a hilar, piden a Pachamama que ésta les arregle su lana con el brazo, y que les ayude a hilar para tener que vestir; que el huso no canse o haga doler la mano y que pueda continuarse sin contratiempos la faena. En estas invocaciones se hace ver a la Pachamama lo necesario del abrigo que ella suministra como dueña de los animales que dan la lana, y se le pide que la ruda tarea pueda llevarse a cabo sin ser interrumpida por la fatiga, lo que es una reminiscencia fetiquista, pues es al huso al que se teme, como dice Ambrosetti (1), creyéndolo rebelde, y capaz de producirles el mal, agarrándoles la mano, por lo cual debe responder a esta idea, ver figurar rostros humanos en la cara superior de los torteros, como si la acción de los mismos fuera propia e individual.

He aquí estas invocaciones:

Pachamama Dios llanan tiácusaj
Pushkanaipa millimata
Allichapuanki ukjaita uarkuta
Nokapa pushkanaiba asuipaj
Jesus Maria mamapacha
Amataj pushikanira
Pillau anjacho

En la invocación para carnear, el acto propiciatorio se hace con sangre, lo que es también una reminiscencia de los antiguos sacrificios, que han dejado sus rastros indelebles en las ceremonias indias. La sangre de los animales muertos es ofrecida a Pachamama para que ésta no se acabe el ganado, haciendo parte a sus indios, y para que la hacienda no sufra de pestes y consiguientes mermas. Dice así la invocación:

Pachamama llajtaio
Yajuar inkitacuai
Ama tu kucha puaicho
Pachamama Santa Tierra
Yaguar te convidasaigue
Haciendai amataku congacho
(ó amatu mermancho)

Es de advertir que el calchaquí por nada de este mundo carnea sus animales después de puesto el Sol, pues si tal sucede esta divinidad no será propicia a la reproducción del ganado. Cuando el animal es carneado, se untan los dedos en sangre y con ellos se da papirotes hacia el Sol.

En el acto de señalarse la hacienda practícanse curiosas ceremonias. Los pedazos de orejas que se cortan a los animales entréganse al dueño de casa, quien las guarda en una chuspa o vejiga. Se hacen en seguida aspersiones con aguardiente y chicha, dando vuelta los concurrentes alrededor del corral, y después de rezar sus oraciones, lárgase la hacienda hacia el lado de

(1) *Notas de arqueología calchaquí*, número XXV, página 190.

donde sale el Sol a fin de que se reproduzca, tirándose el acullico al suelo durante la ceremonia. Cuando la hacienda se ha marchado, cada cual levanta una piedra que depositan en el suelo en montón, levantando de este modo una apacheta. Los pedazos de oreja guardados en la chuspa entiérranse junto con coca dentro de un hormiguero que intencionadamente se cava.

En la invocación para señalar las cabras pídese a la Pachamama que, de todos los cerros en que vive, envíe muchas riquezas para que la tropa, que pasta en aquéllos, procree y se reproduzca, invitándose a la divinidad con coca y licores que se arrojan al suelo. En la invocación se dice:

Pacha-mama Santa Tierra
Kusiya kusiya
Tucui orko manda amucho
Riqueza ñoka tropai
Convedaskaigue aguardientita
Kokata, mirachunta haciendai
Pachamama kusiya kusiya.

La ceremonia para que no se pierda el ganado, alzándose en los cerros, es por demás curiosa. Ambrosetti, quien también nos ofrece la invocación respectiva, que más abajo reproduzco con la traducción libre que de ella hace (1), refiérela de la siguiente manera: «Plantan, escribe, un mojón de piedra, y entierran a su pie aguardiente, coca, etc.; en seguida llevan el fetiche y lo depositan sobre él. Los dueños del ganado y su familia rodean al mojón y ahumándolo con un yuyo que queman llamado *Cojnichina*, mientras el padre hace la invocación siguiente:

Pacha mama Santa Tierra
Kusiya kusiya
Amata inkitapuaicho Haciendai
noka cocata, aguardientita convidasaigue
cabras nitas nischupuai
kaima rodonman
kusiya kusiya.

Traducción libre:

Pachamama, dueña de la Santa tierra,
¡Seme propicia! ¡Seme propicia!
No me inquietes la hacienda.
Te invito con aguardiente y coca
para que vuelvas mis cabras o ganado a su rodeo
¡Seme propicia! ¡Seme propicia!

«Creo que antiguamente, añade Ambrosetti, todas estas invocaciones debieran ser hechas a los fetiches mismos, cuando las creencias religiosas

(1) *Op. cit.*, página 198.

de los calchaquíes se reducían al culto del rayo como divinidad benéfica y al del Chiquí como entidad funesta, ocupando el fetiche y demás amuletos propiciatorios un lugar intermedio que se comprende, a causa de la superstición que en ellos debió existir, del origen sobrenatural de las piedras que les servían para fabricarlos. En gran parte estos fetiches están tallados en piedras rodadas que representaban al encontrarlos alguna forma vaga de ciertos animales. »

Por más que en las invocaciones que acabo de reproducir se adviertan palabras castellanas que se han quichuizado en su declinación en la lengua indígena, y por más que se note el empleo de consonante cuando la invocación se adapta a la métrica, no puede dudarse de su origen nativo, como lo revela su tema y la divinidad que se invoca, así como el propósito del voto y lo que en definitiva se demanda, todo de acuerdo con la tradición mitológica que aun perdura en estos valles. La oración seguramente no ha de haber sido tan concisa como la repetida por nuestras gentes, en la que se verán suplidas con una palabra muchas ideas que el indio tuvo que explicar amplificando la frase o el pensamiento, y aparecerán a la vez suprimidos en aquélla varios asuntos o temas que el tiempo y la nueva cultura han dejado sin explicación o sentido, porque la influencia castellana en los asuntos de la propia religión y ritualidad indígena ha sido decisiva, pues que a todo lo viejo se aplicaba el criterio moderno, perdiéndose cuanto no era adaptable al espíritu de la nueva civilización.

Entro ahora a pasar una ligera revista de todo cuanto usaba en su vida doméstica el calchaquí, desde el traje que vestía hasta el último útil de la casa, para que tengamos una prueba evidente de que la religión intervenía en todos los órdenes de su vida, y nada le era extraño.

En el capítulo respectivo sobre los *machis, turpentaes* y adivinas, hemos tenido ocasión de ver que estas personas ejercían su dignidad sagrada aconsejando y advirtiendo a las gentes en cuanto debían hacer y obrar. A ellos, seguramente, consultaríase todo lo relativo a las creencias del pueblo, como que eran los depositarios de la fe, a quien instruirían en los misterios de la religión, acción y atributos de las divinidades, modo de propiciarlas y de conjurarlas, manera de representarlas, sea figurándolas en imágenes o por medio de símbolos sagrados convencionales. Los que labraban o trabajaban cualquier objeto que tenía que ver con las divinidades, tomarían su consejo y seguirían su decisión, a fin de que la unidad de la creencia no sufriese tanto con las variantes caprichosas de un fetiquismo y de un politeísmo exagerado, en el cual todo parece que era Dios, desde la piedra, el árbol y el reptil en la tierra, hasta el astro, el trueno y el viento en el cielo. El indio, sin duda alguna, debería representar sus divinidades, guardar las reglas para figurar típicamente sus imágenes, permitiéndose la fantasía, a la que tan inclinado se muestra el indio en los detalles, pues de observarse es que jamás un ídolo es exactamente igual al otro, por más que se trate de representar a la misma individualidad mitológica. En el símbolo mismo,

encuéntranse variantes notables que han de hacerse notar en el curso de esta obra. Las figuras antropomorfas de las urnas funerarias, que siempre son las mismas, en ningún caso son idénticas, aunque se reúnan centenares de ejemplares del mismo tipo. De aquí vienen tantas veces las dificultades para que nosotros los profanos nos podamos explicar, apenas hemos visto un ídolo, una imagen, una representación, un símbolo, cuál es su valor exacto en la intrincada mitología calchaquí.

Fig. 86

Continuando el asunto interrumpido con esta necesaria digresión, observemos lo que está representado o figurado en el traje del indio, en sus escudos, en la pintura de su rostro y en los objetos que adornan su persona, como placas, discos, orbes, topos, collares, aros, etc. En el traje de la figurilla pintada en una urna de Andalgalá de la colección Max Schmidt (fig. 86) vemos figurar cuatro grandes ojos Ymaymana, con su punto central, y en

Fig. 41 — 1/3 tamaño natural

la banda blanca central dos aves simbólicas, que son avestruces y cóndores, probablemente estas últimas, y que sabemos eran veneradas de los indios, pudiendo estas pinturas alegóricas ser totem de tan singular personaje.

Más curiosa es aun la serie de las once figurillas humanas pintadas de blanco sobre el fondo de una larga franja negra que adorna un puco de Santa María (fig. 87). Los personajes de los números 5 y 6 llevan en sus trajes artísticas serpientes-rayo, cuyas extremidades terminan en cabezas triangulares, con sus respectivos ojos y boca; los de los números 7 y 8, otras pinturas simétricamente reproducidas, formando cruz, y que deben ser signos heráldicos; el del número 9, sobre el campo blanco las guardas

espirales, que salen de dos grupos de cuadrados, formados por líneas que se cortan y que pueden figurar andenes. Estos personajes, por lo mismo, deben tener que ver con la lluvia. Los de los números 10 y 11 llevan al pecho figuras simbólicas de serpientes que se cortan en forma de X, debiendo ser variantes de los mismos símbolos semejantes en los trajes de los personajes 1 a 4. En las diademas o adornos de las figurillas 10 y 11 están pintadas las cabezas, con su cuello, de aves simbólicas.

Pueden citarse muchos otros ejemplares de trajes sobre los que se ven estas clases de pinturas, generalmente de serpientes o de aves, como en las urnas de Andaguala, en las que se ven figuras humanas que las tienen pintadas sobre el pecho.

F

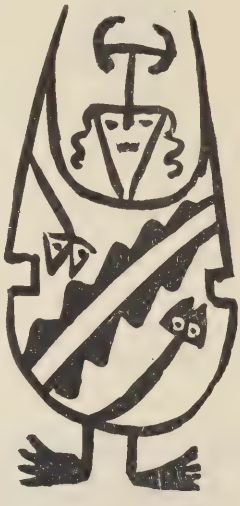


Fig. 89

Fig. 90

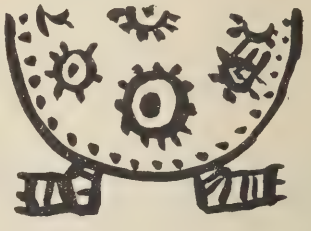


Fig. 91

Pinturas en urnas de San José

En los escudos que cubren otras figuras humanas, como en la lámina de la Gruta de Carahuasi, varias figuras y símbolos se han pintado, como en los trajes.

De unas urnas funerarias de San José he tomado los personajes de las figuras 88 a 92, que aparecen tras de grandes escudos, seguramente de cuero, sobre los cuales se reproducen pinturas simbólicas. En el escudo de la figura 88 se ven dos grandes cabezas dobles de serpiente con ojos Imaymama y dos espirales contiguas a los bordes. En la figura 89 aparecen otras cabezas de serpiente con ojos y su largo cuerpo; las pinturas en los escudos de las figuras 90 y 91 son simbólicas, viéndose círculos con puntos estrellados en la última. Sobre el escudo de la figura 92 se reproducen dos cruces. Esta costumbre de pintar cosas figuradas en los escudos es común a la mayor parte de los pueblos americanos, y cuando Cortés pasaba re-

vista de sus aliados los indios de Tlascala, que marchaban con él a atacar a Tezcuco, observó que «llevaban todos los escudos o radelas en que iban reducidos a varias figuras los desprecios de sus enemigos o las jactancias de su valor» (1). Entre los orbes y diademas con figuras simbólicas o representaciones de ídolos, lo mismo que sobre placas pectorales, reprodúcense en esta obra muy curiosos ejemplares, como los discos de cobre de Lafone Quevedo, Liberani, Hernández, etc., y demás que se ofrecen en el capítulo sobre los *Caijlles* o dioses imágenes.

Sobre el disco de los *topos* o prendedores de plata o cobre de largas agujas para tomar en el pecho los mantos de pieles, aparecen grabadas figuras de serpientes, de aves, de leones y de pumas.

En aros poseo preciosos ejemplares de estos adornos de plata, cobre

Fig. 92
Colec. Zavaleta

Fig. 93. — 1/2 tamaño natural

Fig. 94. — 1/2 tamaño natural. Museo nacional

y piedra, sobre los cuales se graban cruces o figuras estrelladas. Otros afectan formas especiales y animales.

En los collares de malaquita, algunas cuentas tienen las formas de caras humanas provistas de su respectivo agujero para que pase el hilo del que penden. Estas caras pueden ser *cacllas* u otros amuletos que tengan que ver con la salud, con el amor o con la felicidad personal.

En las pinturas del rostro de las figurillas humanas de barro, o en los ídolos, o en las representaciones de otros objetos, puede verse todo género de símbolos.

En el rostro del curioso ídolo que Ambrosetti clasificó por «Idolo de significación incaica» (fig. 93), vense curiosas pinturas simbólicas sobre sus mejillas (2). En la mejilla derecha vemos una figura en forma de X, con

(1) Antonio de Solís, *Historia de Méjico*, tomo I, libro V, capítulo IX, página 577.
(2) Ambrosetti, *Notas de arqueología calchaquí*, número II, página 24.

las aspas superiores e inferiores por una línea, lo que hace suponer que esta pintura representa un manojo de cuatro flechas unidas en el centro por sus extremos sin punta. En la mejilla izquierda aparecen dos círculos concéntricos con un punto central.

Los rostros de las figuras monstruosas del puco de Santa María y Tinaja Blansey, cuyas láminas se reproducen en el capítulo sobre Huayrapuca o la Madre del Viento, llevan también curiosas pinturas simbólicas como arabescos. En este mismo capítulo reprodúcense figuras con serpientes en el rostro. Un rostro muy curioso es el de la figura 94, sobre la pared de una gran urna de barro cocido, formado por un borde angosto, saliente, más o menos circular, con el cual se ha formado el contorno general de la cara. Otro borde interior en forma de media luna, y cuyas extremidades se enroscan en espirales, indican más especialmente la forma de la cara humana, con nariz saliente algo curva, debajo de la cual un tubérculo transversal cruzado al centro por surco profundo hace de boca; los ojos están formados por las espirales con que termina la serpiente.

« Estudiada bien esta figura, escribe Ambrosetti (1), se nota que la mente que ha presidido en su factura ha sido la de representar serpientes con estos bordes, y sobre todo con el interno, que es el que forma los ojos, lo cual vendría a apoyar una vez más la tesis que he sostenido en un trabajo anterior (2), que, en tratándose de urnas funerarias de la Región Calchaquí, es rara la que no lleve de alguna manera, ya grabada o pintada, a la serpiente protectora de los muertos y símbolo del rayo que adoraba. Y esto de hacer que la serpiente forme los ojos de la figura, en la urna, ha tenido seguramente por objeto el darle mayor carácter de espanto, como para hacerla mirar con sus ojos terribles a todo aquel que pudiera permitirse una profanación a los restos confiados bajo su custodia; en una palabra, castigarlo, haciéndolo volver loco, de conformidad a las creencias que aun existen en aquella región. »

Los cetros de mando de los dignatarios indios tienen también grabados o en relieve figuras alegóricas, que deben representar a los dioses que confieren el poder. Estos cetros de mando rematan en cabezas de monstruos fantásticos de grandes ojos circulares, boca cuadrada y largos dientes, con una trompa levantada. Las cabezas aparecen adornadas por largos cuernos.

Pasemos ahora en revista los objetos de uso doméstico de que se sirve de diario el hogar calchaquí.

Comenzaré por los vasos, los que afectan generalmente formas humanas o animales siendo por lo mismo antropomorfos, ornitomorfos o zoomorfos.

(1) *Op. cit.*, número VII, página 55, sobre la figura.

(2) Ambrosetti, *El símbolo de la serpiente en la alfarería funeraria*, etc., en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XVII, entregas 4 a 6.

Otras veces los vasos llevan grabados y pintados ídolos o símbolos, cuando sólo afectan una forma común.

Semejantes vasos, generalmente cántaros o yuros, muestran en el gollete el aspecto humano o animal, tomando el cuerpo la forma característica del objeto, con adornos y símbolos o sin ellos. Tales vasos seguramente que son votivos, es decir, que llenándolos de líquidos se demandaría lo que se quisiera a las respectivas divinidades representadas, lares y penates, con ceremonias poco conocidas.

Van en seguida algunos curiosos vasos antropomorfos.

El gran vaso de la figura 95 fué encontrado en Molinos (Salta). Es una urna hueca de paredes delgadas. Los arcos de las cejas y los brazos están de relieve sobre la superficie externa del objeto.

Fig. 95. — 1/10 tamaño natural.
Colec. del Instituto geográfico argentino

Ambrosetti, que lo publicó (1), explica el objeto de este vaso. «Representa, dice, como quede verse, una figura humana, pero convencional; es decir, un muerto, o mejor dicho, al muerto a quien estaba dedicado, y me guío para ello en los arcos salientes que arrancando de la nariz pasan por sobre los ojos, característica en toda representación fúnebre en calchaquí sobre todo tratándose de urnas funerarias de gran tamaño. El muerto en ésta urna está representado en actitud sentada, la cabeza es casi del diámetro del cuerpo...

«Tratándose, agrega, de una urna toda hueca, que sin duda tuvo por objeto contener algo, nada de extraño tiene que haya sido enterrada llena de comida, algún manjar apetecido para el muerto tanto más si se tiene en cuenta el aire de infinito placer (que yo no noto) que expresa esta figura al

(1) *Ob. cit.*, número VII, página 47.

llevarse una mano a la boca, mientras con la otra se acaricia suavemente el vientre y más aún, entornando los ojos como para gozar mejor. »

Como Ambrosetti no nos suministra el dato de que esta urna fué encontrada junto con algún cadáver, enterrada en el sepulcro, yo dudo mucho de la interpretación que él da sobre los objetos de este vaso votivo.

Si nos fijamos en el conjunto de la figura veremos que, aunque su cara tenga tendencias de ser humana, puede a la vez tomarse por una cara animal, y el artista sin duda ha querido personificar a tal animal como lo hace frecuentemente dada su tendencia de volver antropomorfos los animales que venera, como puede citarse más de un ejemplo de ello. Por eso, para mí, la figura en conjunto es un sapo o una rana, como salta a primera vista y parece confirmarlo el hecho de aparecer el animal sentado sobre las patas

Fig. 96. — Tamaño natural

Fig. 97. — 1/6 tamaño natural

traseras, lo abultado del su vientre, los brazos largos y delgados lo mismo que la forma de las manos. El hecho de llevarse las manos a la boca significa que sufre de sed la familia que ha trabajado este vaso, y que lo que se demanda del fetiche es agua, ya que nos damos con una vasija para contenerla.

Para que se vea con cuanto fundamento emito esta opinión, reproduzco una figura zoomorfa muy semejante a la que me ocupa, y que no puede dudarse que representa un sapo o rana, como lo reconoce Ambrosetti mismo en otro lugar (1), no obstante que el cuerpo del animal afecta humanas formas (fig. 96). Este último fetiche encuéntrase en la misma actitud que el anterior, sentado sobre las patas traseras, también cortas en este caso y saliendo para adelante, el vientre es abultado, los brazos son largos y delgados y la mano humana de cuatro dedos es llevada a la cara, esta vez colocada al parecer sobre las orejas. Como este fetiche no es un vaso sino

(1) Número XI, página 78.

un objeto macizo, el artista ha suplido esta falta, calando en medio del vientre un agujero circular y profundo, en el que, como en el vaso, se echaría líquido o la ofrenda, o como dice Ambrosetti, «su objeto o ha sido el de llenarlo con partículas de ofrenda, o el de encajarle un palo para colocarlo en cualquier parte», siendo para mí más verosímil lo primero, pues que a esta imagen que representa a un animal del agua, agua se demandaría, y este líquido, durante la ceremonia del voto se echaría en el agujero ventral, mucho más cuando el objeto ha sido trabajado con la cara posterior plana, para ser colocado horizontalmente.

De todos modos, el objeto que me ocupa no hay duda de que es un vaso votivo, sea cual fuere el destino diario que se le diere.

El vaso de la figura 97 es propiamente un *yuro* o botellón, y representa una persona sentada, a fin de que el objeto pudiera tenerse parado con los líquidos de las ofrendas.

Este curioso objeto de barro, con adornos pintados de blanco, fué encontrado en Belén (Catamarca). Debe representar algún *guauque* o dios personal, el que vese que era objeto de veneración por los agujeritos de sus orejas, sus narices y su barba, en los cuales los indios, según Lafone Quevedo, colocaban supersticiosamente sus ofrendas de palillos u otros objetos, seguramente pendientes de las orejas o cruzaban por los mismos cintas o hilos de diversos colores, adornando de este modo la cara del ídolo. De los pequeños ojos de la figura caen líneas de puntos, o lágrimas, como las del Dios-sol de Tiahuanaco, «alusión a la lluvia fecundante», según Wiener (1). El ídolo viste un traje de colores y de muchos labores, y, contrariamente a lo que piensa Ambrosetti (2), creo que es femenino, porque el traje no impide que se vean las mamas salientes en el pecho. Como en muchos otros casos, las cejas en la cara son grandes arcos, los que juntándose forman la nariz, y en su boca abierta están visibles sus dientes; sus brazos son cortos y dóblanse para apoyar las manos en ambos costados del cuerpo; sus piernas gruesas y desproporcionadas terminan en simples muñones, en vez de pies.

Con las lágrimas y líneas que caen de los ojos y por ser el objeto un botellón, para contener agua, éste fetiche seguramente tendría la virtud de hacer llover.

El objeto de la figura 98, encontrado en Molinos (Salta), aunque no tan interesante como el anterior, debe responder a los mismos objetos por las lágrimas que caen de sus ojos abiertos. Es de color gris. A ambos lados de su cara regular caen dos apéndices, que vese que son las trenzas de su cabeza que sirve de boca al vaso. El cuerpo apenas aparece formado por las paredes del vaso, sus brazos están doblados sobre el pecho, en el propósito de que sirvan de manijas para levantar el yuro. Una ancha faja labrada con

(1) *Pérou et Bolivie*, página 703.
(2) Página 51, sobre la figura 28.

paralelogramos y triángulos alternados, fortalece a la mitad del cuerpo. La figura está sentada, para que el vaso pueda estar parado, y sus pies aparecen indicados por ligeras protuberancias.

El objeto de la figura 99 es un vaso color plomo, de barro perfectamente amasado y cocido, al cual el artista ha dado formas humanas.

Seguramente es de la misma significación que los vasos votivos anteriores, por sus formas y líneas que caen de sus ojos, y como tal lo tengo clasificado en mi colección. En la cara de este ídolo pueden notarse los nudos de trenzas que ocupan el lugar de sus orejas; su boca está muy distante de su nariz, y la mano derecha abierta vese cerca de aquella, mientras que la otra mano descansa sobre el pecho, bajo una de las mamas, figuradas con círculos grabados en el barro, con punto central, sobre una protuberancia en

Fig. 98. — 1/2 tamaño natural. Molinos

Fig. 99. — 1/2 tamaño natural
Andalgualá. Colec. Quiroga

relieve. Los pies están ligeramente formados, siendo plana la base del objeto, siempre para que pueda ser parado. No es sólo para demandar lluvia a las divinidades a lo que se refiere los vasos votivos antropomorfos de Calchaquí, sino que vese que hay otros alusivos a votos de otros géneros.

Encuéntranse también vasos que afectan una forma esferoidal, cabalmente en la parte del vientre correspondiente a la figura de la persona, por lo que, con tanta razón Ambrosetti ha creído ver en ellos amuletos o exvotos para el buen parto.

«Entre los innumerables objetos que nos es dado estudiar, escribe este americanista (1), se hallan algunas figuras femeninas tan originales y que presentan tales caracteres de maternidad que nos obligan a considerarlas o como amuletos que se usaban para tener partos felices, o como exvotos que se colocaban en los sepulcros para implorar la protección de ultratumba en los difíciles trances de las parturientas.

(1) *Ob. cit.*, número III, páginas 27 y 28.

« Esto no tendría nada de particular, puesto que entre las mujeres del valle Calchaquí, como entre las demás indias, sobre todo en las primerizas la muerte debió cernirse a menudo como una terrible amenaza dada las condiciones en que vivían y lo anticipado de las nupcias, tan común entre los pueblos salvajes.

« Además, el difícil y doloroso momento de la maternidad, con sus agudos sufrimientos, basta por sí solo para que las indias tratasen de precaverse a su manera, por medio de estos exvotos y amuletos.

« En el número de los primeros debemos incluir los vasos antropomorfos de figuras femeninas, y a los segundos debemos referir los fetiches de piedra. »

Fig. 100. — 1/2 tamaño natural

A este propósito debemos indiscutiblemente referir el vaso de la figura 100, con su boca en la parte súperoposterior.

Este objeto, perteneciente a la colección del Instituto geográfico, fué encontrado en el valle de Lerma, departamento de la Viña.

Representa, sin duda alguna, a una mujer embarazada, por un cuerpo esferoidal, hueco en su interior, y el hecho de llevarse las manos, con dedos bien abiertos, al pecho.

Es muy curioso el peinado de esta figura. Un surco profundo divide el cabello, el que cae en dos largos bucles sobre los hombros de aquellas.

La figura presenta un rastro de pies, para que el objeto se parase, que ha desaparecido.

A Ambrosetti llamó justamente la atención la colocación de las manos en el vientre, con sus dedos extendidos y abiertos, escribiendo sobre el particular (1) : « Este dato no deja de tener su importancia, porque indicaría

(1) Página 29.

que la muerta a quien el objeto era dedicado, había fallecido embarazada o a consecuencia del parto, o que a ella se le pedía fuera propicia por lo mismo, a las vivas en iguales condiciones. Porque hay que tener en cuenta en cuanto a la representación de los objetos fúnebres o votivos, los indios sólo se guiaban por dos criterios : ya la representación del muerto mismo, o de algunas de las escenas o causas de su muerte, o ya un pedido a los mismos, un exvoto anticipado, de conformidad a la creencia que ellos tenían sobre su poder benéfico *post mortem*, considerándolo como genios tutelares de los vivos. »

Todas estas ideas quedan corroboradas con los datos que he recogido del folklore, según las cuales hasta hoy se hacen votos por los buenos partos a la Madre Tierra, por que este es el genio por excelencia de la fecundidad y de la generación ; que con los amuletos para el buen parto, una propiciada, dirigiéndose a los fetiches, se los pasa por el vientre desnudo de la mujer

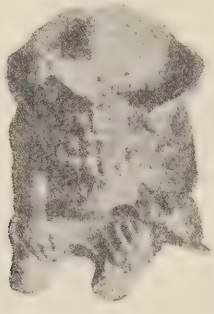


Fig. 101. — Vaso votivo Molinos (Salta). $^1/_2$ tamaño natural.

encinta, de arriba abajo y viceversa, « para que afloje la creatura » y que con tales ceremonias el parto es seguro, pronto y con pocos dolores.

El vaso de la figura 101 seguramente servía para propiciar la maternidad y la crianza de los recién nacidos.

A este curioso fetiche, que aparece sentado, cargando un niño de extrañas formas, con su cuello adornado por triples hileras de collares, demandaríase, por ejemplo, que la madre de los recién nacidos tuviese leche para alimentarlos, que éstos se criasen sanos y salvos, que no tuvieren contratiempos en la dentición, etc.

Es de advertir que la mortandad de niños en Calchaquí sin duda sería grande, por la manera salvaje de criarlos, pues que hasta hoy las gentes de los valles alimentan a las criaturas con toda clase de comidas, como a los niños de cuatro años en adelante, porque creen que de otro modo crecerán débiles o enfermarán más tarde del estómago, cuando usen de los alimentos.

Encuéntranse, finalmente, pequeños vasos en los cuales sólo se ha dado forma a la cabeza humana, como la de las figuras 102 y 103.

El primero de estos vasos es de Tolombón (Salta), y la expresión del rostro aparece ser cadavérica, pues lleva los ojos cerrados y boca, de labios contraídos, enseñando dos hileras de dientes. Lo mismo sucede con el vaso de la figura 103, reproducido de perfil.

Ambrosetti cree que la cabeza « quisiera representar la imagen de algún trofeo de guerra grato al muerto a quien era dedicado; por ejemplo, la cabeza de algún poderoso enemigo a quien hubiera privado de la vida en cualquier combate, y cuyo cráneo más de una vez ostentara como el justo título de su gloria militar » (1).

Ambrosetti se inclina a ver ídolos funerarios en estas representaciones, y aunque ellos indiscutiblemente existieron, la mayor parte deben atribuirse a dioses personales, guauques, pururancas y conopas, los que no es difícil de clasificar.

En el caso actual yo no sé con qué propósito se diera forma de vaso a la cabeza que cortó el guerrero enterrado, a más de que estos objetos no siem-

Fig. 102

Fig. 103

pre se encuentran en los sepulcros, sino en las ruinas de los antiguos pueblos. Para mí más bien estas cabezas son *cacllas* o dioses rostros, que probablemente representan las cabezas cortadas en los sacrificios en demanda de lluvia, y las que, por lo mismo, se volvían cosas sagradas. Los vasos en cuestión, en tal caso, recordarían los horrores del sacrificio y cada vez que se produjera la seca, lo que es tan frecuente en los valles, se ofrecerían a los dioses estas figuras, que representan las cabezas cortadas, llenándoselas de líquido para efectuar las libaciones, si es que aquellas mismas no se convirtieran en verdaderos fetiches con la virtud de producir el cambio atmosférico objeto del voto, lo que es más probable. Remítome, sobre el particular, a lo que en esta obra escribo sobre tales *cacllas* o « dioses rostro ».

Veamos ahora algunos ejemplares de vasos zoomorfos y ornitomorfos.

El objeto reproducido en la figura 104 es muy interesante, pues es un vaso fino de barro, negro lustroso, perfectamente trabajado. Fué hallado en San Carlos.

Representa, indudablemente, un felino en actitud de reposo, con sus ojos

(1) Página 54.

a medio abrir, echado en el suelo, con sus manos cruzadas. Los circulillos que ofrece en el lomo, caderas y parte de las costillas, sin duda representan las manchas del cuero del tigre.

Con este vaso, sin duda, se propiciaría a *uturuncu*, animal temido, también venerado a causa del poder de sus garras, por lo que generalmente, más bien se le conjuraría, invocándose a otra divinidad superior que sería objeto de libaciones, a fin de que éste reposase tranquilo e inofensivo, sin dañar a las majadas y rebaños, a las que tan frecuentemente asalta en nuestras montañas, al grado de concluirlas, exterminándolas.

El vaso de la figura 105 fué encontrado en la Viña, y forma parte de la colección del Instituto geográfico argentino.

Representa un animal fantástico, que tiene aspecto como de esfinge. Su cuerpo es grueso y ancho. Sobre el dorso del animal hase pintado un curioso dibujo que comienza con dos series dentadas y concluye cerca de la cola, con líneas quebradas entre sí. Carece casi completamente de cabeza,

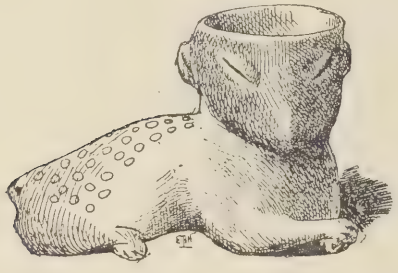


Fig. 104. — $^1/_2$ Tamaño natural. Colec. Zavaleta

Fig. 105. — $^1/_4$ tamaño natural

indicándose su cara por una nariz saliente y dos pequeños ojos contiguos a la misma. El animal, con rabo en lugar de cola, está echado de barriga, apareciendo delante sus patas cortas terminadas en muñones. El color del animal es rojizo, con pinturas blancas.

No obstante que las facciones de este animal son humanas, sus formas, cuerpo y patas son de mamífero.

Quién sabe si este objeto no representa alguno de esos animales míticos, mitad hombre y mitad animal, o a algún hombre que se transforma en bestia, como creen los pueblos fetiquistas, los que no hacen diferencias entre el alma humana y el alma de los otros seres animados. Puede también que represente al animal generador de la familia o la tribu, en lo que el indígena cree, por lo cual su *totem* suele ser un símbolo animal, generalmente de un cuadrúpedo o de un ave. Los peruanos, dice Rialle (1), no sólo creían descender de una montaña, de un río o de una fuente, sino también de un jaguar, de un puma o de un águila, etc.

De vasos ornitomorfos, o en forma de aves, pueden citarse hermosos

(1) *Mythologie comparée*, capítulo V, página 65.

ejemplares de Belén, Tinogasta, Ambato y valle de Santa María, menos frecuentes en esta última región.

Los indios tinogasteños y abaucanes especialmente, daban forma de aves a sus yuros y vasijas. Estas aves figuradas son, frecuentemente, perdices o *yutas*, patos, loros y cóndores, de los que recogí algunas en el Puesto San José y Fiambala, dando noticias de ellos (1).

La boca de los vasos, siempre circular, suele aparecer abierta en el dorso del cuerpo del animal, todo hueco, o en la beza de aquél, haciendo en tal caso de cuello del ave el gollete del yuro.

El vaso de la figura 106 fué recogido para la colección del Instituto geográfico en el distrito de Seclantas, departamento de Molinos (Salta). Representa un pato.

Las paredes del vaso son muy delgadas, y como el objeto es hueco, puede boyar en el agua. En la cabeza están indicados el pico, con su ligera cresta córnea, las fosas nasales, los ojos y oídos del ave. Las aletas y la cola están apenas indicadas por tubérculos anchos, chatos y salientes, sirviendo aquéllas para tomar el objeto.

Fig. 106. — 1/5 tamaño

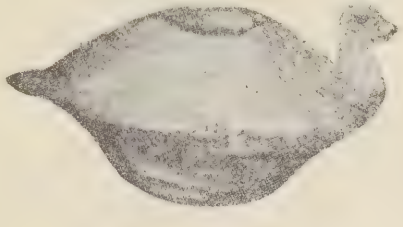


Fig. 107. — 1/2 tamaño natural

El objeto de la figura 107 fué encontrado en el mismo punto.

Representa el mismo animal, aunque en este caso su cuello doblado, su cabeza saliendo con naturalidad, la forma de su pecho y su cola de mayores dimensiones, se ha trabajado el objeto con mayor parecido al original.

« No deja de llamar la atención, escribe Ambrosetti sobre estos vasos (2), la propiedad que tienen de boyar en el agua, junto a la actitud de nadar en que han sido modeladas las formas animales que representan.

« Esto que hablo una vez más en favor del espíritu de observación de los indios, al dar a sus obras de animales una actitud propia, no deja de intrigar, y no es difícil que en este caso, dado su pequeño tamaño, no fueran sino juguetes que las madres, en los momentos de ocio, confeccionaban para solaz de sus criaturas. »

Yo no lo creo así, porque para confeccionar estas obras se requieren arte, tiempo y paciencia. Lo probable es que estos animales fuesen echados a

(1) Adán Quiroga, *Excursiones por Pomán y Tinogasta,* en *Boletín del Instituto geográfico argentino,* tomo XVII, cuadernos 10 a 12, 1897.

(2) *Op. cit.*, número IX, página 63.

boyar en las lagunas o arroyos en el propósito de pedir a algún Llastay, dueño de las aves de agua, que éstas frecuentasen más las lagunas o arroyos para darles caza, sirviéndose de su carne para alimento, de su cabeza para alguna ceremonia y de sus mejores plumas para adorno.

Cuando el objeto representa un cóndor, la conclusión de que los vasos servirían para propiciarles es indudable, toda vez que el cóndor da la salud y la larga vida.

Cosa rara es que hasta hoy no se haya encontrado un solo ejemplar con las formas del surí, motivo de tanta veneración, sin duda por las dificultades estéticas de poder representar su largo cuello, grandes alas y patas desmesuradas, aunque es verdad que suele aparecer pintado en las urnas, pucos y otros objetos, como uno de los símbolos funerarios más frecuentes. En el capítulo sobre el cóndor, se reproducen hermosos ejemplares de vasos que lo representan con el largo cuello, golilla y pico corvo y rapaz.

En los morteros de piedra abundan las figuras antropomorfas o zoomorfas, labradas de relieve en su superficie, generalmente cerca de su concavidad. Es común también encontrar morteros y grandes conamas con formas de personas o de animales, sobre cuyo vientre o dorso se ha calado el agujero para las moliendas, para lo cual comenzaríase por escogerse la piedra a labrarse, a fin de ahorrar el trabajo del cincel, aprovechando el material que la casualidad ofrece; la forma de las piedras decidiría de la forma que al objeto debiera darse.

En el labrado de los morteros puede admirarse la paciencia del indio, mucho más cuando para ello no elige, por cierto, la arenisca u otro material poco consistente, toda vez que el mortero será golpeado con la tosca y pesada mano, también de piedra y excepcionalmente de madera. Poseemos datos ciertos de que el mortero era objeto de culto de parte del calchaquí. Y este culto es perfectamente explicable si tenemos en cuenta la trascendencia de la molienda en la vida de la familia, siendo natural que el acto propiciatorio a Pachamama y otras divinidades refiérase a que éstas suministren al indio qué moler, como lo insinúa con claridad una figura humana grabada en la Gruta de Chiquimi, de vientre abultado, con un mortero profundo calado en el lugar correspondiente a la vulva de la mujer, levantando sus brazos y manos de dedos abiertos en actitud suplicante. El mortero es venerado hasta hoy en todo Calchaquí, y pronúnciase también su invocación especial para moler, la que debe referirse a la idea fálica, de la fecundación de la tierra que da los granos, por los motivos que se exponen en el capítulo sobre el falo y su culto, en el cual se reproduce el muy interesante morterillo de la figura , de forma cuadrangular, con cuatro figurillas humanas en estado de preñez, enseñando sus respectivas naturas, una en cada esquina del objeto.

Ambrosetti piensa, con mucha razón, que gran parte de los morteros estarían destinados para ceremonias del ritual fetiquista. « Como en aquella región, escribe, son muy abundantes los morteros lisos que pudieran

servir para el uso doméstico, nos es dado sospechar que el objeto de éstos ha sido moler algunas yerbas o substancias (medicamentos quizá) que tenían algo que ver con el ritual fetiquista » (1).

Poseo de San Pedro (Capayán) un gran mortero antropomorfo, de 0^m74 de largo por 0^m25 de ancho. El artista ha elegido una gran piedra común y ha labrado la cara redonda de un hombre, con dos pequeñas caladuras por ojos, luego su cuello, muy corto, del cual se desprende una cuba que es el mortero, y que ocupa toda la extensión del pecho al vientre, de modo que del otro costado del mortero se desprenden las piernas, separadas por una caladura que atraviesa toda la piedra. De los hombros de la figura salen sus brazos, que forman los bordes salientes del mortero.

En los morteros suelen labrarse serpientes en relieve, *humucutis* e *higuanas*, con sus cabezas ocupando los bordes superiores del mortero o di-

Fig. 108. — 1/4 tamaño natural. Colec. Quiroga

Fig. 109. — 1/2 tamaño natural

rigiéndose a la caladura del mismo, como si quisieran catar o gustar las cosas que se muelen. Estos reptiles responden al culto ofiolátrico de la lluvia, para que las cosechas sean pingües, y por lo mismo, las moliendas abundantes.

Lo que me ha llamado mucho la atención en numerosos ejemplares de morteros zoomorfos, es ver al tigre o *uturunco* labrado en ellos en alto relieve, o aprovechando el material para darles formas completas.

Ofrezco tres curiosos ejemplares de estos morteros (fig. 108, 109 y 110), el primero y el último pertenecientes a mi colección.

El mortero de la figura 108 ha sido tallado con mucho arte en una piedra dura, color rojo, con la superficie interior y exterior perfectamente alisada. La caladura del mortero casi circular es profunda. La figura del tigre con la cabeza saliente, sus cuatro patas y la cola ligeramente labrada, es completa. No obstante la poca acentuación dada por el cincel, las orejas, ojos, nariz y boca se destacan distintivamente. Las patas son

(1) *Op. cit.*, número XIII, página 95.

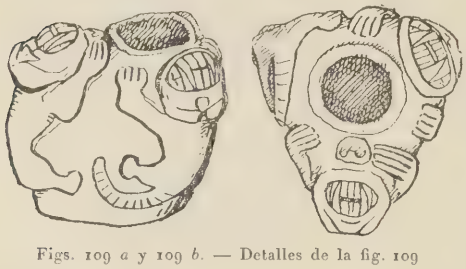
cortas y planas en su extremidad para que el mortero pueda tenerse siempre de pie. Sobre el dorso del animal se ha calado la concavidad del mortero. Fué encontrado en Colalao del Valle.

En la figura 109, los monstruos esculpidos en actitud de trepar a la boca del mortero, no hay duda que son tigres, si se tiene en cuenta lo formidable de su dentadura, con sus cuatro caninos y sus molares. Los tigres que adornan el mortero son tres, siendo éste prismático y de base triangular. El tercero de los tigres, al revés de los otros dos, aparece descendiendo de la boca a la base.

En las figuras 109 *a* y *b* se dan las reproducciones diagramáticas de tan curioso mortero visto de lado y de arriba.

Este objeto, de admirables labores, perteneciente a la colección de Lafone Quevedo, fué encontrado en Paclín (valle de Catamarca). Como obra de arte en la piedra difícilmente tiene rival.

El mortero de la figura 110 se ha reproducido volcado, a fin de presentar el felino que aparece montado sobre el mismo. El ejemplar es menos



Figs. 109 *a* y 109 *b*. — Detalles de la fig. 109

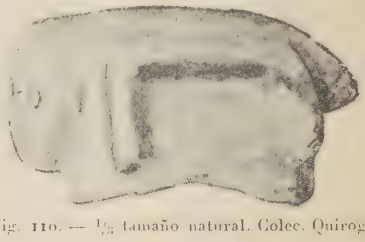


Fig. 110. — 1/3 tamaño natural. Colec. Quiroga

interesante que los anteriores, enseñando su cara de monstruo superficialmente grabada, con indicación de su boca y nariz. Su cuerpo, patas y cola aparecen de relieve.

El objeto fué encontrado en Amaicha. Ahora es el caso de preguntar: ¿por qué en estos ejemplares, como en otros más, figuran tigres en los morteros? ¿Qué relaciones pueden existir entre este carnívoro y el útil para las moliendas? Yo no lo sé; pero cuando el indio se ha esforzado con una llamativa repetición, en labrar tigres en sus morteros, su razón mitológica debiera tener, como en todos los otros casos. Yo he oído sólo referir que las personas que se transforman en tigres, convirtiéndose en *uturuncos* u hombre-tigres, se revolcaban en un cuero de esta fiera, muchas veces cerca del mortero, colocado siempre debajo del algarrobo, del chañar o del mistol; pero semejante hecho no debe tomarse como una causa sino como un efecto. Para mí, estas representaciones de tigres en los morteros sólo pueden tener una explicación, ligada con la abundancia demandada de las cosechas en cambio de los daños del felino en las majadas. En estos morteros, en el acto de triturarse los granos, se diría, por ejemplo, a la Madre Tierra: Ya que uturunco nos devora las llamas y los guanacos

con cuya carne nos alimentamos y con cuya lana vestimos, danos, en cambio, pingües cosechas de maíz para nuestro sustento; danos granos que moler. Pero declaro que no me ha sido posible comprobar esta suposición mía, pues a cuantos he interrogado no han sabido contestarme por qué figuran tigres en los morteros, limitándose a contarme los terribles daños del tigre uturunco en las montañas, al cual se conjura, y al que los criadores se empeñan vanamente en dar caza para matarlo, pues que ellos mismos están expuestos a ser víctimas de sus terribles garras. Ni siquiera hemos podido conseguir aún las invocaciones en las moliendas, las que pudieran revelarnos algo de un culto fetiquista al mortero, que aún perdura en los valles, creyéndose que éste tiene acción para muchas cosas, entre otras para curar las enfermedades de los ojos, habiendo yo mismo, cuando niño, acudido al « señor mortero » en demanda de alivio.

Fig. 111. — 1/3 tamaño natural Cachi

Fig. 112. — Tamaño natural Vinccina. Colec. Ambrosetti.

La mano de piedra del mortero, que hacía de miembro viril cuando golpeaban el agujero del mismo, que era la natura femenino, fué también motivo de un culto fetiquista.

El objeto de la figura 111 es una mano de mortero antropomorfo, de la colección Capobianco, en Salta, que Ambrosetti reproduce en su obra. Es de pórfido, y representa a un personaje con un bonete cónico o fálico, en la cabeza, separado del rostro con una vincha con adorno, sus ojos se han grabado con alguna profundidad, y la nariz corta, siendo su boca de dimensiones exageradas, tanto, que ocupa casi todo lo ancho de la cara, bien abierta, en actitud de gritar. Los brazos doblados, de relieve, caen al vientre. El resto del cuerpo es la parte inferior de la mano, con la cual se golpea en el mortero.

« Salta a la vista, escribe el americanista antes citado (1), que estos ob-

(1) Ambrosetti, *op. cit.*, número XXVIII, página 223.

jetos no debieron de ser de uso común, y es fácil que hayan pertenecido a algún médico, que se sirvió de ellos para fabricar los productos de su farmacopea fetiquista. »

Lafone Quevedo posee otra mano semejante, que tiene el bonete con varias líneas grabadas, como si se hubiera querido representar un tocado especial.

Ambrosetti, a vuelta de página, ofrécenos un otro objeto de piedra de Vinchina, muy curioso, según él « de uso desconocido », que yo creo que es también una pequeña mano de mortero, con cuya base se golpeaba (fig. 112).

Este americanista describe así tan interesante objeto : « Nos muestra, dice, una persona que sentada, desnuda y de cuerpo entero, en una posición de dolor o de meditación. Esculpido con cuidado, de todos lados, hállase con los codos apoyados sobre las rodillas, y las manos agarrando

Fig. 113. — 1/3 tamaño natural. Colec. Boman.

Fig. 114. — 1/2 tamaño natural Colec. Quiroga

la cabeza, dejando en medio de ella la línea de separación del pelo. Los órganos genitales masculinos, completos, están muy bien y prolijamente representados lo mismo que una cantidad de otros pequeños detalles de la anatomía de esta curiosa escultura » (1).

En el capítulo respectivo sobre las hachas de piedra y bronce, demuestran que el hacha suele ser en muchas ocasiones insignias de la autoridad militar o instrumentos del culto en las ceremonias religiosas o en los sacrificios humanos, en cuyo caso el filo del hacha es sagrado.

En una hacha de cobre publicada en los *Anales del Museo de La Plata*, vese grabada sobre la plancha del metal un caijlle o dios imagen.

Es generalmente en el cabo de las hachas de piedra que se labran figuras zoomorfas o antropomorfas, correspondiendo aquel a la cabeza y el resto del instrumento al cuerpo.

Las dos pequeñas hachas de piedra de las figuras 113 y 114 son curio-

(1) Página 224, sobre la figura 243.

sos ejemplares de estos objetos con caras humanas y animales labrados en su cabeza.

El hacha de la figura 113 es de los Angeles (Capayán). Dos surcos separan la parte superior de la inferior del hacha, teniendo la primera la forma de una cabeza, que el artista ha aprovechado para labrar en ella la cara, con una línea en forma de óvalo, trazándose con otras líneas en forma de número 9, el de la derecha invertido, los ojos y la nariz; dos trazos, uno más corto que otro indican la boca y la barba.

El hacha de la figura 114 fué encontrada en Santa María, y pertenece a mi colección. Es de un material blanco, con vetas negras, que el artista ha aprovechado inmediatamente para las manchas del rostro y parte de cuerpo del extraño animal que se ha propuesto representar. Unos cuantos golpes de cincel han dado forma a la cara monstruosa, con sus orejas, agujeros nasales y boca.

Estas pequeñas hachas indudablemente que no fueron utilizadas, por su tamaño, en las moliendas, y deben representar curiosos ejemplares de esos abundantes fetiches de piedra, a los que se propiciaría machacando con ellas algunas hierbas sagradas en piedras planas o morterillos del culto.

El uso de pipas para fumar es, para mí, un hecho en Calchaquí, por más que tal uso de la pipa o del acto de fumar entre los indios de Sud América sea negado por distinguidos americanistas (1).

En mi colección poseo varias pipas usadas por nuestros indios, de barro y de esteatita, en cuyos respectivos fogones vense aún los rastros visibles dejados por el fuego. El fogón de estas pipas suele a veces ser aprovechado para figurarse una cara, humana o animal, de modo que también cabe distinguir las pipas en antropomorfas y zoomorfas.

En Tinagasta conseguí dos grandes pipas de barro idénticas, con caras humanas pintarrajeadas, de ojos sesgados, boca pequeña, nariz aguileña, y grandes y planas orejas con su agujero para pendientes, lanas de colores o palitos.

En la pipa de la figura 115, el fogón representa la cabeza de un animal monstruoso de largo hocico, grandes colmillos de puerco, saliendo de su boca abierta, con ojos Imaymana.

Yo no creo que esta cabeza monstruosa sea un simple adorno de la pipa, pues bien sabido es que el calchaquí santificaba sus vicios. Hasta en los simples torteros para el hilado o *mayunas* de barro o piedra encuéntranse grabadas figuras o símbolos del lenguaje religioso del indio. Es verdad

(1) Tschudi, refiriéndose a ejemplares de pipa reproducidos por Birchow *(Alterthumern und einen del Calchaquí,* etc., t. XVI del *Zeistschrift Ethnologie*, pág. 338-1884), dice que a los zucas les era desconocido el uso del tabaco para fumar. El doctor Ihering *(Civil prehist del Brazil Meridional,* en *Revista del Museo paulista,* t. I). niega a los indios de Sud América el uso de la pipa en la época precolombina.

Ambrosetti *(Notas de arqueología calchaquí,* n° XXIX, pág. 226 a 230) rebate ventajosamente estas opiniones.

que, como quedó establecido cuando me ocupé de la invocación para hilar, el huso convertíase en fetiche, al que se pedía que no fuese rebelde al girar y que no agarrase la mano de la hilandera.

El tortero de la figura 116 pertenece a la colección Ambrosetti y fué encontrado en Anconquija. Es de piedra plana, color chocolate. Sus labores son muy interesantes. Una guarda griega doble adorna la circunferencia del objeto, llena de simétricas caladuras; haciendo centro en el agujero de en medio, destinado a pasar por él el palo del huso, se ha trazado un círculo interior, dentro del cual vense dos carillas humanas, una debajo de la otra, que se están mirando, con adorno en los espacios laterales que

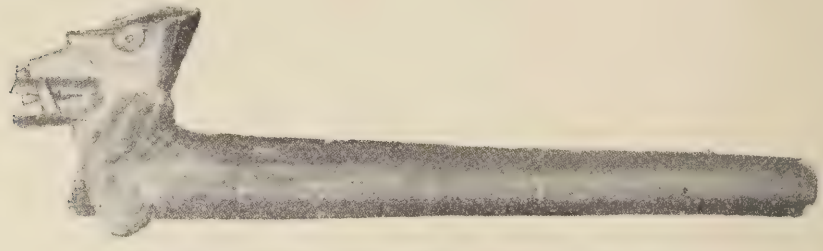


Fig. 115. — $\frac{1}{3}$ tamaño natural, Amaicha (Tucuman). Colec. Quiroga

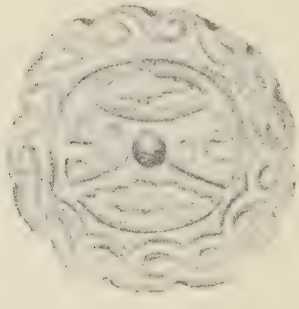


Fig. 116. — Tamaño natural

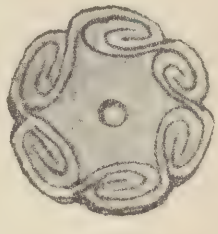


Fig. 116 *a*. — Tamaño natural

dejan. El objeto con estas carillas se vuelve un *caclla* o dios rostro. Estas caras deben representar la personificación del huso, al cual una idea fetiquista anima.

En la muyuna de la figura 116 *a*, el artista hase limitado, simplificando quizá los simbolismos del objeto anterior, a reproducir sólo la greca en el contorno de sus bordes. Este tortero es de barro rojo, perfectamente cocido, y pertenece a mi colección.

Curiosos son los pequeños torteros, también de mi colección, reproducidos en el grupo de las figuras 117, 118 y 119.

En estas tres muyunas de piedra, de tamaño natural, aparecen reproducidos símbolos que nos son conocidos, grabados en las superficies de las mismas.

En las secciones superior e inferior de la muyuna de la figura 117, divididas por un surco circular alrededor de todo el objeto, vense los mean-

dros perfectamente figurados. Sobre la sección superior y esférica de la muyuna de la figura 118, se ha calado profundamente una cruz, con el agujero en el punto en que sus brazos se cortan. En la superficie del tortero de la figura 119, también aparecen otros grabados irregulares, de figuras geométricas, con líneas de distintas dimensiones dentro de las mismas.

En los objetos de música, igualmente, cobran formas seres animados de

Fig. 117. — Tamaño natural, barro cocido Amaicha. Colec. Quiroga

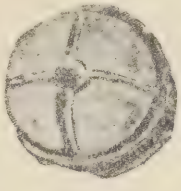


Fig. 118. — Tamaño natural, esteatita Poman. Colec. Quiroga.

Fig. 119. — Tamaño natural, barro cocido Sta. María. Colec. Ouiroga.

extraños diseños como los dobles en el objeto de piedra de Capayán, los cuales se abrazan en el acto de la cópula de dos animales distintos.

Mi Idolo-tinaja, que aparece tocando un instrumento de música, es el más interesante ejemplar que puede citarse.

Y basta con lo que se deja escrito para demostrar acabadamente la gran influencia que la religión ejercía en todos los órdenes de la vida calchaquí, aparte de lo que se escribe en distintos lugares de esta obra.

LOS OJOS DE IMAYMANA — EL SEÑOR DE LA VENTANA

Un muy interesante y original trabajo del señor Lafone Quevedo (1), publicado en el *Boletín del Instituto geográfico argentino*, nos reveló por primera vez el valor simbólico del círculo, con o sin punto central, doble o sencillo, y del cuadrilátero, también doble o sencillo, que tantas veces vemos figurar en las pinturas de la alfarería y en los grabados de las piedras.

Antes que se publicara el trabajo de Lafone Quevedo, no se había fijado la atención en los adornos del cuadro de ciertos ídolos, que pasaban pura y simplemente por adornos; el círculo con punto era atribuído a una representación simbólica del sol o de los astros.

Hoy estos símbolos escritos del lenguaje sagrado de los indios aparecen tener un valor distinto del que se les atribuía; y en este capítulo voy a hacer una sucinta relación de la monografía de Lafone Quevedo, aceptando las conclusiones a que este americanista llega.

Debo prevenir que nuestros indios puede que no se hubieran dado cuenta cabal del valor simbólico del cuadrado, la ventana o la abertura, ni del círculo con punto; pero ello no importa, cuando se ve que los usaban repetidamente como los peruanos, y en las mismas condiciones que éstos. Nuestro mismo pueblo bajo venera símbolos cuya significación religiosa ignora; pero le basta saber que son símbolos sagrados, y nada más.

El señor Lafone Quevedo funda su trabajo en las *Relaciones de los ritos y leyes de los incas* de un M. S. del padre Cristóbal Molina, capellán de naturales en el Cuzco, dedicado al doctor don Sebastián de Artaun, obispo de aquella diócesis entre 1570 y 1584, lo que precisa la fecha de la relación que Markham publicó, comentándola, en 1873, en lengua inglesa (2).

Después de referir el padre Molina lo que oyó de varios sacerdotes del tiempo de Huayna Capac, Huscar Inca y Manco Inca sobre el diluvio, la creación del mundo, los aparecidos de Paccari-Taurbo y cómo vinieron

(1) *Los ojos de Imaymana y el señor de la Ventana*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XX, números 7 a 12, julio a diciembre de 1899, página 446 a 474.

(2) Clements R. Markham, *Rites and laws of the Incas*, C. B. T. R. S. Londres (Publicación de la Sociedad « Hacluyt »).

los incas a gobernar el imperio, después que el dios de Titicaca dióles las insignias del *Suntur-paucar* (cetro) y el *Champi* (masa o porra de piedra), cuenta otra fábula que corría del Creador de las cosas.

Tenía el Creador dos hijos, el uno llamado *Imaymana-Viracocha*, y el otro, *Tocapo-Viracocha*.

Este creador era llamado por los indios *Pachayachachic* (Instructor del Mundo), o *Tecsi-Viracocha* (Dios incomprensible). Después de ordenado todo por el Creador, tomó por los cerros, a ver si se cumplía lo mandado. Halló que en algunas partes lo habían desobedecido, trocando a los rebeldes en piedras, con formas de hombres y mujeres. Esto sucedió en Tiahuanaco, en Pucará y Xauxa, en Pachacámac, Cajamarca y otras partes. En estos lugares hay algunas piedras del tamaño de gigantes. Sin duda (dice el autor del M. S.), son obra de hombres de los tiempos antiguos, y la fábula se ha inventado para explicar la presencia de las piedras. Se cuenta también que en Pucará bajó fuego del cielo, y que los que escapaban al castigo se volvían piedras.

El Creador, como se dijo ya, padre de *Imaymana-Viracocha* y *Tocapo-Viracocha*, mandó a su primogénito *Imaymana-Viracocha*, que tomando por los cerros y bosques, pusiese nombre a los árboles chicos y grandes, a las flores y frutas, enseñándoles a la vez las que servían para comer o para remedio. Al otro hijo, *Tocapo-Viracocha*, lo mandó con igual encargo por el llano. Así siguieron, hasta que llegaron al mar, desde donde pasaron al cielo.

Agrega la fábula que en Tiahuanaco, cuna del género humano, se crearon también todas las aves hembras y machos ; se dispuso cómo habían de cantar y dónde habían de vivir, haciéndose otro tanto con los cuadrúpedos y reptiles, enseñándose después a los hombres cómo eran y cómo se llamaban.

La relación acaba con una advertencia : los indios, dice, creían sin lugar a duda alguna, que ni el Creador ni sus hijos eran fruto de mujer, que eran inmutables y eternos.

Hasta aquí el padre Molina.

De la relación del padre resulta que tenemos que agregar a la mitología del Perú dos nuevas divinidades : *Imaymana-Viracocha* y *Tocapo-Viracocha*, hijos, emanaciones o atributos de *Aticsi-Viracocha*, el Creador (no *Ticsi*), de modo que nos damos con una Trinidad, y que en el exordio de una de las oraciones de Molina, se llama así: *Aticç Uiracochan, caylla Uiracochan, tocapu acnupu Uiracochan*, las cuales personas de la Trinidad no se sabe si son *cari* o *uarmi*, según reza el texto, o si son varón o mujer, hembra o macho.

De este texto se desprende que el dios *Imaymana* llamábase también *Caylla* (dios entero, completo). Respecto al nombre de *Viracochas* de estas personas, establezcamos que *cocha* dice laguna, mar : pero también puede explicarse así : *co*, agua ; *cha*, partícula verbal ; *Vira*, gordura, abundan-

cia; es decir: el tema en su totalidad diría « El hacedor del agua de la fertilidad », o en otras palabras, « El dios del agua », otro Tlaloc como el de los mejicanos.

La voz *Aticçi* es un significativo que equivale a « omnipotente ». Este Aticçi es el dios, del que son emanaciones o atributos *Imaymana* y *Tocapo*. Veamos ahora si es posible identificar estas dos individualidades.

Lafone Quevedo se manifiesta sorprendido de no hallar mención de este dios *Imaymana Viracocha* en el texto del Yamqui Pachacuti, que tantas veces cito en esta obra; pero sospecha que puede estar indicado en la expresión Atay *Imaparamcapya* (1), un *huaca*, a lo que se ve, bisexual, que se decía ser *guacanque coycoylla* (i. e, hechizo de amor). Si falta empero este dios en la relación, agrega, tenemos su símbolo en la famosa lámina que la acompaña (la plancha del Yamqui): allí se ven unos círculos con otro círculo concéntrico o con puntos en el centro, y aun sin nada. El letrero que acompaña estas figuras, dice así: « Los ojos, *ymaymana ñoccaycu rapñauin* » (2).

Lo primero que debe notarse aquí es que el Yamqui Pachacuti llama « ojos » a esos círculos con punto o sin él, que también pueden reemplazar el punto con otro círculo.

Pasa Lafone Quevedo a interpretar la leyenda que acompaña a los símbolos de los *ojos*, y escribe:

« *Imaymana*, derivado verbal de una raíz, ima, cosa, etc. El *tema*, así como está, diría: Hacedero de cosas.

« Imaymana o maimana, *todas las cosas*. Ver González Holguín, o mejor, Von Tschudi.

« *Noccaycu*, plural limitado del pronombre de primera persona; *nosotros, los Runa*, o sea por construcción *de nosotros los indios;* porque naturalmente se excluía al cristiano, que sería el oyente. Este posesivo corresponde a *Rapñauin*.

« *Rapñauin*, tema compuesto de *ñaui*, ojos; y *rap* o *rac*, raíz que parece encierra un significado de brote o de hendidura.

« En su totalidad, pues, la leyenda tal como está, dice:
Los ojos de todas cosas, nuestros ojos, yemas.

« Esto equivale a la idea de gérmenes protoplásticos, y es curioso que los indios hubiesen adoptado estos discos o círculos para simbolizar tal misterio de la naturaleza.

« Fijándonos bien en la lámina (alude a la planta total del Yamqui, que reproduce), veremos que ella contiene varios nombres de divinidades con sus símbolos correspondientes, como por ejemplo: la *Pachamama* o *Camac Pacha* (así), representados por unos arkos o panes de azúcar parados adentro de un círculo al que parece que también pertenece la leyenda, *el*

(1) Jiménez de la Espada, *Tres relaciones peruanas*, página 256, etc.
(2) Ob. cit., lug. cit.

mundo o la tierra. De aquí se deduce que *Los Ojos* son también símbolo de la divinidad, y ésta no es otra que el *Imaymana* de Molina. Entonces la leyenda deberá leerse así:

« *Los Ojos, Dios Imaymana, Nuestros Ojos o Yemas Reproductivas.*

« ¡ Hermoso atributo del Dios Viracocha ! Este representa su fecundidad, su poder reproductor, la idea cosmogónica de un vaso continente con algo contenido !

« Como se ve, nos hemos dado ya cuenta del dios *Imaymana Viracocha*, atributo con su símbolo correspondiente del dios acuático, y lo que es más, hemos establecido un eslabón de la Lengua Sagrada Americana, el ideograma (fig. 120), *Rapñauin*, o sean, *Los Ojos de Imaymana.* En el texto de Molina la voz *Imaymana* califica a la otra *Uiracocha*, de suerte que como nombre equivale a nuestro El todo poderoso o El creador. Andando el tiempo quedaría el calificativo sólo como nombre de la divinidad aquella. »

Pasemos ahora a ver cómo se explica el otro atributo, emanación o hijo de *Aticçi Viracocha*, a saber: *Topaco Viracocha.*

Topaco, dice Molina que significa « El Hacedor »; pero tal como suena, el nombre aparece como si fuese un tema compuesto de *Toco*, Ventana, y *Apu*, señor, Señor de la Ventana.

En la plancha del Yamqui Pachacuti no aparece representado simbológicamente este Dios; pero, en cambio, ofrécenos unos dibujos a que él llama *Toco*, y dice que son « Ventanas » (1).

He aquí la cita del Yamqui, con las láminas que acompaña:

« Este ynga *Mancocapac* fué enemigo de los uacas... y lo venció a *Tocaycapac*, gran idólatra... Al fin los labró los indios por horden de *Mancocapac* deshaziendo la casa y deficando canterías a manera de ventana, que eran tres ventanas que significavan la cassa de sus padres, de donde descendieron, los cuales se llamavan el primero *Tampottoco;* el segundo Marasttoco; el tercero Suticttoco, que fueron de sus tíos, aguelos paternos y maternos, que son como éste » (fig. 121).

Como se ve en la figura reproducida, los árboles son el padre y la madre *(Apotambo* y *Pachamamamaachi).* Los *Toco* se representan por líneas en cuadro; y en el párrafo anterior el Yamqui hablaba de *Tocay Capac* — rey de Toca — nombre que debe tener que ver con *Tocapu Viracocha.*

De la cita de Pachacuti se desprende que los indios se consideraban como procedentes de estos *Tocos* o Ventanas. La relación de Molina nos dice que *Imaymana Viracocha* fué despachado por los cerros, mientras que *Tocapo Viracocha* fué destinado por los llanos. « Esto, a su vez, dice Lafone Quevedo, nos daría dos pistas: la una que el culto de *Imaymana* era el de los cerros, y el de *Tocapu* de las llanuras; y la otra, que ambos cultos se referían más o menos al mismo atributo, la fecundización o fertiliza-

(1) *Relación*, páginas 244 y 245.

ción de la tierra o Pachamama por el Dios del Agua, *Viracocha*, *Pachayachachi ypa Unanchan* o *Ticçi Cápac Unanchan*, etc., de la lámina. »

« Concedo, agrega, que en el caso de *Tocapu Viracocha* no se establece la identificación del Dios y su símbolo con la misma claridad que en el caso de los *Ojos Imaymana;* pero las explicaciones dadas bastan para hacernos comprender que el *Toco* o Ventana convencional es tan símbolo de éste, como los Ojos, también convencionales, lo eran de aquél. Lo único que nos falta es hallar la imagen de algún Dios en que los símbolos de *Imaymana Viracocha* y *Tocapu Viracocha* se encuentren reproducidos como atributos del mismo, y en condiciones que no dejen lugar a dudas. »

Cita al efecto el ídolo de Callo-Callo de Wiener (1), que reproduzco en la figura 122, y el cual se encuentra entre Tiahuanaco y La Paz. Este es una gran cabeza de pórfido con curiosos grabados, siendo lo importante los ojos, que no son más que dos *Imaymanas*, de los que cuelgan unos tres *Tocos*, siendo curioso que tres sean también los *tocos* que cita Pachacuti. El ídolo representará a *Aticçi Viracocha*, con los atributos de sus dos hijos por ojos, etc.

Muy superior a este ejemplar es el bajo relieve que adorna el dintel de la puerta monolítica de Tiahuanaco, también reproducido por Wiener (2), por Max Uhle y otros. Para Wiener es el Dios-Sol. Por todas partes se advierten en los grabados del ídolo los *Ojos de Imaymana* y las *Ventanas de Toco*. El pescado figurado habla de agua, las cabezas de cóndor, del aire, y los cetros que empuña la figura solar bien pueden ser rayos y centellas. «¿Quién puede dudar, dice Lafone Quevedo, que éste sea el *Aticçi Viracocha*, Dios andrógino, padre y madre a la vez de los dos hijos dioses *Imaymana Viracocha* y *Tocapu Viracocha*, deidad trina y una, que con el Sol, Trueno y Agua fecunda la tierra? »

Un tercer ejemplo puede citarse en Calchaquí en el famoso disco de Lafone Quevedo, que en otra ocasión reproduje.

En el menhir esculpido de Ambrosetti que termina con una cara humana, pueden verse alternados, sobre todo el resto del monumento, los círlos con punto y los tocos, dispuestos con verdadera elegancia artística.

Un otro ejemplar muy curioso es el ídolo que, bajo la figura 22 aparece en mi trabajo sobre el Falo en Calchaquí, ídolo andrógino de los Lules, precioso objeto de mi colección, que lleva los tocos grabados en el pecho, debajo de su cuello, o ingle de la figura fálica.

(1) *Pérou et Bolivie*. página 421.
(2) *Op. cit.*, página 703.

EL SACRIFICIO PILLA-JACICA

El padre Lozano, hablando de las costumbres de los indios del Tucumán, y especialmente de los naturales del Valle de Londres, nos habla de un género de sacrificios de animales al apuntar las mieses, y al darse los primeros frutos.

Este sacrificio, celebrado en la fiesta del *árbol*, se denominaba por los naturales *Pilla-jacica*.

He aquí la interesante cita del padre Lozano: «Para sembrar, dice, observaban solícitos el curso de algunas estrellas, a que hacían reverencia cuando aparecían, porque con su vista les parecía rendirían sus campos fruto copioso; al apuntar las mieses celebraban un género de sacrificio intitulado en su idioma *pilla-jacica*, y era salir a caza; y del primer guanaco o liebre que cogiesen, guardar la sangre, con la cual rociaban los frutos primeros, que colgados de algún algarrobo, u otro árbol, los consagraban al demonio, que se dejaba ver a veces de los hechiceros, para traer engañados por su medio a los demás» (1).

Muy breve, pero muy interesante la cita, que nos da cuenta de nuevas ceremonias para el rendimiento de las sementeras y plantaciones indígenas.

La primera parte de la cita se refiere al acto de la siembra, para lo cual reverenciaban algunas estrellas, observando su curso, a fin de que los campos rindieran copioso fruto.

Esto prueba una vez más que la luz de los astros es el principio de todas las cosas. Por otra parte, como los muertos ilustres de la tribu o la familia se convierten en genios protectores de las mismas, convirtiéndose en los lares y los penates, sin duda reverenciaban a las estrellas demandándoles su amparo y protección para las siembras, toda vez que los calchaquíes, como dice Techo (2), «suponen que las almas de los muertos se convierten *en estrellas*, que son más o menos brillantes, según aquellos en el mundo fueron de insignes por sus proezas».

Para completar la cita de Lozano, y aprovechando la oportunidad, diré

(1) *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, tomo I, capítulo XIX, página 430.

(2) *Historia de la provincia del Paraguay*, tomo II, capítulo XXIII, página 399.

que hoy mismo, en los valles calchaquíes del norte al empezar la siembra, el dueño de la labranza celebra en ellas sus fiestas propiciatorias, acompañado de sus vecinos amigos, valiéndose de las *illas*, cuyo origen es también la luz celeste. Estas illas consisten en dos pequeños toros de barro cocido, de color rojo, que sin duda representan a las yuntas de bueyes aradores. Estos toros deben tener una caladura profunda en el lomo, destinada a servir de vaso para depositar en ellas el aguardiente de las libaciones y la chicha de maíz, respectivamente. Un tercer torito de *llicta* ha de servir para coquear y hacer el acullico. Este último torito es dividido en fragmentos, haciendo el dueño de casa como que lo carnea, lo que sin duda es una reminiscencia de los viejos sacrificios de que Lozano y Techo nos dan cuenta. Cada fragmento del torito se da a cada uno de los concurrentes. Hecho el reparto del animalillo sacrificado, el dueño de casa con su séquito dirígese al lugar en que están amontonadas las espigas de maíz cuyos granos han de sembrarse, y con el aguardiente y la chicha de los toritos de barro, estas son rociadas, desparramándose a la vez sobre el montón un poco de coca, pronunciándose invocaciones propiciatorias al sol y la tierra. Concluída esta parte de la ceremonia, los hombres toman los arados, unciéndolos a los bueyes, cuyos cuernos son adornados con pañuelos de colores, ramas de sauce y flores del tiempo, dándose comienzo a la faena de surcar la tierra entre los himnos de la multitud; las mujeres, a su vez, repártense las espigas, que desgranan, para arrojar la semilla a la tierra implorada y bendecida. En seguida, y cuando la siembra ha concluído, hombres y mujeres celebran una gran merienda en casa del dueño de las labranzas, bebiendo continuamente y ofreciendo las primicias del vino y de la chicha a la madre tierra.

En las últimas regiones de los valles, en medio del terreno a sembrarse, y en una gran *huilleque* de barro, cocinan el maíz, del que, antes de ser comido hecho ya locro, levantan en dos pucos una porción, echándolo sobre la tierra y el montón de espigas. La chicha es depositada en dos pequeños yuros o vasija de boca angosta, rociándose el suelo con el líquido, operación que llaman *cospanchar*. Una vez que se ha comido el locro, el resto es depositado en medio del rastrojo, en un hoyo que se tapa, entonándose himnos a la Pachamama, y procediendo a arar y a sembrar la tierra de la manera antes descripta, con los bueyes adornados de flores y de trapos de colores vivos. Una vez concluída la fiesta de la siembra, sigue la ceremonia del *Guaipancho*, que consiste en perseguirse unos a otros, tirándose al rostro con barro de distintos colores.

Ambrosetti ha tenido la suerte de tomar de boca de los indios de los valles su invocación para sembrar, la que se pronuncia antes de dar comienzo a la siembra, al enterrarse en el centro del terreno hojas de coca y derramar aguardiente, chicha o cualquier bebida alcohólica sobre el mismo.

He aquí la invocación, que aquel americanista traduce al pie del texto quichua adulterado de la misma :

Pachamama llajtaio upaí acúlli
Sumaj uiuacucho
Pachamama santa tierra
Kusiya Kusiya
Adyita purichungo
Amatasai Kugangucho bueyes
Allí siembra tascacho
Amata inapa suceda angacho
Adyita pococho
Amataj casacho
Kusiya Kusiya.

Lo que traducido libremente significa :

Pacha mama de este lugar, bebe y acullica
Para que hagas crecer bien (la cosecha)
Pacha mama, madre de la santa tierra,
¡Seme propicia! ¡Seme propicia!
Haz que no se me cansen los bueyes
Haz que la siembra sea buena
Haz que no suceda nada malo
Haz que madure bien (la cosecha)
Haz que no sobrevengan heladas
¡Seme propicia! ¡Seme propicia! (1).

Cuando las mieses comenzaban a brotar, era, según Lozano, cuando se celebraba la *Pilla-jacica.*

Debe, sin duda alguna, hacer de capitán de la caza de los guanacos y las liebres, el dueño de las labranzas, siendo los cazadores sus vecinos amigos.

Según el texto, el primer guanaco o liebre que se encontraba era sacrificado, recogiéndose su sangre. Esa sangre debería recogerse en una chuspa, tomándose a la vez el aliento último del animal, como hasta hoy se hace en Calchaquí en tales casos. La cabeza de aquellos animales debería, asimismo, ser conducida a la ceremonia, adornada con cintas y con flechas, como se hace en la fiesta del Chiqui, la cual cabeza se levanta a los aires, saltando el *umaniyoc,* ofreciéndola al sol, entre los cantos estruendosos de las turbas. La sangre serviría, no sólo para rociar los frutos del árbol sagrado, sino también para pintarse con ella las caras los concurrentes a las fiestas.

Hablando de las bacanales en las cuales se consagraba la cabeza al sol, en demanda de *fertilidad de los campos,* el padre Techo (2) trae la siguiente muy interesante noticia : « En medio de las comilonas, escribe, los sacerdotes, hablando mucho, consagran al sol la cabeza de una cierva cubierta de flechas, pidiéndole que dé fertilidad a los campos : luego la entregan a un hechicero y éste recibe el cargo de presidir el próximo banquete. Los

(1) *Notas de Arqueología calchaquí,* número XVII, página 133.
(2) Obra citada, capítulo XXIII, página 398.

principales del pueblo celebran de continuo semejantes festines turbulentos. Los magos untan con la sangre de los animales sacrificados a los circunstantes. »

Los frutos primeros, según la cita de Lozano, eran colgados del árbol, rociándolos con la sangre de los animales sacrificados.

El árbol preferido nos hace saber que era el algarrobo o *taco*, el cual es el árbol sagrado del indio.

Hasta hoy, en las fiestas del Pucllay y del Chiqui, se cuelgan del árbol frutas, roscas de pan, *huahuas* de harina, y la cabeza de los animales sacrificados, así como cintas y otros objetos de valor. La multitud rodea el árbol con cántaros de aloja y a su sombra se hacen las libaciones, dando vueltas en torno del tronco, con las tinajas levantadas en alto, danzando a saltos y entonando los himnos propiciatorios. Las huahuas de pan, sin duda alguna, representan los antiguos sacrificios humanos, como ya lo he repetido en otro lugar. El árbol de que las cosas del sacrificio y demás objetos penden, es también objeto de culto especial. A los pies de este árbol se hace, concluída la fiesta, el entierro del Pucllay, de coca y de restos de comida.

Por lo demás, estas fiestas corresponden a la astrolatría calchaquí, pues son de origen solar, o con motivo del sol, el cual es el padre por excelencia de todo lo creado, y se celebraban más a menudo y con mayor estruendo en tiempo de seca, en demanda de lluvia. La observación solícita del culto de las estrellas, en tiempo de las siembras, de que nos habla Lozano, y las reverencias de que eran objeto cuando aparecían los astros, son datos reveladores en el sentido que acabo de indicar.

Y las primeras frutas, teñidas de sangre, agrega Lozano que « los consagraban al demonio, que se dejaba ver a veces de los hechiceros ». Los primeros frutos, como ya sabemos, eran ofrecidos como primicias a la Pachamama, los que, pasada la fiesta, serían por lo mismo descolgados del árbol sagrado y enterrados por tales hechiceras en un hoyo al pie del árbol, junto con otras ofrendas y rociada la tierra que los cubría con chicha o aloja. De esta suerte, la madre tierra gustaba, antes que nadie, de las cosas que producía, brindando en cambio pingües cosechas a quienes de tal manera la propiciaban.

SACRIFICIOS HUMANOS

La *Relación anónima* se esfuerza en negar los sacrificios humanos o, por lo menos, en atenuarlos, y así dice: que «el mayor borrón (o si se ha de decir) falso testimonio que Polo (1) dijo de los pirhuanos, fué que ellos usaban sacrificar hombres adultos y niños para diversas necesidades»; que había ley antiquísima prohibiendo los sacrificios «por ser cosa cruelísima y de caribes», y que esto mandó el gran Pirhua, primer poblador de la tierra; que los incas en sus conquistas de Ántis prohibían en absoluto los sacrificios, pues lo primero que a los indios «les mandaban», so pena de la vida, era que no la comiesen (a la carne humana), ni menos sacrificasen hombres o niños», y que así lo hizo Topa Inca Yupanqui (2), todo lo que desdice con lo aseverado de otros cronistas, inclusive su colega en las *Relaciones*, don Juan de Santa Cruz Pachacuti, quien nos relata los sacrificios instituídos por este Capac Inca Yupanqui, para la veneración de ídolos y huacas, como las hecatombes humanas del *capac hucha cocuy*, llamándose *humus* al sacrificador (3).

Era durante las grandes festividades religiosas cuando se efectuaban los grandes sacrificios, como en la que se celebraba en honor de *Capac Cocha*. El padre Molina (4) relátanos largamente esta fiesta al «Real Hacedor del Agua». Según él, las provincias de Coya-suyu, Chincha-suyu, Anti-suyu y Cunti-suyu, contribuían cada cual con uno o dos niños, como de diez años, varones o mujeres, sacados de cada linaje, que se conducían al Cuzco. Sentábase el inca en el *Huacay-Pata* (andén de los huacas), y por la plaza de la ciudad paseábanse los niños y demás sacrificios, en torno de las imágenes del Creador, del Sol, del Trueno y de la Luna, de antemano colocados allí. Repetido esto por dos veces, el inca llamaba a los sacerdotes de las provincias y les mandaba que hicieran cuatro partes de los sacrificios, una para cada provincia de las nombradas. — Tomad, decía, cada cual vuestra parte de estas ofrendas y sacrificios, y presentadlas a vuestros *huacas* principales.

(1) De *Ritibris indorum*, capítulo IX, número 3, año de 1554.

(2) Página 144.

(3) Página 259.

(4) *Rites and laws of the incas*, C. R. Markham C. B. T. R., 1873, *in fini*. Lafone Quevedo, *Los ojos de Imaymana*, etc. páginas 18 a 20, Buenos Aires, 1900.

— Entonces se estrangulaba a los niños y les enterraban en seguida junto con figuras en plata de ovejas y figuras humanas en oro. Del Cuzco pasaban los sacrificios a Salcapiña, como a una legua de distancia, donde los recibían los indios de Anta, y así hasta llegar al lugar del sacrificio, lo mismo que se hacía para las demás provincias. El Inca ofrecía estos sacrificios al empezar su reinado, para que los huacas le conservasen la salud y sus reinos en paz. No quedaba *huaca* alguna sin su respectivo sacrificio, a fin de que ninguna de ellas se irritase con el Inca, ya fuese árbol, cerro o lago. El sacrificio se celebraba comenzando por el Cuzco. El Creador de las cosas llevábase las primicias, rogando por el Inca, el sacerdote que cuidaba la imagen. Después de dar de beber y comer a los niños. se les estrangulaba; a otros arrancábanles, en vida, los corazones y, palpitantes aún, presentábanlos a los *huacas*. A unos embadurnábanles la cara con sangre, de oreja a oreja, acto que se llamaba *Pirac*. mientras que a otros ofrecían el cuerpo con sangre, enterrando los miembros en un lugar denominado *Chuqui-Cancha,* un cerro bajo, contiguo a la ciudad. En seguida los sacerdotes del Sol recibían su parte de sacrificio y entonaban su canto o himno sagrado. El *Capac-Cocha* se llamaba también *Cacha-Huaca* (1). Las ofrendas se conducían dejando el camino real, tomando camino recto hasta el lugar del sacrificio, marchando adelante los pregoneros y el pueblo, quienes clamoreaban el favor del Dios al Inca. En tiempo de guerra, cuando se conquistaba alguna nación, elegíanse los más bellos prisioneros, los que eran enviados al Cuzco para ser sacrificados al Sol.

En la fiesta anual, con motivo de la recogida del maíz, hacíanse igualmente sacrificios humanos, que Zárate (2) describe de la siguiente manera, ilustrando la página con la lámina que Ambrosetti reprodujo en sus *Notas de arqueología calchaquí* (3). Dice Zárate: «Todos los años, cuando los indios de las montañas recogían el maíz, celebraban una fiesta, plantando en el medio de una plaza dos árboles derechos y altos, como los palos de un buque, colocando sobre ellos, arriba, una figura de hombre rodeada de otras figuras adornadas con flores. Terminado esto, iban llegando por grupos o por brigadas, golpeando sus tambores y lanzando grandes gritos; después cada una de estas brigadas lanzaba hacia las figuras sus flechas, y cuando terminaban todos, los sacerdotes colocaban un ídolo al pie de los mástiles, y delante de él sacrificaban ya a un indio o a una llama, embadurnando el ídolo con la sangre de la víctima; luego después de haber examinado el corazón, las entrañas y de haber deducido a buenos o malos horóscopos, los comunicaban al pueblo, a cuya noticia la fiesta continuaba, triste o alegre, pasando todo el día bailando, bebiendo, haciendo varios juegos y

(1) Cacha, es mensajero.

(2) *Historia del descubrimiento y conquista del Perú,* tomo I, libro I, capítulo XI, edición francesa de 1742.

(3) Página 90.

representando diversos personajes con sus armas en la mano, hachas, mazas y varias otras clases.

Las Casas, en su *Historia general de Indias* (1), refiere que en los pilares *Sucanca*, o adoratorios del Sol, hacíanse igualmente humanos sacrificios. Dice así: « La forma de sacrificar en estos adoratorios era que, después de llevados los sacrificios a las otras *Guacas*, por el orden que corrían los *Ceques*, lo que sobraba se ofrecía en estos padrones, porque no estaban en el orden de los demás adoratorios, por seguir el que el Sol lleva en su curso; y cada uno acudía con el sacrificio al adoratorio de estos que caía más cerca del *Ceque* que tenía a cargo. »

Los sacrificios de adultos eran mucho menos frecuentes que los de los niños, sea porque los de éstos agradaran más a las divinidades, o porque, en tratándose de un niño indefenso, el acto de barbarie no ofrecería dificultades mayores, ya que los padres mismos los ofrecían en holocausto, y que, como refiere las Casas (2), a los tributos impuestos se añadía el de los propios hijos « que, de grado o por fuerza, eran compelidos a contribuir para matar en sus abominables sacrificios ». « Habían de ser todos estos niños, según este cronista, de nueve a diez años para abajo, y cuantos varones así se recogían, eran sacrificados; y matábanlos ahogándolos con un lazo, o dándoles garrote, y luego los enterraban; y a veces los embriagaban antes de hacerlos morir » (3).

Cuando el rey de Quito se dispuso a pelear a Topa Inca Yupanqui, ordenó sacrificios de carne humana, de niños y niñas, en los cuales « un caballero principal, por mostrarse más religioso, sacrificó a sus propios hijos ».

Las resistencias naturales opuestas a los humanos sacrificios, y la crueldad misma de estos espectáculos salvajes, hicieron, sin duda, que poco a poco desaparecieran o se hicieran menos frecuentes, pues ya hemos visto aseveraciones de que repugnaban a los incas, y por eso es que disminuyen los sacrificios de adultos y se efectúan los de niños. Con posterioridad, el sacrificio es ya de animales, en lugar de seres humanos, pereciendo el animal por el hombre, o en representación de éste, o bien figurándosele, trabajándose al efecto *huahuas* de harina o de cualquier otro material.

En lugar de inmolar al hombre, refiere la *Relación anónima* (4), « se daban tantas cabezas de ganado para que se sacrificasen, y a éstas llamaban *runa*, esto es, carnero que muere por el hombre ». Quienes efectuaban estos sacrificios llamábanse *hunus* (5). Los peruanos, en tiempo de los incas, dice Las Casas, que no hacían sacrificios humanos, y que de otro modo ofren-

(1) Tomo III, libro XIII, capítulo VI, página 327.

(2) *Op. cit.*, libro XII, capítulo XXXIV, página 274.

(3) *Op. cit.*, página 275, capítulo XXX.

(4) Giménez de la Espada, *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, páginas 145 y 146.

(5) La misma *Relación anónima*, páginas 170 y 171, explica cómo se efectuaban estos sacrificios, con detalles interesantes.

daban a sus dioses. « Las ofrendas y sacrificios que les hacían, dice, era de ovejas, de plumas pintadas, de maíz, de vino y de ropa hecha de lana de muchos colores y de todas las cosas que ellos tenían entonces por preciosas. Nunca se ha entendido que por aquellos tiempos se ofreciesen hombres » (1). En la relación de los padres agustinos encontramos una descripción de los sacrificios de animales hechos a la trinidad representada por Ataguju que, según Ambrossetti (2), « viene a servirnos admirablemente de lazo de unión entre las ceremonias idénticas entre los calchaquíes y las que hemos leído de la obra de Zárate ». Dice así esta relación (3): « Para adorar a esta falsa trinidad y mocharla, tenían grandes corrales, y éstos tenían por una parte una pared muy alta y tenían dentro unos oyos donde hincaban unos palos para hacer las fiestas, y en medio ponian un palo y revolvíanle con paja y atábanla, y el que había de sacrificar subía encima del palo, vestido de unas vestiduras blancas y mataban un *coi* (4) y ofrecían la sangre a Ataguju (5) y él comíase la carne y otros mataban ovejas y echaban la sangre al palo y comíanse la carne, que de ella no había de sobrar nada, ni de allí debían de sacar nada para las obras. Había en las paredes muchas poyatillas para guardar las reliquias que de la oveja o carnero quedaban, y de estos corrales está llena la tierra... Al pie (de los palos) echaba el mayor sacerdote gran fiurez de *azua* o *chicha* y *zaco* (zanco), que es un poco de harina de maíz revuelta en agua caliente, y de esto hacen una comida general para todas las huacas, y esto dicen que come Ataguju. Y en estos corrales hacían grandes fiestas en sus sacrificios, que duraban cinco días, y hacían grandes *taquis* (bailes) y cantos, vestidos lo mejor que podían, y hay grandes borracheras, y en todo este tiempo no dejaban de beber, unos caídos y otros levantados, y así celebraban sus desventuradas fiestas. »

Los sacrificios, dice la *Relación anónima* (6), eran de ganado doméstico, o sea de llama, *huacayhua, urcu*, guanaco y *paco*. Sacrificábase al dios de los animales, la *anta* (7) y « leones y serpientes podían matar en servicio del dios de la guerra, para sacrificarles el corazón o cabeza, También sacrificaban el *cuy* y diversos pájaros y aves ».

Los instrumentos usados en América en los sacrificios eran de silex (8). Yo creo que en nuestro Calchaquí debían ser las hachas de piedra, cuyo filo sería sagrado. A lo menos las figuras de la gruta de Carahuasi portan cabezas humanas cortadas, y van aquéllas provistas de hachas de largo mango.

(1) *De las Antiguas gentes del Perú*, capítulo XII, página 88.
(2) *Notas de arqueología calchaquí*, XII, página 91.
(3) Obra y lugar citados.
(4) *Cavia porcellus*.
(5) Zárate refiere que vió esta fiesta de Ataguju y sus dos criados, *Uvigaicho* y *Vustiqui*.
(6) Página 141.
(7) *Tapirus americanus*.
(8) Lubock, *Orígenes de la civilización*, páginas 440 y 441.

Algunas de nuestras razas acostumbraban sacrificar al vencido, y aun comerle, como lo hacían los araucanos y los guaraníes (1). En el Chaco, cuenta D'Orbigny, que al revés de los patagones y puelches, cuando muere alguno de sus indios se entregan a escenas sangrientas, mutilándose las manos e infiriéndose las mujeres, heridas graves en los brazos, piernas y seno, quedando las cicatrices indelebles en el cuerpo (2).

En Calchaquí todo está indicando a las claras que, en épocas remotas, se hacían sacrificios humanos, especialmente de párvulos, existiendo la tradición de los mismos, y viéndose representados aún en las fiestas y bacanales de origen indígena que hasta hoy se celebran en la región del oeste de Catamarca y los llamados pueblos de La Rioja, limítrofes con esta provincia.

Estos sacrificios humanos de Calchaquí aparecen como crueles ceremonias para mover a los dioses del agua, a fin de que llueva; y tenían lugar, por lo mismo, en tiempos de sequía, que es cuando se celebra por los sedientos la fiesta del Chiqui, o la fiesta « de la cabeza ». Y hay que ligar este hecho con la veneración a « la cabeza », en todo Calchaquí que, forzosamente, tiene origen en un sacrificio. Los dioses *Caclla*, o « dioses rostro », abundan, y yo poseo algunos de ellos en mi colección (3).

Que las razas diaguitas de nuestro Calchaquí hacían sacrificios humanos, es indudable, si nos atenemos a una cita aislada del padre Techo (4), en la que trata de ellos. Hablando de las tentativas de conversión de los diaguitas por el padre Romero, cuenta que les platicó por la mañana, al parecer con éxito, pero que a la tarde cambió el aspecto de las cosas, diciendo: « sea obedeciendo a las maquinaciones de los hechiceros, el hecho es que los principales del lugar se dirigieron a la casa de los padres, con igual aparato que el acostumbrado *en los sacrificios hvmanos...* »

El mismo Techo, en otro lugar (5), nos cuenta de sacrificios de animales, cuando se demanda al Sol la fertilidad de los campos. Dice el cronista: « En medio de las comilonas, los sacerdoles, hablando mucho, consagran al Sol la *cabeza de una cierva* cubierta de flechas, pidiéndole dé fertilidad a los campos; luego la entregan a un hechicero y éste recibe el cargo de presidir el próximo banquete. Los principales del pueblo celebran de continuo semejantes festines turbulentos. Los magos untan con la sangre de los *animales sacrificados* a los circunstantes. »

(1) El americanista Boggiani publica un muy interesante documento, del que resulta que fueron guaraníes los que devoraron a Solís. *Revista paraguaya*, 1900.

(2) *L'homme américain*, tomo II, página 24.

(3) Lafone Quevedo, en su *Tesoro de catamarqueñismos*, verb. *Humahuaca*, página 327, da así la etimología de la palabra: *Huaca*, ídolo; *uma*, de la cabeza. « Estos ídolos en forma de cabeza, añade, se encuentran en varias partes. *Huilla-uma*, es cabeza que profetiza. *Umalla* es amenazar con la cabeza. »

(4) *Historia de la provincia del Paraguay*, tomo I, capítulo XVII, página 272.

(5) *Op. cit.*, tomo II, capítulo XXIII, página 398.

El padre Guevara nos cuenta también de sacrificios de guanacos y llamas en los templos destinados al culto del trueno y del rayo, en el siguiente párrafo: «Los calchaquíes eran, al parecer, más supersticiosos al trueno y al rayo. Les adoraban por dioses y les tenían levantados templos y chozuelas, cuya interior circunferencia rodeaban con varas rociadas con sangre de carnero de la tierra, y las llevaban a sus casas y sembrados, prometiéndose su virtud, contraída a presencia del numen, toda felicidad y abundancia.»

Los sacrificios más comunes en nuestro Calchaquí, durante la sequía, eran, sin duda alguna, de niños, cruel ceremonia que quizás ha sido importada del Perú, si nos atenemos a lo que Las Casas refiere al respecto. «Tenemos, dice, otros sacrificios generales en los tiempos de gran necesidad, de hambre o mortandad, la cual, si era muy grande, *sacrificaban niños y niñas* inocentísimos que no tuvieron pecado alguno; y éstos sin los animales y las otras cosas, porque tales sacrificios eran más que otros copiosos, siempre más o menos, según el infortunio que ocurría, era mayor o menor» (1).

Numerosas urnas funerarias hanse encontrando en todo Calchaquí con restos de párvulos, y tales urnas son grandes vasos antropomorfos, con los cuales se demandaba agua, lo que están revelando sus pinturas y símbolos, viéndose, entre aquéllas, las dos manos que levantan en alto un vaso o taza. Muy rara vez se han encontrado adultos dentro de las tinajas. Este modo de enterrar es guaraní, sirviendo la urna de depósito de los restos, y el puco que la tapa de receptáculo del alma del muerto; pues, como dice el padre Montoya, «muchos enterraban sus muertos en unas grandes tinajas, poniendo un plato en la boca, para que en aquella concavidad estuviese más acomodada el alma» (2).

Los restos encontrados en tinajas son de niños muy pequeños, la mayor parte de las veces; y es más que posible que ellos fuesen entregados voluntariamente por las madres para su sacrificio a los dioses de la lluvia, enterrándolos vivos, y levantando luego sobre las urnas altos de tierra o *allpataucas*, como se ve en Tafí. En una preciosa urna de Andaguala se encontró una cabeza sola, lo que prueba que fué separada del cuerpo para enterrarla. En esta urna, que reproduzco (fig. 123), vese sobre el cuello, y a la derecha, pintada una figura humana, portadora de una cabeza en el hombro, y apareciendo entre sus pies una otra cabeza cortada. Yo he atribuído esta figura a algún sacrificio al Chiqui, y Ambrosetti se adhiere a esta interpretación mía (3).

En la gruta de Carahuasi aparecen guerreros, vestidos de colores, con diademas de plumas, uno de los que porta una cabeza cortada en la mano

(1) *De las antiguas gentes del Perú*, capítulo XII, página 91.

(2) *Conquista espiritual del Paraguay*, X, página 52. Cobo nos cuenta también de un inca enterrado en tinaja, tomo III, página 178.

(3) *Notas de arqueología calchaquí*. Nota a la página 115.

izquierda (fig. 124) y otro en la derecha, llevando la flecha con su arco en la izquierda (fig. 125). Estas figuras son muy insinuantes para el asunto que trato.

En Cafayate (San Isidro) hanse encontrado grandes grutas de piedra, que guardan cadáveres, las que son atribuídas a grutas de sacrificios, o de la Salamarca, tradición que perdura en Tinogasta, con motivo de la llamada «Gruta de Salamarca», cerca de la apartada población de Saujil. Probablemente la gran gruta grabada de Chiquimí, en las serranías frente a San José, en Santa María, ha sido también otro gran antro de sacrificios.

Es en las fiestas del Chiqui, el dios de la adversidad, en Pituil y otros pueblos de La Rioja, en las que se ven hasta hoy rastros evidentes de los antiguos sacrificios humanos de los valles. En esta fiesta se cuelgan del árbol *huahuas de pan*, que se ofrecen en holocausto al Chiqui, y que representan a los niños de otros tiempos. Además, las cabezas del guanaco o

Fig. 123. — Urna de Andalhuala. Colec. Quiroga.

Fig. 124

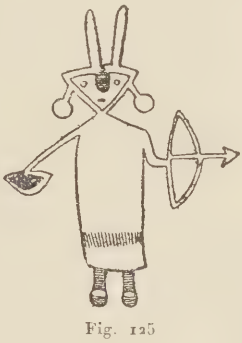


Fig. 125

de la liebre, levantadas en alto por los concurrentes, entre cantos estruendosos y salvajes, no es sino una substitución de *la cabeza*, que recibía el *umaniyoc*.

Lafone Quevedo (1), ocupándose de la etimología de esta última palabra, escribe: «El que tiene la cabeza para juego o ceremonia del Chiqui. Así contó que se celebraba la Rosa Cusillo de Sijan el 13 de diciembre de 1888. *Umaniyoc* es el que recibía la cabeza del *Huilla* o *Talca* para conservarla, y con ella iniciar la fiesta del año. A la liebre, compuesta con adornos para la fiesta la llamaban *Quistupa*... y decían los indios: Bueno ha estado el *Amigo* (Yastay), porque ya le están por hacer el gusto. La primera algarroba la hacían aloja, y en una tinajita se la ofrecían al *Amigo*.»

Estudiando este americanista el significado de la palabra *Sacha* (2), dice que es *hacha*, árbol cualquiera, y luego cuenta, en los siguientes términos, la fiesta al árbol: «Los árboles fueron siempre objeto de adoración especial,

(1) *Tesoro de catamarqueñismos*, página 327.
(2) *Tesoro de catamarqueñismos*, página 285.

y siempre con tendencias solares. En el árbol *se cuelga la víctima* hasta el día de hoy, y los habitantes de los lugares remotos no olvidan de dedicar unas gotas de sangre al sol que nace, mientras que bajo ningún pretexto matan la res al anochecer, porque de hacerlo así, iría la majada a menos. »

LA FUGA DEL ESPÍRITU

Los calchaquíes creen, cuando alguna persona se ha enfermado de síncope o de desmayo, que esto proviene de que el espíritu, o el *espírito*, como dicen, se ha salido del cuerpo del enfermo y se ha ido a vagar por todos los parajes frecuentados por él. Entonces, es necesario ir a la caza del espíritu, y volverlo a su cuerpo, para que el enfermo quede definitivamente curado. Quien se encarga de esta operación es el *machi*, médico-adivino, que posee la ciencia de las almas y sabe los secretos de los hombres y las cosas.

Para no quitarle su sabor local, voy a reproducir íntegra la escena ocurrida en Tolombón, en el caso de una fuga del espíritu, con todas sus patrañas.

Una persona cayó con su mula en la boca de una quebrada de Tolombón, y desmayada fué conducida a su casa. La familia, inmediatamente de colocar al paciente en cama, envía por el *machi*, quien no se hace esperar, y a quien se entera de lo ocurrido. El *machi* se retira por un momento, poniéndose a meditar en la soledad, hecho lo cual dice al dueño de casa que invite inmediatamente, para el día que designará, a todos los vecinos de la localidad, y que prepare la fiesta. El diagnóstico ha sido hecho, y el *machi* ha resuelto curarlo a *pichara;* y he aquí en lo que consiste este método de la medicina calchaquí, del que dará cuenta el siguiente diálogo:

Machi. — Ya los vecinos están invitados; el enfermo va a comenzar a delirar; preparen la chicha.

Dueño de casa. — Como ordene; ¿para qué día es la bebida y la boda?

Machi. — Para de aquí uno, dos, tres días.

Dueño de casa. — Como ordene.

(Las bebidas se preparan para el día indicado, en el que llegan a la casa del enfermo el Machi rodeado de los vecinos del pueblo).

Machi. — ¡Alabado sea!...

Dueño de casa. — Por siempre.

Machi. — Hay que curarlo a *pichara.*

Dueño de casa. — Como ordene.

Machi. — Hay que sacarle el mal que tiene desde que nació y volverle el espíritu.

Dueño de casa. — Como ordene. ¿Y qué se precisa?

Machi. — Que se traiga el ceñidor del enfermo, y se lo coloque sobre el burro de palo; lo mismo el sombrero, y un pañuelo blanco que no sepa pecar.

(Los tres objetos se colocan en el caballete en el patio; las cántaras de licor lo rodean; tráese un atado de coca. El machi hace seña a los vecinos que se acerquen.)

Machi. — Vengan a probar primero la suerte del enfermo. Ayúdenme después a traer el espíritu.

(Todos a un tiempo alzan la coca, y comienzan a gustarla.)

— ¿Qué tal está el acullico?

Vecinos. — Lindo, señor, lindo.

Dueño de casa. — ¿Y?...

Machi. — Lindo está; hay suerte: el enfermo va a sanar. ¿Y dónde fué el último golpe?

Dueño de casa. — En la abra tal, cerca del árbol tal.

Machi. — Lo veremos. Síganme.

(Todos alzan una buena cantidad de coca; llevan chicha y aguardiente, y marchan, coqueando en silencio, en dirección al abra. Llegados al lugar del suceso, siéntanse los vecinos formando círculo, y hablando en secreto.)

— El acullico — dicen — sigue lindo, señor, y dulce.

Machi. — Está bueno. Silencio. Voy a llamar al espíritu.

(El machi se levanta, y llegado al mismo punto en que cayó el paciente, después de revisar el lugar detenidamente, coloca sobre el suelo el sombrero copa abajo, tápalo con el pañuelo sin pecado, teniendo el ceñidor en la mano, y, puesto de pie, llama al espíritu, por el nombre del enfermo.)

— ¡Juan! ¡Juan! ¡Juan! (dice por tres veces). Aquí, aquí, que te venimos a llevar.

Reina un silencio profundo. El machi avanza en puntillas; luego se lanza rápido sobre el sombrero; junta en un abrir y cerrar de ojos, las puntas del pañuelo; aprieta el sombrero, lo levanta, y se lo mete bajo el brazo. La caravana, después de libar un poco el líquido de los cántaros, se pone en marcha, siguiendo al machi. Un ayudante de éste toma el ceñidor, y «lo lleva rameando el suelo», detrás de éste, en dirección a la casa del enfermo. Ya próximos a ella, todos se precipitan a la carrera, al cuarto de éste, y el machi, con toda rapidez le pone el sombrero, de modo que el pañuelo que lo tapaba quede cubriendo la cabeza del enfermo.

Machi. — ¡Juan! ¡Juan! ¡Juan! (dice entonces): ¡te has juntado con tu cuerpo! ¿Te encuentras ya bien?

Enfermo. — Sí, señor.

Machi. — Párenlo.

Dueño de casa. — Como ordene.

(Los parientes del enfermo lo paran, lo visten, le atan el ceñidor con que se vino rameando el suelo; luego le acuestan de espaldas, y el machi se acerca y le pone ambas manos sobre el pecho).

Machi. — Juan, ¿estáis sano? Juan, ¿estáis sano? Juan, ¿estáis sano? — grita con voz alta.

Enfermo. — Sano y bueno, señor. Levántenme.

(El enfermo se pone de pie, y se dirige al galpón preparado de antemano para la fiesta.)

Machi. — Y salga la mejor muchacha, y venga a bailar con el enfermo, que está ya sano y bueno.

(Rompen entonces el baile las guitarras, y se comienza a beber.)

Dueño de casa. — Gracias, señor.

Machi. — La paga dejémosla para mañana.

Dueño de casa. — Como ordene.

El baile dura el día entero, y toda la noche, hasta el amanecer. El enfermo, como ninguno de los concurrentes, baila, come y se embriaga. El machi y éste son los héroes de la fiesta, a quienes cada cual, una, dos, diez veces, acosan con *obligos*. Los músicos les cantan *letras* alusivas.

LOS DIAS ACIAGOS

El indio de nuestras montañas conserva la creencia arraigada de que todos los años tienen sus días buenos y sus días malos, en los cuales será venturoso o sufrirá el «daño», que es un mal moral o físico, una desgracia o contratiempo ocurrido en los negocios, en las siembras, en los ganados, etc. A estos días los tiene señalados en su calendario y deciden muchas veces de su suerte.

Jamás el indio, por ejemplo, se le ofrezca lo que se le ofrezca, venderá un animal de sus rebaños o de su hacienda en uno de esos días de daño, aunque se le quiera pagar el doble, el triple, el cuádruple de lo que vale: si el trato se cerrara, puede tener por seguro que sus ganados y sus rebaños irán desde ese día en menos; sobreviniéndoles pestes que los diezmarán o que serán devorados por el león, o se perderán o despeñarán en los cerros. Sobre todo, las haciendas no procrearán en lo sucesivo. Si en un día de daño un miembro de la familia cae enfermo, inútil es ver médico, ni curar al paciente, porque el mal engaña y las hierbas medicinales pierden su virtud. Si es urgente viajar, es necesario a todo trance esperar el día propicio, porque seguramente en saliendo en día de daño, los más inesperados percances y contratiempos ocurrirán al viajero; y por lo menos ha de sucederle no conseguir lo que se propuso con tan descabellado viaje. Para salir de caza, especialmente, no sólo no hay que hacerlo en día de daño, sino que debe esperarse que lleguen los días propicios, pues de lo contrario, «no habrá cerro que no se enoje, ni ave que no se esconda», aparte de que al «Dueño de los animales» se ha inferido una ofensa que habrá que pagar muy caro cuando llegue la oportunidad de alguna otra cacería. Hasta para trabajar los *libes* (boleadoras) es necesario un día propicio.

Y es que en los días de daño imperan los genios del mal, y los dioses buenos no escuchan los votos de los mortales. Por eso es que llega cierto tiempo en verano, durante el cual el Chiqui anda devastando la tierra, y lo único que hay que hacer es propiciarlo con las cántaras llenas de aloja; y ¡cuidado con marcar un animal, uncir los bueyes, sembrar un grano o cosechar una fruta, que esos días son para las bacanales salvajes, sin que haya poder humano que a nadie saque de su tradicional superstición!

En uno de esos días de daño, si andamos de viaje, por ejemplo, y orde-

namos la partida, el arriero pondrá un pretexto, y dos, y diez, para no efectuarlo : o los animales se han extraviado, o no han comido, o están mancos o rengos, o, finalmente, él está enfermo y no le es posible partir. Si llegamos a un rancho en busca de un cabrito para comer, antes de hacer la demanda la majada se extravió en el cerro, o los pastores no se encuentran en casa, o los animales « están éticos », o son ajenos, etc.

El « machi » de Los Cardones, el indio don Tiburcio Santos, me agregó que no sólo existían días malos, sino pésimos para cualquier acto de la vida, siendo éstos el 1° de agosto y el 18 de septiembre; y para que no abundara en preguntas, me alargó la carta que al respecto le escribió el indio Cornelio y que guardaba llena de dobleces y envolturas en su muy interesante archivo de papeles, medicinas, cosas y trastos. Hela aquí literalmente transcrita :

Señor don Tiburcio Santos de los Cardones, 1880.

Mi amigo don Tiburcio : le doy esta mi memoria para su resguardo cuando quiera salir a biaje para que sepa qué día ade salir y a de saber el día bueno para tratar y contratar porque yo le boy abisar los días malos para biajar y aser tratos y también sise enferma en el día malo no le ase cama porque a de padeser enfermo y berá y se acordará deste regalo que le hase

José Cornelio González.

El peor día es el 1° de agosto y el 18 de setiembre porque todo es que se mueva una sabandija ya se enferma.

AMULETOS

Daré algunas noticias de los pequeños amuletos o talismanes que suelen ser portados como exvotos por sus dueños, la mayor parte de las veces pendientes del cuello por un hilo o cinta de la manera como los devotos llevan sus escapularios o las reliquias, para lo cual los pequeños amuletos suelen tener su agujero de suspensión.

Cuando carecen de este agujero o de surcos para atar el hilo, suelen ser portados en una pequeña bolsita de género ; y si por su tamaño no es posible llevarlos guardados en el seno, depositaseles en las cajas o petacas de la ropa, bien envueltos y perfectamente escondidos, muchas veces en una *chuspa*, de vejiga curtida de cualquier animal. Suelen ser también depositados en los nichos de las paredes, junto a los santos, encontrándose generalmente con la imagen de San Marcos las *illas* o fetiches para la reproducción de los ganados.

Todos estos pequeños amuletos no son otra cosa que fetiches que hacen el bien a sus dueños, o que les evitan futuros males, de modo que los amuletos son activos o preventivos. Cuando los fetiches representan alguna cosa que daña, su dueño los conjura, como hacían los antillanos con sus *zemes*, los caribes con sus *mapoyés* o espíritus malos, y los brasileños tupiguaraníes con sus *juruparis*, a la vez espíritus y almas de los muertos y espíritus de las selvas y las aguas (1).

Hay amuletos activos y preventivos de toda forma, y para todas las cosas : amuletos antropomorfos, zoomorfos, ornitomorfos, monstruosos y fantásticos, cosas simplemente talladas o labradas, y naturales, como frutas, piedras minerales o volcánicas, hojas de árboles, plumas, etc., amuletos que tienen diversos destinos : para tener suerte, para no enfermar, para ser feliz en cualquier empresa, para efectuar buen viaje y buenos negocios, para que reproduzcan las haciendas, den los árboles o las mieses, para que llueva, para que no granice, no hiele, no venga langosta, para evitar las pestes, para sanar de cada una enfermedad, para el amor, para la fortuna, para la caza, para los partos, y para cualquier empresa o necesidad de la vida.

(1) Sobre este tema de la conjuración, en vez de la adoración a los dioses por los pueblos primitivos, véase a Lubbock, *Orígenes de la civilización*, página 189 y siguientes.

En distintos lugares de esta obra recuérdase de estos amuletos, que a veces se reproducen. Los cailles, los huacanques, los maquis, los huairuros, las illas, las caras de malaquita, las plumas del cóndor, las crucecitas de palo cosidas en los sombreros, todos estos objetos y todas estas cosas son amuletos, refiriéndome a los lugares en que hablo de ellas, para evitar frecuentes, aunque muchas veces necesarias repeticiones.

Las pequeñas hachas y las flechitas de colores perfectamente labradas son también amuletos, que debieron cargarse para vencer en la batalla o para no ser herido por el enemigo. De estos pequeños objetos poseo numerosos ejemplares en mi colección.

Entre los amuletos antropomorfos ninguno más curioso que uno pequeño de cobre, que representaba una real persona, con su vestido, sus plumas y sus insignias, que Ten Kate, en su expedición del 93 encontró en Jujuy, y que lamento no poder reproducir, encontrándose en la espléndida cuanto numerosa colección del Museo de La Plata.

Fig. 126. — Belén (Catamarca). Colec. Lafone, Museo de La Plata.

Fig. 127. — Fetiche femenino de piedra. Tamano natural.

Fig. 127 Visto de lado

Abundan en las regiones de Londres de Calchaquí la pequeñas figurillas humanas, de barro o piedra, especialmente de este último material, algunas de una pulgada de tamaño, generalmente de color rosado, cuando son del primer material. Estos amuletos, que deben relacionarse con el culto a los manes, son clasificados por Ambrosetti (1) como ídolos funerarios, y antes que él, como *Canopas* por Lafone Quevedo (2). Yo he encontrado dos preciosos ejemplares de estos idolillos en Tinogasta ; pero es en Belén en donde abundan. Los amuletos son generalmente de piedra, pero los hay también de barro (3).

(1) *Notas de arqueología calchaquí,* número I, página 10 y siguientes.

(2) *Catálogo descriptivo e ilustrado de las Guacas de Chañar Yaco,* en *Revista del Museo de La Plata,* tomo III.

(3) El americanista Ambrosetti enseña, erróneamente, que los amuletos son solamente de piedra, y que las figurillas de barro no son sino juguetes y adornos de vasijas (pág. 206 de su obra). Yo conozco y poseo un buen número de estos últimos amuletos. El material nada importa, pues hasta las plumas de cóndor son amuletos para vivir mucho.

El de la figura 126, que Lafone Quevedo reproduce en su citado trabajo, es un curioso ejemplar de estos idolillos, de cara ancha y plana, con indicaciones en la cabeza de gastar diadema, de ojos sesgados y abiertas cejas, de boca cuadrada, distante de la nariz, con sus orejas salientes, provistas de agujerillos para pendientes, lanas de colores o palillos o cañitas ; con los brazos arqueados sobre el pecho en el cual se indica su sexo por las protuberancias o grabados de sus mamas, esta vez indicadas por circulillos concéntricos a cada lado del pecho, y por sus piernas terminadas en muñones en lugar de pies, de las cuales la una suele ser más corta que la otra, lo que debe tener relación con la leyenda del *Diablillo cojo*, muy generalizada en Calchaquí.

Estos amuletos deben ser destinados a propiciar los antepasados ilustres que se vuelven los protectores del hogar indio.

Estos idolillos me recuerdan de los *zemes* antillanos de que nos da cuenta Rialle (1), los que pasaban por espíritus elementales, por los cuales se experimentaba un terror real, y que eran a los ojos de los indígenas, ora genios protectores o ya demonios que causaban todo género de desgracias, especie de manes de los muertos, que se manifestaban por la noche en forma de espectros y de fantasmas. « Para volver a los cemes favorables, escribe Rialle, los hechiceros fabricaban figurillas que, en el pensamiento de los creyentes, se confundían con los espíritus que ellos estaban encargados de representar : eran los dioses penates de los insulares. »

Nuestros zemes suelen también tener fisonomía funeraria, con apariencia de seres deformes y fantásticos.

El pequeño fetiche de piedra color café obscuro, figura 127, pertenece a la colección Zavaleta, y fué encontrado en Amaycha.

Su cabeza es grande, están ligeramente indicados sus ojos por círculos con puntos tangentes a la izquierda, su boca por una pequeña línea horizontal, y sus orejas por un trazo al borde lateral de la cara. Su largo vientre es elíptico y abultado, llevándose ambas manos casi al centro del mismo, las que sostienen un bulto que aparece roto, y que seguramente fué un niño o criatura.

Este último detalle, así como el abultamiento del vientre, háceme pensar que el objeto es un exvoto para el buen parto, el que produciríase pasando el amuleto por el vientre de la enferma, mientras el machi efectuaba sus religiosas ceremonias propiciatorias.

En la figura 127 *a*, tan curioso fetiche se reproduce de lado.

El diminuto objeto de piedra negra de la figura 128 que se reproduce de frente, de lado y de espalda (A, B, C), fué encontrado en el valle Tafí, y pertenece también a la colección Zavaleta.

(1) *Mythologie comparée*, tomo I, capítulo VII, página 136.

Ambrosetti (1) reprodúcelo como amuleto de amor en su capítulo sobre el *Huacanqui* o *Cayan Carumí*.

Efectivamente que es más que seguro que el amuleto en cuestión sea uno de esos *tincuc*, o dos cosas que se juntan, de que nos habla Montesinos (2), pues que el objeto aparece en actitud de abrazar, y ya sabemos del abrazo de las comadres y su segura significación, en la fiesta del Tincunacu que cabalmente suele celebrarse casi todos los años en Tafí, lugar en donde fué encontrado este bien labrado amuleto, de un poco más de cinco centímetros de tamaño.

El objeto de la figura 129 es un alfiler de hueso, roto en la parte inferior, el que sin duda fué usado por las mujeres para prender su ropa.

Sobre el material de ese grabado un hombre enseña su pene, en relieve, sirviendo de cabeza de la figura humana la cabeza del curioso alfiler.

Este objeto, sin duda alguna, ha sido un amuleto fálico, que las mujeres portarían para tener hijos, pues sabido es que los maridos indios desdeñaban

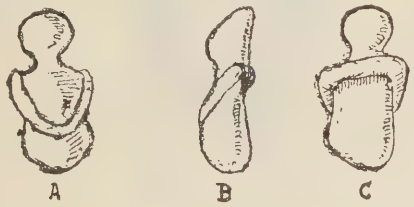


Fig. 128. — Amuleto de piedra. Tamaño natural

a sus esposas o queridas infecundas, y la esterilidad no sería otra cosa, que un daño que se buscaba estirpar con tan llamativo amuleto.

Veamos algunos amuletos de otras formas. El objeto de la figura 130 es un hacha de piedra, perteneciente a la colección Ambrosetti.

Lo diminuto del hacha indica a las claras que el artista indio no tuvo la intención de labrar un hacha para moler a no ser hierbas en sus ceremonias propiciatorias. Dícelo igualmente así el grabado de surcos profundos en la cabeza del hacha, los que figuran la cara de un puma monstruoso.

Se trata, entonces, de un objeto que pudo haber sido una insignia sagrada de mando, pero más seguramente de un amuleto representativo de poder o de fuerza tan grande como la que tiene el puma representado.

El objeto de la figura 131, de piedra negra, pertenece a mi colección.

En la parte superior lleva un agujero para ser colgado.

El borde izquierdo de la lámina de piedra ha sido tallado en escalones de relativa regularidad, sobresaliendo el central, como si hubiese querido indicar una nariz encima de una boca tan toscamente figurada. El agujero haría de ojo, si es que se intentó darle fisonomía humana a esta lámina.

(1) *Op. cit.*, número IV, página 36.

(2) Vicente F. López, *Memorias antiguas historiales del Perú*, en *Revista de Buenos Aires*, tomo XXII.

No conozco ni imagino el objeto de este amuleto el que puede limitarse a hacer venerado su material de piedra, posiblemente herida por el rayo, pues que de la piedra en tales condiciones se hacían talismanes, y era venerada por sí misma, por su virtud propia. Ambrosetti (1) publicó un curioso grupo de amuletos de mi colección, que le facilité para sus breves apuntes sobre el asunto que trato en este capítulo.

Como se ve por la lámina de la figura 132, estos amuletos que encontré en una tumba de Encadilla, distrito de Amaycha, formaron parte de un collar indígena con su respectivo hilo torcido para ser colgado.

Fig. 129.—Tamaño natural. Colec. Zavaleta.

Fig. 130. — Tamaño natural Pomán (Catamarca)

Fig. 131. — Tamaño natural Colec. Quiroga

Fig. 132. — Grupo de amuletos, 1/2 tamaño natural. Encalilla. Colec. Quiroga.

El de la parte superior de la lámina es una pequeña plancha de plata de forma rectangular, provista de su agujero de suspensión. Dos triángulos, con tres circulillos internos sobre su base, dos en medio y uno encima, están grabados cerca de unos de los bordes del objeto, en donde se ha calado el agujerillo de suspensión. Como el triángulo es el símbolo femenino, posiblemente nos damos con un amuleto de amor.

El segundo de los objetos es de piedra, y tiene la forma de un 8. La superficie de los dos anillos unidos que forman la figura, está artísticamente

(1) *Op. cit.*, página 202.

grabado por líneas rectas; y como se trata de dos cosas ligadas, puede que también el amuleto sea un huacanque simbólico, de forma convencional.

El tercer amuleto de piedra negra lustrosa representa una chinchilla o vizcacha bien labrada, con su respectivo agujerillo de suspensión. Puede ser un amuleto de caza pues son preciados la carne y cuero de estos animales.

Junto con estos objetos se encontró el abalorio circular que también vese en la lámina.

El pequeño fetiche de la figura 133, encontrado en Molinos, es un amuleto-illa moderno, que representa un carnero o sea el ganado actual en lugar de una llama o guanaco, el ganado antiguo.

Este fetiche sirve de amuleto para que en las compras de hacienda, el comprador no se lleve la suerte de las majadas o ganados, para lo cual en un hoyo del corral se deposita, junto con coca, un puñado de pelo de cada animal, tapándose el hoyo después en presencia del fetiche, al que se quema incienso o yerbas aromáticas en un tiesto de barro, especialmente fabricado para estas ceremonias.

Fig. 133

El fetiche sirve también de talismán para conjurar las pestes que diezman los ganados, para lo cual se adorna aquél con cintas y se lo porta en la mano, corriendo con él de un lado a otro, a fin de desinfectar el aire, mientras la muchedumbre hace de vacas, toros y terneros, mujiendo, balando y gritando. hasta que la escena salvaje termina con una de las acostumbradas orgías de chicha que dura días y noches.

El fetiche presencia igualmente las yerras y el acto de señalar las majadas, para que éstas y los ganados no vengan en menos y procreen.

Generalmente estos amuletos suelen ser del sexo femenino y aparecen con el vientre abultado, en estado de preñez. Yo poseo en mi colección uno de estos fetiches con dos pares de abultadas mamas en relieve, en el vientre, ejemplar interesante porque no le he visto repetido.

Muy curioso es el fetiche de la figura 134, de piedra plomisa, encontrado en Tafí, provisto de su agujero para ser colgado.

Representa un animalillo cuya cara, brazos y patas encogidas se han grabado en la parte superior de la lámina. Su sexo femenino esta indicado por una caladura vertical, debajo de la línea de separación del cuerpo y la larga cónica con anillos semejante a la de la langosta.

La cara rectangular provista de ojos, así como la forma general del cuerpo del animal, están indicando que se ha querido representar al silbador *coyuyo*

(Timpanoterpes Sibila) que canta melancólicamente en la copa de los algarrobos o *tacus* y el cual créese que hace madurar las vainas de los mismos.

A propósito de este amuleto, Ambrosetti escribe: «Conversando con el señor Lafone Quevedo, hemos convenido en que no es difícil que dicha creencia tenga que ver con la práctica de ciertos indios chaqueños, quienes, al aparecer los primeros menstruos en las mujeres, festejan ruidosamente el acontecimiento, cantando y golpeando pingollos y tambores, a fin de *hacerlas madurar, del mismo modo que el coyuyo a la algarroba*» (1).

Para mí, de este amuleto se haría uso en la conocida fiesta del *Arbol*, propiciándose al fetiche-coyuyo, para que la algarroba fuese abundante y madurara pronto. El hecho de ser femenino el objeto, permitiría al Arbol,

Fig. 134. — Tamaño natural. Colec. Zavaleta.

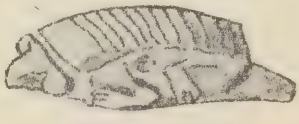


Fig. 135. — Quirquincho de piedra. Tamaño natural. Capayan. Colec. Quiroga.

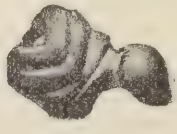


Fig. 136. — Llama de piedra. Ambato. Colec. Ambrosetti.

Fig. 137. — Pato de piedra. Tamaño natural. Poman. Colec. Ambrosetti.

Fig. 138. — Condor de piedra. Tamaño natural. Ambato. Colec. Ambrosetti.

que es varón, preñar las vainas en flor, como se dicen cuando cuajan las flores de los árboles para que la cosecha de algarroba fuese pingüe. En tal caso los concurrentes en medio de sus ceremonias imitarían con sus pincuyus o con sus silbidos el canto monótono y prolongado del coyuyo, que, como he dicho, es fama que hace madurar la algarroba, porque cabalmente entona su silbo elegíaco cuando los tacos florecen.

El pequeño quirquincho *(Dasypus)* de la figura 135 fué adquirido por mí en Capayán (Catamarca). Es de una piedra plomo azulada.

El amuleto, con su agujerillo de suspensión cruzando el centro del cuerpo, es un buen trabajo de arte. Al animalillo no falta un solo detalle, ni siquiera la largas uñas de sus patas. Su cabeza, con su hocico, ojos y orejas, está perfectamente imitada.

(1) *Op. cit.*, número XI, página 80.

De este amuleto se haría uso en la caza de quirquinchos, con el propósito de hallarlos en abundancia y de que el Llastay no los mezquinase.

Otro amuleto de caza debe ser la curiosa llama reproducida en la figura 136, con su agujerillo transversal para llevarla colgada.

Este ejemplar semeja a otro que se reprodujo en el capítulo de los fetiches aparece lleno de vellones de lana, la que es figurada por profundos surcos de líneas quebradas sobre el material de piedra negra.

Son del mismo material de piedra negra los amuletos ornitomorfos de las figuras 137 y 138.

El primero por la forma saliente de su pecho, con su agujero de suspensión en la parte anterior del mismo, su cuello, cabeza y ancho pico abierto, vese que es un pato. El artista ha calado con algunas dimensiones y profundidad la parte da la cabeza en que va el ojo que señala en su fondo; esta caladura puede tener por objeto echar agua en la misma, — elemento sobre el cual el pato nada, — u ofrendas de líquidos.

Las aletas del pato y su corta cola estan indicadas por líneas de alguna profundidad.

Este amuleto debe servir para propiciar la abundancia y la caza del pato, o puede ser alusivo a alguna de las cualidades del animal, como la fineza de su oído o su buena vista, por lo que puede haberse dado forma desproporcionada a su ojo, que el indio demandaría para sí al fetiche.

El segundo es un cóndor, por la forma de su cabeza y de su pico. Sus alas están indicadas por tres bordes salientes. Sus ojos se han exagerado también, siendo fama entre las gentes de que no hay ave alguna de mejor vista que el cóndor, el cual mira desde las nubes la más pequeña de sus presas.

El ave lleva el agujero de suspensión en el centro del cuerpo.

Yo poseo en mi colección un amuleto-cóndor, de piedra negra y brillante, de un tercio menos del tamaño del que reproduzco, perfectamente labrado, con sus largas alas, en las que se han trazado con ligeros surcos las plumas, lo mismo que las de su cola; la cabeza, sobre todo, imita perfectamente al original, con largo pico, un tanto encorvado en su extremidad.

Conseguí este objeto en Colpes (departamento de Ambato), y sus dueños lo tenían como amuleto de « larga vida ». Y a la verdad que el cóndor es entre los calchaquíes el símbolo de la vida que no acaba, si nos atenemos a lo que se escribe en el capítulo respectivo sobre la hermosa ave de rapiña de estos Andes.

Poseo en mi colección una pequeña perdiz, de menos de una pulgada de largo, de piedra color tierra perfectamente formada, con su agujerillo de suspensión atravesando su cuerpo.

Es muy curioso el pequeño fetiche de pórfido de mi colección, encontrado en Santa María, que va reproducido del tamaño natural (figura 139).

El objeto es muy semejante a una momia, cuya tela de envoltura está adornada con líneas en zig-zag grabadas en la piedra con alguna profundidad en toda la extensión del objeto.

Dos escotaduras profundas, una arriba y otra abajo, forman el cuello del amuleto, en el cual sin duda ataríase el hilo de suspensión, y la parte correspondiente a los pies del mismo. Su cabeza se destaca con su boca y nariz en relieve, y sus pequeños ojos calados en el material. Tiene la fisonomía de un fantasma, que parece dar gritos, pues su boca aparece bien abierta, enseñando sus pequeños dientes marcados con líneas grabadas.

Este objeto, que sin duda puede clasificarse como ídolo funerario, tiene todos los caracteres de uno de esos zemes antillanos de que antes hablé.

Muy interesante fué el hallazgo de Ambrosetti de los amuletos de la figura 140 reproducida en la figura 140 *a*, de frente. La figurilla, con su agujero de suspensión en la parte inferior, es de piedra negra, larga y comprimida.

El amuleto representa una langosta, el temible acridio que devora la sementera de los valles, y al que el indio conjuraba con sus *Cailles*, y varitas emplumadas que se colocaban en las labranzas, como nos lo refiere el padre Lozano en su *Historia de los jesuítas del Paraguay*, cuando escribe que

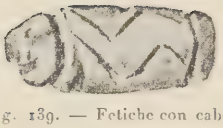


Fig. 139. — Fetiche con cabeza humana. Colec. Quiroga

Figs. 140 y 140 *a*. — Langosta voladora. Tamaño natural. Belén. Colec. Ambrosetti.

Fig. 141. — Langosta saltona. Tamaño natural. Tallada en una turqueza.

« a otros ídolos que llamaban *Caylles* (grabados en láminas de cobre)... como a las varitas emplumadas, las ponían con grandes supersticiones en sus sementeras y pueblos creyendo firmemente que con estos instrumentos vinculaban a aquellos sitios la felicidad, sobre que decían notables desvaríos, y que era imposible se acercase por allí *la langosta* », etc.

El pequeño amuleto de figura 141, perteneciente a Eduardo A. Holmberg, tallado en una turquesa, representa la forma de imago, o de langosta saltona. Todos los detalles del cuerpo están perfectamente labrados especialmente su abdomen con sus anillos paralelos. En la parte superior tiene su agujero de suspensión.

Como la langosta no podía servir para nada al indio, es claro que los amuletos de que se trata son preventivos, conjurándose con ellos al desvastador acridio.

Estos amuletos debieran también figurar en las ceremonias de los Cailles o dioses imágenes, para complementar la virtud preventiva de aquellos, evitando la llegada a las labranzas de mangas de langostas, que devoran los sembrados de maíz.

AMULETO FÁLICO PARA LA LLUVIA

Estoy conforme con el americanista Ambrosetti en que el interesante objeto fálico de piedra de la figura 142, reproducido con los grabados de sus lados, es un amuleto para la lluvia; pero disiento con él cuando lo clasifica de *ofidio*-fálico, porque no veo ninguna representación de serpiente, ya se considere el objeto en conjunto, o ya se examinen sus labores grabadas.

Ambrosetti (1) opina que el glande del objeto, bien marcado y destacado del resto del cuerpo, es una cabeza de serpiente de la que se han figurado con dos círculos sus ojos y su boca con el surco que divide el glande del resto del pene. Ve asimismo el cuerpo de una serpiente, simbólicamente reproducida, en el grabado de líneas dobles paralelas, con quebradas, como formando escaleras, que termina en un extremo con una especie de escotadura, y cerca del otro, un pequeño cuadrado con tres líneas cargadas en el interior.

Ni una ni otra afirmación son exactas. Si bien es cierto que el glande afecta la forma de una cabeza de reptil, no es menos cierto que también afecta la de una *caytu-uma*, o cabeza humana alargada, la que, vista en conjunto con el resto del cuerpo un tanto abultado, da al objeto una apariencia de figura antropomorfa, que fué seguramente lo que el artista se propuso reproducir, para lo cual nos basta comparar este falo con los dos otros de Pomán y de los Lules con que se ilustra el capítulo « El falo en Calchaquí » (2), los cuales son representados con cara humana, dada la tendencia del indio de dar formas antropomorfas a cuanto venera. Por el contrario, en ningún caso se ha dado con un ejemplar de falo en el cual aparezca la forma de la serpiente, como que el mismo objeto no ofrece semejanza con el ofidio, cuyo cuerpo suele aparecer sinuoso o quebrado.

En segundo lugar, las líneas paralelas, con su sección escalonada, que aparecen en las figuras 142 y 142 *b* no son en el caso actual representaciones de ofidio, tanto por ser demasiado anchos los grabados, por su irregu-

(1) Véase *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XIX, cuadernos 7 a 12, año 1899.

(2) *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XIX, cuadernos 7 a 12, año 1899.

laridad de líneas verticales y escalonadas oblicuas y por carecer de cabeza, cuanto por los grabados complementarios a los de las líneas, del cuadrado de las tres líneas interiores de la figura 142 como de las escotaduras de figuras rectangulares de la lámina 142 *a*.

El primero de estos cuadrados, con otros seis interiores, y el grupo de rectángulos, ninguna relación tienen con la figuración de la serpiente, como que claramente representan dos grupos de *labranzas* o andenes, regados por los *canales* de las líneas quebradas paralelas, que tan erróneamente Ambrosetti toma por cuerpos de ofidios.

Numerosos petroglifos en Calchaquí tienen figurados estos mismos ca-

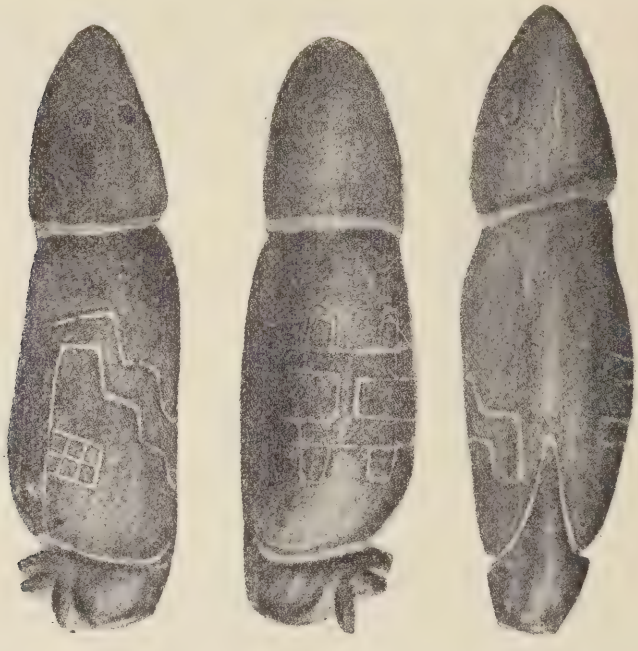


Fig. 142. — Tamaño natural Colec. Ambrosetti

Fig. 142 *a* El mismo visto de lado

Fig. 142 *b*. — El mismo visto de otro lado

nales, muchas veces terminados en depósitos circulares de agua, calados en la piedra, con los mismos andenes regados por ellos.

En tales casos, como en el presente, yo he he creído que se trata de piedras labradas votivas, de mama-zaras, para pedir la lluvia al cielo, a fin de que los canales figurados se llenen de agua, y de que crezca el sembrado o plantado en los andenes.

Esta vez hase dado al objeto las fórmas de un falo antropomorfo, con su cara, lo que no debe extrañarnos si la idea fálica es la idea de fecundidad y de reproducción que para los campos se consigue con la lluvia. Lo que se pide, pues, a los dioses con este amuleto fálico, es que las cosas fecunden y vayan en aumento, haciendo llover para que los cultivos de los andenes no perezcan por la seca.

Antes de conocer este objeto ya había emitido yo igual opinión con motivo de grabados, muy semejantes a los presentes, en los petroglifos del valle de Yocavil.

El objeto, como se ve, termina en la parte inferior con una cabeza de vampiro, provista de su larga ventosa, tallada en la piedra, lo que no deja de ser raro. A propósito de esta cabeza de vampiro en el amuleto, que a la vez puede ser su cuerpo, si el objeto se mira en sentido inverso del que se reproduce, creo muy aceptable la explicación dada al respecto por Ambrosetti, en otro lugar (1). «Del otro lado del Anconquija, dice, en pleno valle Calchaquí, el vampiro es rarísimo, por lo que creo que los indios que esculpieron sus imágenes, viéndolo tan poco, pudieron quizás creerlo como un representante de la divinidad funesta, y como no sale en sus giras nocturnas sino en las noches serenas y es por consiguiente animal de *seca*, no es difícil que tenga que ver algo con el Chiqui; y que ese maridaje con la serpiente o catequil (con el falo fecundador) tenga por objeto el conjurarlo y, por consiguiente, destruir su acción. Así tendríamos una forma de lucha de dos divinidades en el mismo amuleto. Aun hoy día, el vulgo hace algo de esto en sus prácticas religioso-supersticiosas, como por ejemplo: colocar una efigie de San Antonio sobre algunas monedas, para conseguir lo que se le pide, pues creen que siendo el Santo adverso al dinero, éste se apurará en satisfacer el pedido por verse libre del objeto odiado.»

(1) *Op. cit.*, página 176.

ADORATORIOS SOLARES E INTIHUATANAS

Es claro que si el Sol era la divinidad máxima de Calchaquí, la que hacía producir todas las cosas de la tierra, tuviese sus adoratorios especiales, en los cuales los sacerdotes harían al astro-rey las ceremonias y sacrificios de que doy cuenta en varios lugares de esta obra.

Casas del Sol es sabido que existían en los valles, y en Córdoba hasta hoy se conserva el nombre de *Intihuasi*.

El padre Techo (1), hablando de la conversión de Calchaquí, y del esfuerzo de los misioneros por propagar la fe católica, refiérenos de un templo al Sol levantado precisamente en ese tiempo por nuestros indios. «Visitando los pueblos calchaquíes, dice, hallaron (los misioneros) un templo nuevo consagrado al sol y teatro de fanáticos banquetes; lo quemaron, pero a duras penas se libraron del furor de los bárbaros.» En otro pasaje no menos interesante (2), tratando de la conversión de cuatro pueblos diaguitas por los misioneros de la Compañía de Jesús, escribe: «Investigaron los religiosos qué dogmas profesaban aquella gente, y averiguaron que adoraban al Sol, y su culto consistía en rociar con sangre manojos de plumas colocados en los edificios destinados a templos... queriendo los Padres tener pruebas de cómo en verdad aquellos hombres habían renunciado a las antiguas supersticiones les mandaron echar a tierra el templo que tenían. En efecto: los diaguitas acometieron contra este, arrançaron los objetos que antes veneraban y lo demolieron, escupiendo sobre los restos de la construcción en prueba de desprecio y luego lo quemaron.»

En Méjico y el Perú sabemos cuán inmensos monumentos levantaron la fe y arte nativo en honor del Sol, algunos de los cuales aún se conservan en pie.

Si los peruanos introdujeron a Calchaquí el culto solar, o si éste existió antes de la invasión incásica, como siempre lo he sospechado, claro es que santuarios se levantarían en su honor en nuestras montañas, de las que he creído encontrar algunos restos interesantes; a lo menos las Intihuatanas

(1) *Historia de la provincia del Paraguay*, libro VI, capítulo I, tomo III, página 8. Madrid, 1897.

(2) *Ob. cit.*, tomo I, capítulo VIII, página 275.

coronan los morros de nuestros cerros, y, sean éstos observatorios solares o no lo sean, la verdad es que ellas respondían, sin duda, al culto solar, y al señalarse las estaciones del año, el camino del sol por el cielo y sus movimientos periódicos, creeríase que todo ello era obra del ser pensante por excelencia en sus relaciones de la Tierra o Pachamama a la cual fecundaba en cada primavera, haciendo nacer de su seno hierbas, plantas y animales.

Wiener, tratando del culto solar del Perú, sostiene que el « culto a la Intihuatana consistía en la adoración del astro mismo », diciendo : « Hace algunas veces, hablando del culto del sol en el Perú, que los indios habían hecho construir verdaderos aparatos astronómicos destinados a verificar de una manera precisa la época de los equinoccios... Sin duda, añade, las *intihuatanas* son cosas reales, pero es hacer obra de imaginación pura asignarles un semejante objeto » (1).

En el llamado por Wiener culto a la Intihuatana, que consistía en la adoración al Sol, se consideraba a este astro un ser que, después de su marcha diurna, venía a reposar durante la noche en el recinto inaccesible del santuario Intihuatana ; y es de aquí de donde viene el nombre de esta casa del Sol.

Inti es sol ; *huatana* es un término que significa lugar en que se ata, se amarra o se aprisiona alguna cosa (2), de modo que podíamos decir que intihuatana es cárcel de Sol.

Intihuatanas pueden verse hasta hoy en el Perú, en Quonncacha, Sacsaïhuaman, Vilcas-huaman, Ollantaitambo y Pisacc. Las intihuatanas de Quonncacha Vilcas-huaman consisten en dos bloques graníticos de cerca de un metro de alto ; estos bloques tienen agujeros para colocar la barra cilíndrica sagrada en la que el Sol debe ser atado. En Sacsaïhuaman la intihuatana es de un solo bloque esculpida encima, con dos divisiones caladas en la piedra, unidas por una cavidad o pequeño túnel. En Pisacc la intihuatana

(1) *Pérou et Bolivie*, páginas 698 y 699.

(2) Lafone Quevedo, que tiene a las Intihuatanas por relojes solares, ocupándose de la palabra *huatana* en su *Tesoro de catamarqueñismos* (pág. 163, verb. *Huatemavel Guatana)*, escribe : « Lugar donde se amarra algo, cabestro. *Etím* : Esta palabra solar es interesante. Ella significa lo dicho y más : agujeta como la del meridiano, año, etc. El estudio proljo del Séxicon de Santo Thomás y otros vocabularios, tiene que darnos resultados de suma importancia para la filología, como se verá si buscamos la radical de esta voz *Huatana*. En primer lugar se sabe que *Inti-huatana* es un reloj solar. En seguida tenemos : *huata*, año de 12 meses ; *mata*, año, *mara*, año de 12 meses ; *maray*, *maran*, batán, piedra donde se muele algo...

« Parece que la idea que prevalece siempre es algo que gira en torno de otra cosa como la voladora de una tahona.

« La idea de trampa o lazada parece que siempre va anexa a la palabra *huatana*, y así debemos acordarnos de la expresión inglesa : *Trap to catch a sun beam*, trampa para coger un rayo del Sol, que tan perfectamente explica lo que *Inti-huatana* dice. »

Wiener (págs. 700 y 701) da más o menos esta última etimología, con motivo de la leyenda de Pisacc sobre el sol tomado en el santuario, el que duerme allí hasta el momento de levantarse de nuevo.

consiste en una muralla circular de granito, con dos puertas de entrada en su circunferencia, una de ellas con su marco de piedra. «En Pisacc, dice Wiener, la leyenda del antiguo destino de este Santuario ha solo sobrevivido en la memoria de los Indios. Esta leyenda quiere que *jadis la verrue ou la saille* ha sido recubierta de una especie de *dé* de oro, provista en su vértice *(sommet)* de un anillo del mismo metal. Una cadena de oro pasada en este anillo servía al sacerdote del Sol para *attacher* el astro descansando *(cuchánt)* hasta el momento en que debía de levantarse de nuevo. He aquí de dónde ha venido el nombre de *Intihuatana*.» Así, pues, es en este sentido, creíble la afirmación de la existencia de una barra de metal en Quonncacha, y que por el pequeño túnel de la piedra de Sacsaïhuaman pasaba una cadena de oro, que serviría para tener al sol, que va a dormir, desde que se pone hasta que sale nuevamente.

Creo que Wiener está en lo cierto, y yo no tomo, por lo mismo, a nuestras *Intihuatanas* por observatorios solares, sino por santuarios.

Este autor, en la página 701 de su ya citada obra, nos ofrece la interesante intihuatana de Pisacc. Cotejando estas con las nuestras se puede fácilmente establecer las diferencias que existen entre una y las otras. Las nuestras son más sencillas, por razones de diferencia de desarrollo en las respectivas civilizaciones nativas.

Las construcciones cilíndricas, como torres, no son para mí defensas militares, como nuestros arqueólogos lo quieren. Ni su tamaño, ni su posición, ni la manera como han sido construídas, parece indicar que tal objeto hayan tenido. Una torre circular, de corto diámetro, con escasa capacidad para contener unos cuantos hombres, con murallas de un alto regular, que se ve que no han podido servir para parapetos, con una sola puerta de entrada, sin troneras para disparar proyectiles, sin trincheras de circunvalación para su defensa, todo ello está indicando que las tales torres no son monumentos de defensa, sino más bien monumentos sagrados, seguramente adoratorios solares al aire libre, pues no hay otro género de construcciones a la que pueda atribuirse tal destino, no siendo posible que el culto al sol, la divinidad máxima, careciera de adoratorios, mucho más cuando de ello, como lo vimos al comienzo, nos dan noticias las crónicas sobre Calchaquí.

Nuestras intihuatanas o adoratorios solares coronan los cerros, y no se encuentran en lo llano, lo propio que sucede en el Perú.

Las construcciones más interesantes de esta especie son las de Watungasta, o de la Troya, en Tinogasta, que visité el 1° de enero de 1894, y la de Fuerte Quemado en el valle de Santa María, que también visité cuatro años después y de las que ofrezco un dibujo que tomé. Las tres construcciones cilíndricas o torres de Watungasta, a la puerta de la Quebrada de la Troya, camino de Tinogasta a Vinchina, tienen su importancia. La figura 143, da una idea completa de ellas.

El dibujo es obra del señor Gerardo Lange quien lo publicó en los *Anales*

del Museo de La Plata (1). Como se ve, las construcciones son tres, como de metro y medio de alto cada una, no de piedra, sino de barro amarillo hecho de tierra gredosa, con la consistencia de la casa de los horneros. La primera de las construcciones, o sea la de la izquierda, que sirve de corona a una loma y que tiene su camino para llegar hasta ella, es la más grande aunque de menos diámetro y mejor trabajada; las otras dos están respectivamente situadas, una al pie del cerro y la otra contigua a ésta, en una lomada de la falda. Sobre estas construcciones, de las cuales Lange ofrécenos un plano junto con las ruinas del pueblo, este señor, en el trabajo citado, escribe (2): «Interesante son las tres paredes circulares de tapia (que enumera en el orden que lo hago), marcadas en el plano

Fig. 143. — Intihuatanas de Watungasta

con las letras *a*, *b* y *c*. Su altura es algo más que la de un hombre y como de un pie de espesor; son fabricadas de una tierra amarilla y trabajadas con mucho esmero y cuidado, como que se han conservado por siglos: sé por triste experiencia propia que los tapiadores de hoy no hacen trabajo tan duradero.

«La tapia *a*, está construída sobre la punta de una lomita que se eleva unos veinte metros sobre el terreno del derredor; todavía hay vestigios de un camino que en forma de espiral llega de la playa hasta la punta de esta lomita. La tapia *b*, también está construída sobre otra lomita, pero más baja; la tapia *a* es de menos diámetro que las tapias *b* y *c*.

«Estas circunstancias me conducen a las preguntas siguientes: ¿Ha sido la tapia *a*, la casa del cacique o el templo de alguna deidad? ¿Por

(1) *Ruinas del pueblo de Watungasta*, página 5, 1892.
(2) *Idem*, página 4.

qué es la tapia *a* de menos diámetro que las tapias *b* y *c*, construídas sobre puntos más bajos habiendo bastante espacio sobre la punta de la lomita para hacer la tapia *a* de mayor diámetro?»

Lafone Quevedo (1), escribiendo en el mismo número de los *Anales del Museo de La Plata*, sobre estas torres cilíndricas y construcciones cuadradas de Watungasta, dice: «En el Pucurá de Aconquija, que en documentos de 1616 figura como Pucurá del Inca, todo es cuadrado. En las poblaciones arruinadas del valle de Santa María, lo cuadrado alterna con lo redondo; y, finalmente, en la Acrópolis de Bacamarca, cerro del Fuerte Quemado, en el mismo valle donde todo parece que responde a una sola idea, a saber, un *observatorio astronómico*, tenemos un salón cuadrado, una torre redonda, y un curioso edificio de cuatro paredes separados por un pasadizo en cruz, y todo contenido en un solo patio rodeado de precipicios...»

Ahora bien: después de la descripción que dejo hecha de las torres de Watungasta y teniendo a la vista la lámina que acabo de ofrecer, veamos lo que escribe Las Casas al tratar «De otros templos famosos que había en el Perú, su forma y edificio», templos o adoratorios del sol, para que se vea claramente con cuánta razón yo tengo por tales a las torres cilíndricas de Watungasta, a las que el padre parece referirse en su cita, sin omitir los detalles de que son tres, construídas de paredes y una de ellas se levanta en lo llano. He aquí lo que dice Las Casas: «En el cerro o sierra natural o hecho industriosamente de tierra aquel mogote alto, la forma del templo desta manera se ordenaba: Haciase una cerca de pared muy gruesa y redonda, de cinco a seis estadas alta; dentro de aquella y apartada por alguna distancia, se edificaba otra también redonda y según la proposición que convenía alta; y en algunos templos se hacían cinco cercas y la postrera ya era en lo postrero del cerro, que era suelo llano o porque lo allanaban...» (2).

En la gran fortaleza del Pucurá, encima de unos de los cerros que bordean el campo del mismo nombre, de la llanura andalgalense, existen construcciones cuadradas y rectangulares, en forma de grandes casas, que también atribuyo a adoratorios solares, por más que se encuentren en el recinto fortificado con dobles y triples líneas de trincheras de piedra, pues no hay inconveniente alguno que los templos se levanten en medio de las construcciones militares; al contrario: estos están menos expuestos a cualquier profanación, y además, levantados dentro de ellas, las divinidades serían propicias a las defensas de las mismas, con tanta mayor razón cuanto que el indio, para el éxito de la guerra a emprender, es cuando más las ofrenda con grandes sacrificios.

De estas habitaciones, que se levantan al S. O. y N. O. de la fortaleza, di cuenta en otro trabajo mío (3).

(1) *El pueblo de Watungasta*, página 11.
(2) *De las antiguas gentes del Perú*, capítulo VIII, páginas 66 y 67.
(3) *El Pucará de Anconquija*, en *El Norte*, Tucumán, 1895.

Las murallas de las habitaciones sin techo están artisticamente trabajadas, de grandes piedras con caras especialmente elegidas para que calcen entre sí y den solidez al muro, que tiene hasta tres metros de alto por uno y cuarto de espesor. Hay habitaciones solas y grupos de las mismas, formadas las últimas de tres y cuatro piezas, unidas por zaguanes, la última generalmente más pequeña que las otras. La pieza principal tiene su puerta de entrada, y el muro varias ventanillas rectangulares, por las cuales penetra la luz al interior. Este último detalle debe tenerse en cuenta.

En la figura 144 ofrezco un dibujo de gran murallón, con ventana, de estas habitaciones, el que ilustra el trabajo del señor Lange sobre la forta-

Fig. 144. — Muralla con ventana de una habitación del Pucará

leza del Pucurá, inserto en los *Anales del Museo de La Plata* (1), y el que nos da una idea completa de la excelencia y solidez del trabajo nativo, atribuído a las peruanos, y con razón, pues en una merced de 1626, que he tenido a la vista, al fijarse sus límites, se citan a Singuil, etc., y al *Pucará* que llaman del *Ynga* (2).

La figura 145 es un grupo de construcciones de este mismo Pucará, en las que se ven sus murallones con las ventanas, formando las habitaciones de que acabo de dar cuenta, del tamaño de las nuestras.

(1) *Las ruinas de la fortaleza del Pucará*, página 9. La Plata, 1892.

(2) Escritura otorgada en San Juan Bautista de La Paz, de 25 de noviembre de 1626, de tiempo del gobernador don Luis de Quiñones Osorio, caballero del Título, hábito de Alcántara y capitán general de estas provincias.

Ahora una cita oportuna de Las Casas sobre estos adoratorios solares o Intihuatanas.

Cuenta este cronista que los antiguos templos de los ídolos eran obscuros, y que el rey Pachacuti, considerando al Sol como verdadero dios, ordenó que se le levantaran templos llenos de luz en los montes más altos, o en lugares prominentes, y donde era llano sobre montículos artificiales de tierra, o de «tierra junta mucha que se allegaba con industria humana»; y después del párrafo que antes transcribí con motivo de las torres de Watungasta, añade: «Allí, en aquel suelo, edificaban cuatro cuartos en cuadra,

Fig. 145. — Grupo de habitaciones del Pucará

como los que tienen en los monasterios los claustros. Las paredes *tienen muchas ventanas* y muy grandes, por donde entra la luz y están todas las piezas muy claras» (1).

En seguida, refiere este cronista cómo era el arreglo y disposición de estos santuarios, lo que transcribo por ser interesante: «Dentro de aquel cuadro o cuartos estaban los altares, y allí era la *Sancta Sanctorum* del Sol. Estaban cubiertas de su madera muy bien labrada, como el que llamamos zaquizamí en nuestro España. Tenía el templo dos grandes portadas por donde se entraba, y subían a ella por dos escaleras de piedra mucho bien labradas... Todo lo alto del zaquizamí estaba cubierto de planchas de oro, el suelo y las paredes lo mismo, y muy pintadas, y en ellas ciertos encajes

(1) *De las antiguas gentes del Perú*, capítulo VIII, página 67.

donde se ponían ovejas de oro y otras piezas dello, que se ofrecían al Sol. A una parte del templo había cierta pieza como oratorio hacia la parte del Oriente donde nace el Sol, con una muralla grande, y de aquella salía un teorado de anchura de seis pies, y en la pared había un encaje donde se ponía vinajera grande del Sol de la manera que nosotros lo pintamos, figurada la cara con sus rayos. Esta ponían, cuando el Sol salía, en aquel encaje las mañanas, que le diese de cara el Sol; y después de medio día pasaban la imagen a la contraria parte, en otro encaje, para que también le diese, cuando se iba a poner, el Sol de cara» (1).

En la punta de Balasto, encima del cerro que la forma, hay también una ruina de Intihuatana. De este monumento sólo quedan en pie fragmentos de muralla, pero ellos dan una idea cabal de su importancia.

En la quebrada de Amaycha, igualmente, entre las diseminadas ruinas de trincheras, que guardaban al valle de Tafí, vense escombros de edificios semejantes, habiendo salvado de la destrucción del tiempo una muralla de

Fig. 146. — Torres cilíndricas de Fuerte Quemado

piedra, que sin duda sirvió de pared a una casa o adoratorio, con ventanas, como las del Pucará.

Son muy interesantes también las construcciones cilíndricas sobre la primer lomada de la fortaleza denominada «Fuerte Quemado», como a un kilómetro de distancia del centro de la población del mismo nombre (2). Se parecen a las Watungasta, siendo también tres las de Fuerte Quemado. Son de perfecta forma circular, y se diferencian de las del primer lugar, en que las últimas son trabajadas de láminas de laja y barro, con sus muros rebocados (3). Las dos primeras torres, 1 y 2, se han levantado muy cerca la una de la otra (fig. 146) y la última, 3, siguiendo la pendiente, a unos diez metros de distancia de la segunda. Cada torre está provista de su respectiva puerta de entrada de más de medio metro de luz y de su respectivo

(1) Las Casas, Obra y lugar citado.

(2) Los detalles sobre estas torres, con sus dimensiones, pueden verse en mi trabajo, sobre *Fuerte Quemado*.

(3) El padre Guevara, hablando de los santuarios al Trueno y al Rayo en Calchaquí, recuerda que éstos son redondos, y que en su circunferencia se colocaban plumas, que se rociaban con sangre, las que servían de amuletos (página 33).

umbral, mirando al S. O., las puertas de las dos torres gemelas y al sur la de la tercera. El alto de los muros, bastante derrumbados, como se ve en la vista fotográfica, pasa de dos metros de alto. Cada torre, del lado exterior del muro, tiene una escalinata inclinada de lajas salientes.

Fig. 147. — Restauración de una torre cilíndrica

A fin de dar el lector una exacta idea de lo que son estas construcciones, ofrezco la restauración de las mismas en la figura 147, lo que ha sido fácil efectuar, pues la destrucción de cada torre es sólo parcial.

En algunos otros lugares he dado también con restos de adoratorios solares e Intihuatanas, pero las que dejo descritas son las más interesantes.

EL CALCHAQUÍ MORIBUNDO Y MUERTO

Es necesario insistir en que en todos los actos y momentos de la vida calchaquí, la religión o la superstición han de tener una intervención directa, porque todo cuanto sucede y cuanto pasa, bueno o malo, es obra de los dioses, a los que ha de invocarse hasta en los asuntos domésticos más íntimos, ya sea cuando se beba, cuando se coma, cuando se carnee, cuando se hile, cuando se ande por el llano o por el cerro, etc.

Natural es, entonces, que una enfermedad o un accidente grave de la salud sea la obra o el resultado de algún maleficio o de algún daño, porque una enfermedad no es un hecho puramente natural. Enfermedades hay que tienen por causa un castigo de los dioses familiares, a quienes no se propició como era debido, o quienes hacían sentir sobre el paciente los efectos de algún resentimiento, al que pronto se hallará una causa cualquiera; otras veces la enfermedad es un maleficio de los dioses que hacen el mal, por gusto de hacerlo; ya es efecto del daño, que alguna bruja mal intencionada hace a la persona, o algún enemigo de la misma, que ha usado del maleficio del sapo o de otros elementos de la brujería; o ya, finalmente, porque el espíritu se ha fugado, dejando al cuerpo aletargado y exánime, como acontece en los desmayos o los síncopes.

Cuando el mal parece ser sin remedio, y el enfermo está próximo a la muerte, los calchaquíes conjuran a todos los genios del daño, y si la cosa es efecto de la brujería, hay que buscar al brujo o brujos, y que derramar su sangre, hiriéndoles la cabeza o la frente. A la vez, propíciase a los dioses lares y penates, celebrando grandes orgías en casa del moribundo con gritos y algazaras, bebidas y cantos, súplicas y oraciones. Tanto de día como de noche han de tener lugar estas bacanales, que deben ser dirigidas por algún machi o mago de la localidad, buscándose el más relacionado con el paciente, si es posible, porque cada familia tiene su sacerdote predilecto. Todo género de precauciones ha de tomarse para que la muerte no penetre a la habitación del moribundo, al que rara vez se suministran drogas, a no ser bebidas sagradas, como la orina del guanaco guardada en la chuspa o polvo de las hachas de piedra, para lo cual se raspa su filo, echándose aquel en el líquido.

El machi de Los Cardones referíame que él había asistido a muchas de

esas orgías que se celebraban en casa del moribundo, y que había recetado eficazmente en más de una ocasión. Contaba que lo más eficaz para el moribundo era la raspadura de la piedra del Nevado Pisca-cruz, pero que había de ser de la cumbre del cerro, en donde suelen caer rayos. Este remedio es eficaz para el aneurisma, y aun lo es más la piedra de la vicuña molida, tomada con agua de toronjil, con la que debe rociarse la frente del enfermo si no es posible hacerle beber. Las friegas con la fruta seca y sagrada de la *cutichasca* molida, úsanse en los momentos críticos de la agonía. La lana de *cunti* (alpaca), de varios colores, es eficacísima para los ataques cerebrales. Cuando el enfermo delira, los circunstantes rodean su lecho, y el machi derrama aguardiente o chicha en el suelo, frente al enfermo, y mirándole y nombrándole, se invoca a la *Pachamama*, diciéndola (textual).

Pachamama, señora, Santa Tierra,
madre y señora mía,
dadme suerte y fortuna:
¡velai, le pago! (enterrando coca)
¡lárguemelo al enfermo! ¡kusiya, kusiya!

Conviene también invocar a Yastay, esposo de Pachamama, en estos términos:

Yastago, abuelo viejo,
perdone si le han hecho mal,
¡padrecito viejo, kusiya!

En seguida se amasa una figurilla de guanaco, una *illa*, siendo la masa de *tutusca* (pella o grasa de pecho de la llama) y maíz blando bien *yuto* (molido). Al animalito se le *corpacha* (da virtud), echándole aguardiente y cubriéndole con hojas de coca. Cuando está *corpanchado*, el animalito graso se pasa por el cuerpo del paciente, especialmente por su cabeza. Después, se le limpia con un puñado de *cunti*, o con hilo *zurdo* (retorcido a la izquierda). Finalmente, el pequeño guanaco es enterrado en el suelo, echándosele chicha encima.

El padre Techo (1), con muy pocos detalles, en un párrafo, nos cuenta de una muy curiosa ceremonia para impedir a la muerte apoderarse del moribundo: «Acuden a la casa del moribundo los parientes y amigos, dice, y mientras dura la enfermedad beben de día y de noche y rodean la cama del paciente con flechas clavadas en el suelo a fin de que la muerte no se atreva a penetrar.»

Cuando el enfermo expira, tienen lugar escenas salvajes de llanto y desesperación; extrañas danzas fúnebres y comidas, durante las que se referían las hazañas del difunto, entonándole lúgubres oraciones.

Rindiendo el respeto que me merecen los relatos de los cronistas de la

(1) *Historia de la provincia del Paraguay*, tomo II, capítulo XXIII, página 399.

época, me limitaré a transcribir lo que sobre el particular escriben los historiadores Techo y Lozano.

Dice Techo:

« Pero nunca los calchaquíes deliran tanto como en los funerales... Apenas ha expirado el doliente, se lamentan a voces. Colocan cerca del cadáver todo género de manjares y vino, encienden lumbre en el lugar y queman, en vez de incienso, ciertas hojas. Para conmover a la multitud, hombres y mujeres enseñan las ropas del finado, mientras otros danzan y saltan alrededor del muerto, al cual ofrecen alimentos, y viendo que no los prueba, se los comen. Pasados ocho días en semejantes locuras, entierran el cadáver en una fosa con varios vestidos regalados por los amigos; luego incendian la casa del difunto para que no vuelva a entrar la muerte. Un año dura el luto, y en el aniversario repiten las ceremonias referidas; el traje de duelo es negro. Creen que ninguno acaba sus días naturalmente, sino por violencia; error que les induce a la suspicacia y a luchas continuas. El demonio siembra la cizaña esparciendo tales disparates por medio de los magos » (1).

Dice Lozano:

« Eran dados por extremo a la embriaguez (los del valle de Londres), que celebraban con públicos convites, por diversos títulos, según los diversos fines de la convocatoria; unos, intitulaban *bailes*, cuando eran en señal de alegría; otros *llantos*, cuando se juntaban a llorar la muerte de algún pariente, y en ambas ocasiones se cometían abominables excesos, resultas forzosas de la embriaguez: pero en la segunda se destruían los miserables, porque al modo que los antiguos romanos, pagaban a las *preficas*, para celebrar con forzadas lágrimas las exequias, así aquí alquilaban plañideros, que entre fingidos suspiros refiriesen las hazañas del difunto, cantándose tristes endechas; y a las tales repartían en premio de los bienes que dejó, y aun a cualquiera que asistiese al entierro se le había de remunerar con alguna alhaja » (2).

Estos indios, a diferencia de lo que sobre los calchaquíes escribe Techo, no enterraban en zanjas, según Lozano, sino que a « los cadáveres no los entregaban a la tierra, sino que los subían a un alto donde, bajo una bovedilla, los componían de manera que no les ofendiese con su contacto » (3).

El espíritu del muerto conviértese en un dios protector del hogar, y de aquí los fetiches antropomorfos de barro tan numerosos que encontramos, cuya fisonomía es la de un muerto. Tal espíritu se ha convertido en estrella, e ilumina desde arriba. « Suponen que las almas de los muertos, es-

(1) Techo, *op.* y lugar citado, página 399.

(2) *Conquista del Río de la Plata*, etc., tomo I, capítulo XIX, página 429.

(3) Obra y lugar citados, *in fine*. Techo también (tomo V, capítulo XX, página 41), ocupándose de los indios londonenses, confirma lo de Lozano, y dice: « no enterraban los cadáveres sino que los colocaban encima de la tierra en un sarcófago ».

cribe Techo (1), se convierten en estrellas, que son más o menos brillantes, según aquellos en el mundo fueron de insignes por sus proezas. »

Lozano, Techo y Guevara nos dicen que los indios de Londres de Calchaquí abrían los ojos a sus muertos, antes de enterrarlos, para que pudiesen ver el camino de la mansión futura en donde gozarían en abundancia de cuanto apetecieron en vida (2).

Ambrosetti, ocupándose de los ídolos funerarios, cree que las pequeñas líneas que bajan de sus ojos indican probablemente la acción de ver, pues se repiten mucho, no sólo en los ídolos funerarios y vasos antropomorfos, sino también en las urnas del tipo Santa María, cuyos ídolos tienen las dos líneas más o menos cortas, largas, lisas u onduladas; pero refiere estas líneas a la superstición de los ojos abiertos que acabo de citar, conciliándose con esas líneas la necesidad de representar a los muertos con los ojos cerrados (3). Lo que habría que observar a este americanista son sus ejemplares del valle de Santa María, cuando Techo se refiere en sus citas a indios de las cercanías de Londres, y ya hemos visto que los calchaquíes y los de la jurisdicción de Londres enterraban de modo muy distinto.

Aprovecho esta oportunidad para llamar la atención del lector sobre que los cronistas no dicen una palabra de los enterratorios en tinajas, que son tan frecuentes y numerosos en todos estos valles y sus fronteras; y, como no es posible una omisión tan trascendental en todos los historiadores de Calchaquí, no queda otro camino sino pensar que los enterratorios en tinajas fueron costumbre de una raza anterior a los calchaquíes, que puede haber sido la raza verdadera kakana, para no emplear el término de auctótona, la que, al parecer, fué desalojada o exterminada por la invasión de los bárbaros calchaquíes, como ya lo he escrito en otro lugar (4).

Por la misma razón emitida anteriormente, cuentan los cronistas que los indios de Londres enterraban a sus muertos con sus mejores trajes, sus armas de guerra, sus útiles y su comida, o, como dice Lázaro, « les ponían

(1) Obra y lugar citados.

(2) Dice Lozano: « En dicho entierro usaban varios ritos supersticiosos, como era dejar abiertos los ojos del difunto para que pudiese ver bien el camino del país adonde decían era llevado a gozar en abundancia los bienes que acá apeteció » (t. I, cap. XI, pág. 429). Dice Techo: « No cerraban los ojos de los muertos, sino que se los dejaban abiertos, pues creían que les era necesario esto para seguir el camino del paraíso » (t. V, cap. XI, pág. 41). Dice Guevara: « Los naturales del valle de Londres de Calchaquí, con supersticiosa observancia, abrían a sus difuntos los ojos que cerró la muerte, para descubrirles el camino que guía a la región de los muertos » (pág. 43).

(3) « Siempre he creído con Ameghino que (las líneas, escribe), representan la acción de ver, y el señor Quiroga fué de la misma opinión cuando publicó el vaso figura 266; pero yo supongo que en los ídolos y objetos funerarios se refiere a la superstición citada por los cronistas de que a los muertos los enterraban con los ojos abiertos para que viesen el camino de ultratumba que debían recorrer. Sin duda han tratado de conciliar con esas líneas la necesidad de representar a los muertos *con los ojos cerrados* » (*Notas de arqueología calchaquí*, núm. XXVIII, pág. 213 y 214).

(4) Adán Quiroga, *Calchaquí*, nº XII y siguientes.

al lado el montalaje preciso para aquella jornada, con todos sus vestidos, fuera los mejores, que esos se los ponían para que pareciese muy lucido en el término de su peregrinación» (1). De este modo tenían qué vestir, qué beber y qué comer en su viaje de ultratumba. También suele hallarse carbón y leña en los sepulcros: sería sin duda para que no les faltase fuego.

Al cerrar este capítulo, diré que hoy día mismo, después de las ceremonias cristianas, al enterrar un muerto los calchaquíes liban a la Pachamama, diciéndola: bebe por mi muerto, y propiciándole en quichua:

Pachamama Llajtaio
Upiai uañusnaipa!

(1) Lozano, lugar citado. Techo dice: «Por la misma causa (que abrían los ojos a los muertos) les ponían al lado sus utensilios y manjares» (lug. cit.).

KUNTUR

Del cóndor sólo cuenta el folklore que es un pájaro enemigo del Llastay, porque se devora sin piedad las crías.

Su culto, como el del águila, extendíase por toda la América meridional (1), especialmente por las naciones de Antis, en cuyas montañas vive.

En el Perú se tenía por divino al cóndor; y como sucedía con el tigre, algunos grandes de las cortes tenían por mucho ser descendientes de aquel. Refiriéndose al vestido de los curacas, dice a propósito el Inca Garcilaso: « Otros vestían de la manera que pintan los ángeles, con grandes alas de un ave que llaman Cuntur... porque se jactan descender y haber sido su origen de un Cuntur » (2).

Las causas del culto al ave de los Andes eran la rapidez y la potencia de sus vuelos, alzándose en la montaña por encima de las cumbres nublosas, así como la fuerza de sus garras, con las que destroza al animal caído para aplacar su apetito voraz. El cóndor, por otro lado, es el ave de nuestros artistas, como que habla a la imaginación que medita en las alturas, y como que es generalmente el personaje de la tradición o la leyenda de la montaña (3).

El cóndor y el águila aparecen en el folklore como enemigos irreconciliables de la serpiente. Un águila o *auancana* mató a la terrible culebra en tiempo de Tupac Inca Yupanqui, noveno Inca, cuando este hizo su entrada a los Condesuyus, aconteciendo que la huaca de Canucuay ardía y no dejaba avanzar al hijo del Sol. « Y al cabo, dice al respecto la relación de Pachacuti, se aparece temerario culibra, el cual dizen que consumió mucha gente de que abía tenido gran pena y se aflexe y alssa los ojos al çielo, pediendo Socorro al Señor del çielo y tierra, con gran aflexión y llanto. Y entonçes biene del çielo vna *auancana*, o águila con una furia temerario, dando gran sumbidos y arrebata a la culibra y alssa al alto de la cabeça, y despues la dexa caer al suelo y dizen que se reventó... » (4).

(1) F. G. Müller, *Geschichte der Amerikanischen Urreligionens*, página 237.

(2) *Comentarios reales*, tomo II, capítulo XX, página 490.

(3) Véase mi *Calchaquí*, libro II, capítulo XXII, páginas 188 a 193.

(4) Joan de Santacruz Pachacuti, *Relación de Antigüedades deste Reyno del Pirú*, página 280.

Es muy curioso un otro pasaje del Inca Garcilaso, relativo a dos cóndores que figuraban en la famosa pintura de tiempo de Huiracocha, en la cara de una alta roca, pintura alegórica sobre la cobardía de Yahuar Huacac, retirándose del Cuzco de miedo a los Chancas. Esta « pintura famosa » fué obra del mismo Huiracocha, quien ensoberbecido por sus triunfos, la ordenó después de la muerte de su padre. « Y fué, dice el Inca (1), que en una peña altísima que entre muchas hay en el paraje donde su padre paró cuando salió del Cuzco retirándose de los chancas, mandó pintar dos aves que los indios llaman Cuntur... Dos aves destas mandó pintar, la una con las alas cerradas, y la cabeza baja y encogida, como se ponen las aves por fieras que sean cuando se quieren esconder; tenía el rostro hacia el Collasuyu, y las espaldas al Cozco. La otra mandó pintar en contrario, el rostro vuelto a la ciudad y feroz con las alas abiertas, como que iba volando a

Fig. 148. — Urna de Tafí. Colec. Quiroga

Fig. 149. — Vaso ornitonsarfo Colec. Quiroga

Fig. 150. — Amuleto. Cóndor. Colec. Quiroga.

hacer alguna presa. Decían los indios que el un Cuntur figuraba a su padre que había salido huyendo del Cuzco, e iba a esconderse en el Callao; y el otro representaba al Inca Viracocha que había vuelto volando a defender la ciudad y todo su imperio. Esta pintura vivía en todo su buen ser el año de mil y quinientos y ochenta... ».

Yo no dudo de la veneración de nuestros indios al cóndor, por más que no lo sepamos de una manera cierta. El hecho de figurar cóndores en las urnas funerarias, aparte de todo lo dicho, y de encontrarse otros objetos representando al ave de los Andes, hasta en *huacanquillos*, demuestra que no deben abrigarse dudas del culto al cóndor en Calchaquí.

En el Museo de la Plata existe una urna funeraria de bellísimas formas, adornada con pinturas artísticas de negro sobre encarnado, « en que dos estrellas o cruces maltesas encierran otros tantos medallones, ocupados a su

(1) Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, tomo II, páginas 403 y 404.

vez respectivamente por serpientes de dos cabezas y un cóndor como el pajarraco del escudo imperial de Austria » (1).

Entre las numerosas urnas de mi colección hay una, encontrada en Tafí, a la que falta el cuello, en la que aparecen cuatro hermosos cóndores de dos cabezas, uno de los que se ve en la inserta figura 148.

Sobre el fondo amarillo claro de la urna han sido pintados los cóndores de color café obscuro. El tamaño de los cóndores es de $0^{m}15$ de alto.

Es una particularidad la doble cabeza de estos cóndores.

El objeto que en seguida se inserta (fig. 149), es un pequeño vaso encontrado en la Puerta (Ambato, Catamarca) de saltante color carne, bien trabajado y bien cocido. La figura del cóndor es perfecta en su cuello, cabeza y pico; y si las formas del cuerpo no corresponden exactamente a las del ave, es porque el artista ha querido en conjunto hacer una tinajita de boca circular.

La figura 150 es un amuleto-cóndor, también encontrado en Ambato, donde hasta hoy los voraces cóndores abundan.

El color de este hermoso objeto de piedra es negro azabache, y está dibujado de tamaño natural.

El pequeño cóndor ha sido labrado en actitud de vuelo, con las alas desplegadas, el cuello estirado y los ojos dominando el horizonte. En la parte inferior, en el lugar correspondiente a las patas, que no han sido trabajadas, un pequeño agujero permite que el ave se pudiera colgar de un hilo para llevarla al cuello.

La significación de este amuleto debe necesariamente ser de rapidez; y sin duda llevaríalo algún indio que quiso pasar por un *mayta*, o se ocupara de *chasque* en algún tambo de la sierra.

(1) Lafone Quevedo, *Londres y Catamarca*. Buenos Aires, 1888.

UTURUNCU

Cuenta el inca Garcilaso que el culto del tigre fué anterior a los incas, pues que los indios, así como adoraban por su astucia a la zorra, al gato por su ligereza y al cóndor por sus vuelos, veneraban, del mismo modo, «por su fiereza al tigre, león y oso» (1).

En las naciones de Antis, más supersticiosas que el Perú, claro es que sería mayor el culto al tigre, y que este animal figuraría en primera línea en el totenismo, o culto de los animales y hierbas.

«Los habitadores de tierras montosas y de selvas, dice el cronista (2), adoraban también muchos animales porque no les hiciesen daño, como tigres, etc.»

Por otro lado, sabemos que el tigre era adorado en América y fuera de América por gran número de pueblos (3).

El padre Cobo (4) dice que el tigre nace sólo en tierras yuncas y de montaña, y que en lengua peruana se llama *uturunco*. Pues, con este mismo nombre peruano, el temible carnicero es conocido en la superstición de los campesinos de Salta, Catamarca y La Rioja, donde especialmente es llamado *tigre-uturuncu*, y que siempre aparece ser el gaucho malo y criminal, convertido en tigre, para vivir acechando a los moradores de la sierra.

Donde especialmente se cree en estas cosas es en los pueblos indígenas y en todo Pomán, Machigasta y Tinogasta, donde se comentan las feroces hazañas del hombre-tigre, creencia secular que también tuvieron los peruanos, al decir de Zárate.

En Tinogasta me han referido el cuento del «indio malo», el que, perseguido por las autoridades, con las que tenía que rendir largas cuentas,

(1) Garcilaso, *Comentarios reales*, tomo II, capítulo IX, página 30.

(2) P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, tomo III, libro XI, página 345. (Publicación de Giménez de la Espada, Madrid, 1891.)

(3) Juan Lubbock, *Orígenes de la civilización*, tomo I, capítulo VI, página 238.

(4) P. Cobo, cit., libro IX, tomo II, página 339. En otro pasaje (t. III, cap. VI, pág. 330) es curioso lo que éste dice: «Los que vivían en las montañas hacían veneración y sacrificaban a la estrella que llaman *Chuquichinchay*, que dicen ser un tigre y estar a su cargo los tigres, osos y leones; pedíanle en el sacrificio que no les hiciesen mal estas fieras.»

había huído a un cerro, de donde no volvió nunca. Es el caso que en ese cerro apareció inmediatamente un felino que llenaba, con sus rugidos de espantos a la noche: era el indio malo, convertido en tigre, que desafiaba en las breñas a sus perseguidores. Desde entonces el indio tinogasteño venera, por temor, al uturuncu, para congraciarse con el genio del mal.

Cuentan en el Ambato, que allá por el año 1852 vivía en la Puerta un indio muy malo, *ño* Rocha, quien tenía un cuero de tigre. Este revolcábase en su cuero y se convertía en el acto en *uturunco*; y, una vez transformado en felino, salía a hacer sus correrías por las estancias, cazando hacienda. Si se daba con un tigre lo peleaba, venciéndolo siempre. Para volverse cristiano el uturunco se revolcaba en el cuero de tigre.

Cuando murió ño Rocha, el cura negóse a enterrarlo en sagrado, y allá anda siempre de tigre en los campos.

Este temor supersticioso del indio de raza, estaba muy en boga en tiempo de la conquista, y por eso el padre Cobo escribe con tanta ingenuidad: «Tienen esta propiedad (los tigres), que cuando acometen de noche a los caminantes, estando ellos reposando, si entre muchos españoles y negros viene un indio, lo saca de rastro, y pasando por entre los demás, *a solo el indio* matan y comen» (1).

Y el indio, entre tanto, no hace frente al tigre; y, sin duda, por eso perdura hasta hoy lo que nos cuenta Lafone Quevedo, de que «hasta el día de hoy el pueblo bajo cree que muchos de los tigres (uturuncos) son hombres transformados, y para ellos tienen algo de *non sancto* el que los caza; cuando la fiera llega a *mascar*, como dicen, a su cazador, parece que causa cierto placer a los que oyen o cuentan el lance» (2).

Garcilaso (3), hablando del tigre, nos dice igualmente: «Se dejaban matar con el tigre cuando lo encontraban y no lo mataban.» Y es claro que era esto por el temor supersticioso inspirado, y además porque se tenía por cierto que los felinos eran hombres transformados.

Con el culto del tigre, bajo muchos puntos de vista, sucede lo que con el culto a la serpiente, aunque éste, sin duda, por las pinturas de los petroglifos y la simbología funeraria, era más trascendental.

La figura que presento (fig. 151), un hermoso mortero de piedra de mi colección, de $0^{m}30$ de largo por $0^{m}18$ de ancho, parece ser muy interesante en el sentido que más arriba he insinuado, y es el único ejemplar que yo conozco con tales formas y arte.

De un lado del mortero de piedra común, y en grueso relieve, puede verse al tigre, y del otro, la caza del hombre (fig. 152).

En estas figuras intencionales, claro es que no se han labrado porque sí al tigre y al hombre, y para mí que existe una relación íntima con la su-

(1) *Historia del Nuevo Mundo*, tomo II, libro IX, página 338.
(2) *Londres y Catamarca*, página 256.
(3) *Comentarios reales*, tomo II, capítulo IX, página 30.

persticion aquella de la transformación del hombre en tigre o cosa que se parezca. Por lo menos, tan original objeto dice mucho, debiéndose tener en cuenta la particularidad de que el tigre aparezca en el mortero, al que también se veneraba.

Ambrosetti, que ha escrito la muy interesante leyenda del Indio Tigre (1), nos hace notar que si abandonamos la región occidental quichua-calchaquí y nos dirigimos hacia la oriental, guaraní, veremos con sorpresa campear las mismas creencias respecto de estas curiosas metamorfosis que se reproducen en la superstición y la leyenda, del mismo modo; y así, los cainguá del Alto Paraná cuando ven algún tigre cerca de una tumba, creen que es el alma del muerto reconcentrada en el animal; los guayanas de Villa Azara creen también en la metamorfosis en vida de algunas personas; en la provincia de Entre Ríos, habitada antiguamente por la nación minuana, se conserva también una leyenda sobre reencarnación del alma de un hombre en un tigre negro; en Misiones, Corrientes y Paraguay, es fácil oír hablar

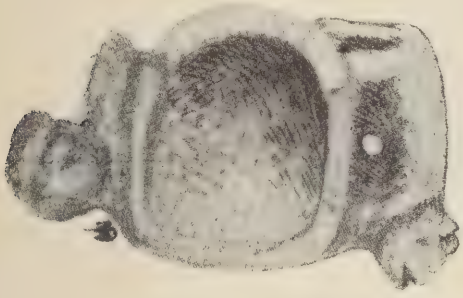


Fig. 151. — Mortero de Ambato (Catamarca). Visto del lado del tigre. Colec. Quiroga

Fig. 152. — El mismo visto del otro lado

de los *yaguaretés-abás*, creyéndose que sean indios viejos bautizados, que de noche se vuelven tigres, a fin de comerse a los compañeros con quienes viven o cualesquiera otras personas.

Los bororos del Alto Paraguay también tienen numerosas supersticiones sobre el tigre.

Entre estos indios, como se cree en Catamarca y en La Rioja, el medio de obtener la transformación del hombre en tigre es revolcarse, con ciertas ceremonias, invocando a éste, sobre su cuero. El hombre que tal hace, poco a poco toma las formas del felino, hasta que se vuelve un tigre completo, el que no tiene desde entonces otra vida que andar a la caza de los enemigos del mortal transformado en tigre, para vengarse de ellos.

La transformación del hombre en tigre es muy común en todo Calchaquí, ya por medio del cuero, ya untándose grasa del felino, o ya por invocaciones del moribundo, a quien tienen largas cuentas que rendir los que le han hecho daño.

(1) *Leyenda del Yaguareté Abá*, Buenos Aires, 1896.

En Machigasta (La Rioja), cuentan que un indio que venía de los pueblos, llevaba unas cargas de no sé qué cosa, y que en medio del campo, en un arenal, lo mataron dos conocidos suyos por robarlo. El asesinado al morir invocó al tigre para que lo vengase. Dos o tres días después apareciósе un tigre en el lugar del suceso, y oliendo la sangre de la víctima, salió rugiendo, siguiendo el rastro de los asesinos. Lo cierto es que al poco tiempo los dos matadores fueron víctimas del tigre, el que los despedazó con sus garras, purgando así su delito.

En Santa María hay también la creencia del hombre transformado en tigre; y es común encontrar figuras de tigre en barro, generalmente fragmentos de algunos objetos de alfarería. En mi colección cuento con algunos de éstos, como el pequeño tigre que reproduzco, de tamaño natural, en actitud de acecho (fig. 153).

El precioso *topo* de plata, adquirido en Quilmes (fig. 154), tiene grabado en la parte superior, con verdadera habilidad artística, como si se tratase de un trabajo moderno, un león o tigre, que parece correr.

Fig. 153

El hecho de encontrarse un carnicero grabado en una preciada joya indígena, es significativo, pues es sabido que los caciques y curacas en sus adornos llevaban pintados o grabados ídolos, o símbolos que se relacionan con la superstición popular.

La figura 155 es un tigre (mitad del tamaño natural) al que falta la cabeza. Es de barro, color plomo obscuro, pudiendo en su piel notarse la indicación de las manchas de la misma.

La figura 156 es una cara de tigre, de un tercio del tamaño natural, encontrada en San José. Es un fragmento de un objeto mayor, de barro color ladrillo, mal cocido. En la boca del tigre vense dos grandes dientes o colmillos, habiendo el tiempo carcomido los de la mandíbula inferior. Las pequeñas orejas del felino aparecen cortadas; la nariz es grande y chata.

La figura 157 es otro fragmento de distintas formas del anterior, y como puede verse desde el primer momento, el tigre cobra facciones humanas, en la nariz, la boca, los ojos y el corte de su cara, al grado de que sólo por sus orejas conócese que es un animal.

En otras figuras la fisonomía del tigre es más tosca, no porque el indio dejase de tener habilidad para imprimirle la perfección en las formas, sino

porque en todas las figuras domina un convencionalismo típico para la representación de cada una de ellas.

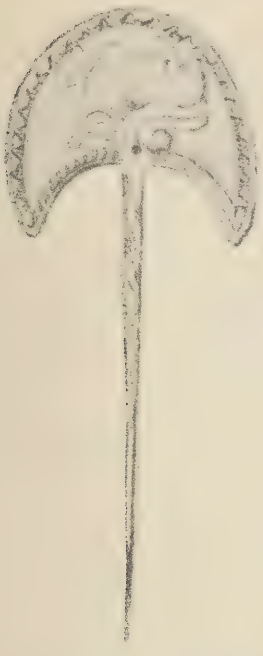


Fig. 154. — 1/2 tamaño natural
Topo de Quilmes. Colec. Quiroga

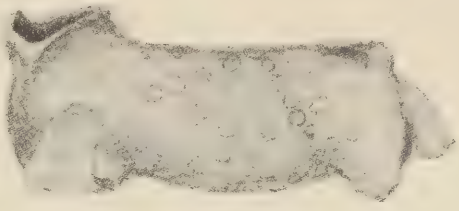


Fig. 155. — Colec. Quiroga

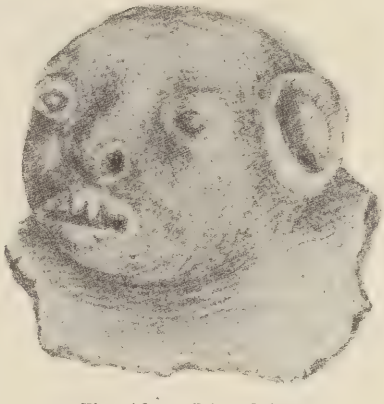


Fig. 156. — Colec. Quiroga

Fig. 157. — De Andaguala. Colec. Quiroga

Conviene hacer notar que hasta hoy en muchos lugares apartados de Calchaquí hay la creencia de que algunas familias de indios descienden del tigre, sin duda porque ellas han engendrado respectivamente tipos de gran valor o perversidad. A Facundo, por ejemplo, sabemos que se le conocía con el apodo de « Tigre de los llanos ».

AMARU

La serpiente figura en la simbología religiosa de todos los pueblos. Los egipcios en sus alegorías presentábanla con dos cuernos, y era ella el emblema en la frente de sus divinidades. Las sinuosidades de su cuerpo representaban la marcha del Sol.

El dios Nehebka fué representado en forma de serpiente.

Como consta en el libro de los Reyes, los sacerdotes ofrecieron incienso a una serpiente de cobre en tiempo de Hiskiah.

En el vedismo, Ahy es la nube en forma de serpiente.

La serpiente emplumada de los monumentos aztecas es una forma de Quezaltquevalt. La veneración extendíase por todo el imperio (1).

Otras naciones y tribus del continente veneraban con especialidad a la serpiente, como los peruanos, natches, caribes, etc. (2).

En el Perú, Garcilaso nos refiere que antes de los incas se adoraban numerosos animales, entre los que se rendían culto también « a las culebras grandes por su monstruosidad y fiereza... y a otras culebras menores, donde no las había tan grandes como en los Antis, a las lagartijas, etc. » (3).

En la idolatría de la segunda edad, cuenta él mismo, de cómo Manco Capac impuso el culto al Sol, hablándoles desdeñosamente de « las sabandijas que eran más para haberles asco y horror, que para estimarles y hacer caso dellas » (4).

Finalmente en otro lugar nos refiere que en tiempo de Yahuar Huacac, éste tuvo ocasión de ver que en las provincias de los Antis « comúnmente adoraron por dios al tigre y a las culebras grandes, que llamaban Amaru... y que todos los adoraban aquellos en dios por su grandeza y monstruosidad... y dicen que una maga los encantó para que no hicieran mal (las bobas), y que antes eran ferocísimas » (5).

Ambrosetti, en su muy interesante estudio de la serpiente en la alfarería, nos dice que el culto de la serpiente en la región occidental de la América

(1) Squier, *Serpent. Symbol in America*, página 162 y siguientes.
(2) Müller, *Geschichte der Amerikanischen Urreligionens*, páginas 221 y 366.
(3) *Comentarios reales*, tomo II, capítulo IX, página 31.
(4) Garcilaso, cit., tomo II, libro II, capítulo I, página 83.
(5) Id., íd., libro IV, capítulo XVII, páginas 306 y 307.

del Sur, desde los más remotos tiempos ha ocupado uno de los primeros lugares en el fetiquismo de los indios, citando el testimonio autorizado de Zárate, el cual hace mención de la existencia en los templos pertenecientes a los pueblos situados bajo la línea equinoccial, de figuras de grandes serpientes que esos indios adoraban (1).

No es extraño entonces, que se vean en todo Calchaquí tan visibles rastros del culto de la serpiente, figurando ésta con insistencia en la alfarería funeraria, en las petrografías, en los adoratorios, en la cara de los ídolos, etc. Por eso vemos aparecer un par de grandes serpientes en una de las interesantes piedras grabadas de Colalao, y en las siguientes petrografías que

Fig. 158. — Petrografía de las flechas

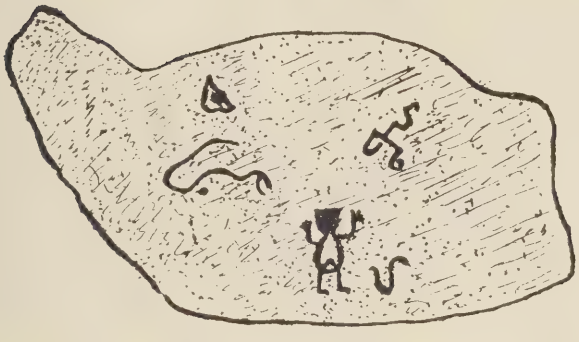


Fig. 159

nos ofrece el señor presbítero Toscano (figs. 158 y 159) (2), en los que la serpiente figura en lugar especial.

Los pueblos de las urnas funerarias y los petroglyfos, vese a las claras que adoraban, como toda nación de Antis, a la serpiente de una y dos cabezas, y seguramente al largato, el *humucuti*, la *higuana*, etc.

El padre Cobo (3) nos confirma este culto de la serpiente en los adoratorios de Antis ; y así hablando sobre el particular, escribe : « En el distrito del Cuzco se hallaron tres culebras de metal, delgadas y revueltas, todas juntas en un palo, las cuales tenían templos por sí, *chácara* y quien les guardase y tuviese cuenta con el sacrificio, el cual se les hacía ordinario ; y

(1) *El símbolo de la serpiente en la alfarería funeraria de la región Calchaquí*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XVII, cuadernos 4, 5 y 6 ; Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, capítulo IV.

(2) *La región calchaquina*, páginas 48 y 59.

(3) *Historia del Nuevo Nuevo*, tomo III, página 330.

venían allí según dicen, gentes mordidas por serpientes. El origen de esto es una fábula estensa que ellos cuentan; pero era adoratorio de grande estima.»

Indaguemos ahora lo que la serpiente significa en la mitología de la montaña, y el papel que la misma desempeña.

Por los datos que la crónica andina nos transmite sobre las dioses de estas regiones, sabemos que la serpiente era tenida en mucho, y que hasta adoratorios habían levantado, adoratorios en los cuales hacíanse cruentos y sangrientos sacrificios.

Fig. 160 — Urna funeraria

El folklore nos enseña que perduran tradiciones relativas a la serpiente con respecto a la que hubo, en otros siglos, grande superstición en Calchaquí. Así, por ejemplo, nuestros paisanos con cierto terror religioso ven a la serpiente, como si se hubiera aparecido un ser sobrenatural. Yo he presenciado la muerte de una gran cascabel y he visto persignarse a uno de los peones cuando se le daban golpes en la cabeza. Para nuestros indios, donde aparece una serpiente o viborón, es muy probable que haya un tapado. Cuando cae un rayo, hay la creencia de que seguramente una serpiente aparece en el punto donde cayó. En los viejos enterratorios, la serpiente es el guardián de los restos, habiendo tenido ocasión de ver que nuestros paisanos, cuando desenterramos las urnas funerarias, temen alzar el puco de la boca de la urna, porque ya se les ocurre que asoma la cabeza una fenomenal serpiente; y el caso es que como las tinajas están vacías, nada de extraño es que sean guaridas de víboras, como ha sucedido.

La tradición que hasta hoy se conserva de que donde cae un rayo allí se encuentra una serpiente, se aviene perfectamente con una observación que he hecho y que puedo comprobar: que la serpiente tiene vinculación con la luz, con el sol, con los astros, con el rayo y con los fenómenos meteorológicos. Tan esto es así, que en mi colección hay numerosas urnas funerarias con la serpiente-rayo o rayos en forma de serpiente zigzag, con una o dos cabezas.

La siguiente urna (fig. 160), es una prueba concluyente de la serpiente-rayo en el simbolismo de la alfarería funeraria. En el cuello de la tinaja, a uno y otro lado, bajo las cejas de la figura de la misma, vense serpientes de dos cabezas en forma de rayo, lo que es natural que el indio ha hecho

Fig. 161. — Urna funeraria de Tafí
Colec. Quiroga

Fig. 162. — Urna funeraria de Tafí
Colec. Museo Nacional

un voto pidiendo agua, siendo la serpiente-rayo el símbolo o nuncio de la lluvia que fecunda los campos sedientos del valle de Yocavil.

No menos curiosas que la anterior son las urnas funerarias de Tafí, de las figuras 161 y 162. En la primera de éstas, a la izquierda, en la parte inferior del cuello, está reproducida la serpiente-rayo de la figura 160, también con dos cabezas. En la figura 162, vese en la sección izquierda del cuello de la serpiente enroscada arriba, y debajo de esta un rayo zigzag con cabeza figurada, que seguramente es de serpiente.

En la piedra de Calalao, a la izquierda del ídolo solar, vese claramente un rayo que toma las formas de serpiente lo mismo que en los petroglifos de las Flechas, en los cuales aparece distintamente la simbología de Amaru.

No puede, pues, ponerse en duda la relación estrecha de la serpiente con todo lo que es solar o da luz. Todo ello por otra parte, está corroborado

por la crónica peruana, de la que resulta de una manera categórica, que el culto a la serpiente es culto solar, y que el rayo es la serpiente misma; y en tal sentido el lector debe fijar su atención en el rayo o *Illapa* de la izquierda de la lámina del Yanqui Pachacuti, el cual, más que de rayo toma formas de serpiente, y encuéntrase contiguo al iris o arco *chuychu* y al astro *catachillay* (1).

No puede ser más oportuna la siguiente cita del padre Cobo (2), el cual escribe: « También tenían (los montañeses de Antis) gran cuenta venerar a otra (estrella) llamada *Machacuay*, que pensaban entendía en la conservación de las culebras, serpientes y víboras; principalmente porque, *cuando truena el relámpago parece de aquella figura;* demás desto porque las tenían por armas, y aun las criaban y tenían acá por *Guaca*... Finalmente adoraban a esta estrella porque la serpiente y víbora no les hiciesen daño ».

La serpiente-rayo es una prueba, entonces, irrefutable del papel de aquella en los fenómenos meteorológicos. Su aparición constante en las urnas de sacrificio para aplacar a Chiqui o propiciarse a Yaya, está diciendo a las claras que la serpiente, como ya lo manifesté, figura en las demandas de agua de la tribu sedienta. Y esto, sin duda, vendría porque el rayo, anuncio celeste de agua, tiene formas de serpiente, según lo asevera el padre Cobo y lo demuestra acabadamente las serpientes-rayos que ofrecimos más arriba. En segundo lugar, porque la serpiente sale de su cueva o escondrijo cuando la tierra quema y el calor la sofoca, que es cuando la descompostura de tiempo se produce, advirtiendo al respecto que hasta hoy entre los estancieros de Calchaquí la aparición de una víbora, especialmente de la serpiente cascabel, es señal infalible de cambio de tiempo y consiguiente lluvia.

Si no bastaran estas pruebas, se debe tener muy en cuenta que las serpientes, como los sapos, aparecen en los vasos, jarros y yuros, generalmente al borde de los mismos, indicándose naturalmente con ello que es *agua* el contenido de las vasijas. Así, por ejemplo, en mi pequeña olla tinaja de Capayán, en la parte donde se forma el cuello de la misma, aparecen dos serpientes típicas grabadas (fig. 163).

El jarro que va a continuación (fig. 164), es más significativo, en cuyos bordes una serpiente aparece que va a beber el contenido del mismo, líquido, naturalmente. Serpientes y *humucutis* se ven más de una vez en los yuros, y especialmente en las fuentes, al borde de las mismas, que se usan en los templos como pilas de agua bendita, habiendo Max Uhle enviado a Alemania un ejemplar precioso que consiguió de una capilla de Tinogasta.

La serpiente es, pues, un mito interesante en la tradición del culto nativo; y de allí, sin duda, que ha engendrado ilustre descendencia de guerreros, de profetas, y seguramente de ídolos personales.

(1) Véase figura 1 del capítulo « El Inti y Mama Quilla », página.

(2) *Historia del Nuevo Mundo*, tomo III, página 330.

Este aserto compruébolo con los ejemplos que ofrezco : el nombre sugestivo de Amaro-Yupanqui Inca, por haber salido una *amaru* del cerro de Pachatusan, de media legua de largo y dos brazos y medio de ancho, con barbas ; el nombre, asimismo, del viril rebelde Tupac-*Amaru*, y, finalmente, el ser el mito Thotan « corazón de pueblo », hijo de una serpiente, como lo asevera el Obispo Muño de Lara.

El curioso fragmento de ídolo personal de la figura 165 tiene también por ojos las extremidades enroscadas de la serpiente, que traza la cara de aquél.

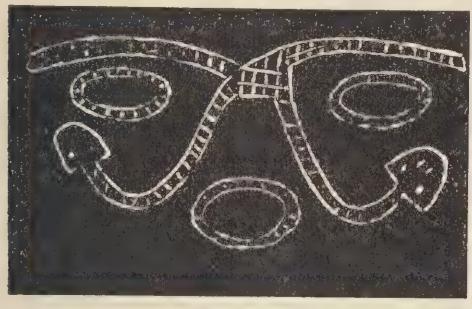


Fig. 163. — Serpientes en una tinaja. Colec. Quiroga

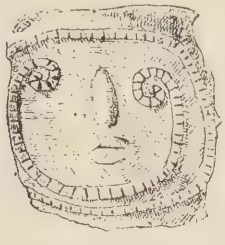


Fig. 165. — 1/2 tamaño natural
Colec. Museo Nacional

Fig. 164. — Jarro de Calpes (Pomán)
Colec. Quiroga

Fig. 166. — Urna funeraria de Tafí. Provincia de Tucumán. Colec. del Museo Nacional.

Ya he dicho que donde más aparece la serpiente es en las urnas funerarias, por la razón sencilla de que son urnas de sacrificio en demanda de agua. Estas serpientes generalmente están enroscadas en el lugar correspondiente a la mejilla de la figura, de cejas arqueadas, la cual serpiente estira su cuello hasta formar los ojos de aquel con sus cabezas, lo que además de su natural simbolismo, evitaría la profanación de los restos del muerto (1).

Muchas veces, sin embargo, las serpientes van debajo, como en la urna que ofrezco (fig. 166). En la parte superior de esta urna vense pintados

(1) Adán Quiroga, *La colección Zavaleta*, tomo II, página 11, Buenos Aires, 1896.

soles y debajo dos serpientes en forma de S, dejando en medio un simbolismo que, sin duda, es también de serpiente.

En la urna figura 162 se ve en la parte superior, a la izquierda, una serpiente de dos cabezas ligeramente enroscada, con su peculiar dibujo de escamas, y debajo una línea zigzag, que es un rayo, al parecer con cabeza de serpiente, para probarse una vez más que el rayo es la serpiente misma, y viceversa. En la panza de la tinaja vese a la serpiente de dos cabezas, en medio, enseñando sus dientes, manera típica de representársela.

Repito que en las urnas se ven serpientes por la razón fundamental de que en el sacrificio se demanda agua. Ambrosetti añade una otra, que califica de principal, y para mí es de segundo orden, por la razón sencilla de que en cierto modo es de ocasión, y posterior a la pintura. «Como los in-

Fig. 167. — Puco de Quilmes. Colec. Quiroga

Fig. 168. — Simbolismo de la serpiente
Colec. Quiroga

dios, dice, desde tiempo casi inmemorial habían puesto a sus muertos bajo la égida de la serpiente — (cosa que no está probada) —, entendieron que ella debía continuar preservándolos contra la rapiña de los conquistadores e inventaron la fábula de la serpiente guardiana de tesoros para librarse de tener que revolver las huacas al ir en su busca, primando en su imaginación el atavismo del terror que le tenían; temor que aun conservan, pues en algunas partes (Molinos), creen que la serpiente es muy capaz de llevarles *el nombre*, léase espíritu; es decir, temen volverse locos al ver a unos de estos reptiles, y por tanto se apuran en matarlos» (1).

Como los *pucos* tienen en la simbología relación directa con las urnas, cuanto de éstas se dice es aplicable a los mismos. Hermoso ejemplar es el

(1) Ambosetti, *El símbolo de la serpiente*, página 9.

adjunto (fig. 167) de mi colección, en el que se ven pintados de negro, sobre fondo rojo, dos serpientes, y en su centro el misterioso simbolismo de éstas, confundiéndose con el del rayo.

Y a propósito de este simbolismo, hay que dar por definitivamente sen-

Fig. 169. — Fragmento de urna funeraria del Pucará. Departamento de Molinos. Colec. del Instituto Geográfico.

tado, que la serpiente está representada por esos caprichosos dibujos escalonados y de figuras con líneas quebradas. La urna de la figura 168 no deja dudas al respecto.

Y ofrezco como prueba decisiva de mi aserto la siguiente (fig. 169) en la que se distinguen perfectamente las cabezas de la serpiente, y en la parte inferior esos dibujos que representan a Amaru.

EL ZORRO Y EL LEÓN

Yo no sé que el zorro, como otros animales, haya sido venerado por los indios calchaquíes, pues no existe tradición alguna de culto a este animal, a no ser en el valle de Londres, en el cual se dice que el Yastay suele aparecerse bajo la forma de zorro. Sin embargo, de cuando en cuando se hallan figurillas de barro que representan a éste, como la de la figura 170, que indiscutiblemente es un zorro, siendo seguramente el objeto uno de tantos de esos fetiches animales que suelen encontrarse en los valles.

El hecho de dar con este fetiche, y de hacerse referencias al Yastay en forma de zorro, háceme creer que el calchaquí le venerase, con tanta más razón cuanto que en el folklore este animal aparece de enemigo irreconciliable del tigre y del león, adorados por los indios, y a los que suele hacer caer en sus redes.

El zorro aparece en la leyenda popular como el más astuto de los animales, refiriéndose que antes sabía hablar, y si ello es así, lógico parece que el indio le hubiese venerado como fetiche, demandándole aquella cualidad previlegiada, tan necesaria al indio y tan desarrollada en el espíritu del mismo.

Sea de ello lo que fuere, inserto a continuación, en la forma dialogada como se refiere, un cuento catamarqueño sobre el zorro y el león, cuya moraleja enseña cómo el débil puede vencer al poderoso.

El león, se cuenta, bajaba de los cerros a una quebrada, y en una vuelta del camino divisó a un zorro que pasaba.

— Ya no puedo escapar, se dijo para sí el zorro, el que miró de reojo al león, haciéndose el indiferente. Y se puso a recoger *chahuar*. Recogía chahuar con su segunda intención, conociendo la curiosidad del león. Hecho el primer montón, el zorro dando un aullido, dirigió sus ojos atentamente hacia el sur, encontrándole en tal actitud el león, que se le acercó. El león miró al zorro y al montón de chahuar.

— ¿Qué haces, Zorro? ¿Por qué miras al sur y estás juntando chahuar?

— No me interrumpa, amigo León; no me interrumpa, que no hay momento que perder.

— Contesta a lo que te pregunto.

— ¿No ve, amigo León, que viene del sur una tempestad furiosa, que

va a barrer el suelo, que va a voltear los árboles, y que me va a llevar en la punta de sus vientos?

— ¡Ah!... es cierto. Y ¿qué harás con el chahuar?

— Pues atarme presto del tronco del árbol. No me interrumpa, amigo León; déjeme juntar chahuar, que ya se vienen tronando y silbando los vientos.

— Pues mándote que a mí me ates primero presto con tu chahuar que ya se vienen tronando y silbando los vientos.

El zorro obedeció sumiso su mandato. Dijo al león que se llegara a un tala, y haciéndole que se pusiera de pie, descansando el cuerpo sobre sus patas traseras, indicóle en seguida que se abrazara al tronco del árbol, para atarlo. El zorro anudó en el acto varias madejas de chahuar, y comenzó con ellas a envolver león y tala, hasta que dejó a aquél perfectamente amarrado, con brazos y manos sin acción.

— Amigo León, ya está bien amarrado al tala. Ahora me marcho, después de cumplidos sus deseos.

Fig. 170. — Zorro de barro
1/2 tamaño natural. Colec. Quiroga

— ¿Y la tormenta?

— ¡Qué tormenta, ni qué tormenta! Quédese amarrado, amigo León, y desátese si puede. ¡Hasta la vista, amigo León!

El zorro se fué muy contento por el triunfo de su astucia, oyendo desde lejos bramidos de rabia y de impotencia.

A propósito de este cuento local, cuyo origen nativo no creo que puede ponerse en duda, diré que, como nuestra leyenda del tigre *uturuncu*, tan semejante a la del *Yaguareté-abá*, el cuento que acabo de referir es casi idéntico al de la zorra y el tigre entre los araucanos y los guaraníes, cuyas leyendas y tradiciones han sido recopiladas en el Brasil por Conto de Magalhaes.

Los cuentos guaranítico-brasileño y araucano sobre la zorra y el tigre son referidos por el doctor Rodolfo Lenz (1), de quien los tomo.

He aquí el cuento guaraní:

El jaguar salió de la cueva y dijo: Ahora voy a pillar a la zorra. Anduvo, y pasando por el bosque oyó un ruido: *¡Chan, chan, chan!* Vió a la

(1) *De la literatura araucana*, páginas 23 y 24. Discurso leído en la Facultad de filosofía y humanidades de la Universidad de Chile, Chillán, 1897.

zorra que estaba tirando bejucos. La zorra, al verlo, dijo: Estoy perdida; el jaguar ahora, quién sabe, va a comerme.

La zorra dijo al jaguar: Allí viene un viento muy fuerte; ayúdame a tirar bejucos para amarrarme en un árbol; sino el viento me lleva.

El jaguar ayudó a la zorra a tirar bejucos, y le dijo: Amárrame a mí primero; como yo soy más grande, el viento antes puede llevarme a mí.

La zorra dijo al jaguar que se abrazara de un palo grueso, le amarró pies y manos y dijo: Ahora quédate aquí, diablo; que yo me voy.

Dice así el cuento araucano:

Una vez el tigre encuentra al zorro que está cortando lazos a la sombra de un roble: « ¿Qué estás haciendo Zorro? » le preguntó el tigre. « Estoy cortando lazos; luego todo el mundo va a darse vuelta, y entonces quiero yo amarrarme en este roble, que va a quedar firme, contestó el zorro. » « ¿De veras? replicó el tigre; entonces amárrame a mí primero. » Esto era lo que quería el astuto animal. El tigre se abrazó del roble y fué amarrado, bien apretado; en seguida el zorro le dió una fenomenal paliza y se fué.

Ahora bien ¿cómo se explican estas coincidencias en tres lugares distintos y apartados los unos de los otros?

La cuestión es interesante y merece la pena de ser abordada.

La observación apuntada por Lenz sobre las dos curiosísimas coincidencias que he referido, a la que yo añado una tercera con el cuento calchaquí, es con mayores motivos digna de tenerse muy en cuenta entre nosotros. « Muchos rasgos de los cuentos araucanos, escribe (1), están tan estrechamente relacionados con animales y costumbres particulares de las regiones habitadas por nuestros indios, que nos parece difícil creer en influencias extranjeras, pero en otros casos, como los que acabo de citar, las semejanzas y correspondencias son tan completas que es igualmente difícil creer que varios pueblos tan distintos hayan inventado el mismo cuento independientemente. »

Una compilación ordenada y comparativa de estos cuentos podría quizá servir como una de las bases para el estudio, apenas iniciado, de las migraciones de las razas americanas, de las que tantos rastros indelebles parecen existir en los mitos y monumentos de los diferentes pueblos del continente.

(1) *Op. cit.*, página 25.

EL SURI

Aunque no pueda asegurarse que el avestruz o *suri* haya sido un dios o semidios de Calchaquí, tampoco puede, por fundados motivos, ponerse en duda de que el suri es actor en la mitología de la montaña, figurando en el culto sagrado a los muertos.

La veneración a este animal se explica por las razones que hanse dado del porqué del culto a los demás animales que sabemos adoraban las naciones andinas. El avestruz, por su tamaño, su rapidez en la carrera, lo fino de su oído, la pluma de sus alas y su vida en las planicies abiertas, llano o *pampa*, debía desde el primer momento hablar a la superstición del indio, presentándosele como un ser misterioso, engendro de la llanura, nuncio de la lluvia, a la que siente olfateando el vapor de agua antes de haber aparecido la primera nube en el horizonte.

Lo que pasa con el tigre uturuncu, acontece, sin duda, con el avestruz, en el sentido de que el indio tomaba sus formas, transformándose en animal.

Ya a Lafone Quevedo llamó la atención que la cabeza del suri no figurase en las fiestas del Chiqui, escribiendo al respecto : « Aquí me permito sugerir una razón por qué el suri no contribuye con su cabeza al sacrificio del Chiqui : aquellos indios creían que había hombres o hechiceros que tenían la facultad de tomar la forma de animales; sería por eso que respetaban al avestruz, suri o xuri, recelosos de que alguno de su *gente* pudiese hallarse a la sazón revestido del « ave » aquella » (1).

De que indígenas había que tomaban formas parciales de avestruz, era cosa corriente entre los indios del Río de la Plata (2); y así, en un documento de 1528, se lee : « Estos querandíes... nos dieron. mucha Relación de la sierra y del blanco. como aRiba digo y de vna jeneración con quienes ellos. contratan *que de la Rodilla abajo que tienen. los pies. de abestruz...* » (3).

Ya en el capítulo « El Chiqui » hice notar, con motivo del estudio de

(1) *Londres* y *Catamarca*, capítulo XXIX, página 235.
(2) F. T. Outes, *Los querandíes*, página 159, 1897.
(3) Carta de Luis Ramírez. San Salvador, 10 de julio de 1528.

dos urnas de Andaguala, que la imagen funesta de éstas parecía transformarse en avestruz.

Bien significativa parece ser en este sentido, la figura 171, pintada en el cuello de una de esas urnas.

La figura ésta parece decir a las claras que el supuesto Chiqui, propiciado ya con los humanos sacrificios, pues sobre el hombro izquierdo lleva una cabeza y otra vese entre los pies, está para transformarse en avestruz, quizá para anunciar la demandada lluvia, dando en el campo al aire su plumaje y lanzando agudos silbos.

Fig. 171. — Dibujo en una urna. Colec. Quiroga.

Fig. 173. — Pintura en una urna de Andaguala

Fig. 174. — Petroglyfo de Cafayate Lámina de Toscano

Significativo es por demás el avestruz, pintado sobre el pecho del dios monstruo, y parece no caber duda, por los tres largos dedos del pie y por la forma de las piernas, que se ha querido representar al fantasma de cara humana con pies y piernas de avestruz, tal cual es cosa corriente en la leyenda querandí.

Parece, además, confirmar esta transformación, el hecho de que en la parte inferior de la misma urna vese ya al avestruz en actitud de correr, la pierna doblada en la rótula y llevando en el abierto pico una serpiente (fig. 172).

En la otra de las urnas andalgualenses, una figura semejante al dios monstruo tiene también piernas y pies de avestruz.

El lado opuesto de esta tinaja está llena de un simbolismo de pequeños *suris*. Este simbolismo está en parte reproducido en la figura 173.

Que el avestruz (a parte del respeto que hoy mismo le tienen los paisanos al no sacrificarlo cortándole la cabeza) era venerado en Calchaquí, lo prueba la inserta inscripción (fig. 174), de un adoratorio o caverna de sa-

crificios de los valles salteños, que como una curiosidad nos ofrece el presbítero J. Toscano, de Cafayate (1).

En la pintura de la gruta que acabamos de reproducir, vese claramente, por su posición en la parte superior, que el avestruz que mira a la puerta de la gruta, es el personaje principal de la simbólica pintura, sobre la que el padre Toscano escribe muy acertadamente : « Un segundo adoratorio o más propiamente caverna de sacrificios, es una gran cueva-salón, formada de un sólo peñasco. Allí se destaca, dominando todas las demás pinturas, un hermoso *avestruz* que mira hacia la puerta de la caverna (véase nº 1), y a un extremo el indio agorero sacrificador, al parecer (nº 2), y atrás pinturas cuyas formas no son exactas aunque parecidas, y algunas letras iguales a las que se ven en las petrografías.

« Entre los egipcios, añade, se representaba la justicia por una pluma de avestruz; quien sabe si él no indica el lugar donde se hacía la mactación de las víctimas, no sólo para los sacrificios religiosos sino también de los

Fig. 172. — Dibujo en la misma urna

prisioneros que se tomaban en tiempos de guerras en sus combates con las tribus enemigas, y después de entre los soldados de la conquista » (2).

En la lámina que nos ocupa, así como en las urnas antes citadas, vese al avestruz figurar como de maestro de ceremonia de los humanos sacrificios para aplacar a los dioses de la montaña.

Pasemos ahora a estudiar rápidamente al suri en la alfarería funeraria en la cual aparece tan a menudo.

Las urnas funerarias están generalmente llenas de pinturas que representan el rayo, la serpiente y el avestruz, y sabemos perfectamente que ellas son urnas de sacrificio en demanda de lluvia, dado su simbolismo y otros antecedentes que no es del caso enumerar.

El rayo y la serpiente aparecen casi siempre en el cuello de la urna. El avestruz, al revés, está pintado de rojo, amarillo o de negro, en la panza de la tinaja, casi siempre en actitud de correr, con las alas desplegadas, la pierna doblada en la rótula y el pico abierto. Es como si nos indicara que está lloviendo o está por llover, lo que para mí es indiscutible. El avestruz generalmente suele llevar pintada en la caja del cuerpo una cruz

(1) *La región calchaquina*, página 63. Buenos Aires, 1898.
(2) *Op. cit.*, páginas 62 y 64.

maltesa, símbolo que no sabemos aún lo que significa, pero que yo sospecho que es de agua (fig. 175).

Muchas veces, también, el suri lleva en su pico una serpiente, o aparece haber lanzado este reptil, como puede verse esto último en la figura 176, que es un puco, lo mismo que ya tuvimos ocasión de ver en la figura 172. Que el avestruz devorase a *amaru* no es posible, dada la genealogía mitológica de la serpiente, y dos hipótesis pueden hacerse al respecto. Primeramente es muy posible que el avestruz devore a la serpiente para formar con ésta un dios doble, demostrándose así que la súplica por agua ha sido dos veces atendida, debiendo observar que esto de los dobles espíritus

Fig. 175. — Colec. Zavaleta

Fig. 176. — Colec. Zavaleta

es cosa corriente en el folklore, y que el dios triple es el Tangatanga de tres caras. En segundo lugar, es más posible aún que la serpiente en el pico del avestruz signifique que ya la súplica de la tribu sedienta fué escuchada. y que la divinidad aplacada enviará la ansiada lluvia. El avestruz, en tal caso, no es que devora la serpiente, sino que la lanza como anuncio de agua, toda vez que la serpiente y el rayo puede decirse que son una misma cosa. La serpiente del avestruz sería entonces la serpiente-rayo.

El avestruz encuéntrase excepcionalmente en el cuello de la urna; y cuando figura en esta parte de la tinaja, no está representado de gran tamaño, ni es uno solo, sino varios *suricitos*.

Los pucos, cuyo simbolismo guarda relación con la urna correspondiente, no suelen tener frecuentemente pintados avestruces, y así los dibujos de los pucos son la excepción que confirma la regla en contrario. El símbolo de la serpiente, al revés, aparece en casi todos estos objetos.

HACHAS PARA CONJURAR LA PIEDRA Y EL GRANIZO

Es fama en Tolombón y otros lugares al norte de los valles calchaquíes que las antiguas hachas de piedra que se encuentran en las excavaciones o los sepulcros, están dotados de múltiples virtudes.

Sobre estas hachas, que se guardan como amuletos para conservar la buena salud y que curan las enfermedades del corazón, perduran en las citadas localidades otras creencias fetiquistas. Hijas del rayo, como que su material es de piedra del rayo o de roca partida por el rayo en la cumbre, Inti-illapa, las ha animado de vida y de voluntad, con acción directa y eficaz sobre los fenómenos meteorológicos o atmosféricos.

Las hachas sagradas llaman al relámpago, su padre, y ellas atraen la tormenta cuando en los horizontes lejanos aparecen las nubes cargadas de vapor de agua, las que poco a poco se desprenden de los picos más altos de las montañas para caminar sobre el espacio del cielo.

Pero acontece muy a menudo que la tormenta, otro gran fetiche del espacio, se enoja, y amenaza la tierra con su rugido, oyéndose a veces un ruido lejano, como el de un redoble continuo de tambor, cada vez más y más perceptible. Es que la tormenta arroja la piedra que devasta cuanto encuentra de pie sobre la tierra, desgajando los árboles, tronchando los brotes, volteando los frutos y quebrando las plantas que dan las mieses.

Entonces, cuando los Caylles no tienen suficiente acción sobre la tormenta para apaciguar la tempestad, acúdese a las hachas sagradas de piedra, guardadas religiosamente en algún rincón de la casa del indio.

Verifícase con ella el conjuro a la piedra, cuya llegada se hace sentir, invocándose a las mismas, y presentando su filo, que es eficaz a la tormenta.

Para efectuar la curiosa ceremonia se tiene en cuenta el ruido más o menos intenso que hace la piedra, y la sucesión más o menos continua de los truenos, así como el ruido que estos producen.

Si el ruido de la piedra y de los truenos no es muy intenso, salen al patio de la casa o a una *pampa* contigua a la misma, todas las personas que la habitan, cada una de ellas con su hacha de piedra en la mano, o con piedras con filo, si las hachas no alcanzan. Si el ruido de la piedra es fuerte y continuo y los truenos se suceden a menudo, no deben pasar de *tres* las

personas que se presenten con sus hachas a conjurar la piedra. Estas personas deben ser el dueño de casa y sus dos hijos mayores.

Llegados al patio o a la pampa, las referidas personas deben distribuirse convenientemente. Cada una de ellas toma con la derecha su hacha, de la cabeza, y levantándola, ofrece el filo sagrado a la tormenta, inclinándola hacia el lado de donde viene; al mismo tiempo levanta el rostro, también mirando a la tormenta, debiendo las personas mantenerse de pie mientras dure la caída de la piedra, la que no tardará en cesar.

Si, no obstante tan singular conjuro, continuase la tormenta y la manga de piedra se desencadenase, después de haberlas soportado un rato en la actitud indicada, las hachas deben clavarse en el suelo, siempre con el filo hacia el lado de la tormenta, o verticalmente si la tormenta está encima. Entonces se echa ceniza sobre el suelo.

El objeto de esta última ceremonia de clavar las hachas en tierra es para que la Pachamama las presente a la tormenta, vista la ineficacia del conjuro hecho por el hombre.

De seguro que entonces la tormenta cederá y dejará de caer piedra.

Una ceremonia semejante se practica cuando en los días inclementes del invierno comienza a caer granizo sobre la tierra.

Este fenómeno del granizo se produce, según se cuenta en los valles, cuando luchan *la* Viento y el Nublado, y es este último excepcionalmente favorecido por la victoria, porque si el triunfo hubiese sido de *la* Viento, entonces llovería.

Es de advertir que el granizo aparece personificado en la lámina simbológica del Yamqui Pachacuti, que tantas veces he citado. Esta figura de la siguiente manera: un animalillo monstruoso, de largo cuerpo, gran cola, patas entreabiertas, cara de grandes orejas, muy semejante a un tigre, de cuya boca salen cuatro rayas terminadas en cabecitas como de alfileres, que deben ser el granizo que el animal arroja soplando. Esta figurilla lleva la siguiente leyenda: *granizo Cab. o chug-hunchay.*

FETICHES

Las tradiciones fetichistas son frecuentes en Calchaquí, y los fetiches abundan por centenares.

Gran parte de este material sagrado, de piedra o de barro, debe corresponder a las épocas que convencionalmente denominamos de la prehistoria, porque el antropomorfismo, primera elocuente manifestación del politeísmo, aparece en la plenitud de su desarrollo cobrando formas y aspectos humanos cuanto fué adorado en la naturaleza animada o inanimada, dotándole de personalidad propia, de modo que de la materia con animación y voluntad se efectuaba la transición a los dioses que la dominan, pues por un fenómeno bien explicable de condensación o de sincretismo avánzase de la simple concepción fetichista, de la infancia de la tribu, al mito politeísta.

En un principio el indio explicábase los fenómenos de la naturaleza, dotándolos de personalidad material; y de aquí los fetiches que los representaban para aprovechar en su favor tales fenómenos, propiciando a los fetiches o conjurándolos si pensaba que le hacían daño, por lo cual el indio usaba de medidas de rigor contra sus propios dioses, a los que llegaba a entregar a la pública execración (1).

Ha dicho perfectamente Girard de Rialle (2), que «la faz inicial de la concepción religiosa del universo anterior a la concepción metafísica y positiva o científica, es el fetichismo». En este período religioso de los pueblos todos los fenómenos, los seres, las cosas de la naturaleza tienen voluntad, inclusive la tierra, que se vuelve un gran fetiche.

Los objetos y las cosas cobran personalidad material y aparecen dotados de pasiones; el indio, como el niño, pega a la cosa en que se ha golpeado; la naturaleza inerte se anima; los animales se vuelven personajes en los dramas de la vida. Cada hombre elige su fetiche para implorarle su protección; si no le protege, lo abandona, cambiándolo en el acto por otro; si este fetiche obra en su bien, es motivo de veneración de su dueño, y

(1) Sobre este interesante asunto véase a Lubbock, *Orígenes de la civilización*, página 189 y siguientes. Madrid, 1888.

(2) *Mythologie comparée*, tomo I, capítulo I, página 2.

cuando su fama ha corrido por el pueblo, éste le adopta por su dios; entonces el fetiche necesita de un intérprete, de una persona que le hable y que le oiga, y entonces surge el mago, el sacerdote, el cual suele llegar a ser el cacique mismo, si la virtud del fetiche es extraordinaria. Cuando el culto ha dejado de ser privado para volverse nacional, el fetichismo concluye, comenzando el politeísmo, pues poco a poco el fetiche se vuelve una abstracción, y pronto el dios deja de encarnarse en un objeto material para hacerse un ser sobrenatural, que preside muchos fenómenos. El fetichismo era la adoración de un objeto animado por la fe del devoto, mientras que el politeísmo es el culto de un dios exterior a la naturaleza, que tiene un poder más o menos grande sobre ella. Muchos fetiches, con sus virtudes especiales para curar enfermedades, hacen felices a sus dueños, y para que reproduzcan sus ganados son hasta hoy importados por los indios bolivianos a Calchaquí, y adquiridos a buen precio por el pueblo, lo que demuestra que antiguamente admitíase la importación de fetiches, cuando éstos no eran arrebatados al enemigo o hurtados clandestinamente por la publicidad de sus virtudes.

El culto fetichista de la naturaleza inanimada en Calchaquí aparece tanto como el culto a la naturaleza animada. La tierra, el agua, el aire y el cielo eran objeto de un culto especial. Venerados eran, como se ha visto, la madre Tierra, el Sol, la Luna, los astros, la montaña, la fuente, los monolitos, las piedras, los árboles y las hierbas. Igualmente eran objeto de culto los pájaros y los animales, como el cóndor, el águila, la serpiente, el león, el tigre, etc.

La tierra, madre común, era el fetiche más comúnmente adorado, haciéndose poco a poco politeísta este culto, una vez que se transforma en Pachamama, divinidad antropomorfa que tiene dominio sobre las montañas y las cosas que el suelo produce.

De todas aquellas divinidades me ocupé ya, por lo que me limito a enumerarlas puramente en esta ocasión. Lo mismo haré con las illas, los maquis, los huacangues y todos los amuletos propiciatorios, que no son otra cosa que fetiches. En esta ocasión me limitaré a reproducir algunos curiosos ejemplares del culto fetichista, tratando de explicar la virtud de cada uno de ellos, y el propósito que el indio tuvo al labrarlos o trabajarlos, valiéndose del material de piedra o de barro.

Dejaré también para otro capítulo aparte los fetiches que clasificamos con el nombre de amuletos, y los cuales eran portados por las personas, generalmente con su agujerillo para ser suspendidos. Los fetiches que me ocupan suelen representar animales o tener representadas caras de animales o de monstruos, cuya figura no es dable muchas veces atribuir a ninguna de las especies conocidas. En otras ocasiones los fetiches, sin fisonomía animal o monstruosa, aparecen simplemente con labraduras o talladuras en el material de piedra.

El objeto de la figura 177, de la colección del Instituto Geográfico Argen-

tino, es sin duda un fetiche de piedra al cual el artista ha impreso ciertas formas con los rebordes salientes y las represiones respectivas que dejan, y que parece haber querido indicar el cuello y la cabeza del objeto de piedra.

Ambrosetti lo clasifica entre los *Toquis*, o insignias de mando (1), « no habiendo podido hasta ahora darse cuenta de su uso ».

Para mí es más bien una mano de mortero y el objeto serviría de instrumento sagrado en las ceremonias del culto fetichista de este útil de las moliendas, golpeándose con este fetiche mientras se pronunciaba la respectiva invocación. Al fetiche mismo se pediría granos para moler.

El mismo Ambrosetti (2), en su lámina 153, publica el raro fetiche de

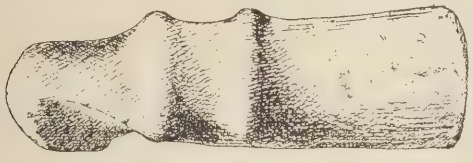


Fig. 177 — 1/3 tamaño natural. Colec. Instituto geográfico argentino

Fig. 178. — 1/3 tamaño natural Colec. Instituto geográfico argentino

Fig. 179. — 1/2 tamaño natural. Colec. Zavaleta.

Fig. 180. — Fetiche, 1/4 tamaño natural, Rioja. Colec. Max Smitd.

piedra de la figura 178, encontrado en Pipanaco (Pomán). Es de arenisca blanda muy cargada de mica.

El objeto, semejante a un martillo, está roto en la parte inferior de su mango, que forma el cuello de la gran cabeza monstruosa que hace de maza, y en la que aparecen toscamente tallados una larga nariz y dos ojos irregulares, indicados por dos pequeños pozos calados en los lugares respectivos.

Este objeto posiblemente fué empleado como instrumento sagrado en los sacrificios humanos, el que aparecería con acción propia para ultimar las

(1) *Notas de arqueología calchaquí*, número XXII, página 168.
(2) *Op. cit.*, página 169.

víctimas. « Muchas veces me he preguntado, dice Ambrosseti (1), si este curioso cetro de piedra no habrá pertenecido a alguno de esos viejos *humaniyoc*, o dueño de la cabeza, el terrible sacerdote que presidía los sangrientos sacrificios del *Chiqui*. »

El curioso ejemplar de la figura 179 fué encontrado en Famatina (La Rioja). Representa a un animal fantástico, labrado en un trozo rodado.

Su cabeza es deforme y su boca descomunal en todo el largo de su hocico o trompa. Lleva el animal sus dos manos de relieve a la boca, como si comiese, detalle sin duda el más interesante de la figura y que puede caracterizarla; las piernas dobladas, encogidas hacia arriba como si montase otro objeto, aparecen también de relieve, dejando abultada la sección ventral comprendida entre éstas y sus largos brazos en forma de líneas quebradas.

Este fetiche fantástico debe tener directas relaciones con el acto de la alimentación, por lo que se lleva ambas manos a la boca, y posiblemente él

Fig 181. — 1/2 tamaño natural

Fig. 182. · Tamaño natural. Colec. Zava

suministraría alimentos a la familia que lo poseyese. Su vientre abultado parece indicar que vive lleno.

Puede que el fetiche de la figura 180, tallado en una colpa de galena, no sea sino una nueva representación del fetiche anterior.

La cara de esta figura, semejante también a la del fetiche que acabo de describir, termina en un largo hocico, no viéndose su boca porque ambas manos en relieve llévalas el monstruo a los lugares mismos en que debió ser grabado. En cambio sus ojos han sido calados. Su cuerpo es semejante al anterior, esta vez más abultado el vientre Sus dos patas dobladas terminan en el pequeño pedestal de superficie alisada, que permite pararse el objeto. Tanto la dobladura de los brazos como de las piernas dejan espacios en el material en los que se han calado dos agujeros que deben servir para portar colgado con alguna cuerda el objeto.

Un tercer curioso ejemplar es el de la figura 181, encontrado en Amaycha (Tucumán).

Ambrosetti (2) clasifícalo equivocadamente. a mi juicio, como *illa*, o amuleto para la reproducción de los ganados, pues que esta clase de feti-

(1) Lugar citado.

(2) *Op. cit*, número 10, pág. 66.

ches afectan otra forma. Tampoco estoy conforme con este americanista en la interpretación de las formas de este animalillo, que tantas semejanzas tiene con los dos anteriores. Él toma por cuello del animal, inconcluso porque el rodado no dió para más, lo que para mí es su cola o parte posterior del cuerpo, pues su cabeza, sin duda, es el tubérculo anterior de la izquierda del dibujo, encima de sus brazos en relieve, siendo sus patas el relieve trasero contiguo a la cola, correspondiendo al vientre del animal la sección comprendida entre los brazos y las piernas.

Es de advertir que en Calchaquí perdura la creencia de que estos animales de larga cola volaban, especialmente cuando la cola era ofídica como la de la Madre del Viento.

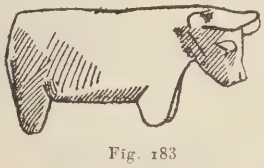


Fig. 183

Fig. 184

Fig. 185. — Fetiche moderno, tamaño natural Molinos. Colec. Ambrosetti

El fetiche de la figura 182 sí que tiene todo el aspecto de una *illa*, y como tal es clasificado.

El fetiche animal ha sido tallado en un trozo de piedra negra. Sin duda, como sucedía con las illas precolombinas, representaba un guanaco o llama.

Este fetiche es protector de los ganados y rebaños.

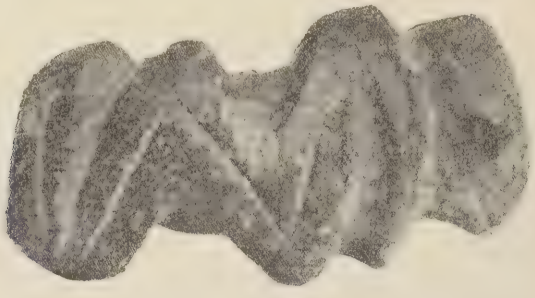
Los fetiches modernos, labrados en piedras blancas, generalmente, representan los ganados modernos, vacas u ovejas, de cuya reproducción se encargan como se escribe en otro lugar. Los fetiches de las figuras 183 y 184 son dos ejemplares de estas illas que importan los bolivianos a los valles.

Ambrosetti, en una de sus expediciones a los valles, consiguió el fetiche

de la figura 185 en la forma como aparece representado. Este fetiche era cuidadosamente guardado por su dueña, quien lo tenía envuelto en un pedazo de lienzo, junto con unas hojas de coca. Lana de diversos colores cubría el cuerpo de esta illa, colgando del mismo una moneda de plata.

Ambrosetti manifiesta su sorpresa (1) al darse con este fetiche, tan curiosamente vestido, trayéndole a la memoria las figuras de Cushing representando a los fetiches Zuñi, adornados con cuentas, plumas y puntas de flechas.

Ambrosetti cree que la lana y las monedas hacen de ofrendas propiciatorias. Yo lo dudo, inclinándome a creer que tales cosas son el motivo mismo del voto. Al cubrirse con lana a la *illa*, es posiblemente más seguro que se demandase para los tejidos su producción abundante por las majadas; y en cuanto al dinero, pediríase a este fetiche que aumentase la riqueza de su dueño, o que no faltase la plata para satisfacer las necesidades de la familia. Esto último lo sé positivamente con motivo de las mo-



Flg. 186. — Fetiche o Illa, Catamarca. Colec. Fregueiro

nedas que con varios amuletos se encontraron dentro de la Chuspa de la Suerte, de que en otro lugar me ocupo y al cual me refiero en esta ocasión.

Afiánzome doblemente en esta creencia al ver el muy curioso objeto de la figura 186, fetiche precolombiano que representa una llama con mucha lana.

Este animal de piedra, de la mitad de su tamaño natural, nos ofrece bien destacada su cabeza, con su boca y sus ojos. Un tallado zigzag en su cuerpo indica claramente los vellones de lana del animal, al cual no faltan ni patas, ni cola, por más que éstas no estén sino irregularmente figuradas.

La lana del animal en el caso en cuestión, no es un adorno, sino que aparece adherida a su cuerpo, y claro es que al fetiche se ha de haber demandado que de esa manera dé llamas al pastor que tenía la suerte de poseerlo.

De otros animales de caza, o que servían al indio para alimentarse, en-

(1) *Op. cit.*, número XXVI, página 194.

cuéntranse numerosos ejemplares de fetiches de piedra y barro, a los cuales demandaríase que les fuesen propicios al indio; es decir: que abundasen en los campos o en los cerros, y que fuese fácil pillarlos.

Cuando el trabajo de los fetiches se hacía sobre la piedra se buscaban piedras rodadas que tuviesen más o menos las formas del animal que se quería representar; el indio no ha hecho después sino dar unos cuantos trazos sobre el material, consiguiendo así la imagen del animal que quería representar, siendo tan feliz en esta operación que a nosotros mismos nos es dado en el momento reconocer la especie figurada.

Esto sucede, por ejemplo, con el fetiche quirquincho de la figura 187,

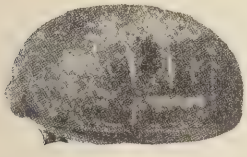


Fig. 187. — Quirquincho de piedra
Colec. Ambrosetti

Fig. 188. — 1/8 tamaño natural. Colec. Spahr

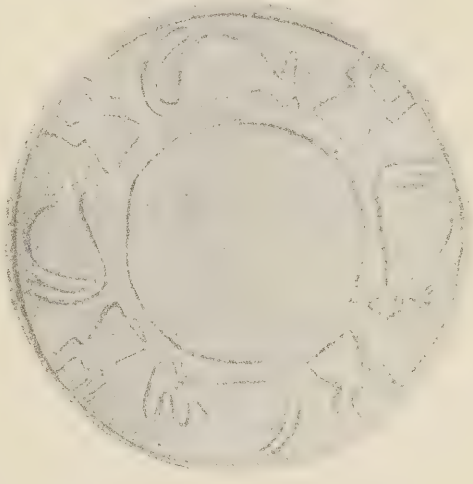


Fig. 189. — Tamaño natural, Tolombón

encontrado en Vinchina. Sobre la piedra rodada, de forma esferoidal, se ha labrado la coraza del Dasypus, con bandas transversales, grabadas en la superficie del rodado, aprovechándose también el pequeño tubérculo anterior del material para tallar su cabeza.

En mi trabajo sobre las ruinas del pueblo de La Ciénaga (1) reproduje una gran tortuga o quirquincho de piedra de más de medio metro de largo.

En las pinturas de la alfarería es excepcional encontrar representado este animal; y quirquinchos son sin duda los dos animales reproducidos en el fondo de un puco de Andaguala (fig. 188).

En un disco de cobre de Tolombón, perteneciente a la colección Zavaleta, encuéntranse labradas unas figurillas animales muy semejantes a las

(1) Adán Quiroga, en *Boletín del Instituto geográfico argentino,* tomo XX, cuadernos 1 a 4, 1899.

vizcachas de la sierra *(Pagidium peruanum)*. El dibujo de la figura 189 es una restauración de Holmberg de este disco, del cual sólo fué hallada la mitad.

En los discos y planchas que los indios portaban y que eran objeto especial de su culto, ya sabemos que labraban o grababan sus fetiches, siendo el disco mismo un fetiche.

En la plancha de cobre de la figura 190 vemos dos lagartos bastante bien figurados. Esta plancha era sin duda portada por su dueño, llevándola sobre su pecho, como que en el borde superior de la misma pueden aún distinguirse los fragmentos de aro para pasarse por ellos el hilo de suspensión. El lagarto debió figurar en el culto a *Amaru* o a la Serpiente.

Fig. 190. 1/3 tamaño natural
Luracatao (Molinos)

Fig. 191. — Puma de barro, 1/3 tamaño natural. Colec. Quiroga

Dos pequeños objetos de barro de mi colección, uno representando un zorro y el de la figura 191, son también posiblemente fetiches y no objetos para servir de juguetes de niños, como cree Ambrosetti (1). Representa el primero un zorro, como se ha dicho, sobre el cual refiérese hasta hoy una leyenda en la que el actor rival suyo es un tigre a quien engaña. El segundo, es un tigre o *puma* (figura 191) en actitud salvaje de acecho, con su cabeza sobre sus manos y con sus ojos ardientes bien abiertos. Con este fetiche se conjuraría tal vez al tigre para que no dañase a los hombres o a sus majadas.

Conozco otros fetiches que representan liebres, cuyes, sapos, cóndores, águilas, patos, etc., de los que se reproducen numerosos ejemplares en esta obra, en los lugares correspondientes.

(1) *Op. cit.*, número XXVI, página 206.

LAS ILLAS

Las *Illas*, los *zemes*, talismanes o amuletos para la conservación y procreación de las haciendas y rebaños, tienen estrecha relación con el culto solar andino, con ese *Pirua*, Sol o principio reproductor del Universo.

Para labrar el pequeño amuleto — lo cuenta el folklore —, se elige la piedra herida por el rayo, por *Illa-pa*, o azotada por la tormenta.

Este nombre de *Illa* significa, pues, fuego, luz, elemento vital, algo que es de la esencia de *Illa-tecce* (1) o de *Illa-ticci*, de que nos habla Montecinos (2), de los que tienen atributos de luz Inti-illapa, el trueno, y Catu-illa, Mercurio.

Para nuestro doctor López, igualmente, *Illa*, es luz, y por eso se llama Illa a la piedra bezoar (3), que se forma misteriosamente en las entrañas de ciertos rumiantes. « Le daban a estas piedras, añade (4), un nombre que muestra la extensión de sus conocimientos físicos : la llamaban la substancia etérea, la luz, la materia cósmica : *Illa*. »

Corrobora todo esto, el hecho de que a la estrella *Urcuchillay* la adoraban diciendo que era un carnero de muchos colores, que entendía en la conservación del ganado ; lo mismo a *Catachillay*, que decían que era una llama (5).

Las Illas son, generalmente, pequeños animalitos de piedra, barro o hueso, pudiendo el amuleto ser cualquier objeto, siempre que tenga algún origen misterioso. En el Perú, por ejemplo, sabemos por Garcilaso que eran preciadísimos los granos de maíz en el templo de Titicaca, como ta-

(1) Así escribe la *Relación anónima (Tres relaciones* de Giménez de la Espada, 1879), en su prólogo y página 176.

(2) Montesinos, *Memorias*.

(3) Dice el padre Cobo : « Llaman los indios del Perú a la *Piedra Bezar, Illa*, con la cual tenían en su gentilidad algunas supersticiones, de las cuales era uno traerla siempre consigo, para hacerse ricos » *(Historia del Nuevo Mundo*, t. I, libro III, cap. XXIX, pág. 278).

(4) Vicente F. López, *Las razas Arianas del Perú*, páginas 145 y 246 ; Ambrosetti, *Notas de arqueología calchaquí*. X, página 540, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. XVII, nos 10, 11 y 12.

(5) Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, libro XIII, tomo III, capítulo VI, página 329.

lismanes de reproducción, considerándose muy feliz el que conseguía un grano. « Echaban, dice, algunos granos en los graneros del Sol y en los del rey, y en los pocitos de los consejos, para que como cosa divina guardase, aumentase y librase de corrupción el pan, que para el sustento común allí estaba recogido. Y el que podía haber un grano de aquel maíz o de cualquier otra semilla para echarlo en sus orones, creía que no le había de faltar pan en toda su vida: tan supersticiosos como en ésta fueron en cualquiera cosa que tocaba a sus Incas » (1).

Estas Illas, estos amuletos de reproducción, tienen también, sin duda alguna, que hacer con la fecundante Pacha-Mama y el Llastay, numen de la llanura; y quién sabe si muchos de los amuletos en forma de llamas, vicuñas y liebres, algunas veces *en cinta*, no son tal vez representaciones como lo sospecho, de la Pacha-Mama en el momento de generar y reproducir. La verdad es que todos los dioses de la montaña tienen entre sí parentesco de consanguinidad, así como atributos solares, como si el *Inti*

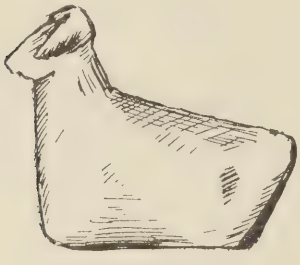


Fig. 192. — De Tolombón. Colec. Quiroga

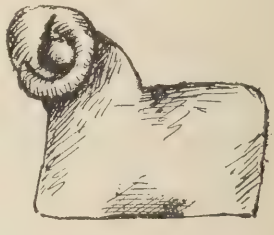


Fig. 193. — De Colalao del Valle Colec. Quiroga

fuese el foco luminoso de la mitología nativa, y la luz que baña las cumbres, y abrillanta la nieve, el alma ardiente e impalpable de los dioses que veneró calchaquí en las épocas nebulosas de su prehistoria.

La creencia de que las Illas hacen reproducir las haciendas y los rebaños está hasta hoy profundamente arraigada en Calchaquí, especialmente en los valles de Catamarca y Salta. De aquí es que a los coleccionistas nos cueste un triunfo obtener uno de estos amuletos; sólo las gentes que creen que ya han perdido su virtud, porque el ganado va en menos, se ha muerto, se ha extraviado o lo han robado, o las que han abandonado este negocio para emprender otro, suelen regalarlos. Deshacerse de una Illa, es deshacerse de la mascota o la suerte; y de allí que cada cual oculte bajo siete llaves la suya propia, negando poseerla, y cambiando disimuladamente de conversación cuando pide datos del tan preciado talismán, a veces la felicidad del hogar campestre.

Las Illas que van a continuación (fig. 192 y 193), es claro que no son amuletos nativos, propiamente dichos, pues representan animales impor-

(1) Garcilaso, *Comentarios reales*, tomo II, libro III, capítulo XXV, páginas 266 y 267, . edición. Madrid, 1829.

tados por los españoles durante la conquista. Estos amuletos son de piedra blanca.

El calchaquí cuida y apacienta sus ganados con un verdadero cariño paternal. Contiguo el rancho de *quincha*, vese el pequeño corral de ramas o de pirca, a la sombra de un tala o de un chañar. Cuando sale al campo a pastar, con sus perros cabreros, va el pastor tras la majada, tarareando o silbando un canto montañés. Si las ovejas o cabras se enferman, son recogidas inmediatamente, y traídas al hombro, si caminan con dificultad, para ser curadas con palabras, y alimentadas en familia, bajo el techo de paja del rancho protector. Al animal que se castró para mascota, o dueño del rebaño, y al que se consagró con curiosas y supersticiosas ceremonias, corresponden todos los cuidados de la familia, no dejando que éstos se alejen de los corrales o los vecinos rastrojos. Esta Illa jamás se venderá, ofrézcase por ella lo que se ofrezca. — ¡Ah! señor: aquél, éste, ese otro y *estesito* son Illas, señor —, es lo que contesta el indio, acosado por

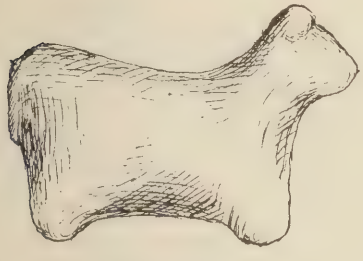


Fig. 194. — De Santa María. Colec. Quiroga

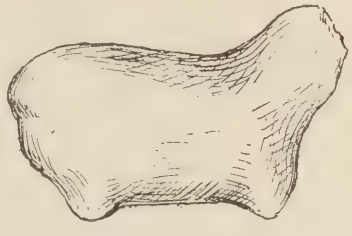


Fig. 195. — De Santa Maaía. Colec. Quiroga

el fatigado viajero, a quien el hambre obliga a sostener discusiones contra la virtud de las mascotas, sin convencer jamás al dueño de casa, a quien adhiere en sus negativas de venta la familia, en esta grave emergencia del hogar.

El indio vive de la leche de la vaca y de las cabras, y su preocupación diaria es que reproduzca la reducida hacienda o majada, sin pensar en negociarlas. El asno, al lado del corral come tranquilamente el puñado de algarroba que se sacó de la *pirhua*, y es el Señor de la casa. En los largos viajes, la familia marcha en caravana tras del asno, al que no se debe montar para no fatigarle, hasta que los caminantes, no obstante el estímulo de la coca para andar, caen rendidos de fatiga, y se duermen sobre la arena, a la sombra de la tienda hospitalaria de algún algarrobo o tala, los mismos bajo los cuales desde años atrás pernoctan los viajeros criollos.

Las antiguas Illas, las Illas de la tierra, son generalmente pequeñas y representan guanacos, llamas, *cuyes*, jabalíes o liebres, como puede verse en las insertas figuras 194 y 195 que adquirí en el pueblo de Santa María.

Las tres Illas que van a continuación (fig. 196, 197 y 198), de tamaño natural, no dejan de ser curiosas.

La primera de barro, color madera, faltando la cabeza a la figurita, re-

presenta un *tekesito*. Sobre el lomo tiene un pequeño agujero, el que sirve de pito, sin duda para llamar al ganado. Un boliviano que poseía una semejante, representando un cordero, me lo enseñó cuando adquirí la mía, diciéndome, oveja *el*, auméntame la plata.

Los otros dos amuletos son de piedra negra y representan un *cuchi* y un guanaco, al que no se ha hecho cabeza porque el material no dió para más, cosa que no preocupa al indio, porque él usa siempre de formas convencionales para significar cualquier cosa.

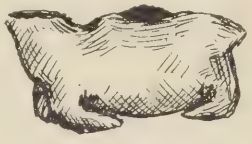


Fig. 196. — De los Angeles
Colec. Quiroga

Fig. 199. — De Capayán, 1/2 tamaño natural. Colec. Quiroga.

Fig. 200. — De los Angeles (Capayán), 1/2 tamaño natural. Colec. Quiroga.

Fig. 197. — De Santa María
Colec. Zavaleta

Fig. 198. — De Santa María. Colec. Zavaleta

Fig. 201. — Mano fetiche Maquí, 1/2 tamaño natural. Museo nacional.

Las Illas de las figuras 199 y 200 son de piedra, negra la primera, y la segunda blanca, ambas muy semejantes, siendo conseguidas en lugares contiguos.

El trabajo de la primera de las figuras es perfecto. Estas Illas, como salta a primera vista, son llamas en estado de preñez. Una vez más queda sentado que dichos amuletos representan la idea de la reproducción del ganado. La intención del artista, especialmente en la figura 199, no puede ponerse en duda tanto más cuanto tuvo buen cuidado de señalar el órgano femenino con prolijidad.

Con las Illas nuestros indios hacen ceremonias en las carneadas, señaladas de animales y ventas de ganados, antes de proceder a lo cual se corta un poco de pelo del animal, enterrándolo juntamente con el fetiche y un

puñado de coca, la que no debe faltar en ésta y otras ceremonias semejantes. Así la suerte de la majada queda en casa, y el comprador no se la lleva junto con los animales comprados.

En la fiesta de la siembra del maíz, y cuando la invocación a la Pacha-Mama para la reproducción de los sembrados se hace por los labradores, el pequeño toro de *llicta* es carneado en medio de la concurrencia, repartiéndose para coquear, un pedacito a cada uno de los asistentes.

Esto confirma lo que más arriba dije, sobre que las Illas tienen que hacer en el culto a la Pacha-Mama.

Entre los fetiches de que tratamos, Ambrosetti coloca el de la mano cerrada o *maqui* (fig. 201).

Yo he poseído uno, de Santa María, el cual se me ha extraviado.

Este fetiche como vese por la lámina, es una pequeña mano de piedra, cerrada, de color blanco. El que la posee tiene la suerte en casa, y sin duda es ese el motivo por el cual yo he perdido mi *maqui,* el único objeto que me ha sido sacado de la colección.

El fetiche, dice Ambrosetti (1), « es considerado como el mejor preservativo para evitar ser víctimas de la mala fe en las ventas y cambios, y para asegurar la tranquilidad doméstica, pues teniendo la *suerte,* nadie puede hacerles daño ».

Cuenta él mismo la ceremonia que se hace del conjuro en Molinos, en los siguientes términos :

— « Compadre (dijo un indio a quien tenía la maqui), mis majadas andan mal; estoy muy afligido, présteme la manita —, a lo que accedió como un gran servicio, pues temen que la suerte pueda quedarse con el nuevo poseedor del fetiche. Traída la manita de piedra, ambos con la cabeza descubierta se encaminaron hacia donde se hallaba la majada pastoreando. Allí el compadre hizo algunas señales de la cruz sobre el fetiche y a los cuatro vientos o puntos cardinales, y derramó chicha sobre el maqui que previamente había colocado en el suelo, diciendo algunas palabras en quichua, dando con esto por terminada la ceremonia diciéndole: « *ya no habrá enfermedad* (textual) *en la tropa.* »

Esta palabra maqui, posible es que esté emparentada con *machi,* médico adivino o brujo.

La creencia en el poder de las Illas se conserva intacta en todas las localidades áridas o desiertas, donde el hombre tiene que invocar a algún ser celeste para que calme los rigores de la estación y haga brotar las hierbas de los campos. En los lugares y poblaciones más civilizados hace el papel de Illa un pequeño santo de madera, al que invoca supersticiosamente la familia.

(1) *Notas de arqueología calchaquí,* cit., página 552, número X, en *Boletín del Instituto geográfico argentino,* tomo XVII.

LA CHUSPA DE LA SUERTE

La *Chuspa* de la Suerte o de la fortuna es una bolsa de virtud que guarda los amuletos o cualquier otro objeto que sirve al indio de talismán. Ella suele ser generalmente de cuero, cuando no consiste en la vejiga perfectamente curtida de algún animal grande. Su boca, una vez introducida a la bolsa, lo que ha de guardarse con religiosa veneración, se ata fuertemente con hilo, cuerda o tripa de animal, depositándosela en el rincón o lugar más seguro de la casa, para abrírsela excepcionalmente una o dos veces al año, cuando es forzoso usar de los zemes, fetiches o talismanes del depósito, que constituye la verdadera fortuna de la casa, libre con ella de todo hechizo, de todo mal o daño, y con lo cual la *suerte* y la felicidad vendrán de seguro. Excepcionalmente la bolsa suele ser de género, eligiéndose entonces telas de colores.

En la chuspa de la suerte no se guardan únicamente amuletos o talismanes, sino también otros objetos para los cuales se hace un voto, como monedas, para que se gane mucho ; maíz para que reproduzca, remedios, para que no entren pestes, etc. El último aliento del moribundo recógese también en la chuspa, guardándose de este modo su espíritu, para que sea propicio al hogar. En las épocas de yerra o de señalada de hacienda, junto con las hojas de coca que han separado los concurrentes en religioso silencio, guárdanse también crines de los animales marcados y los pedazos de orejas de las ovejas o las cabras, que fueron cortadas al señalárselas (1).

En Tolombón me fué posible tener entre las manos una de esas chuspas de la suerte, y examinar detenidamente su contenido, gracias a que su dueño, un indio descendiente de los Huayrachi encontrábase ausente del lugar, y que la chuspa fué depositada en poder de tercera persona, quien me permitió tamaña profanación, que de seguro hizo perder toda su virtud a tan escondido tesoro, el que fué sacado por el guardador infiel del fondo de un baúl.

En la figura 209 ofrezco la bolsa, de un tercio de su tamaño, y con las cinco principales piezas que contenía, que conviene examinar antes de pasar adelante.

(1) Véase Ambrosetti, *Notas de arqueología calchaquí*, X, página 70. Buenos Aires, 1899.

El objeto *a*, que afecta la forma triangular, con caladuras en los vértices, y que le dan el aspecto de un caracol, es de piedra blanquizca, del tamaño que aparece en la lámina. Un objeto idéntico es ofrecido en las *Notas de Arqueología Calchaquí* por Ambrosetti (1) el cual a su vez es reproducido por éste del trabajo *Los Zemes de Catamarca* de Lafone Quevedo (2), quien

Fig. 209. — Chuspa de la suerte (Tolombón)

clasifica de *zemen* a este espécimen. Tanto para Lafone Quevedo como para Ambrosetti, la pieza es muy curiosa, y su nombre y objeto son desconocidos. A mí se me la presentó como amuleto de virtud, para llamar « la fortuna », como que se encontraba guardada dentro de una pequeña bolsita blanca, bien envuelta con un trapo, junto con una peseta boliviana, en el propósito — se me explicó — « de que la plata de su dueño aumentara »,

(1) *Ibidem*, página 75. Pertenece el objeto a la colección del Museo Nacional.
(2) Figura 49, página 75.

sin conseguir otro detalle más sobre tan precioso talismán. Su forma triangular es, por lo demás, llamativa; pues al instante nos viene a la memoria la idea de reproducción o aumento de cualquier cosa, como del dinero. En los tiempos en que no existía la moneda, seguramente que se les guardaría junto con granos u otras especies de vegetales, para que el preciado talismán fuera propicio a su producción.

El segundo objeto *b*, es lo que se llama en los valles un « poroto boliviano », o *huayruru*, de color rojo brillante, con manchas negras, muy duro. El que reproduzco tiene un agujero en el centro, para llevarlo colgado como amuleto.

El *hauyruru*, se me dijo, es contra el aire y « la tristeza del corazón », aunque no de la importancia del objeto anterior, por lo cual suele ser guardado junto con algún otro talismán más eficaz, que complementa su poder de zeme. Yo poseo dos de estos hauyrurus que compré a unos bolivianos, y que prevenían del aire y de todo mal (1).

El tercer objeto, *c*, es piedra que se tiene por hija de la luz o *illa*, cayendo junto con el relámpago que la trae en su cabeza, por lo cual su virtud es grande, y sirve de amuleto de reproducción. Cuando recién la arroja el relámpago, se dice que está caliente, y es necesario dejarla enfriar para alzarla del suelo; agrégase que la encuentra en lo más escabroso de las cumbres por los cazadores de llamas y vicuñas. Con este amuleto se dice que no hay corazón que no se rinda (2).

El objeto *d*, muy semejante a algunos huacanquillos o amuletos para los amores, encontrábase también en la chuspa de la suerte, probándose con ello que esta chuspa no guarda sólo talismanes para acrecentar la fortuna de su dueño, sino también otros, para que obren en la suerte o felicidad de su poseedor. Posiblemente el talismán que me ocupa es un amuleto del género antes indicado.

El último de los objetos, *e*, es la mano cerrada de piedra o *maqui*, de la cual me he ocupado en el capítulo anterior. Su dueño la poseía como talismán de la fortuna, muy preciado, y la mano cerrada, significa que no se le escape el dinero recogido, que no le permita prodigalidad alguna, y de aquí que se dice : « es mano cerrada » al que no es generoso o al avaro. Para el indio, el ser más egoísta de los humanos, capaz de ver impasible que un viajero se muera de hambre antes de alcanzar una porción cualquiera de alimento, ya se puede apreciar cuán querido sería este talismán. Y con esta explicación quedan despejadas las dudas de Lafone Quevedo y Ambrosetti sobre el valor o rol de este amuleto en la vida supersticiosa

(1) *Huayra*, viento ; *ruru*, fruto, pepita. Dice el padre Cobo que : « traída una sarta de ellas (huayrurus) al cuello, que caiga sobre el pecho, aprovechan contra las tristezas de corazón y que confortan la vista y cerebro ». (Lafone Quevedo, *Tesoro de catamarqueñismos*, pág. 167).

(2) Rialle dice que los meteoritos eran empleados en los asuntos de amor *(Mythologie compparée*, cap. II, pág. 15). Catequil, portador del rayo, también los arrojaba.

del indio, aunque este último americanista nos dió ya datos tan interesantes sobre el mismo.

En el centro de la lámina destácase la bolsa de la suerte, de género verde, con su boca atada por una cuerda o hilo morado. Esta bolsa guarda en su interior cinco pequeñas bolsas de distintos colores también atadas. Una de ellas contiene el objeto *a*, de la manera antes indicada; la segunda un par de huayrurus juntamente con la maqui *e*; la tercera, el objeto *c*, sólo; la cuarta el objeto *d* y la quinta otra maqui junto con varias monedas. La bolsa contenía también una pequeña cuchara oxidada, guardada asimismo como amuleto en el propósito de que a su dueño no faltase la comida; ésto hace creer que los antiguos harían lo mismo con sus cucharas de palo, de las que poseo una en mi colección, y que Ambrosetti reproduce en su obra (1).

Después de revisado el contenido de esta bolsa de virtud, arreglé todas las cosas en el estado que se encontraban antes de abrirla, y una vez atada nuevamente su boca, fué guardada en el lugar de donde se sacó.

(1) *Notas de Arqueología Calchaquí*, página 230, figura 249, XXX.

LA VENTA DE LA SUERTE

Sumamente necesitado debe estar el que en Pampayana o lugares contiguos, vende sus ovejas o sus cabras.

La venta de las majadas sólo se cierra después de muchos tratos, cuyas condiciones han ido variando de un día para otro. Sobre todo si la majada ha sido protegida por sus illas, el comprador usa de algunas larguezas; pero el vendedor se reserva, en todo caso, el derecho de quedarse con las mascotas y con su suerte. De otro modo es imposible cerrar el trato, porque entonces la fortuna no acompañará otra vez al dueño de la majada, quien, cuando adquiera una nueva, no verá más crías, o serán éstas consumidas por el daño.

El día designado para la entrega de la majada de ovejas, que fué objeto de la venta, el comprador las recibe en el corral, ayudando al vendedor a dejar la suerte en su casa.

— Hágalas — dice este último — voltear en el corral con la cabeza junta, que lo que es la suerte yo no le he vendido.

Así se hace : las ovejas son volteadas, y una por una son atadas con lazos por las dos manos y una pata; hecho esto, las ovejas son colocadas convenientemente, de modo que den cabeza con cabeza, de dos en dos. Entonces el comprador, por fórmula, reclama la entrega de las ovejas compradas, a lo que el vendedor replica en el acto : « le hemos vendido las ovejas, pero no la suerte », a lo que el primero asiente en el acto.

El dueño de casa se acerca a las ovejas, y a cada una de ellas da un fuerte puñetazo, sacándole inmediatamente un vellón de lana, que va guardando en « la chuspa de la fortuna » o guayaca con coca. Esta guayaca es un verdadero tesoro que siempre debe tenerse consigo, y por eso es llevada, con su lana, a la espalda del cuerpo del pastor. Sólo después que la operación referida se ha practicado con la última oveja, y mientras se coquea para hacer acullico, el vendedor, por tercera y última vez, repite al comprador : « Llévense la majada; aquí vendimos ovejas, pero no nuestra suerte. »

Aunque el corral quede vacío, no por eso se contrista tanto el hogar indígena, porque, al fin y al cabo, ha quedado con la fortuna de la guayaca.

Esta práctica de los valles calchaquíes, y especialmente de Pampayana, parece propia de los pueblos quichuas y aimarás que, como los de estos lugares, tan rehacios se presentan aun en los momentos de ineludibles transacciones comerciales. No es extraño que acudan a tales ceremonias en casos como el mencionado, cuando a cada instante se producen escenas hasta de pugilato durante los tratos previos de las más indispensables ventas. En la Quebrada de Humahuaca hasta La Quiaca, es a veces un problema conseguir alimentos en el camino. Bien puede estar la res descuartizada a la vista del comprador: el criollo se encastilla en no vender por ningún oro del mundo aunque se vea en la mayor miseria, y nada diremos de la venta de ovejas, cabras o gallinas, que resulta poco menos que imposible.

— Véndeme esa cabrita.

— No puedo, es de la huahua.

— Entonces, aquel cabritillo.

— Es la illa (mascota), patroncito.

— Pero aunque sea aquella cabra vieja...

— No hai ser, patroncito ¿con qué hei de hacer queso, entonces?

Total, que cada animal tiene encima un pretexto. No queda más recurso que voltear de un tiro el que estuviere más a la mano.

— ¿Y ahora?

— Bueno, patroncito, me darás un peso por el perjuicio y llévatelo.

En todo el oriente de Bolivia, así como en el camino de Santa Cruz de la Sierra a Cochabamba, sucede idéntica cosa al acercarnos a los ranchos en procura de gallinas.

— Véndeme la bataraz.

— ¡Qué! Si es la más ponedora.

— ¿La encrespada?

— ¡El crédito de la casa!

— Pero si me muero de hambre.

— ¿Y qué querís?

— ¿Pero aquélla?

— No.

— La de más allá.

— ¡Tampoco!

Y así va el jinete de rancho en rancho.

Y es fama que los aimarás, que viven internados en las sierras, además de no tener la menor noción de hospitalidad, como lo asegura el autor del Diccionario geográfico de Oruro, son, en este sentido, las gentes más difíciles de tratar de cuantas habitan sobre la tierra.

ALLPATAUCAS

La palabra *allpa-taucca* significa « tierra amontonada », pues *allpa* es tierra, y *taucca*, montón de cualquier cosa.

En nuestro Calchaquí no es raro encontrar estas *alpataucas*, a veces un simple montón de tierra, y generalmente verdaderos túmulos, y aun colinas artificiales, levantados por la piedad del indio para guardar los restos de sus antepasados o las ofrendas a alguna divinidad. Tal es el objeto que en Tafí se atribuye hasta hoy a sus montículos artificiales de tierra, muchas veces circuídos por piedras paradas de punta, que se denominan *conchanas*, de las cuales extraen, cavándolas, las urnas funerarias, pucos, ídolos y utensillos domésticos.

En la América del Norte estas alpataucas llevan el nombre de *Mounds*, y encuéntranse en número casi ilimitado en la margen derecha del Mississipí, y en otros lugares, los que han sido objeto de largos e interesantísimos estudios de parte de los americanistas de Estados Unidos (1).

En el Perú los grandes terraplenes artificiales abovedados, cuando no existían colinas o cerros naturales, sirvieron como de terrazas a los templos del Sol, los que, según Las Casas (2), se trabajaban « en el cerro o sierra natural o hecho *industriosamente de tierra* aquel mogote alto ». Pero las excavaciones practicadas por los viajeros en la tierra del Inca han comprobado que la mayor parte de los montículos artificiales de tierra son verdaderos túmulos o sepulcros (3), que afectan diversas formas, ya la piramidal o

(1) Véanse las diversas publicaciones sobre *Mounds* en el *Annual Report of the Bureau of Ethnology*, de J. W. Powell, páginas 20 y siguientes y 9 a 112 del tomo correspondiente a 1883-84; 26 y siguientes, (1884-85); 16, (1885-86); 19, (1886-87); 25, (1887-88); 10, (1888-89), etc.

Girard de Rialle *(La Mythologie comparée,* cap. VII, pág. 119) dice que en Norte América un gran número de tribus en vez de enterrar sus muertos exponen sus cadáveres a la acción del aire, del sol o de la temperatura, colocándolos generalmente en el tronco de los árboles, y que cuando los cadáveres han sido despojados de sus carnes, recógense piadosamente sus huesos y los guardan bajo túmulos de tierra, y que es a esta práctica, de una antigüedad considerable, que debe atribuirse la existencia de los *mounds*.

(2) *De las antiguas gentes del Perú*, capítulo VIII, página 66.

(3) Wiener, *Pérou et Bolivie*, páginas 526 a 531; Stevenson, *traducción de Setier*, tomo I, capítulo III, tomo II, capítulo I, etc. París, 1828.

abovedada, y en los cuales se enterraban a los grandes, con su familia y servidumbre, por capas, de modo que desde abajo hasta arriba hay hasta doce hileras de cadáveres, superpuestas las unas a las otras (1). Estas *huacas* suelen tener comúnmente de tres a cuatro metros de alto por diez o doce de largo, y las más grandes, como las de Toledo, Esperanza y del Sol miden sobre una base aproximada de diez mil metros cuadrados, una altura de cuarenta a sesenta metros.

En algunas naciones del Río de la Plata encuéntranse, asimismo, aunque con poca frecuencia, estos túmulos artificiales (2).

Las alpataucas de Calchaquí son de diversos tamaños, pues ya sólo consisten, como se dejó dicho, en un simple montón de tierra, o ya en una especie de lomada, de diez, veinte o más metros de largo, por dos a doce metros de alto.

No he podido comprobar en ninguno de los túmulos o alpataucas que he conocido, y que pasan de una docena, que afecten formas especiales, de aves, reptiles u otros animales, como sucede generalmente con los *mounds* de Estados Unidos. Se trata en nuestro Calchaquí de una gran bóveda de tierra o de un bordo más o menos largo y grueso sin forma determinada alguna.

Los *mounds* se reconocen a la simple vista, pues casi todos ellos están revestidos de un pedregullo negro, a veces de algún espesor, el que cubre el túmulo con el propósito de que el agua de las lluvias no produzca zanjas, barrancas o desperfectos en su superficie, pues de otro modo la tierra sería arrastrada poco a poco, como sucede con las alpataucas del panteón de la Apacheta (Eucalilla), en las que van quedando en descubierto esos huesos de los enterrados y las telas que les cubren, de las que he recogido una buena cantidad de pequeños ejemplares para hacer un estudio del tejido indígena de Yocavil.

Practicadas por mí algunas excavaciones, he podido comprobar que la superficie de la alpatauca es de greda, de un metro a dos de espesor, mientras que su interior está lleno de arena menuda. En las alpataucas sin revestimiento de pedregullo o con una ligera capa del mismo, crecen hierbas, pastos y cactáceas, de tal manera que parecen colinas naturales, asegurándose así contra el poder destructor de las aguas. En estos montículos no se encuentran piedras sueltas ni menos grandes rocas, sino tierra y arena, que cuando no se ha encontrado cerca se ha traído de cualquier lecho de arroyo, aunque se halle distante.

Lafone Quevedo en su *Tesoro de catamarqueñismos* nos da una muy interesante noticia de las alpataucas de Andalgalá (3). Alpatauca, dice, es un

(1) Son muy interesantes las láminas de *huacas* que Wiener nos ofrece en las páginas 527 y 529 de su obra.

(2) Véase Daniel Granada, *Reseña histórico-descriptiva de Antiguas y Modernas Supersticiones del Río de la Plata*, página 153, 1896.

(3) Ver *Alpatauca*, páginas 15 y 16.

« montón de tierra, otero artificial, montículo por el estilo de los *mounds* de la América septentrional. Los hay en muchas partes de la provincia de Catamarca. Hará cosa de cinco años se abrieron dos de ellos, uno en Huasan y otro media legua más al sur, en Chaquiago de Abajo (Andalgalá). Lo único que se encontró fueron unas construcciones toscas de piedras sin labrar en el mismo centro del montículo, huesos, al parecer de víctimas, cenizas, láminas grabadas de obsidiano y una bola de esta misma lava.

« Al rededor del alpatauca de Chaquiago se han hallado muchos restos de alfarería bien trabajada y artísticamente adornada, como también objetos y herramientas de cobre.

« Estos alpataucas son de tan considerables dimensiones que se puede andar a caballo.

« La tradición local nada dice respecto a estas construcciones; ni menos los autores que han escrito sobre estos lugares, lo que no deja de ser raro. El nombre que llevan es de la lengua general, y sin embargo es combinación que no se consigna en los diccionarios de este idioma, lo que equivale a decir que se inventó en la localidad para designar un objeto cuyo nombre indígena se había perdido, o que se perpetuaba aquí algún misterio de algún rito perdido ya en los demás lugares quichuizantes... Estos Alpataucas y sus alrededores merecen un estudio muy serio por lo que en ellos podrá descubrirse para el esclarecimiento de la historia de las razas americanas. »

Alpatauca es también nombre de lugar y lo lleva la hacienda contigua al Hospicio, en las chacras de Catamarca.

A unas doce cuadras al este del pueblo de Huillapima (Capayán) levántase un montículo artificial de tierra, en medio de la llanura y contiguo a unos viejos y casi destruídos embalses de agua; este montículo tenía cinco metros de alto por diez y ocho de largo; y, practicada la excavación del mismo durante un día y medio, no encontré en su interior objeto alguno, lo que vino a reforzar la tradición popular de que aquel gran alto de tierra en el llano era un *mangrullo*, levantado en otros tiempos por el cacique del pueblo, destinado a observar desde su altura si algún enemigo se acercaba. Frente al pueblo de Capayán hay otro mangrullo de las mismas formas y tamaño del de Huillapima, el que, por cierto no excavé, por el resultado negativo obtenido en el primero.

En las excavaciones de *mounds*, que practiqué en el valle de Santa María y en Tafí, otro resultado se consiguió, pues se comprobó la existencia de cadáveres, de urnas funerarias y de otros objetos en el interior de los túmulos.

En el panteón de la Apacheta, en el cual hice practicar excavaciones, y que se encuentra a unas dos leguas de Amaicha, camino de Fuerte Quemado, estos montículos abundan en una extensión de diez cuadras. Han sido levantados con arena, que no existe en la localidad, y que forzosamente se ha acarreado del río que pasa como a un kilómetro de distancia; lo mismo ha sucedido con la piedra laja empleada en la construcción de al-

gunos sepulcros. En estos montículos se han hecho hallazgos preciosos, entre otros el de mi ídolo tinaja, el año anterior a mi visita al panteón, ídolo que es ejemplar único en su género y el que encontrábase en el centro de la alpatauca dentro de un cajón de pirca en forma de florero, de buenas dimensiones, para dar cabida a cuatro cadáveres acostados, doce urnas funerarias y un buen número de pucos que los rodeaban, junto con otros objetos. En otros montículos se encontraron también urnas, pucos y cadáveres, en distintas posiciones, vestidos con telas de diversas clases y colores, que la arena ha conservado, y de las que puede recogerse el número de fragmentos que se quiera, pues tan abundantes son. En la figura 202 se reprodujo fotográficamente uno de estos grandes túmulos, para que se

Fig. 202. — Gran túmulo del panteón de la Apocheta

tenga una idea cabal de lo que son estos trabajos, en los que se admira la paciencia del indio en amontonar tanta tierra con sus instrumentos rudimentarios para cavarla y transportarla.

En Fuerte Quemado he comprobado también la existencia de un buen número de alpataucas, las que se encuentran en lo llano, a espaldas de la fortaleza, por donde va el camino a la Chilca, y en una extensión de tres a cuatro cuadras cuadradas. Los *mounds* se reconocen al momento por sus formas como túmulos, con su revestimiento superficial de pedregullo. Las excavaciones practicadas han dado resultados semejantes a las del panteón de la Apacheta, extrayéndose de su interior cadáveres y urnas, los que deben quedar en gran profusión, pues sólo cuatro *mounds* han sido cavados. En el valle de Tafí los hay igualmente, pequeños y grandes, algunos de los cuales tienen veinticinco metros de largo. Los lugares en que se encuentran

los panteones con alpataucas son: la falda de «El Alto» de la Banda y el campo frente al Mollar. En el lugar denominado la Ovejería, rumbo sud-oeste, a unos cuatro kilómetros del centro de la población, se han encontrado pequeñas colinas artificiales como de tres metros de alto por diez a doce de largo y cuatro a cinco de ancho. La casualidad quiso que en una ocasión las aguas barranqueasen uno de estos monumentos de tierra, apareciendo una larga tinaja como de un metro de alto; cavóse y dióse luego con dos tinajas más y un cadáver, y luego, en el centro, con treinta y tantas urnas, una vez removido todo el montículo. En seguida se han practicado numerosas excavaciones de otras alpataucas — que con este nombre se las conoce en el lugar — cubiertas de pastos y de buenas dimensiones; y, cuando se llegó a su interior, el resultado fué siempre semejante. Estos monumentos son generalmente redondos y altos, en forma de mamas. Las urnas se encuentran de pie, tapadas con su *puco,* las unas pegadas a las otras, rodeadas de *conchanas* o línea circular de piedras paradas de punta. Destapadas las urnas halláronse en algunas de ellas cabezas de adultos: otras guardaban cadáveres de párvulos enteros que generalmente se desmenuzan en polvo al contacto del aire; y, finalmente, muchas de ellas guardan pequeños pucos, tacitas y yuros, uno, dos y tres en cada urna. Estas últimas urnas es claro que han sido votivas, y seguramente fueron enterradas después de llenárselas de chicha, sirviendo los yuros y vasijas para que los muertos bebieran. En otras urnas, excepcionalmente, hanse encontrado utensilios domésticos, *timpinas* o agujas largas de hueso, torteros del mismo material, etc.

Hay otras pequeñas alpataucas que apenas si tienen más de un metro de alto, con grandes piedras encima. Las tinajas suelen hallarse en el centro de estos montones de tierra, o en el suelo sobre el cual se levanta el montículo. En ellos suelen encontrarse también morteros de piedra, hachas, útiles e ídolos.

A tres o cuatro cuadras al norte de la Iglesia de Tafí, y dentro de unas labranzas, veíanse largas colinas, algunas de más de cuarenta metros de alto sobre el nivel del suelo. Una de estas colinas fué fotografiada por mí (fig. 203), la que mide de norte a sur $12^{m}72$, $10^{m}15$ de este a oeste, por 3 a 4 metros de alto. Excavada la misma, y como a una profundidad de $1^{m}85$ se dió con varias urnas funerarias, unas de las que recogí entera, con huesos de párvulo.

Ahora es el caso de preguntar: ¿Qué importancia, qué significación pueden tener estos monumentos de tierra en Calchaquí?

Yo no creo que sean simples panteones. El hecho de guardar en su seno tanta urna funeraria, está demostrando las relaciones que tienen con el culto al agua, pues las urnas votivas indican pedido de agua a las divinidades. Los enterratorios de párvulos en las tinajas, y, más que nada, las cabezas de adultos dentro de las mismas, son indicaciones indiscutibles de sacrificios humanos, sin duda para pedir lluvia. El número de cadáveres y

de urnas indica a la vez que se trataba de grandes hecatombes. La forma de mamas de muchas alpataucas me han hecho sospechar a la vez que se trate

Fig. 203. — Tafí. Mound

de algún culto a estos *orkos* artificiales o *apachetas* de tierra a Pachamama, para que fecunde y reproduzca.

A qué raza haya correspondido la obra de estos alpataucas es un problema que queda a resolverse, por más que parece que es a la alfarera o a la que trabajaba las tinajas que los monumentos guardan en su seno.

MAMA-ZARAS Y HUAZAS

El culto a las piedras, del que quedan tantos rastros en Cachalquí, ha sido, sin duda, anterior a la astrología. Los penates o patrones de los pueblos eran piedras; los monolitos eran igualmente sagrados, y cualquier roca de formas raras o extrañas se veneraba, lo que demuestra cuán obstinado era el espíritu de los pueblos al viejo fetiquismo.

Estas piedras sagradas son las *Huacas* o *Villcas*, porque alguna cosa tienen de sobrenatural o divino.

Entre los peruanos, como en Calchaquí, en los pueblos y en las familias, existían estas piedras fetiches, estas huacas, verdaderos penates. Las unas, colocadas en los templos, eran los protectores del valle, de la tribu, de la nacionalidad o del jefe, como las nueve huacas de Guamachuco en tiempo de los Incas, y a las que atribuían la virtud de guardar los rebaños y otras riquezas; otras se levantaban en medio del pueblo, llamándose *Guachecoal* a la piedra que era el señor de la comuna, la que debía elegirse por su color y forma extraordinaria; finalmente en los campos hallábanse también piedras fetiches, que protegían las cosechas de granos; un fetiche más particularmente encargado del cuidado de los rebaños, era una piedra llamada *Caullam;* todas estas piedras deberían, por lo menos, tener propiedades mágicas. Las rocas aisladas de los campos son grandes e indomables guerreros que combaten por la tribu y que vuelven a tomar su forma primitiva después de la batalla (1).

Reminiscencias de este culto a las piedras, del cual me dió datos precisos un machi de Amaycha, y quien me hizo relación de piedras paradas en los cerros, propicias a las majadas, a las lluvias, y de otras que servían para impedir que cayeran heladas, piedra o granizo, son las cruces-fetiches que el indio actual de Calchaquí, con su cambio de religión, clava en los morros de los cerros con igual propósito, y de las que pueden verse por centenares en el Valle de Santa María, de modo que el símbolo cristiano ha substituído al antiguo fetiche, pero es propiciado de la misma manera: con viejas oraciones, con aguardiente, con llicta y con coca. Muchas veces estas cruces se colocan en las apachetas; el indio se disculpa con que son

(1) Rialle, *La mithologie comparée*, capítulo II, páginas 15 y 16.

piedras amontonadas para tener en pie la cruz, pero su intención es otra: unir al poder de la piedra el del símbolo cristiano, en esa reconciliación secreta que ha hecho de las dos creencias antagónicas y que para él es eficaz.

Estas piedras protectoras han de ser del mayor tamaño posible, y han de afectar, si se les encuentra a la mano, ciertas formas especiales, prefiriéndose la que tiene aspecte fálico y han de sobresalir de la tierra, por lo cual son paradas de puntas; de este modo el fetiche domina la montaña o el suelo y el indio puede, desde distancia, distinguir al dios protector de su culto litholátrico. A veces la piedra no tiene forma especial alguna, aunque se busca que termine en punta.

Podrá observarse con una repetición continua que las antiguas piedras paradas del culto clásico, con o sin grabados, no se colocan en cualquier parte sino en alguna eminencia o en el campo llano, pero en medio de los andenes o labranzas que forman en el suelo caprichosas figuras geométricas de pequeñas piedras paradas, sosteniendo los terraplenes que se sembraban, porque sólo son númenes protectores de la localidad, y donde se levanten ha de haber habido, seguramente, en otro tiempo que cuidar siembras o rebaños de llamas y huanacos, y por esto es también que se ven menhires dentro de los corrales, caídos a la puerta de los mismos, o en las planicies llenas de pastos, a las cuales eran conducidas de diario las majadas que daban al indio alimento y telas para vestir.

Estos grandes fetiches enclavados en la tierra, es claro que tenían mucho mayor virtud que los amuletos para la conservación de los ganados o para las lluvias, ya por el religioso respeto a las grandes piedras, ya por su tamaño o porque aparecen de pie en el seno mismo de la madre tierra. Si los sacerdotes del valle han labrado la piedra o grabádola, ya sea figurando alguna divinidad o expresando un voto en ellas, entonces la huaca era doblemente venerada, y a sus pies se hacían las más preciadas ofrendas y los más cruentos sacrificios. Hasta hoy los pequeños amuletos con grabados son los más ricos tesoros de virtud del indio.

He aquí la clave de lo que significa en Calchaquí el culto a los menhires, o de los grandes fetiches fálicos que afectan estas formas porque los votos de que son objeto se refieren a anhelos de ver las cosas en más fecundadas, criadas y reproducidas.

Estos menhires son adorados hasta hoy; y cuando su destino es la protección a las labranzas, en medio de las cuales se les levanta, llevan el nombre de *Mama-zara*, con el que son conocidos en Cafayate y otros lugares, y que quiere decir: *maiz-madre* o « madre del maíz », como se traduce en Calchaquí. Si los menhires están a las puertas de las labranzas y un tanto inclinados, como queriéndose volver a la tierra, llevan el nombre de *Guazas* o *Huazas*.

Las *mamazaras* han de colocarse en el centro de las labranzas o en los terrenos en donde suelen hacerse los más valiosos cultivos, como tabaco, papas o porotos, a fin de que su acción sea más eficaz sobre todo lo cul-

tivado y labrado. Ha de preferirse que la piedra parada protectora sea completa o parcialmente labrada, y si es de una sola cara, que ésta mire hacia el lado por el cual el sol sale; y, como los grabados suelen generalmente consistir en líneas sinuosas e irregulares y en cuadriláteros, unidos los unos a los otros, es de allí mi creencia de que las líneas indican canales, y los cuadrados labranzas o andenes, que esta y no otra forma suele afectar el terreno cultivado.

La *Mama-zara* o maíz madre, es claro que tiene por objeto proteger el cultivo de este vegetal, evitando el gusano en la raíz, los hielos, la piedra, los vientos calientes, la langosta y otras plagas que pueden destruir o aniquilar las plantaciones. Pero el objeto principal de estas piedras es que den agua, lluvias al suelo sembrado, desempeñando así real y verdaderamente su misión de madre del maíz, por lo que son objeto de grandes ofrendas en tiempo de seca, mientras se conjura al Chiqui el que hace que todo venga en mal del agricultor. Estas piedras, pues, tienen la virtud de hacer llover sobre las labranzas.

Las *huazas* protegen los rastrojos, guardando los mismos como si fueran el más seguro candado del granero. Son dos piedras gemelas, una a cada lado de la puerta de la labranza o del bastidor, y tienen la virtud de impedir que penetre al recinto cercado cualquier daño, como animal o maleficio. Si estas piedras, como siempre sucede, no se han parado verticalmente sino un tanto inclinadas hacia la labranza, es, cabalmente, para indicar que prestan protección o resguardo a los sembradíos, a cuyas puertas sirven de sagrados centinelas, propiciándose a las *huazas* de la misma manera que a las mama-zaras.

Las huazas y mama-zaras son, pues, seres individuales con acción y voluntad.

El presbítero Toscano, gran conocedor de las supersticiones y ritos de los valles, pues que ha sido cura de Cafayate por muchos años, dióno ya en su libro una breve noticia de estos dioses fetiches, la que conviene transcribir por su autoridad en la materia.

« Los calchaquíes, dice el presbítero Toscano (1), además del dios particular para cada individuo y del que debía cuidar la casa (2), tenían dioses para las sementeras, cosechas, aumentos de éstas; para conjurar las plagas, enfermedades, etc.

« Entre ellos, agrega, se llamaban *Mamasaras* a unas piedras labradas y perfectamente pulimentadas, que se colocaban en medio de las sementeras para que tuvieran agua oportuna y abundante, atribuyéndose virtud especial para producir la lluvia.

« A otras piedras largas, colocadas también en los mismos sembradíos,

(1) *La región calchaquina*, capítulo VII, páginas 73 y 74.

(2) *Conopa*, le llama al comienzo de página y *Conapa* denomina Rialle al fetiche de familia, capítulo II, página 15 de su mitología.

a la puerta de entrada, se les llamaba *Guazas;* debían estar un poco inclinadas y eran consideradas como el señor protector que tomaba a su cargo el aumento de la cosecha.

« Cuando el año era propicio, los maizales producían abundante fruto y la algarroba cubría los montes, entonces las cosechas se celebraban con danzas y regocijos públicos al son de un tamboril; las mamasaras y guazas recibían cultos especiales en los adoratorios, o bien eran conducidos a las *guacas,* donde enterraban sus muertos para ofrecerles allí sacrificios, tiñéndolas con sangre de conejo silvestre, llamado *cuí.* »

Este último párrafo demuéstranos que las mamazaras y huazas eran objetos de sacrificios y que con la sangre de la víctima era untada la piedra como se estilaba con las demás huacas e ídolos para congraciarse con los fetiches de piedra y propiciarles, a fin de conseguir rendimientos en las escasas cosechas de los valles desprovistos de agua, de manera que tales fetiches pertenecen al culto de este elemento, objeto primordial de la mitología Calchaquí.

El mismo presbítero Toscano, ofrécenos una pequeña lámina de una mama-zara, tomada de una pintura que reproduce y que aparece con su labrado grabado, figura que afecta una forma fálica (1).

Finalmente, en Calchaquí hay dos lugares que llevan respectivamente los nombres de Mamazara y Huaza. Huaza encuéntrase en el denominado Cerro Fronterizo, entre Salta y Tucumán; Mamazara, también en Salta, entre Jasimanao y Pampallana.

En las fronteras de Calchaquí, como en el valle, pueden verse numerosas piedras paradas en medio de los andenes, en la cima de los mogotes o a la puerta de las labranzas, de los corrales y de las casas.

En el Potrero (Quebrada de Londres) hay un menhir en medio de los campos de labor, como los hay en la Quebrada del Molle, cerca de la Loma Overa en el camino del oeste de Catamarca a Tucumán, por Colpes.

En la estancia del Cedro, camino de Tafí a la Ciénega, encuéntrase en lo más alto de la Loma del Medio la Mamazara de la figura 204, de algo más de un metro de alto. Se encuentra en medio de andenes, de forma semicircular o de líneas curvas de piedra, más o menos cerradas. Cerca del menhir, y en uno de los andenes, encuéntrase un gran mortero de piedra. Entre estas pequeñas ruinas he encontrado restos de alfarería tosca, aunque lisa, color negro, y con líneas y puntos. En toda la loma vense los semicírculos y piedras paradas, nuevamente. En los campos del Fuerte hay también andenes con pequeñas piedras de pie, de treinta centímetros a un metro de alto. En los de Andaguala y Ampajango las rocas son grabadas, reservándome para clasificarlas entre los petroglifos, en un libro en preparación. En Fuerte Quemado y en las labranzas de Quilmes pueden verse otros ejemplares.

(1) *Op. cit.,* capítulo VI, página 63.

Las más importantes mamazaras hasta hoy conocidas son, sin duda alguna, los menhires de la hacienda del Mallar, en el valle de Tafí, que Ambrosetti descubrió el 28 de noviembre de 1896, y de los que nos dió tan interesantes noticias (1).

Yo visité posteriormente estos menhires a tres leguas de la población de Tafí, rumbo sudeste, al pie del elevado cerro de Ñuñorco, hacienda de la familia Frías, de Tucumán. Llegué al Mollar doblando por un cerro, camino de Las Carreras, y desde las altas lomas pude divisar estos interesantes monumentos de piedra, los que, en el sentir de Ambrosetti (2), han

Fig. 204. — Mamazar del cedro

pertenecido quizás a una raza de hombres distinta de los calchaquíes que debe haber llevado a cabo la construcción de estos colosales monumentos en épocas sumamente remotas, y empleando varios períodos de tiempo, invadiendo a aquel americanista la sospecha de que los trabajos de Tafí es posible que pertenezcan a esas mismas razas que poblaron a Tiahuanaco y que llevaron allí los grandiosos monumentos megalíticos que hasta hoy nos asombran.

Los menhires son numerosos y se alzan de pie en medio de los campos de labranzas, como sucede con las mamazaras. Ambrosetti sospechó que los alineamientos de piedra que constituyen una especie de sólidos bordes para contener la tierra vegetal que pueden arrastrar las lluvias, eran andenes; pero carecía de datos sobre lo que son las mamazaras y las huazas

(1) *Los monumentos megalíticos del Valle de Tafí*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XVIII, páginas 105 a 114, (1897).

(2) Lugar citado, página 112.

y el alto papel que ellas desempeñan en las creencias de los pueblos labradores, como el de Tafí. « En los alrededores del menhir (escribe aludiendo al gran menhir esculpido, que más adelante reproduzco), los restos de pircas abundan, o mejor dicho, series interminables de piedras de todo tamaño aparecen en el suelo, alineadas como formando graderías, unas debajo de otras a distancias desiguales y dejando entre ellas plataformas de extensión variable, cuyo objeto sólo me puedo explicar fuera para servir a detener la tierra de las mismas, destinadas quizás a la labranza, pues no hay que olvidar que en este valle ha llovido mucho, como sucede ahora. » En otro pasaje, aludiendo a estas graderías, dice : « Todas las piedras se hallan unas al lado de otras, y raras veces se notan dos encimadas. Esto me hace sospechar lo que dejo dicho, y que la mente que presidió a su arreglo no fué otra sino la de limpiar de cierta manera el suelo para po-

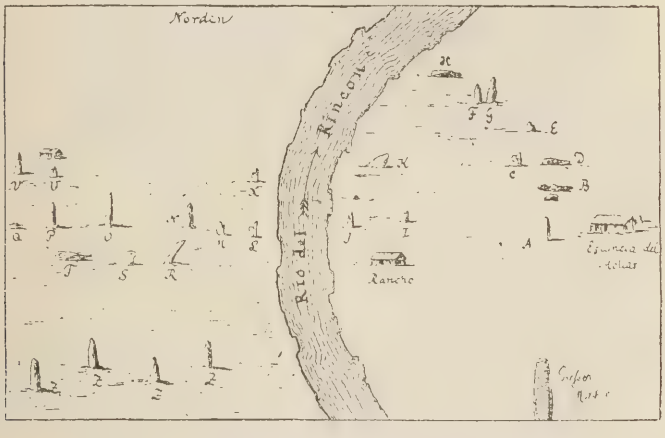


Fig. 205. — Plano de los menhires del Mollar (Tafí)

der sembrar en él, dentro del recinto de estos círculos y graderías » (1).

Esas extensiones circulares y esos cuadrados de piedra no son otra cosa que los « andenes » que trabajaban los indios para sembrar las especies vegetales que les alimentaban, en espacios reducidos de tierra, porque carecían de arados. Pueden verse andenes de este género regados por un largo canal que sale de una quebrada y que desagua en un gran estanque en el pueblo viejo de Quilmes, a cuyas espaldas se encuentran las labranzas y en medio de ellas monumentos megalíticos llenos de grabados, de los que daré cuenta en la obra respectiva, de los que poseo excelentes dibujos juntamente con el plano de los andenes.

Como estas construcciones megalíticas de Tafí son tan interesantes, reproduzco los dos planos levantados por Ambrosetti sobre el terreno, figuras 205 y 206.

El de la figura 206 es el plano general de los menhires con su ubicación

(1) Ambrosetti, *op. cit.*, páginas 106 y 113.

respectiva sobre el suelo (1). En el segundo, se reproducen los menhires gemelos formando puerta o *huaza*, viéndose en torno el campo de los andenes. Yo tomé una fotografía de estos menhires que reproduzco en la figura 207. Tomé igualmente las medidas de uno y otro, dando 2^m34 de alto el primero y 2^m23 el segundo, separados ambos por un claro de 2^m17.

Igualmente fotografié el gran menhir esculpido, que se encuentra caído y que es el más interesante de todos los grupos por sus profundos dibujos, figura 208.

Este menhir es antropomorfo, pues tiene grabada una gran figura hu-

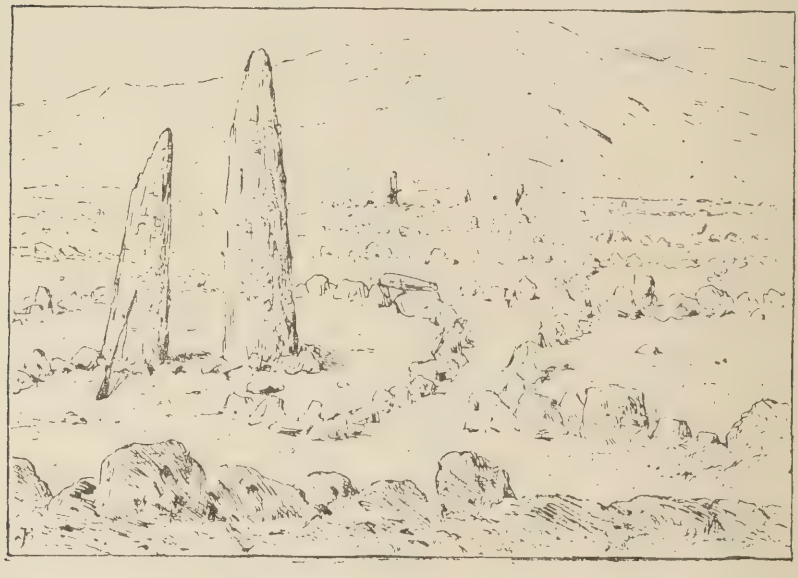


Fig. 206. — Menhires gemelos en medio de los andenes

(1) Explicando este plano, Ambrosetti escribe (págs. 108 a 110): « Saliendo del menhir A, rumbo noroeste 120°, y a los 52 metros, hállase otro caído en el suelo más o menos del mismo tamaño, B; luego tomando rumbo norte derecho y a 25^m50 se encuentra otro parado, C, pero tronchado y cerca de este, más o menos a 2^m40, otro caído, D. Siguiendo el mismo rumbo, a los 37^m50, otro menhir roto pero, en pie, aparece, E, y distante de éste 15^m50, y rumbo noroeste 70°, otros dos grandes menhires aún en pie y separados, F G, rodeados de una especie de corral de piedra. Debajo de esta puerta y en el terreno que desciende hacia el río, rumbo norte, algunas escalinatas o series de piedras se notan perfectamente, y a 9^m35 desde la puerta, otro largo menhir H, de 3^m20 de largo por 0^m65 de ancho, hállase derribado, presentando en una de sus faces dos cavidades redondas paralelas que seguramente han debido pertenecer a una cara humana grabada allí. Con estos datos no puede dudarse de que nos hallamos en presencia de unos de esos sistemas de menhires que se ha dado en llamar alineamientos *(alignements)*, como el famoso de Karnac, y esto fué lo primero que supuse. »

De paso resolveré la duda de Ambrosetti, acerca del lugar de dónde ha sido traído el material de piedra para los menhires. En uno de los morros del Muñoz, como a diez kilómetros, se encuentran muchas de estas piedras, en gran cantidad. El material parece rodado de lo alto del cerro.

mana, sin duda femenina, con símbolos en una de sus caras. Un surco en forma de arco circunscribe la cara, de la cual quedan visibles el trazo

Fig. 207. — Menhires gemelos Mollar (Tafi)

Fig. 208. — Gran menhir esculpido Mollar (Tafi)

de la boca y los dos pequeños ojos. Un surco transversal separa la cara del cuerpo, este con anchas líneas que parecen figurar las comisuras del vientre y los brazos. En medio, un círculo con punto central, parece representar el ombligo. Más abajo vienen otros grabados, siendo los más inte-

resantes los círculos con punto central, unidos por líneas y que son ojos Imaymana.

Tan singular figura debe ser la representación de la mamazara o maíz-madre, la que debe estar, por su acción fecundante, emparentada con la Pacha Mama, si es que aquella no es más que un atributo de ésta.

PLUMAS DE AVES

Las plumas, y especialmente las de ciertas aves, no sólo servían de adorno, sino que cuando eran portadas en la corona de los nobles, se consideraban símbolos de autoridad; con plumas se adornaban también los árboles venerados, y éstas sirven de amuletos.

En el Perú, ya sabemos cuán preciadas eran las plumas rojas, del *coraquenque*, que los dignitarios incas lucían en sus cabezas.

Garcilaso (1), hablándonos del vestido de los curacas, nos refiere que algunos de ellos vestían « de la manera que pintan a los ángeles, con grandes alas de un ave que llaman cuntur », jactándose descender de la misma.

Wiener (2), estudiando el lenguaje escritos de las telas de Ancon y Mansiche, dice que las jerarquías de los personajes que en ellas figuran se conocen por el número de plumas que llevan en la cabeza: y así, sabe que uno de estos personajes representados es jefe de sangre real por el penacho rojo de cinco plumas dobles.

Las Casas, en dos lugares distintos (3), nos informa del uso de plumas de colores para el culto.

En Calchaquí, igualmente, las plumas de aves, y especialmente las de colores, servían de adorno de las personas, de insignias distintivas de mando, de adorno de los dioses, de cosas que figuraban en el culto, y hasta de amuletos o talismanes.

A parte de los ejemplares que puede suministrarnos el material iconográfico, tenemos citas aisladas de los cronistas de Calchaquí, que confirman lo dicho en el párrafo anterior.

Los calchaquíes, dice Techo (4), « en los días festivos se adornan la cabeza con plumas de colores ».

Un ejemplar de cabeza ciñendo una diadema, es el mascarón de la figura 210. Esta diadema de plumas está adornada por tres discos alternados convenientemente sobre la frente y las sienes.

(1) *Comentarios reales*, parte I, tomo II, capítulo XX, página 490.
(2) *Pérou et Bolivie*, página 770 y siguientes.
(3) *De las antiguas gentes del Perú*, páginas 88 y 97.
(4) *Historia de la provincia del Paraguay*, tomo II, capítulo XXIII, página 400.

Wiener (5) ofrécenos también una cabeza postiza adornada de plumas, que cubría la cara de una momia, encontrada en Chancay.

Ambrosetti (2) ha restaurado la cabeza de la figura 210, de la manera como se reproduce en la figura 211.

En otro pasaje de Techo (3), refiérenos que las coronas de plumas eran insignias del orden militar. Con motivo de las exhortaciones del P. Romero a los calchaquíes a que abandonasen la antigua barbarie, manifiesta que un indio le interrumpió «diciendo con ferocidad y en alta voz que él jamás permitiría a sus compatriotas despojarse de su cabellera y *corona de plumas*, lo cual solía ordenarse a los cristianos, pues creía que tales adornos *eran insignias del orden militar*, y le parecía indigno quitarse las plumas antes de entrar a la iglesia, para llevar la cabeza desnuda cual los españoles».

El ejemplo más notable que puede citarse de guerreros con penachos de plumas, son las figurillas de Carahuasi, en cuyo fondo aparecen altos per-

Fig. 210. — Cabeza de barro cocido, de Andálgalá Colec. Max Schmitd. Tamaño natural

Fig. 211. — Restauración de la figura anterior

sonajes que portan hachas y cabezas cortadas en las manos, luciendo en sus frentes plumas de colores varios.

No es raro ver también a los ídolos con plumas, como a los guerreros y grandes dignatarios, pues es natural que se adornase a aquéllos con las más ricas prendas del tocado Calchaquí. Penachos de distintas formas y tamaños, sencillos y dobles, llevan las figurillas pintadas en urnas de Andagualá (fig. 212) de mi colección, de modo que tales plumas tienen ya algún valor sagrado en la mitología, lo que corrobora citas de los cronistas al respecto.

Lozano (4), hablando de los dioses Caijlles, labrados, en láminas de co-

(4) *Historia de los Jesuítas del Paraguay*, etc.

bre, dice que a éstos, como a *las varitas emplumadas*, los colocaban con grandes supersticiones en las labranzas, como protectoras de las mismas

(5) *Op. cit.*, página 619.

(2) *Notas de arqueología calchaquí*, número XIV, página 117.

(3) *Op. cit.*, tomo I, página 272.

contra la piedra, la langosta o cualquier otra epidemia. Estas varitas emplumadas de Lozano, deben ser las mismas que cuenta Guevara (1) que los indios « las llevaban a sus casas y sembradíos, prometiéndose de su virtud, contraída a presencia del numen, toda felicidad y abundancia. »

En el capítulo « Huayrapuca o la Madre del Viento », he reproducido unos idolillos que portan flechas o varas emplumadas. En otro pasaje, Techo (2) dice que al igual de los hebreos, los calchaquíes eran muy su-

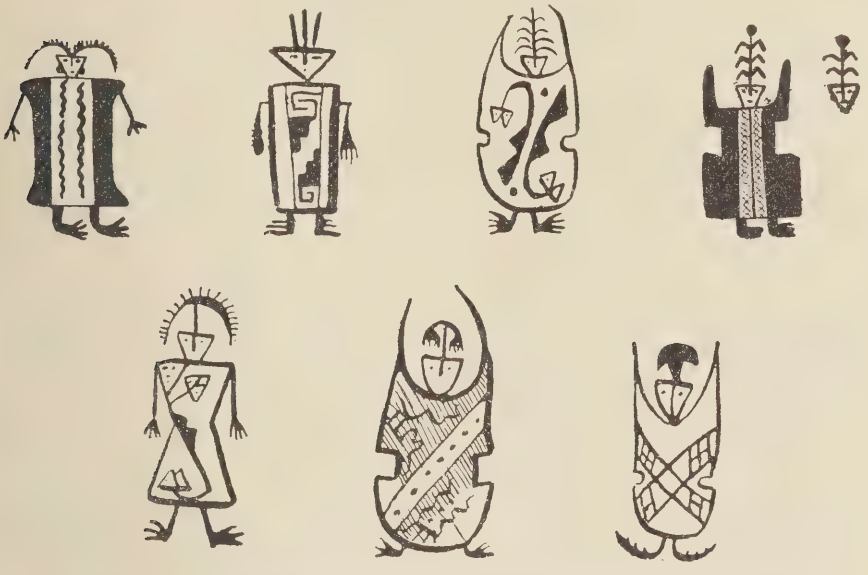


Fig. 212. — Personajes pintados en las urnas funerarias de Andalhuala. Colec. Quiroga

persticiosos, y que adoraban árboles *adornados con plumas*, de manera que se puede decir de esta gente lo que de la sinagoga : « Oh, mujer, te arrodillas debajo de todo árbol frondoso. »

Hasta hoy los calchaquíes guardan, bajo los aleros de sus casas, plumas de cóndor, que tienen por preciados talismanes para vivir largos años, pues que el cóndor se dice que no muere, sino que rejuvenece cuando es muy viejo y ha pasado el siglo.

Las plumas desprendidas de las águilas, cuando van volando, sean del cuerpo, y muy especialmente de la cola y de las alas, son también talismanes muy preciados, y sirven igualmente para preparar una longevidad sin contratiempos ni enfermedades.

(1) Página 33.
(2) *Op. cit.*, tomo II, capítulo XXIII, página 397.

LA CAZA DE VICUÑAS

Vamos a asistir a una caza de vicuñas, los esbeltos rumiantes, porque en la forma que se la practica, hay mucho de herencia indígena, desde el culto supersticioso a Pacha Mama y Llastay para que proteja a los cazadores, hasta la justicia en el reparto de los cueros y las carnes de los animales muertos.

La correría que voy a describir tuvo lugar en el año de 1868, con su salvaje esplendor, en las eminencias de una sierra que limita con los campos de Antofagasta, después de cruzar dos grandes serranías del intrincado sistemas de montañas de Santa María.

Desde comienzos del verano del año anterior al de la caza, las gentes de Cafayate, Tolombón y San Carlos habíanse invitado mutuamente para la gran batida, cuyo resultado fué derribar con *libes* más de seiscientas vicuñas. El punto de reunión era Cafayate, donde todo se aprestaba: las pequeñas boleadoras de venas torcidas de vicuña (libes), que silban al ser disparadas después de revolearlas en el aire; el *charqui* con *cumbarí* molido; los lazos para atar las bestias; los recados de totora mal forrados con cuero; los comestibles y bebidas, especialmente la *ullpala*, — harina de maíz mezclada con harina de algarroba desleídas en un *chambao* con agua, y que sirve de alimento y de refresco — y las infaltables bebidas alcohólicas en *chifles* de cuernos de vaca; el maíz molido, la coca y la *llicta*.

Todo lo dirige un capitán, autoridad, policía y justicia de la caza, en la que no faltan pendencias de cuchillo en el reparto de las vicuñas boleadas. En esta ocasión tocó hacer de jefe a *Gualinchay*, indio cafayateño, el más veterano en asuntos de caza de los rumiantes de Cordillera.

Dos o tres comerciantes, expendedores ambulantes de bebidas, géneros y comestibles, se preparan para poner su *tambo* contiguo al *chaco* o planicie donde han de ser encerradas las vicuñas, con el objeto de cambalachar sobre las mismas cumbres sus artículos por los tan apetecidos cueros de vicuña, de finísima lana, con la que las mujeres después de hilarla, tejen a fuerza de paciencia de semanas y meses las famosas mantas de vicuña. Además, su carne más delicada que la del ciervo, es apetecida para colgarla charqueada, en largas hileras de lazos, bajo el techo de paja de los rústicos galpones de la Aldea.

La caza ha de comenzar después de la *Chaya* de carnaval, en el día de ceniza, para darse tiempo y concluirla al finalizar la semana santa.

En ese tiempo las vicuñas lucen vellones de lana en sus pieles, han soltado sus crías, están gordas con los pastos de verano, hay menos peligro de que el cerro se enoje, que nieve o granice, y, más que nada, Llastay, el dueño de las aves, anda por el cerro y les es propicio.

No se ha de partir a la caza, sin que el capitán les invite a la *Kacharpaya*, a despedirse de la aldea aquella romería, que en la época de que me ocupo eran más de dos centenares de personas.

Esa noche ha de beberse aloja de algarroba y aguardiente «más y mejor», bailándose, tomados los concurrentes de la mano, dando vuelta a saltos al derredor de la gran tinaja de fermentado líquido, la cual está en el centro de la rueda. También se cantan *letras, vidalitas* y despedidas, con alusiones a la caza, a la Pacha Mama y al Dueño de las Aves.

La alegre cabalgata, capitán a la cabeza, parte al día siguiente con todos sus arreos, llevando cada cual su alimento, su bebida y sus libes, unos tres o cuatro pares de boleadoras.

No hay una sola boleada de vicuñas en los valles del Oeste, especialmente en Belén y Santa María, sin la *Kachacuna* o sea la ceremonia religiosa de la separación de los cazadores al pie del cerro, los que se reparten por la montaña en distintas direcciones para arrear a un punto dado los animales de caza.

Esta ceremonia es muy breve y sencilla y tiene por objeto propiciar a la Madre de los Cerros (1) para que no esconda la hacienda a los cazadores, ni la mezquine, dando el alerta a las vicuñas, que huirían en el acto a las más lejanas y apartadas cumbres. La Madre de los Cerros es la dueña del ganado que pasta en ellos, sin el cuidado y la atención del hombre, y no es lícito apoderarse de una sola cabeza sin su venia. Si la misteriosa divinidad no es requerida, lo primero que pasará a los cazadores es soportar el enojo del cerro, con todas sus fatales consecuencias: se armarán y desencadenarán las tormentas unas tras otras, poniendo en peligro la existencia misma de los cazadores; lloverá, granizará o caerá nieve, cuando no soplen esos fuertes vientos de la cumbre, que derriban a los jinetes; después el cerro se llenará de *puna*, siendo inaccesible para gentes y bestias, que sufrirán sus fatales consecuencias, mucho peores que las de la lluvia o el granizo; las vicuñas prevenidas, emprenderán una larga retirada y sólo quedarán pastando una que otra manada de guanacos, que no despiertan interés al cazador, el que va por los muy codiciados cueros de vicuña para las mantas, y su carne que salada sirve de alimento a la familia del rancho calchaquí. Por el contrario, el acto propiciatorio hará que la Madre de los Cerros proteja a los cazadores, haciendo que «les vaya bien»; que trepen las eminencias sin apunarse; que no se desencadenen,

(1) También se invoca a Llastay, su marido.

ni se armen las tormentas, y que sorprendan a los rumiantes, reunidos en sus campamentos sobre las altiplanicies de las montañas. La hacienda de la Pacha Mama es para el indio; pero éste debe demandarla de la madre cariñosa y fecundadora, que siempre ha colmado la medida de sus votos cuando le han sido hechos con sinceridad.

La ceremonia propiciatoria consiste en lo siguiente: llegados los cazadores, en alegre cabalgata, con sus capitanes al frente, al pie de la montaña que al siguiente día será ascendida, bajan a la tierra sus arreos de cazadores, y largan a pastar, acollarados de dos, sus animales, formando su campamento en algún rodeo llano, que ocupan hombres y perros en el espacio que dejan los aparejos, colocados unos después de otros, formando círculo, el que es mayor o menor, según el número de bestias de carga que han traído los cazadores. En seguida, los capitanes con su gente se llegan al centro del rodeo, en donde éstos cavan un poco la tierra, rociando con aguardiente uno por uno el hoyo; después se echa en éste el cigarro que se fuma, aguardiente, y, finalmente, coca. Antes y después de tapado el hoyo, los capitanes hacen en voz alta su voto, diciendo:

Pacha Mama, Santa Tierra,
Kusiya Kusiya
Vicuñata cuay
Amá-mi-cha-uáicho
Fortunata cuay
Amaón-cori-uáicho
Kusiya Kusiya.

Cuya traducción libre hace Ambrosetti (1):

Madre del Cerro y de la Santa Tierra
Haz tu que nos vaya bien,
Danos vicuñas y no nos las mezquine,
Danos fortuna y no nos hagas enfermar (apunar)
Haz tu que nos vaya bien!

O este pedido en versos mancos y cojos:

Pacha Mama, Santa Tierra,
Velay, que yo ti pagao:
Háganos parte, señora,
De su hacienda y su ganao.
Pacha Mama, Santa Tierra,
Aquí es la Kachacuna;
No voliando cuatro,
Siquier una.

Ascienden al cerro, y una vez en las cumbres donde se encuentran las vicuñas, elígese una planicie o pampa para formar en ella el *Chaco* o corral

(1) *Costumbres y supersticiones*, etc., página 35, 1896.

donde han de echarse las vicuñas arriadas. Mientras el chaco se trabaja, improvisan con ponchos una toldería, que les sirve de habitaciones para cuatro o cinco días que en ella permanecen. Trazado el gran círculo del chaco, clávanse en el suelo, o si se da con tosca, páranse sostenidas por piedras al pie, estacas como de 1,15 metros de alto cada una, y a distancia de quince metros la una estaca de la otra. Cada estaca lleva en la punta superior una tarja, para dejar pasar un hilo de lana con el que se forma el círculo, cuyo diámetro suele ser de dos y medio a tres kilómetros. Del hilo sostenido por las estacas, cuelgan cada tres cuartos de metro, pequeñas tiras de trapo negras, celestes, coloradas, amarillas, alternando los colores. Estos trapitos tienen una cuarta de largo, y el hilo con ellos semeja un rústico gallardete que encierra una gran área de planicie del cerro.

El chaco, no obstante, no está completamente cerrado, pues déjasele una puerta, sin hilos, de casi un kilómetro, para que por ella puedan penetrar al interior del círculo las manadas de vicuña que luego arrean los cazadores.

El trabajo de dejar listo el chaco, hácelo la mitad de la gente, mientras la otra mitad toma en dirección a donde mira la puerta de aquél. Van a arrear las vicuñas, las que a las cuatro o seis horas de la partida de los cazadores, comienzan a aparecer a toda carrera penetrando al chaco por su puerta, pues que otros cazadores córrenlas por los lados hacia donde está aquella. Las vicuñas entran poco a poco en el chaco, al que dan vuelta, pues en dándose con los hilos de los trapitos colgados que circundan el gran corral, vuélvense espantadas. No habría quien las hiciera pasar semejante cerco, y primero se dejarían matar antes que efectuarlo.

Una vez dentro del chaco todas las vicuñas, los arreadores, en larga fila, y a caballo, pónense de centinelas en toda la extensión de la puerta, a distancia como de cinco metros el uno del otro, dando la espalda para donde están las vicuñas, a fin de poderlas perseguir cuando salgan.

A una señal del capitán, los de a caballo comienzan a galopar en línea hacia adelante, mientras unos treinta hombres arrean las vicuñas que buscan la puerta y tratan de volverse a su querencia. Estos arreadores, cuando las vicuñas han llegado cerca de la puerta, pónenlas, con gritos y ruídos en precipitada fuga, pasando entonces las vicuñas a toda carrera por entre los claros de la caballería de cazadores, los que inmediatamente de tenerlas delante, tíranles con sus boleadoras o libes, que llevan colgados en la mano izquierda. La boleadora se tira al cuello de la vicuña, pues si se la enreda entre las piernas del rumiante, éste corre no más, aunque sea a saltos; mas, cayendo los libes en el cuello, la vicuña *cosquillea*, da un gran salto, y cae desplomada en tierra, donde inmediatamente es degollada por el cazador.

Quien puso los libes en el cuello de la vicuña, es su dueño.

Pero acontece que, a veces, en la reboleada de los libes, caen varios en el cuello de una misma vicuña, porque varios cazadores han tirado a un

tiempo en aquel entrevero de caballos que corren y vicuñas que huyen pavorosas, mirando de cuando en cuando, con ojos huraños, la cumbre o el peñón inaccesible. En ese caso, cuando la vicuña cae, cualquiera de los dueños de los libes la degüella, hasta que llegue el decididor de contiendas, el capitán de la caza. Este, especie de Salomón nativo, hace una división equitativa del fruto de la caza, partiendo en fragmentos la res y adjudicando a cada cual, según derecho, el lote correspondiente del apetecido animal de la cumbre. La porción mayor de la misma lleva quien primero le puso su libe, y las demás quienes le siguieron sucesivamente. El capitán para hacer su justicia, principia por sacar los superpuestos libes ; claro es que el último libe es el que cayó primero en el cuello de la vicuña. Bien pues : si los libes son tres o cuatro, al dueño del primero, toca un costillar ; al del segundo, otro costillar y una *achura ;* al del tercero, el cuello, el vientre, las piernas, y, finalmente, al cuarto, el cuero con su lana, la más valiosa prenda.

Después de cada caza parcial *pasan al chaco,* y los cazadores se comen las vicuñas muertas por la tarde, en la improvisada toldería, donde encienden sus fuegos con *yareta* y *cuerno de cabra,* el combustible de aquellas eminencias, a millares de metros sobre el nivel del mar.

Es de advertir que en el mismo lugar de la caza se saca el cuero a las vicuñas, y que de allí cada dueño se lleva a su respectivo depósito, cercano al toldo de la *tambería,* la carne de la res.

Al día siguiente, toca su turno a los que han armado el chaco, el que se muda a mucha distancia, buscando nuevos rebaños de vicuñas, tocando armarlo esta vez a los cazadores de la víspera. El chaco tiene ya su puerta a otro rumbo, hacia el norte, sur o este, si la puerta anterior miraba al occidente, porque de este lado arriáronse ya todas las vicuñas. Además, no habría posibilidad de caza si el chaco estuviera en un solo lugar, porque las vicuñas escapadas se harían *mañeras.*

Es de advertir, finalmente, que de las corridas se separa, con buen cuidado, todo lo que es guanaco o *suri,* porque éstos en el chaco, en viéndose apurados, o sin apuros, no tienen en cuenta lo de los hilos para escapar, dejando así abiertas puertas para las veloces y montaraces vicuñas.

El campamento es una verdadera fogata por la noche. Al lado de cada carpa arde la yareta, sobre la cual chirrea la sabrosa carne de la vicuña. Entre las carpas están estaqueados los codiciados cueros. Hasta el alba se canta. Cuando el lucero aparece, se ensillan las bestias, se da la orden de marcha, y las mujeres y niños que han acompañado a los cazadores quedan a hacer la policía de cuanto queda, a guardar pieles y a charquear carnes.

Inútil es decir que en las noches del campamento se propicia a Pacha Mama y a Pucllai, y que se bebe, como el día de la partida a la caza « más y mejor ».

EL HUÍDO

El « machi » de Los Cardones (lugar éste antes de la bajada a Amaicha), a más de ser médico y de curar a « pichara », es el más mentado adivino de los valles calchaquíes, y tal fe se tiene en su ciencia que las gentes se costean de todas partes a que les conteste sobre cualquier cosa: si el año será bueno, por ejemplo, o malo, si conviene o no celebrar cual o tal trato, si debe sembrarse esta o aquella sementera, si serán correspondidos en su amor, si tendrán suerte, « si algún envidioso existe que les haga daño, etc. ».

La contestación no suele darse inmediatamente, sino después que se ha propiciado a Pacha Mama y se le ha tomado parecer, teniéndose por contestación de ésta a cualquier interrogación del machi lo que a éste se le ocurre inmediatamente después de la pregunta.

El machi vive con la profunda convicción de que es un verdadero poseído, y lleva largas cuentas, citando casos concretos de cuantas cosas le salieron bien. Es verdad también que cada agraciado por una adivinación se convierte en un pregonero de su fama.

La vida del machi en la soledad y aridez de la montaña, donde es fama que moran las divinidades, está rodeada de misterio para la gente supersticiosa de Calchaquí, tanto más cuando que él es el único poseedor de la ciencia y tradición antigua.

Entre tanto caso de adivinación que pudiera citarse me limitaré a uno breve, que tiene la autoridad de haberme sido contado por la persona misma que consultó al machi de Los Cardones. Es ésta doña Pascuala de Tolombón, muy conocedora de cosas antiguas, a quien fugó un peón robándole unos animales; y como los rastreadores nada hicieron para dar con el hombre y las bestias, fué necesario acudir a la ciencia de don Santos, especialmente llamado para que preguntase a la Santa Tierra el paradero del ladrón.

Llegado el machi y puesto en autos de todo lo ocurrido, éste comenzó a discurrir en silencio, repitiendo luego: « No doy, no doy. » Pidió entonces quedar solo con la dueña de casa, ordenando que no quedase una sola persona en ésta ni en sus alrededores. Una vez que se efectuó el desalojo, pidió a doña Pascuala que le trajese coca, un « pañuelo nácar » y

una botella de aguardiente. El pañuelo fué extendido sobre la mesa y, colocado en su centro, un yuro con aguardiente, rodeado de coca. Después de hacer unas libaciones, acompañadas de palabras secretas, volvió a colocar el vaso en su lugar, y levantando la coca eligió cuatro hojas enteras que colocó en el hueco de ambas manos juntas, que levantaba y bajaba por tres veces, diciendo: « 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 ». Tiró después las hojas al aire, cayeron éstas sobre el pañuelo extendido y repitió: « ¡Suerte! ¡suerte! » Interrogado en que se conocía ésta, dijo: « en que han caído dos verdes para arriba y dos verdes para abajo »; luego levantó las cuatro hojas, que llevó a la boca y comenzó a mascarlas, mientras bebía a grandes tragos el aguardiente del yuro y dijo: « Tierra, hay! madrecita, hay que pagarte a fin de que me ilumines los rastros del huído. »

El machi cerró en seguida los ojos, púsose a orar, y después de beber nuevamente con la botella, dirigiéndose a la dueña de casa, dijo: « Ahora, mi señora, le diré que rumbo ha tomado su peón con los animales que lleva de tiro. La Santa Tierra me dice que hay que buscarlos para el lado de Tucumán, y agrega que si las nubes no dejan ver bien el camino del cerro, que se le busque al poniente. »

Lo cierto es que doña Pascuala se dió por satisfecha, y que para no perder el tiempo envió en busca del peón fugado en las direcciones naciente y poniente, dándose con él hacia este rumbo, como que aparecieron grandes nublados en dirección a Tafí.

EL AMIGO DE LAS BRUJAS

Hasta hoy existe en Calchaquí cierto temor supersticioso al sapo, y se refieren muchos cuentos de los escuerzos; pero del conjunto de datos no puede deducirse si era o no venerado.

Es de llamar la atención que el sapo y el renacuajo suelen aparecer con mucha frecuencia pintados de negro, sobre fondo rojo, en las urnas funerarias y los pozos, o al borde de estos últimos en relieve, como si quisieran entrar; pero teniendo en cuenta que el sapo vive en el agua y busca la humedad, él, sin duda, figura llamando aquel elemento, y así, hasta hoy es costumbre poner sapos panza arriba, como se dice, cuando el tiempo se muestra duro para llover.

Lo que sí sabido es, que del sapo se sirven las brujas para hacer daño a alguna persona, porque se le tiene por obra del Supay, seguramente por su figura repugnante; y así se dice que el sapo es amigo de las brujas a los cuales cuidan y alimentan en el lugar en donde acostumbran meditar sus sortilegios.

La bruja, cuando se ha decidido hacer daño a alguien, pilla un sapo y lo pone panza arriba a la puerta de su cueva, nombrando en seguida tres veces a la persona que quiere dañar. Previamente, la bruja ha conseguido de cualquier modo unos cuantos cabellos de la víctima elegida, cortándoselos, si puede, o sino tomándolos de su peine. La bruja lleva estos cabellos, que los reduce a un pequeño ovillo, los envuelve en un trapo y los punza con espinas, colocándolos dentro de la cueva húmeda del sapo, para que los cante de noche. Al día siguiente, pídese tres veces al sapo que haga a la dueña de los cabellos tal o cual daño, que suele ser generalmente la pérdida de la razón.

El sapo, como se ve, está poseído del espíritu del mal, y es uno de los factores principales de la hechicería.

En la quebrada del Cajón refiérense algunos cuentos sobre el sapo; pero todos ellos parecen ser de origen español.

Como todos los males tienen remedio, conviene saber cómo se hace para conjurar el daño del sapo.

Para ello, y como uno puede ser dañado el día menos pensado por algún enemigo oculto, aunque parezca no existir motivo, debe llevarse siem-

pre como prevención, el amuleto de los palitos, el que salva a todo ser viviente de cualquier maleficio. Este sencillo amuleto consiste en lo siguiente: se toman tres palitos de árbol, colores plomo, negro y blanco, recortándoseles en seguida las puntas; los tres palillos, colocados en forma de estre-

Fig. 213

lla, son agujereados en el centro y fuertemente atados, pasándose por el agujerillo común un hilo de caña para llevar el amuleto colgado al pecho.

Este amuleto contra el « hualicho » es usado en los valles de Tolombón al noroeste. En Molinos suelen coserse dos palillos en la copa del sombrero, y en forma de cruz.

VASOS VOTIVOS PARA PARTOS

En los capítulos sobre la « Religión en la vida ordinaria » y los « Amuletos », reprodúcense ejemplares de vasos, yuros y pequeños amuletos fetiches que sirven de ex-votos para los buenos partos, como se hace notar en los lugares respectivos citados, dada la forma como se han trabajado tales objetos antropomorfos, que aparecen con el vientre deformemente abultado y con las manos de dedos abiertos llevados sobre el mismo.

La aplicación de algunos objetos que se cree que tienen virtud, sobre el vientre de las parturientas, es aún frecuente en Calchaquí; y es por eso que yo he creído que los pequeños amuletos para propiciar un buen parto se aplicasen de igual manera.

Entre los objetos coleccionados por Lafone Quevedo, por Ambrosetti y por mí, encuéntranse una especie de pucos, de boca mucho menos abierta que estos, en forma de grandes vasos, huecos por dentro. A uno de los bordes de la boca de estos vasos, suele aparecer pegada una cabeza en relieve de corto cuello, con cabellos trenzados, como las parturientas se lo arreglan para pasar su enfermedad, y sobre el borde opuesto o un poco más abajo de él aparecen también pegados en el vaso las piernas y los pies en relieve, o simplemente los pies de la figura humana. Los largos brazos de la misma llévanse en dirección a los pies por sobre la concavidad del vaso. El objeto dispuesto en esta forma, representa a una persona de deforme vientre, casi esferoidal, abierto en la parte correspondiente a la boca del vaso.

Los tres ejemplares que en seguida se reproducen, y un otro de mi colección muy semejante al primero de ellos, aunque con largas piernas dobladas en la rodilla, constituyen un curioso grupo de vasos que creo con Ambrosetti (1) que deben clasificarse como ex-votos para el buen parto.

La forma del objeto, la posición de las personas figuradas, el abultamiento que hace el vaso en el cuerpo y la semejanza de estos grandes pucos con los pequeños amuletos para propiciarse un buen parto, hácenme pensar que los objetos en cuestión no pueden haber tenido otro destino.

(1) *Notas de arqueología Calchaquí*, números III, XIV y XXVIII, páginas 27 y siguientes, 105 y 217.

Estos son de barro, con o sin pinturas, alusivas siempre a la fecundidad, como la guarda negra que adorna la boca del vaso de la figura 215, y son de veinte centímetros de largo, más o menos.

Van reproducidas (fig. 214, 215 y 216) y tres de estos interesantes y típicos vasos, encontrados en lugares distintos, Andaguala, Santa María y Pomán, para que se vea que no solo en Yocavil, sino también en Londres existían tales vasos votivos. El diámetro de las bocas de los mismos varía, siendo menor el del primero y mayor el del último, el que ya toma las formas de un verdadero puco.

Fig. 214. — Vaso votivo para partos. De Andaguala

Fig. 215. — De Santa María

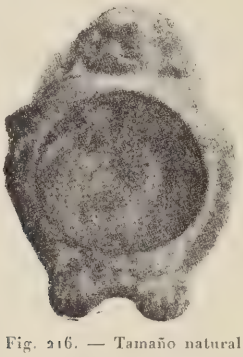


Fig. 216. — Tamaño natural
(Poman) Catamarca Colec. Ambrosetti

En la concavidad de estos vasos, es claro que se echarían las ofrendas a las divinidades protectoras de un parto sin contratiempos. Estas ofrendas seguramente consistirían en chicha y otros licores de algarroba que son necesarios en toda ceremonia.

En la figura 214, la cabeza humana aparece con largas trenzas, que caen sobre los bordes de la boca del vaso. De sus lados se desprenden los largos brazos, que rematan en las manos abiertas que aprietan el vientre, cerca de los pies y encima de estos. Estos pies, pegados en el barro, aparecen uno al lado de otro, con sus dedos abiertos.

En la figura 215, la cara aparece chata, con indicación de la nariz, que es bien grande y saliente. La cabeza aparece estar cubierta con un manto o pañuelo, que la mano derecha de la figura lo levanta, mientras que la iz-

quierda aprieta la boca en actitud de dolor. Los pies de dedos abiertos, con una pequeña porción de pierna, destácanse perfectamente. Todo el objeto está pintado con artísticas labores, símbolos de fecundidad.

El vaso de la figura 216 es de barro bayo, pintado de negro, muy fino y perfectamente cocido. En su cara están indicadas todas las facciones; la parte posterior de la cabeza enseña un rodete que deja caer la cabellera a la espalda. Las manos de la figura aparecen posadas sobre el vientre. Las piernas separadas entre sí, con sus pies de dedos abiertos, destácanse perfectamente.

Piedras abultadas, con su convexidad saliente, como la « Piedra preñada » entre Chilecito y Famatina, tienen la virtud de hacer felices los partos de las embarazadas que, raspando la piedra con un instrumento cortante, toman el polvo de la misma.

Este dato corrobora y explica el por qué del abultamiento de vientre en los tres objetos que acabo de examinar.

CÓMO VESTÍAN LOS CALCHAQUÍES

SUS PRENDAS Y ADORNOS, TOCADO Y PEINADO, VESTIDO Y TEJIDO

I. Origen del vestido indígena. La indumentaria y adornos peruanos y calchaquíes. Embijamiento. Caretas de piedra. Plumas, peinado, tocado, canipachos, discos, aros, collares, placas pectorales, cetros, ceñidores y fajas. Sombrero y calzado. Sogas, cuerdas, bolsa, chuspa, inchi y calcha. — II. El vestido indio. La materia prima: lanas de llama, huanaco y alpaca. El algodón y el yuchán. Cómo vestían los calchaquíes. Lo que escribe Herrera, Techo y don Jerónimo Luis de Cabrera. Colores de las telas. Telas de los panteones de la Alpacheta y Quilmes, de San Fernando y Hualfín. Tejidos y trajes del Cajón. Telas de los cementerios de Santa Catalina, Río San Juan de Mayo y Casabindo. Datos de Lehmann-Nitsche y Ambrosetti. Camiseta, poncho, y puhuyu. — III. Acto religioso de tejer. Invocaciones para hilar. Muyuna fetiche. El hilado. Huso, madejador, muchacho. Ollas para teñir. Cómo se dan los colores. El telar y la urdimbre. La pala, el peine y la payana. Trajes indígenas en la colonia. Un documento curioso.

I

Seguramente que en la América, como dice Wiener (1), el primer vestido no ha consistido en la hoja de viña, como reza de la leyenda bíblica, ni el vestido indígena es una consecuencia del pudor, el que al revés, se manifiesta después de aquél, porque el traje, cubriendo tal parte del cuerpo humano, hace parecer inconveniente la desnudez de esta parte, por el hábito de verla cubierta. « En los valles de Ucayali tribus enteras apenas si se cubren con plumas el pecho, la cintura o las piernas. El vestido del hombre primitivo es el efecto, sin duda, de un cierto gusto estético, cuando no una necesidad de los rigores del clima. El indio ha notado que el cuerpo es poco adornado, y artificialmente quiere hacer lo que la naturaleza no ha hecho, por lo cual despoja al pájaro de sus plumas, al árbol de sus flores y sus frutos; y no es el sentimiento del pudor, sino el sentimiento de lo bello, lo que ha hecho nacer en él, más que la necesidad de vestirse, la necesidad de ornarse » (2). Por eso, el primer vestido es la corona, fácil de hacer y embellecedora de la persona; el vestido desciende en seguida a las

(1) *Pérou et Bolivie*, 3ª parte, III, páginas 659 y 660.

(2) Wiener, *loc. cit.*

partes inferiores del cuerpo; el *poncho* y la camiseta cubren pecho y espalda; el ceñidor y la faja, el vientre; el chiripá y el calzón, los muslos y las piernas; la *uchuta*, el pie; etc.

Nuestros indios calchaquíes, al parecer, se preocupaban mucho del vestido y de todo género de adornos, para presentar lucidamente sus personas. Las pictografías de los naturales denuncian que éstos estaban muy adelantados en el arte de vestir, lo mismo que en el arte de adornarse, como pueden verse en los objetos de mi colección de los valles santamarinos y las de los museos Nacional y de La Plata, en cuyos estantes se admiran centenares de prendas de oro, plata, cobre, bronce, hueso, malaquita y otras materias. Los indios de Yocavil, de Amaycha, Colalao y Quilmes, especialmente, visten y se adornan mejor que los andalgalas, famaifiles, abaucanes, pipanacos y londoínos en general; y es ello, debido, sin duda, a la influencia de la cultura quichua, la que, según una documentación recientemente publicada, tenía su asiento en el pueblo en ruinas de Quilmes, que es a la vez un baluarte, con construcciones dignas de estudio; y ya había yo observado que no lejos de aquella localidad, las telas de los panteones de Amaycha y La Apacheta, tiene semejanza, en sus formas, manera de tejerse y distribución de los colores, con ejemplares similares de telas peruanas, lo mismo que los aros, brazaletes y collares de malaquita de los valles santarimanos y occidentales, hasta Molinos y Luracatao (1). En nuestro departamento de Belén también he encontrado telas y objetos de plata y oro de estilo peruano, singularmente valiosos.

El embijamiento, o arte de pintarse el rostro y demás partes del cuerpo, se ve, por los ejemplares de alfarería local, que era muy común entre los calchaquíes. Estas pinturas, de diversos colores, consisten por lo general en círculos sencillos concéntricos, con y sin punto, en cruces y flechas, en cuadrados, triángulos, grecas, líneas quebradas, paralelas, sucesión de circulillos y puntos a manera de guardas, serpientes enroscadas, meandras, líneas zigzag, figurillas antropomorfas y zoomorfas, especialmente pintadas en el rostro de aquella divinidad de la lluvia de las urnas funerarias; y, para evitar reproducciones, el lector puede ver al respecto los numerosos ejemplares que he reproducido en mi *Cruz en América* y los que se insertan en las *Notas de Arqueología Calchaquí* de Ambrosetti, como las figuras 13, 235, 24, 28, 32, 58, 104, 137, 155, 156, 157, 162, 171, 173, 174, 175, 178, 222, 223, 224, 225, 227, 238, 255, etc. (2). Estas pinturas, en su mayor parte, corresponden a los símbolos de la alfarería funeraria, e indudablemente tiene el valor de estos, cuando no representen los *totem* de las figuras o personajes representados, los que, es claro, responden a copias o reproduccio-

(1) Véanse los ejemplares de discos, collares, adornos y vestidos, que reproduce Wiener, citado, páginas 661, 667 y 675, lo mismo que Rivero y Tschudi, Max Uhle, etc.

(2) Obra citada (ed. 1899), páginas 24, 38, 41, 51, 55, 84, 120, 159, 172, 173, 174, 180 a 183, 210 a 213, 221, 223, etc.

nes de ejemplares vivos; estos nos sirven para restaurar costumbres de las que no se tienen noticias documentales, como que, en su mayor parte, han de ser prehistóricas y por ende, desconocidas de los cronistas, los que tampoco se preocupaban mucho de esta clase de asuntos (1).

Para que se vea en lo que consistía la pintura del rostro de nuestros indios y su vestido rudimentario, reproduzco, en mitad de su tamaño natural, una figura humana trabajada en barro (fig. 217), perteneciente a la colección Zavaleta, la que fué encontrada en Chiquimí, Departamento de Santa María, Catamarca. Este objeto es muy bello. El material de barro, liso y pulido, ha sido perfectamente cocido por el artista, y es de un color café claro. En las mejillas del rostro aplanado de la figura se ve una pintura

Fig. 217

Fig. 218

como x puntuada, a la izquierda, y dos círculos concéntricos con punto, a la derecha, ambos, sin duda, dibujos simbólicos; debajo de la boca, y sobre el mento, lleva dos puntos.

El muy curioso objeto reproducido en la figura 218, es una careta de piedra, calada por dentro, para ser colocada sobre el rostro. En el material pétreo se han abierto los ojos, que permiten ver al enmascarado; cuatro agujerillos en el frontal, dan paso a las cuerdas que sirven para atarse la careta. No es muy pesada, a causa de la caladura en la parte posterior, que permitía que hasta la nariz fuese introducida como en molde. Esta careta fué encontrada por mí en Fuerte Quemado (Catamarca), del tamaño de una cara humana, y tan curioso objeto delata una costumbre calchaquí ignorada: la de ponerse careta sobre el rostro, sin duda en algún festival

(1) En cuanto a las pinturas del rostro o del cuerpo, Guido Boggiani (*Tatuaggio o Pittura*, segundo Congreso geográfico italiano, Roma, 1894), sostiene que los peruanos no se tatuaban, sino que se pintaban simplemente, lo mismo que sucedería en Calchaquí.

religioso, o en veneración al dios *Caclla* o rostro, o en las orgías de ese *Pucllai* pintarrajeado, divinidad que preside la alegría y las bacanales, que, por lo mismo es considerado al Baco calchaquí. Los santamarianos para cruzar el campo del Arenal, usan hoy día caretas de lana de vicuña o de pieles; pero el propósito es resguardarse del aire helado, que azota y quema el rostro en aquellos parajes.

Ahora, respecto al vestido de la figura 1, ésta aparece casi totalmente desnuda. En su cabeza luce una gran *vincha* de color amarillo, rayas café, con una prolongación hasta la tetilla izquierda del pecho. Esta vincha, terminada arriba en dos aspas, es un adorno, y constituye el comienzo del sombrero o prenda para cubrir la cabeza. El brazo derecho, cuya mano descansa sobre la parte abdominal, ciñe una manga que le cubre el antebrazo, casi hasta el codo. El detalle del cinturón, que tapa la parte inferior del vientre, bajando hasta cerca de las rodillas en las piernas, es una prueba concluyente de que nuestros indios vestían también *con plumas;* y las de nuestra figura sin duda serían de *suri* o avestruz. Plumas pintadas llevan igualmente, como adorno en la cabeza, quizá símbolos de autoridad, varias de las figurillas de la gruta de Carahuasí, en Salta, y acabo de encontrar en Huillapima, valle de Catamarca, un precioso ejemplar de piedra, que parece representar una divinidad, en cuya cabeza se ve tallado en relieve un largo adorno de plumas, a manera de largos dientes de sierra, que comienza a la mitad de la frente, sigue por la bóveda superior del cráneo, y cae a la espalda, llegando hasta las nalgas. Este largo adorno de plumas me hace recordar a los reproducidos sn la sección *Winter Counts* del *Annual Report* (1), figuras 353, 389 y otras, en las que aparece el indio desnudo con este largo apéndice emplumado en la cabeza.

Ambrosetti, muy acertadamente, a mi juicio, y glosando lo que escriben Montesinos, Garcilaso y Zárate, sobre que Inca Roca permitió a sus generales el uso de la vincha o *llauto* con borla que cayese a la izquierda, lo mismo que sobre el uso de la manga o brazalete en el brazo derecho, símbolo de autoridad, clasifica a la figura de Chiquimi como *ídolo de significación incásica* (2).

En la figura 219, reproducciones que hice de pinturas en urnas funerarias de San José (Santa María), se ven tres hombrecillos, los dos primeros con bicornios, sombreros o gorras de dobles picos, y los tres luciendo curiosos penachos de plumas en sus cabezas. Estas figurillas ofrecen otra particularidad, la de encontrarse cubiertas con *escudos* pintados artísticamente, escudos que sin duda serían de cuero, otro dato prototórico, digno de te-

(1) Garrick Mallery, *Picture-Writing of the American Indians Bureau of Ethnology,* IX sección segunda, páginas 312, 319 y siguientes, 1888-1889.

(2) *Notas de Arqueología Calchaquí* citada, II, páginas 25 y 26; Montesinos, *Memorias Historiales del Perú (Revista de Buenos Aires,* tomo XII, página 80, V. F. López); Garcilaso, *Comentarios Reales,* tomo II, libro I, capítulo XVII; Zárate, *Conquista del Perú,* libro II, capítulo IV.

nerse en cuenta. Los escudos de Carahuasi son pintados de colores, y al parecer llevan en su parte central figuras totémicas, animales, símbolos, etc., que corresponderían al *clam*, toldería, tribu o familia.

La cita que acabo de hacer del padre Techo, consigna otro curioso dato: el valor moral inestimable que daba el indio a su larga cabellera lacia, la que no permitía que se le cortase, porque consideraba que ello era oprobioso, como lo creían los primitivos reyes de los francos. Esta cabellera se adornaba con artístico tocado.

Mantegazza, se ha ocupado de la larga cabellera y *simpa* de nuestros calchaquíes (1).

Lozano, en varios pasajes (2), confirma lo que sobre la cabellera calchaquí escribe Techo, dándose cuenta que el famoso alzamiento de Chelemín tuvo por origen el acto impolíticamente vejatorio de don Felipe de Albornoz de trasquilar la cabellera del hijo de aquel famoso guerrero indio, lo

Fig. 219

mismo que las de otros caciques, en un rapto de ira de parte del jefe español. Ambrosetti, cita dos sumarios levantados contra un portugués y un español, al primero, porque « tresquiló dos indios, y uno de ellos era hijo de un cacique principal, cosa que entre ellos (los de Machigasta, Rioja) se tiene *por grande afrenta* »; y al segundo, porque « tresquiló tres indios de su pueblo (Rioja), sin causa ni ocasión alguna, cosa que se tiene *por grande afrenta entrestos naturales*, sin tener comisión » (3).

Cosa particular es que nuestros calchaquíes hayan cuidado tanto de su cabello y de su peinado, el que es una verdadera obra, y en arreglar el cual el peluquero indio perdería, sin duda, una mañana entera, por lo complicado del mismo; y si bien es verdad que la tarea sería facilitada por lo lacio del cabello negro, que impediría muchas veces enredarse, o hacerse

(1) *Archivio per l'etnografia*, etc., sobre *Gli Indiani Calchaquí*, etc., tomo XXVI, 1896.

(2) P. Pedro Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, tomo V, páginas 475, 476, 428, 200, 48 y 49, etc.

(3) Ramón J. Cárcano, *Documentos del Archivo de Indias*, número 74, 4, 11; Ambrosetti, *Notas* citadas, XIV, páginas 99 y 100, en su hermoso capítulo sobre *El peinado y el Tocado*.

tampa dando lugar a que el peine desempeñase su tarea con muchas menos dificultades que en una cabellera europea, no es menos cierto que ni el peinado japonés, con todos sus detalles de *toilette*, ofrece las complicaciones del peinado calchaquí, especialmente el de los capayanes y pueblos de la jurisdicción de Londres, habiendo yo en una y otra localidad recogido unas quince cabecitas de barro con todos los detalles del arreglo artístico del cabello. Para que el lector se forme una idea de sus complicaciones, ofrezco en las figuras 220 y 221, ejemplares respectivos de peinados de gran moda en Capayán y Pomán (Catamarca). En estos ejemplares de mi colección puede verse que el peluquero calchaquí ha debido comenzar por peinar el cabello suelto, de arriba abajo, muchas veces, valiéndose del sencillo instrumento que reproduzco en la figura 222 y que es un peine, cuyos dientes consisten en espinas de cardo, sujetadas entre dos palitos, y divididos por

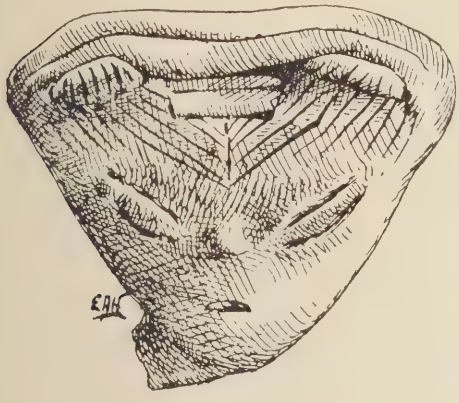


Fig. 220

Fig. 221

un tejido de lana, que daba consistencia a la atadura. El ejemplar reproducido ha sido extraído por el señor Lehmann-Nitsche del cementerio de Casabindo, y es un curioso y tosco aparato primitivo, el que, sin embargo, desempeñaba sus oficios a las mil maravillas (1). El pelujero (porque la tarea no es creible ni posible que la efectuase sólo el interesado) ha debido en seguida partir el cabello, para dividirlo en dos porciones, comenzando en la frente y concluyendo en la nuca; dividido el cabello, ha procedido en seguida a trenzarlo, haciendo varias *simpas*, adornadas o no con cintas de colores; después vienen la obra estética de distribuirlas en la cabeza, anudándolas artisticamente, formando con ellas especies de moños, especialmente al lado de las orejas, rodetes, andas y otros caprichosos adornos, cruzándolas, superponiéndolas, tejiéndolas a manera de redes, etc., de tal modo que el peinado calchaquí constituye una obra vistosamente intrinca-

(1) *Catálogo de antigüedades de la provincia de Jujuy*. Museo de La Plata, 1902, lámina IV, figura 7, un cuarto tamaño natural, página 34, número 7. Véase también *Peine de espinas de cardo* que Ambrosetti reproduce en su trabajo *Antigüedades Calchaquíes* (Jujuy), Buenos Aires, 1902, página 81, figura 74 *a*.

da. Si las trenzas se dejan sueltas, como las de los calchaquíes actuales, para estar dentro de casa, de modo que caigan sobre la espalda hasta más abajo de la cintura, tales trenzas son atadas entre sí por medio de una cinta de lana, que termina en sus extremos con borlitas de colores, de tamaños y formas variables, como el ejemplar que Ambrosetti reproduce (fig. 223) en sus ya citadas *Notas de Arqueología* (1). Otras veces, como en ejemplares que poseo de Capallán, Lorohuasi y San José, las trenzas se enroscan en la frente, adornándoselas con vinchas, plumas y otras prendas, como lo hacen también actualmente las mujeres del oeste de Catamarca, las que agregan a sus cabelleras y trenzas, ramitos de albahacas, maravillas, claveles blancos y rojos, o flores del aire, los que por sus colores y clase de flor hacen de símbolos en el lenguaje del amor (2).

A Ambrosetti le sorprende la coincidencia de la semejanza de los peinados

Fig. 222

Fig. 223

de las mujeres calchaquíes y de las muchachas Hopí de Estados Unidos, especialmente en lo relativo al artístico moño lateral, coincidencias que se repiten a cada rato en las costumbres, artes y religión de estos indios y los del norte, punto sobre el cual llamé la atención en mi obra sobre la simbología autóctona, lo que a mi juicio es una prueba evidente de las migraciones de norte a sud o de sud a norte (3).

Finalmente, el mismo Ambrosetti (4) nos ofrece dos ejemplares de figurillas antropomorfas de Andalgalá y Pomán, en las que aparece la cabe-

(1) XIV, página 105, figura 70 (Adorno y atadura de lana usado por las mujeres del Valle Calchaquí, Molinos).

(2) Respecto al *peinado de moño*, el padre Techo *(Conquista de la provincia del Paraguay*, tomo II, libro V, capítulo XXIII) escribe: « Llevan (los calchaquís) larga cabellera que llega a la cintura, y separada en trenzas la colocan sobre la cabeza en *forma de moño* ».

(3) Ambrosetti, *op. cit.*, página 110; George Parker Winship, *The Coronado Expedition*, 1540-1542; J. W. Powell, *14 Annual Report of the Bureau of Ethnologie*, 1892-1893, primera parte; Adán Quiroga, *La cruz en América*, capítulo X, páginas 239 y siguientes.

(4) *Op. cit.*, páginas 111 y 112.

llera caída a la espalda y parte de ella derramada por ambos lados del cuello sobre el pecho. Esta manera sencillísima del arreglo del cabello, partido al centro de la cabeza, ha hecho pensar al distinguido americanista que el artista indio, en las referidas figuras ha querido representar dos *lloronas* (1), de esas que plañen en el entierro y ceremonias mortuorias y en lo que creo afirmativamente si se tiene en cuenta el aire melancólico del rostro de aquellas, cierta expresión de dolor en las facciones, y el hecho de que una y otra se llevan ambas manos al pecho, apretándolo, como si sintieran. Yo he conocido cuando niño una que otra *plañidera*, que lloraba a gritos, y sin consuelo, junto al lecho del moribundo mesándose los cabellos, desordenándolos, y apretándose el pecho cuando lanzaba los ayes más conmovedores y salientes, como los tenores de ópera cuando van a dar el do de pecho.

Respecto al tocado calchaquí de la cabeza, ya he hablado sobre las plumas con que se adornaban, coronas, vinchas, fajas y sombreros, de variados colores, de acuerdo con la jerarquía militar o civil de cada personaje, siendo, sin duda, la pluma roja el principal símbolo de autoridad, como entre los quichuas.

Para arrancarse la barba, los calchaquíes usaban una especie de tenaza de cobre, que muerde el cabello, y que el cronista Las Casas denominaba *canipacho*.

La *tanga* o toca de lana, que ha dado su nombre al ídolo *Tanga-Tanga* o Trinidad calchaquí, que la porta en su cabeza (2), era de uso común entre nuestro indios, a estar al dato consignado por don Jerónimo Luis de Cabrera de que estos « traen... *tocados de lana* » (3). En el referido ídolo calchaquí, que aquel americanista describe, vemos tres clases de *tocas* o *tangas*, correspondientes a las tres figuras de la trinidad nativa, lo que prueba que la tanga era en cierto modo sagrada. y posiblemente los sacerdotes o *machis* serían quienes más la usarían. Describiendo Ambrosetti estas tangas, dice : « la toca central, redonda como un capacete, se estrecha en el cuello y tiene un pliegue vertical, que cayendo hacia atrás, termina sobre las espaldas en una pieza cuadrada. La tanga de la figura lateral superior, parece cubrir la cabeza y casi toda la cara, a ambos lados, de modo que vista de costado no deja aparecer sino la nariz. El corte es redondo, y su terminación sobre las espaldas, triangular ; parece ser la misma toca de otro ídolo (el de su fig. 85), y hasta el círculo indicado sobre la cabeza de ésta se señala también en el ídolo Tanga-Tanga. La tercer toca de la figura lateral inferior es de corte cuadrado, alta de frente, cubriéndola y cayendo a los lados de la cara tapando las orejas, pero dejando libres las

(1) El padre Techo, *op. cit.*, tomo V, capítulo XI, recuerda de « las plañideras en los funerales » en Andalgalá.

(2) Véase Ambrosetti, *Notas de arqueología* citada, VI, páginas 42 y siguientes, y XIV, páginas 112 y 113.

(3) J. L. de Cabrera, *Relación sumaria*.

mejillas para cerrarse debajo de la barba algo muy parecido a lo que usan las hermanas de caridad » (1).

En la figura 224 reproduzco la cabeza de un ídolo de Jacimaná (Salta), de material de piedra, cabeza que ostenta una toca o tanga de las que acabo de ocuparme, y la que, a la vez que un adorno, constituía un abrigo, pues era trabajada de lana, y guardaba también las orejas y porciones laterales del rostro.

En varias figurillas de Calchaquí nótase otro adorno en la cabeza : discos de cobre, de plata, y aun de oro, sobre la parte superior del frontal o encicima de las sienes. Son redondos, adornados con diferentes labores, y se sujetan al cráneo con cuerdas, cintas o fajas, para lo cual los discos tienen sus broches o agujerillos salientes. Los calchaquíes cubríanse también los

Fig. 224

brazos hasta el codo con láminas de bronce o de plata. El padre Techo (2), citado por el americanista Lafone Quevedo (3), tiene una breve, pero explicativa cita, de estos discos, que llama *orbes* (4), sin duda por su redondez, así como de las láminas que adornaban los brazos : « se cubren los brazos hasta el codo, dice, con *láminas de plata o bronce* para servirse de ellas cuando pelean a flecha, y algo para adornar sus personas. Los *principales* del pueblo se ciñen las sienes con un *orbe de plata o bronce*, asegurado en una corona ». Yo he coleccionado algunos de estos objetos, sobresaliendo entre todos el nunca bien ponderado disco de Chaquiago (Andalgalá), perteneciente a Lafone Quevedo, de cobre fundido, con figuras

(1) Páginas 112 y 113.

(2) *Historia de la provincia del Paraguay*, libro V, capítulo XXIII.

(3) *Londres y Catamarca*, página 78.

(4) *Diadema* y no *orbe* dice la traducción de Manuel Serrano y Sans. Asunción del Paraguay, 1897.

antropomorfas y zoomorfas simbólicas, así como con muchos otros grabados sagrados en bajorrelieve : es este disco una verdadera obra de arte. El mismo Lafone Quevedo es poseedor de un disco de oro, imitando una luna, de varios gramos de peso, siendo un ejemplar hasta hoy único y sumamente valioso.

Usaban igualmente *topos*, o prendedores de plata y de cobre, consistentes en un círculo de metal del cual se desprende un largo alfiler. Debieron servir para prender las mantas en el pecho, y algunos para la cabeza, habiendo yo coleccionado una decena de los primeros en Quilmes, con grabados representando palomas, corazones, flechas y animales, en el pequeño disco que sirve de cabeza a estos prendedores, a los cuales parece aludir don Jerónimo Luis de Cabrera (1).

Los aros eran también muy usados por hombres y mujeres y numerosos son los ídolos que los llevan colgados de las orejas, o a lo menos tienen éstas abiertas los agujerillos para pendientes. Yo he coleccionado una docena de aros de plata consistentes en láminas delgadas de una a dos pulgadas de largo en forma de trapecios o rectángulos, con o sin grabado. En San Fernando (Belén) adquirí un precioso aro de oro para hacer introducido en el agujero de la oreja ; tan artístico objeto tiene la forma de un trébol, con sus recortes semicirculares a los bordes. Los aros, especialmente, se encuentran en San José, Santa María, Amaycha, Quilmes, Cafayate y Molinos ; y en la colección Zavaleta podía verse numerosos ejemplares de estas prendas. Generalmente los aros son pequeños y livianos, de manera que nuestros indios no se deformaban como los *orejones* del Perú, los cartílagos de que penden, debido al gran peso de lo que se denomina dormilonas.

Y ya que hablo de deformaciones, debo hacer mención que poseo una preciosa alfarería funeraria del Valle de Catamarca, en la que vese agujereada de parte a parte la nariz del ídolo, a la manera timbú, sin duda para cruzarse por los orificios, objetos de metal, de hueso, o seguramente hilos y trenzas de lana, de distintos colores. Este ejemplar es una novedad arqueológica y delata una costumbre diaguita hasta hoy ignorada por los americanistas.

En numerosos ídolos y figurillas humanos de piedra y de barro, notamos sobre el cuello de las mismas o sobre la parte superior del pecho, series de líneas puntuadas, grabadas por el artista en el material. Son la figuración de collares, de una o más vueltas, que tales ídolos o figurillas lucen, sobre todo aquellos, porque las divinidades deben aparecer mucho más adornadas que sus adoradores. Excavando cementerios, principalmente en el valle de Santa María, he dado con gran cantidad de cuentas y *guaicas* agujereadas por el centro para ser unidas mediante el hilo que forma los

(1) *Relación sumaria* citada. Llámales éste « varillas largas de metales, y al cabo de ellas como cucharas, que hacen por galas » forma de topos, de los que he visto algún ejemplar.

collares, con los cuales se enterró el cadáver de la huaca. El material, redondo, cuadrado tubular y sin formas de los collares calchaquíes, es generalmente de piedra, y excepcionalmente de metal o de hueso: malaquitas, piedras calcáreas, blancas o con manchas rojas, pórfidos, pedregrullos de colores de los ríos, tales son los materiales de las cuentas de los collares, los que a veces miden dos metros de largo. En la sierra de Catamarca, los collares dan seis vueltas sobre el pecho del ídolo funerario.

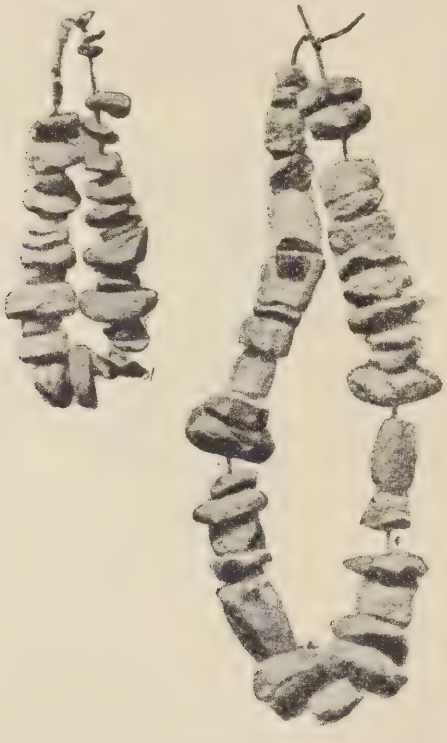


Fig. 225

Estos collares siempre se encuentran deshechos a causa de que el hilo de lana que pasa por las guaicas ha desaparecido con el tiempo, o se ha cortado en diferentes partes. En la figura 225 se reproducen dos de estos collares armados, uno grande y otro pequeño, los que fueron encontrados en el cementerio de Casabindo por el señor Lehmann-Nitsche, y los que forman parte de la colección del Museo de La Plata. El collar grande es una prenda de unas cuarenta cuentas de piedra calcárea; el chico, tiene treinta y cinco pequeñas cuentas del mismo material, y de colores blanco, rojizo y negruzco. El material de los dos collares es extremadamente higroscópico, por lo que, para su conservación, han sido colocados en frascos con kerosene, después de haberles calentado para eliminar el agua y el aire. «Un hallazgo del mismo material, dice el citado antropólogo del Mu-

seo de La Plata, se encuentra en el Museo etnológico de Berlín. Son piezas sin forma, con un canto perforado para colgar la pieza. Provienen de excavaciones efectuadas en el norte de Chile, remitidas al Museo de Berlín por el doctor Daniel Diehl. Dicho hallazgo no ha sido publicado, y saco estos datos de los apuntes que tomé durante mi estadía en Berlín, el año 1900» (1). Tengo conocimiento que Max Uhle remitió, igualmente a Europa, ejemplares de collares de Tinogasta, San José y otros lugares.

Colgados al pecho también llevaban los calchaquíes toda clase de amuletos de metal, de piedra, de hueso y de madera, para propiciar o conjurar venturas o desgracias, como ya lo hice notar.

Placas pectorales llamamos convencionalmente a los discos o láminas de cualquier forma, que los calchaquíes llevaban sobre el pecho. Las hay hasta de 25 centímetros de diámetro o de largo. Son de cobre o bronce, y llevan agujerillos para atarlas al cuerpo por medio de cuerdas. Las placas pectorales más conocidas hasta hoy se encontraron en Cachí (Salta), en Amaycha (Tucumán), en Luracatao (Molinos, Salta), en Santa María y Tinogasta (Catamarca), en Tolombón, etc. No hay una de estas placas que no lleve grabado, ya el dios *Caclla*, rostro o cabeza, o sapos, renacuajos, cruces, serpientes enroscadas, estos últimos, símbolos o atributos de lluvia, de fenómenos atmosféricos o de agua, lo que insinúa el objeto sagrado de estos adornos, que constituyen preciadas cuanto valiosas piezas de la arqueología andina (2).

Los *cetros* de mando, que portarían en su diestra los grandes de Calchaquí, y que parecen hachas o *thoquis* de largo mango, como de 35 a 50 centímetros, son de cobre y bronce, con grabados simbólicos en relieve. Los hasta hoy encontrados no pasan de ocho o nueve, y proceden de Sanagasta y Famatina (Rioja), de Andalgalá, Santa María y San José (Catamarca). Los más interesantes, entre los que se encuentra uno de los llanos de San Luis, han sido estudiados por el doctor Weyemberg, Ambrosetti y por mí en la descripción que hice de la colección Zavaleta (3). Ceñidos a la cintura, los indios portaban también otras prendas y adornos. El padre Techo, comparando las costumbres calchaquíes y judaicas, dice que aquellos, como los judíos, usaban « el *traje talar*, sujeto con un *ceñidor* » (4). Eran asimismo usadas las *fajas*, de muy variados colores, de las que más abajo me ocuparé.

También cubrían y vestían los calchaquíes la cabeza y los pies. Sombreros, gorras y casquetes de lana o de otros curiosos materiales, no obstante la dificultad de conservarse siglos enterrados, se han encontrado en Calcha-

(1) *Catálogo de las antigüedades de la provincia de Jujuy*, etc., páginas 30 y 31, lámina IV *c*.

(2) Varias de estas placas y discos son descritos y estudiados por Ambrosetti. *Notas de Arqueología Calchaquí*, XVII, páginas 131 a 141.

(3) *Verhandl der Berliner Anthrop. Gessell*, 1891 ; Ambrosetti, página 129.

(4) *Conquista de la provincia del Paraguay*, citada, tomo II, capítulo XXIII, página 397.

quí y sus fronteras. Zapatos de cuero, como la *uchuta*, y algún ejemplar de otro género de sandalia, prueba que los indios calzaban, pareciendo resultar de las pinturas de las figurillas de Carahuasi que la media larga, a la rodilla, era igualmente usada por los indios, pues en varias de aquellas figurillas el color dado a las piernas contrasta con el del traje, generalmente amarillo o té con leche.

En los dos primeros hombrecillos de la figura 219, ya hice notar que éstos cubrían sus cabezas con bicornios, y en varias otras pintadas en la alfarería de San José (dep. de Santa María), los ejemplares se repiten. Los señores Enrique y Carlos Hoskold fueron los primeros en encontrar un sombrero, hallazgo procedente de Santa Catalina, provincia de Jujuy. Ambrosetti lo reproduce (1). Es por demás curiosa la materia prima empleada en

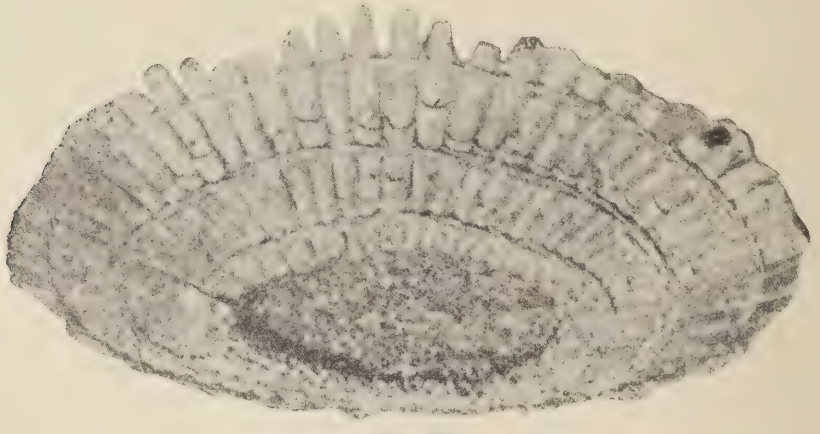


Fig. 226

la confección del referido sombrero (fig. 226), o sea los cestos de la mariposa *Oeceticus S. Geyery* Berg, cuya larva, hasta convertirse en crisálida, trabaja tales cestos en los algarrobos. Pequeñas cuerdas de *chaguar*, como se ve en la lámina, atan los cestos cortos y largos, formando así su copa convexa, con las alas dirigidas hacia arriba. La parte superior del sombrero conócese que, para su mayor consistencia, estuvo recubierta con goma de algarrobo convertida en pasta. «La concavidad de este sombrero, dice el citado americanista (2), es poco profunda, y su colocación en la cabeza incómoda, por lo que me parece que debió usarse en las grandes ocasiones, y sólo por algunos jefes, teniendo en cuenta que su confección debió haber sido muy larga y trabajosa, y que los cestos de esa mariposa, considerados como una fruta especial del algarrobo, árbol sagrado, debían gozar del mismo prestigio entre ellos, sin que esto quite que los calcaquíes se hayan regalado probablemente con las larvas, como plato exquisito, lo

(1) *Notas* citadas, XXVII, páginas 207 y 208.
(2) Página 209.

mismo que hacen otras tribus, ejemplo: los guaraníes con el timbú ». Ejemplar casi idéntico, del mismo material de las larvas *(Oeceticus)*, reproduce Lehmann-Nitsche en su lámina III, figura 2, un quinto tamaño natural, sombrero que mide en el diámetro mayor de las alas 38 centímetros por 13 en su diámetro menor (1).

En San Fernando (Belén), encontré en una huaca un sombrero, o más bien gorra, de curiosa factura. Es de lana de guanaco, tejida con hilo negro y amarillo amortiguado. De una especie de gruesa vincha, que sujeta la gorra a la frente y resto de la cabeza, un tejido de hilos sueltos va tomando gruesos panes o cuadrados, como casillas de ajedrez, los que se alternan con otros hilos sueltos y que forman la copa del extraño sombrero, midiendo los cuadrados un centímetro y medio por lado; estos cuadrados son totalmente de color amarillo y en número de 8.

Lehman-Nitsche y Ambrosetti, en sus citadas monografías sobre *Antigüedades de Jujuy*, coleccionadas en el Museo de La Plata, reproducen respectivamente, dos gorras y un casquete de lana tejida (2). El color del tejido de la primera gorra es negro, con excepción de una parte blanca en la base de los triángulos, que tapan las orejas y el occipucio, y en el vértice del triángulo medio, que está formada por estas figuras. La segunda gorra consiste en una corona de paja, la que está envuelta con pedazos de cuero de guanaco o vicuña, estando el espacio interno de la corona rellenado con un tejido circular de lana, en cuyo centro vese entretejida una estrellita de lana negra, de la que cuelgan hilos sueltos; en las extremidades de éstas están atadas, por medio de un tendón muy fino, unas plumas de loro, verdes y coloradas, así que cada hilo tiene atada una pluma; su diámetro máximo es de 23 centímetros y el interno de 15 centímetros. El casquete es de tejido de lana amarilla y borde negro, que debía colocarse atado por debajo de la mandíbula con dos hilos; este casquete debía aparecer en la cabeza como un solideo de sacerdote, sospechando Ambrosetti, en el lugar citado, que lo que lleva una de sus tres momias en la cabeza, sea uno de estos casquetes. Los dos gorros fueron encontrados por el señor Gerling (3).

En cuanto al calzado, lo usado era la *ojota*, *usuta* o *uchuta*, consistente en un cuero para la planta del pie, y de sus mismas formas, el cual se sujeta por medio de un lazo delgado que pasa por entre los dos primeros dedos del pie, para atarse encima del empeine con otros lacillos que cruzan por los tobillos. Lehmann, en la citada obra (4), nos ofrece un resto de

(1) *Catálogo de antigüedades de la provincia de Jujuy*, página 16, procedente del cementerio de San Juan de Mayo.

(2) Las primeras, del cementerio de Casabindo, Lehmann, páginas 29 y 33, lámina IV B. figura 2 y lámina IV F, figura 4, mitad tamaño natural; la última, Ambrosetti, página 40, figura 28.

(3) Hallazgo número 9.

(4) Páginas 19 y 44.

sandalia del cementerio del Rio San Juan de Mayo, muy parecida al ejemplar de sandalia entera (Lam. V, B, fig. 11) del cementerio de Surugá, de 20 centímetros de largo, siendo doble el cuero de esta sandalia, la que, sin duda, no es sino una forma de uchuta más perfecta.

Escribiendo Eduardo A. Holmberg sobre las indias de la Puna de Atacama, con sombrero, largas trenzas y ojota, dice: «El sombrero blanquecino *panza de burro*, las trenzas caídas a la espalda y atadas con un moño colorado, y las *ojotas*, especie de sandalias hechas de cuero y tientos, les dan un aspecto uniforme, pareciendo por la gracia de su andar y la esbeltez de su figura, más que mujeres de regiones estériles y heladas, pescadoras de playas calientes» (1). Esta descripción me hace recordar de las indias salteñas, en iguales condiciones.

En la obra de Wiener (2) pueden verse seis ejemplares de ojotas y sandalias de los indios de Paramonga, Chimbote, Santa, Cajamarca y Gran-Chimu, muy parecidas a las que usan nuestros indios hasta el día de hoy; y si estas ojotas no guardan los pies del frío, sirven perfectamente para andar en días de canícula, o sobre la nieve, previniendo las quemaduras de la planta, y que hieran los pedregullos del camino o las espinas.

El indio se vale también de cuerdas, de sogas, de lazos, de hilos de lana para diversos destinos, como para poner freno o bocado a las llamas; para atar cualquier cosa, para capturar un animal, para las boleadoras, etc. Entre sus útiles portátiles o manuales, deben citarse la bolsa, la *chuspa*, el *inchi* y la *calcha*, las primeras para guardar especies u objetos, y la última para taparse o usarla como colchón del lecho.

Lehmann-Nitsche (3) reproduce cuerdas e hilos de lana y de fibras vegetales, como las sogas para conducir las llamas, a cuyos extremos se ataba el bocado de madera; reproduce también cuerdas para armar arcos de flechas, con tendones retorcidos, y cordones de lana negra, cuatro ejemplares, etc. En un panteón de San Fernando, y en el Rodeo, valle de Catamarca, yo he coleccionado hilos gruesos para telas, de colores alternados, negro, amarillo, colorado y verde, más o menos en rollos de diez a doce metros; con estos hilos se trabajarían esas telas gruesas multicolores, tan generalizadas entre los indios de Catamarca.

En cuanto a los demás útiles de la economía doméstica del indio, el *inchi* es el costal; la *chuspa*, una bolsa pequeña o bolsillo, habiendo dado yo en Tolombón con la «chuspa de la suerte», que contenía moneda y amuletos para hacer fortuna; la *calcha* es la jerga, de un tejido grueso y ordinario, hecho a mano, sin ayuda de telares ni de pala: es la prenda de la cama

(1) *Viaje por la Gobernación de los Andes*, capítulo IV, páginas 36 y 37 (1900).
(2) *Pérou et Bolivie*, páginas 677 a 679.
(3) *Op. cit.*, páginas 19, 28, 37, 38, 39 y 44, con sus láminas.

indígena (1); el *pelero*, para el ensillado y también para la cama, se teje a mano igualmente; y para el efecto, se para en el suelo cuatro estacas que sostienen la urdimbre de los gruesos hilos, y, efectuado esto, se cruza a mano el hilo de trama, cruzándolo hilo por hilo.

II

Paso ahora a ocuparme del vestido calchaquí, propiamente hablando; de las ropas labradas con las telas, con las que nuestros indios cubrían sus cuerpos; pero ante todo es indispensable dedicar un párrafo a la materia prima que daba vida a la industria salvaje, relativamente floreciente, del tejido, el que hasta hoy no ha sido debidamente estudiado por los americanistas, quienes, cuando más, se han limitado a dar noticia de alguna tela encontrada en los sepulcros y a hacer una que otra reproducción de tejidos, sin escudriñar los curiosísimos detalles de la actividad industrial que los ha producido.

Por el examen minucioso que he hecho de las telas halladas por mí en Pomán, Tinogasta, Belén, Santa María y valles salteños, he llegado a la conclusión de que la materia prima de las telas es el siguiente material, en el orden de su enumeración: de lana de llama, de guanaco, de vicuña, de algodón, de lana de alpaca y de lana de oveja, esta última del tiempo de la colonia, como es natural. El dato puede verificarse examinando los fragmentos de telas que extraje del panteón de la Apacheta, cerca del pueblo de Amaycha, telas que he depositado en el Instituto geográfico argentino, en el propósito de comparar las calchaquíes con las huarpes existentes en ese establecimiento, trabajo que no me ha sido posible efectuar aún por no encontrarme en Buenos Aires.

La llama, animal del que queda uno que otro ejemplar al oeste de la provincia, y más abundante en los cerros santamarianos occidentales y sus fronteras por estos rumbos, era una especie de viviente bendición para los habitantes del estéril y seco Calchaquí. La llama suministraba al indio la carne, la leche, el cuero y la lana, muy abundante y fina; era también su animal carguero, y sobre sus lomos conducía costales de treinta a cuarenta kilos en los largos viajes y travesías, reproduciendo, al efecto, y como una prueba de ello, la llama cargada (fig. 227), que figura en el grupo interesantísimo de la Gruta Pintada de Carahuasi (2). La llama era, sin duda,

(1) El presbítero J. Toscano (*La región calchaquina*, capítulo IV, página 38. Buenos Aires, 1898), enumera y describe estas prendas indígenas, tan útiles y de uso diario en los valles salteños.

(2) « Más al norte de Pastos Grandes, escribe Eduardo A. Holmberg (*op. cit.*, capítulo IV, pág. 37), hay individuos que tienen majadas de 100 y 200, y donde las mulas son más escasas, sirven para llevar cargas no muy pesadas, que, gracias a la abundancia de lana, se colocan sobre sus anchos lomos, sin necesidad de aparejos. »

motivo de invocaciones sagradas, a fin de que se reproduzca, alimente y vista a la familia, por cuanto en las petrografías y pictografías de mi colección está reproducida en varias ocasiones y con diversos motivos, como en las de Carrizal, Quilmes, Cafayate, San Lucas y Santa Bárbara, siendo notables los grupos petrográficos de llamas del Chuzudo (quebrada de Quilmes), y los pictográficos de Santa Bárbara. La llama se domestica con la mayor facilidad, como lo prueba la fotografía de un rebaño que tomé en el Cajón (fig. 228), y que es muy curiosa también por el dato de la indumentaria de sus pastores, descendientes directos de los calchaquíes.

El guanaco es animal igualmente muy útil y muy domesticable. Los calchaquíes poseían grandes rebaños de estos animales, a los que criaban

Fig. 227

Fig. 228

en los cerros, viviendo con ellos. No es lo mismo la vicuña, a la que hay que cazar en las más fragosas cordilleras, y a la que desgraciadamente se mata para conseguir su inapreciable piel, cubierta con la más fina lana, material de los famosos ponchos de vicuña de Belén, que rivalizan con las mejores telas.

Respecto a las llamas, el padre Techo (1) confirma lo que dejo escrito, cuando dice: « Los naturales del Tucumán se valen *para transportar las mercancías*, de una especie de ovejas que se pueden comparar a los camellos de cría; su fuerza es grande y la finura de su lana mayor que la de nuestros rebaños; con ella *tejen vestidos que parecen de seda.* »

El algodón, que constituía una gran industria en Catamarca calchaquí y colonial era una materia prima de la mayor importancia, siendo numerosas las telas de este material de las urdimbres. Fama es que en esta pro-

(1) *Historia de la conquista del Paraguay*, tomo I, capítulo XIX, página 106.

vincia el algodón era nativo, autóctono de la tierra, y que sus cultivos ocupaban grandes extensiones y daban pingües cosechas. Fama es también que la adquisición de los algodones de estos valles fué uno de los motivos de la conquista incásica, que, para Garcilaso de la Vega, consistió en una embajada que solicitó la protección paternal del Inca, en cambio de vasallaje, lo que yo no creo (1). Según aquel cronista incásico, en sus *Comentarios reales* (2), nuestros indios tucumanos, pronunciando un elocuente discurso a Huiracocha Inca, jurándole adoración y reconociéndolo por su rey y señor, y dicho el discurso, « descubrieron mucha *ropa de algodón* y mucha miel muy buena... » con que obsequiaron al hijo del sol. Lo que importaría el algodón para el imperio incásico y su economía, queda probado con este hecho y el otro de que nos da cuenta el mismo Garcilaso, de que el Inca en cualquier parte mandaba recoger lana, « con que vestía a todos mediante la industria y enseñanza que la reyna Mama Ocllo Huaco había dado a las ideas, *de hilar y tejer* » (3). En tiempo de las fundaciones de las ciudades del Tucumán, el algodón del valle de Catamarca era muy abundante, fué mucho tiempo moneda (4) y constituía su valiosa riqueza colonial. En un documento desconocido, la « Protesta de Traslación de San Miguel (de Tucumán) al sitio de la Thoma » (donde hoy existe), que data de 15 de marzo de 1684, los que protestan de la traslación ante el excelentísimo señor gobernador del Tucumán, dicen en uno de los párrafos del interesantísimo documento : « ... Y es cosa cierta que quien necesita del género por muy distante que está lo va a buscar en el lugar que lo puede hallar, *como acontece con el Valle de Catamarca*, que quien necesita de *sus géneros*, que son *el algodón y sus efectos de pañito y lienzo* va hasta ella aunque dicho valle está distante de dicho camino real (el que iba al Perú) cuarenta o cincuenta leguas, etc. » (5). Catamarca se funda en 1683, y en su escudo de armas se figuran dos valles, los de oriente y occidente, pendiendo sobre el de Catamarca una mata *de algodón*, como indicación de su porvenir, porque Mate de Luna era hombre de largas vistas. El algodón, repetimos, ha servido después como única moneda en esta provincia, vendiéndose las cosas por tanto peso de algodón (6).

El *yuchán* o borracho, es un árbol obeso que crece en todas las faldas y cerros, y da, de septiembre en adelante, sus capullos de finísimo algodón.

(1) Ver en mi *Calchaquí*, libro II, § XVIII.

(2) Tomo II, capítulo IV.

(3) *Comentarios reales*, lugar citado.

(4) En los *Libros capitulares* de Catamarca aparecen, en 27 de marzo de 1668 y 27 de abril del 69, resoluciones del Cabildo fijando precios de venta al preciado artículo : el algodón a pesos 4, pavilo a 6 reales y lienzo a 10 reales vara. En otro, de 14 de septiembre de 1884, se fijaba el precio del trigo y pan en hilo de algodón, « pues, agrega, es éste la *mejor moneda* de esta ciudad ».

(5) *Archivo de Tucumán*, Libros capitulares.

(6) Véase mi *Calchaquí*, libro VI, LII.

Con este material, difícil de ser hilado, por lo deleznable, he visto trabajar frazadas, y también se le emplea en rellenar almohadas y colchones. Seguramente sería adoptado por los indios para algún destino semejante.

Esto explicado, paso a indicar cómo vestían los calchaquíes, y qué clase de ropas usaban en la vida diaria.

« La gente de esa tierra, dice el cronista Herrera (1), hablando de la nueva Londres, anda vestida de lana y de cuero, labrada con policía, a manera de Guadameci de Castilla : críase mucho ganado de la tierra por causa de las lanas, de que se aprovechan... »

El padre Techo (2) manifiesta que usaban « el traje talar sujeto con un ceñidor », vale decir, las ropas largas que llegan hasta los talones. « Las doncellas, agrega, visten telas pintadas de colores, y las que no lo son, lisas », lo que es una particularidad estética, relacionada directamente con el sexo y estado de las personas.

Fig. 229

Las figurillas que en serie reproduzco de la gruta de Carahuasí (fig. 229) llevan por trajes estas túnicas color blanco, o largos camisones, con adornos cáscaras, dos de ellas. Todos estos personajes parecen que gastan medias de este último color; portan, cuatro de los mismos, penachos de plumas en la cabeza; el de la izquierda tiene pendiente de su diestra una cabeza humana cortada, y una flecha en la izquierda ; la cuarta, otra cabeza ; la segunda, tercera y quinta, hachas o *thoquis* de sacrificio, con las que sin duda han destroncado los cuerpos de las víctimas ; la última de la derecha revela una costumbre indígena desconocida : la de conducir los niños o *huahuas* a la espalda, detalle curioso.

La cita del padre Techo nos dice también que las indias usaban colores variados ; y, en efecto, yo he dado con telas de cinco, seis y siete colores, artísticamente distribuidos, semejantes en sus formas a los de los tapices de nuestros salones. Los colores más comunes son : el rojo, el colorado, el amarillo, el morado, el negro, el blanco, el cáscara, el gris y el celeste. Quizá la tela de más bellos colores y mejor distribución, es la faja de lana

(1) *Décadas*, IV.

(2) *Historia de la provincia del Paraguay*, tomo II, capítulo XXIII, páginas 397 y 400.

que Lehmann-Nitsche (1) nos ofrece en una preciosa plancha que sirve de apéndice a su precitada monografía sobre *Antigüedades de Jujuy*. Los adornos del tejido consisten en triángulos iguales, adyacentes e invertidos; los colores son: blanco, amarillo claro, amarillo obscuro, marrón claro, marrón obscuro, colorado, azul y verde, color que también hallé en hilos para tejido en San Fernando (Belén) y Rodeo (Valle de Catamarca). La tela de Lehmann procede del cementerio de Santa Catalina.

Numerosos fragmentos de telas, cordones e hilos encontré en las excavaciones que practiqué en los panteones ya citados de la Apacheta (a causa de una *apacheta* o altar de piedra amontonada, contiguo al mismo) y de

Fig. 230

pico en el suelo. A cada rato daba con fragmentos de telas, de 10 á 60 centímetros de largo, pero muy deteriorados por el tiempo. Por lo que ví y pude restaurar, se trataba de fragmentos de camisetas, de ponchos, de túnicas, de fajas, etc. El tejido es sumamente fino, tanto, que algunas telas parecen europeas; los colores dominantes son el amarillo, el colorado y el cáscara; pocos ejemplares podían coleccionarse de dos o más colores, y entonces los adornos consistían en franjas largas, en quebradas con picos salientes, y en guardas semejantes a meandros. Las telas eran de llama, de guanaco y de vicuña. Dos o tres ejemplares resultaron de lana de oveja, por Quilmes, en el valle de Santa María, y de San Fernando y Hualfín, en Belén. El panteón de la Apacheta va reproducido en la figura 230, en el momento que inicié las excavaciones. Se halla en un lomaje de arena suelta, propiamente llamado duna, de modo que era fácil introducir la pala en

(1) Lámina I. La faja de lana está descrita por su autor en la página 5.

lo que se ve que este cementerio, posiblemente de los indios de Amaycha, fué también ocupado para los cadáveres de tiempo de los españoles.

Los fragmentos de tela encontrados por mí a una legua de distancia del pueblo de Quilmes, son de un tejido más fino que los de Apacheta y en estas telas aparecen figurados triángulos, cuadrados, dibujos escalonados y algunos de los símbolos de la alfarería funeraria, los que pueden verse también en el día mismo en los *chuses* o alfombras de la tierra, en cuyo adorno perdura el arte indígena, mereciendo la pena de hacer un estudio de los mismos, correlacionándolo con la influencia de la extinta cultura calchaquí sobre la actual, heredada en muchas de sus manifestaciones por el pueblo del noroeste de la República.

Los tejidos de San Fernando (Belén) son de primera calidad, y domina en ellos el adorno de los pequeños cuadros dentro de los grandes cuadrados, a manera de casillas de tablero de ajedrez, cuadros que sobresalen en alto relieve sobre el fondo de la tela, trabajada artísticamente, a veces con hilos sueltos, que toman nuevos cuadrados. Por los variados colores de cada hilo, se ve que las telas han de ser un mosaico de matices diversos, como que el indio tiene pasión por los colores múltiples y saltantes, lo que es muy curioso observar en las procesiones de la Virgen del Valle, en Catamarca, en las cuales mírase moverse una masa compacta de variadísimos colores, especialmente rojo, colorado, granate, azul, amarillo, verde y blanco. Algunos ejemplares de telas de Hualfín, unas leguas más allá de San Fernando, conservaban los colores primitivos de la lana de la llama, desde el cáscara subido al amarillo claro, siendo el primero el color de la lana del lomo del animal, y el segundo del costillar o del vientre, según la intensidad del amarillo claro, que desciende hasta el ámbar, de tal modo que con la lana de la llama, como sucede con la de la vicuña, se pueden labrar hermosísimas telas de distintos matices, sin necesidad de teñir el hilo de los ovillos, como se practica generalmente cuando se trata de urdimbres de estos ricos materiales, pues los colores artificiales harían desmerecer el valor natural del tejido. En Belén es donde se labran, hasta hoy, los mejores tejidos a mano de la provincia, y no hay población en aquel lejano departamento que no cuente con un regular número de hábiles, cuanto pacientes hilanderas y tejedoras, las que emplean semanas y meses en la confección de un solo poncho, como que el trabajo *a pala* o de *peine* es de tiempo y de constancia.

En el Cajón, a espaldas de Santa María, entre las asperezas de la sierra, la asfixia de las punas y mal de la *tembladera*, lo que hace que abunden las llamas en lugar del caballar y del vacuno, en aquella apartada localidad, de población diseminada, perduran las costumbres, prácticas, supersticiones y modo de vivir de los *antiguos*, como sus habitantes llaman a sus aborígenes ascendientes. De consiguiente, el Cajón fué para mí uno de los puntos predilectos para el estudio de telares y de telas, y gran parte de los datos del capítulo siguiente y final fueron recogidos y tomados *de visu* en estas

regiones, en las cuales el indio Carpanchay, con sus hatos de llamas y su saber en lo antiguo, es uno de los patriarcas, como el viejo don Santos y Ayala, los Cardones y Amaycha. En la figura 228 tuve cuidado de reproducir dos indios, los de los extremos, con sus trajes típicos: con sus sombreros encasquetados, *panza de burro*, de copa cónica, con largas alas, que, como hojas de zapallo, caen sobre sus ojos; con sus camisetas sin cuello y manga corta; con sus ponchos y *puhuyus;* con sus calzones de barragán, hasta el tobillo, sujetados a su cintura por tosco tirador de cuero o por faja de tientos, y con sus *uchutas*, que no se sacan ni para dormir, y que les permite andar al tranco largo, doblados sobre los hombros, en la aspereza de los cerros, tras de los ganados, que siempre se trepan a las cumbres fragosas, y de los cuales hay que bajarlos todas las tardes al corral de *pirca*, de alta bóveda de fiemo. Todas las gentes del Cajón, hombres y mujeres, andan vestidos con trajes color azul marino, el que se obtiene por medio del añil. El tejido burdo de las ropas, es igual al de los zafios ponchos. Para la confección de vestidos se cortan convenientemente las telas, cosiéndose con ellas una pollera pegada a una bata, traje típico de las mujeres, compacto y grueso, para preservarlas de los intensos frios de aquellos solitarios parajes de las nieves y las punas. En esta gente puede estudiarse el antiguo calchaquí, recordando, a propósito, que cuando estuve en Santa María, cabecera del departamento, un *puestero* del Cajón vino en queja ante el comisario a interponer querella criminal contra el hirsuto *Yastay* (dios de las *aves*, o animales), que le iba acabando las ovejas y las llamas en los campos, requiriendo permiso y auxilio para pegarle una batida de boleadora y de facón.

Las telas de los cementerios de Santa Catalina, de San Juan de Mayo y Casabindo, provincia de Jujuy, coleccionadas en el Museo de La Plata, han sido descritas y estudiadas satisfactoriamente por los americanistas Lehmann-Nitsche y Ambrosetti en sus antes citadas monografías de antigüedades de aquella región del norte.

He ahí brevemente enumerados los objetos de vestidos de Jujuy, iguales o muy semejantes a los de Salta, Tucumán y Catamarca, que el primero de aquéllos describe o menciona:

A. *Cementerio de Santa Catalina.* — El ejemplar más importante encontrado en este cementerio, es la faja de lana, de hermoso tejido y bellos colores, que íntegra reproduce en la lámina I, medio tamaño natural, y que mide 1,10 metros de largo, por 18 centímetros de ancho, tejido del que ya he dado cuenta, y del cual ofrezco un fragmento, en una de las partes en que la faja remata en un ribete especialmente tejido, más grueso que el resto de la tela, y del cual salen las dos pequeñas trenzas de hilo blanco y negro, para la atadura, que luego se juntan (fig. 231).

B. *Cementerio del Río San Juan de Mayo.* — Se encontró un poncho de un tejido grueso de fibras vegetales, al parecer de palma, con los que se entretejen mechones lanudos y negros, de cuero, posiblemente de alpaca.

La faja de lámina III, figura 4, es de un tejido grueso de lana, y mide 122 centímetros por 3,8 a 4,0 de ancho; la faja es de dos haces, color llama obscuro y amarillento, y en cada orilla corre un listón en que alternan los dos colores, con más uno rojizo que suple al obscuro en algunas partes; el adorno de la parte central es geométrico, y unas listas obscuras de 2,5 centímetros, sobre el campo amarillento, forman romboides, en cuyo centro están otros más pequeños, cuyo menor diámetro iguala al ancho de las listas. Un pedacito de tejido, de rayas y cuadritos alternados, siendo el orden de los colores el siguiente: rayas coloradas, verde musgo, azul de Prusia, amarillas, cuadritos azules y colorados, con rayitas longitudinales de azul y verde, etc. Una bolsa de lana gruesa de 23 centímetros de largo, por 13 centímetros de ancho; la bolsa está adornada con figuras piramidales, negras y negruzcas en fondo blanco, escalonales en ambos costados,

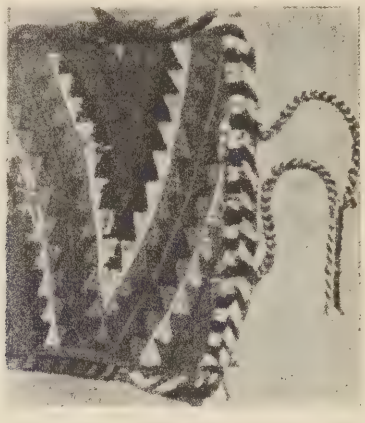


Fig. 231

pasadas e invertidas en el esquema de la ornamentación superior, se notan figuras simbólicas, como escalinatas, griegas o espirales que entran como complemento de dos pirámides centrales, la bolsa está cosida a la parte inferior. Unos cordones de lana, y una soga de lo mismo, de 9 metros de largo.

C. *Cementerio de Casabindo.* — Un tejido de color negro, formando cilindro, cerrado en una extremidad, posiblemente un sombrero. Otro, semejante al anterior. Fragmentos de cordones de lana negra, de 3 y 6 milímetros de diámetro, uno de los que mide 9,50 metros de largo, tres de ellos tienen presillas de hilo corredizas. Un tejido de cordones, de curiosa forma, que lleva atada una raíz de planta. Otro, consiste en dos círculos concéntricos, que se tocan en dos puntos; de un tercer punto de reunión está colgado otro cordón doble, con una raíz atada. Un tejido rectangular de lana, y otro más grueso, de malla grande: la lana de éste es negra, y color café, etc. (1).

(1) *Catálogo de antigüedades de Jujuy*, páginas 5, 17 a 20, 32, 34, 38 y 39.

Como lo que Ambrosetti escribe sobre las prendas de vestir de los indios de Jujuy (1) es tan breve y relativamente interesante, permítome transcribirlo íntegro. Dice así: « Los calchaquíes de Jujuy, las han usado como sus hermanos de Salta, Catamarca, etc.

« En primera línea debe mencionarse el poncho grueso o delgado, pero siempre corto, como el que actualmente usan los indios que habitan esa región; tejido de lana de llama, guanaco o vicuña, en una palabra, de cualquiera de estos camélidos americanos que tanto papel desempeñaron en la civilización andina de Sud América.

« El señor Gerling halló junto a la momia de su hallazgo primero, un poncho de un solo color obscuro, grueso de casi un centímetro, de 0,74 por 0,46, y en las espaldas de 0,12 rectangularmente cortado, tapando la momia, que estaba acostada sobre el lado derecho mirando al sur y con las piernas encogidas, sobre otro poncho más grueso.

« La faja que sostenía sobre la cabeza el sombrero de crisálidas, igual al ya descrito, era de color marrón obscuro, con dibujos romboédricos, de 1,26 de largo por 0,350 de ancho, con un ojal de 0,10 en uno de sus extremos, y en el otro una cuerda trenzada de 0,74 de largo.

« Una bolsa con hermosos dibujos de colores, y sobre el cuerpo de la momia un tejido rayado, también de colores. Menciona otra bolsita rayada de colores.

« El señor Gerling halló también *usutas* o sandalias de cuero.

« Todos estos objetos y los demás de esta valiosa colección, pueden estudiarse en el catálogo citado del Museo de La Plata.

« En cuanto a los adornos personales haré mención de un collar de turquesas discoidales, algunas de ellas sumamente pequeñas, y cuyo corte, redondeado y perforación deben haber costado un trabajo largo y pacientísimo.

« De estos collares también se encuentran muchos en los valles calchaquíes.

« El señor Gerling halló, además, en una tumba dos grandes collares de toba volcánica, una especie de piedra pómez blanca muy friable, cuyas cuentas son de dos o tres centímetros de diámetro y uno a dos de grueso; éstos, creo que no han sido usados por los indios sino como adorno de algunas llamas. »

De la propia manera que los indios del Perú, es seguro que los calchaquíes, para cubrir su cuerpo, del cuello al vientre, usaban *camiseta* de lana o algodón, con o sin adornos, y del estilo de las que Wiener reproduce en su obra (2), a estar a los fragmentos de esta ropa que encontré en el panteón de la Apacheta, a las que usan los indios del Cajón, de Luracatao y de la Punas, que visten a la usanza antigua, y, sobre todo, al hecho de que

(1) *Antigüedades calchaquíes*, páginas 42 y 43.

(2) *Pérou et Bolivie*, página 675.

algunas figurillas de la alfarería la portan igualmente. En la figura 232, por ejemplo, vaso procedente de Belén, de forma humana, la persona representada visiblemente viste una camiseta, adornada, en la sección que da al pecho, por tres franjas o líneas triples, como las de los ponchos, como igualmente en el hombro derecho.

Ambrosetti (1), ocupándose de este interesante vaso antropomorfo, cree igualmente que el personaje figurado pueda vestir camiseta, cuando escribe: « Los dibujos que le cubren el pecho y espalda, me hacen la impresión de que el artista quiso representarlo vestido *con una camiseta* que le ceñía el cuerpo, adornada de dibujos tejidos de colores resaltantes, y que al través de ellas se podían notar todas las formas »; y este americanista

Fig. 232

muy oportunamente cita un pasaje de don Jerónimo Luis de Cabrera, gran conocedor y guerrero de Calchaquí, que ilumina el asunto, pues el documento inédito dice: « Las *camisetas* que traen vestidas son hechas de lana y texidas primorosamente con Chaquira a manera de malla menuda (como una de las camisetas de Wiener), de muchos labores en las aberturas y ruedos y boca mangas » (2), siendo más que posible que de ellas careciesen generalmente.

La última de las prendas de vestir de la enumeración que dejo hecha, y la más importante de todas, es el *poncho*, universalmente usado por los campesinos y paisanos en general de estas provincias del norte. El *poncho*

(1) *Notas de arqueología calchaquí*, página 51.

(2) *Relación en suma de la tierra y población que don Jerónimo Luis de Cabrera, gobernador de las provincias de los Juries ha descubierto, donde va a poblar en nombre de Su Majestad una ciudad.* (Colec. R. J. Cárcano.)

es un pedazo de género cuadrado, que tiene en medio una abertura para introducirlo por la cabeza, hasta el tronco del cuello y los hombros, desde donde cae cubriendo el cuerpo, como con un manto flotante, hasta el vientre, la rodilla o más abajo, según su largo. El de los indios era corto; y sin duda los rigores del frío, desde que se abandonaron para siempre las túnicas, y por razones de honestidad cristiana prevaleciente, el poncho se alargó; y es claro que cuando se usó túnica, el poncho tendría poca aplicación, como que no aparecen llevándolo las figuras reproducidas, que gastan aquella indumentaria. El poncho es generalmente grueso, de distintos colores, en rayas generalmente punzó, amarillas, cáscaras y negras; su tejido no es fino como el de las mantas y chales; pues el poncho, a más de servir para cubrir el cuerpo cuando se lo lleva puesto, es usado como *calcha* en la cama, para taparse (1). El *puhuyu* o puyo, como se le llama vulgarmente, no es sino un poncho más largo, más confortable, grueso, ordinario y peludo.

III

Ahora es llegado el caso de explicar cómo los calchaquíes hilaban, daban colores a los hilos y tejían sus telas.

A falta de antecedente alguno sobre el particular en los cronistas que han escrito sobre el Tucumán y sus naturales, yo he visitado los rústicos y primitivos telares de los cambujos de los pueblos más apartados; he visto teñir a lo indio y labrar telas, habiendo obtenido de hilanderas y tejedoras géneros exactamente iguales a los que les ofrecí como modelo, de llama y de vicuña, conseguidos en los panteones de los autóctonos, de modo que la industria secular puede ser fácilmente restituída, en la manera y forma que más abajo explicaré.

El acto de escarmenar las lanas, de hilar y de tejer, se ve por el *folklore* que era acto religioso entre los calchaquíes, como la caza y las *kachacunas*, como la orgía y las *chayas*, como la colecta de algarroba y la veneración al *tacu* y conjuración al *Chiqui*, como las fiestas con las danzas y las bacanales del *Puellai*, como la marcación y señal del ganado y el culto a las *Illas*, como las cosechas y las libaciones a la *Pacha-Mama*, como los viajes y la oración a las *Apachetas*, como las batidas de llamas y de *suris* y el acto propiciatorio del *Yastay*, etc.; porque el indio en los momentos más nimios y más frívolos de su vida hace intervenir a sus dioses, a sus fetiches personales, a sus *guauques* y *pururaucas*, tanto más cuanto que el hilado y el tejido no son cosas baladíes para el nativo, cuando constituyen

(1) Para completar el estudio del traje de indio, entre muchas otras alfarerías o pinturas sobre este material, representando personas o ídolos con el vestido de aquéllas, pueden verse las reproducciones de la obra antes citada de Ambrosetti, *Notas de arqueología calchaquí*, páginas 51, 53, 109, 114, 121, etc. Ejemplares de poncho pueden verse en Lehmann-Nitsche, página 17: este ejemplar parece que también fué coraza.

la ocupación diaria de las mujeres de las familias, afanadas en dar qué vestir a los suyos.

Las invocaciones para hilar, que hasta hoy repiten los indios de Molinos, son una verdadera revelación, pues de ellas resulta: que la *Pachamama* o Tierra Madre, es la divinidad que preside el hilado; la que compone «ligero» la lana en el brazo, en el cual se la envuelven las hilanderas para irla entregando poco a poco al continuo girar del huso, con su *muyuna* votiva, en muchas ocasiones; que aquella divinidad, que engendra los animales y les cubre de vellones, y hace que cuajen los algodonares, es la que ayuda a hilar para «poderse vestir»; la misma a quien se pide «que el huso no agarre la mano, y no deje así hilar»; y por más que en la segunda de estas oraciones, compuesta bajo la influencia cristiana, se invoque juntamente con Pachamama a Jesús-María, no es menos cierto que su procedencia es eminentemente calchaquí, o clásica.

Fig. 233

Los conceptos y propósitos que acabo de consignar son el contenido de las siguientes oraciones que inician el acto del hilado, y que hacen del huso y de la *muyuna* misma un fetiche. Helas aquí:

Pachamama Dios llauan tiacusaj
Pushkanaipa millimata
Allichapunki utkjaita uarkuta
Nokapa pushkanaipa asuipaj.
Jesus-María, Mamapacha
Amataj pushikanaira
Pillau angacho.

Que el tortero o *muyuna* es un fetiche, con acción propia, o a lo menos un objeto sagrado con sus símbolos, pruébalo el ejemplar de la figura 233, en el que se ven grabadas dos cabezas o dos rostros, dentro del círculo central, dando en el agujero de la muyuna por el cual pasa el palo del huso, que la toma para girar, movida por ella. Estas dos caras, a mi juicio, representan a esos dioses personales denominados en Cafayate *caclla* o *rostro*, o las *humas* o cabezas, tan temidas de los indios, a las que, cuando vienen corriendo por el aire (conviene notarlo), se las espanta tirándoles *calzones*

de varón, producto de los telares. Ambrosetti da otra explicación al simbolismo de esta muyuna. «Este tortero, dice, es demasiado artístico y con un simbolismo muy significativo, para haber sido simplemente hecho por su dueña para usarlo; se me ocurre o que ha pertenecido a algún personaje femenino de importancia, la mujer de algún curaca, o más bien un objeto votivo, destinado a propiciarse al Chiquí, por lo de las cabezas humanas, ofrecido a esa divinidad funesta, ya por una sola persona o por un grupo de mujeres, a fin de que no les *agarrase la mano*» (1).

Yo obsequié con otro tortero historiado, de un material de blanca piedra, y con preciosos grabados de serpientes-rayo, a mi distinguido amigo Leopoldo Lugones; y este simbolismo indica un culto a la tormenta, a la lluvia, a la diosa del viento, sin duda para que produjesen el anhelado cambio meteorológico, y las llamas y vicuñas, pastando, diesen abundante lana.

Fig. 234

Fig. 235

Veamos cómo se hila y se teje, para lo cual reproduciré al mismo tiempo los instrumentos del caso, los que fueron dibujados en un telar del pueblo de Santamaría por mi distinguido compañero de excursión arqueológica, Eduardo A. Holmberg, espíritu artístico, sagaz e investigador, en el propósito de ilustrar con material propio este trabajo.

Tizada la lana con ambas manos, de modo que los capullos puedan con facilidad ser reducidos a hilos, se lleva la tiza de lana al huso de la figura 234, la cual se envuelve en su extremidad superior, y haciéndolo girar con movimientos repetidos del pulgar e índice, como quien castañetea, las vueltas repetidas dan consistencia al hilo, el que se va envolviendo en tan conocido aparato, con un tortero, *muyuna* o pequeña rodañuela para girar, casi a la parte inferior del palo del huso, que le sirve como de eje. Estos torteros, del tamaño de un melgarejo o de una peseta bolivianos, son de material de piedra, hueso o barro cocido, y los hay de todos colores, de hermosa factura, generalmente adornados con grabados o relieves. Esta operación de hilar a mano, dura semanas y semanas; y concluída la misma, se hecha a hervir el hilo por medio día, después se seca el hilo hervido al sol, durante

(1) *Notas de Arqueología Calchaquí*, XXV, páginas 190 y 191.

una hora y pico, reduciéndolo por intermedio del aparato sencillísimo denominado *madejador*, y por el *muchacho*, a ovillos (fig. 235), operación que se repite, hasta que el número de ovillos, del tamaño de una naranja, es suficiente para la tela a labrarse.

Antes de emplearse en el tejido, los hilos deben ser teñidos con los diversos colores que a las telas quiera darse.

Si se trata, por ejemplo, de un poncho con guardas, generalmente cáscara obscura, el hilo es teñido con resina de *taco* o algarrobo. La resina de algarrobo se hace hervir, y los hilos con ella. Como el color que estos toman, es tirando a ámbar, para dar aquel color se los introduce mojados, en ceniza, o en el *tulpo*, ceniza con agua; embarrados en ceniza, los hilos son puestos al sol, por un momento a fin de evitar que éste los queme.

Fig. 236

Fig. 237

Fig. 238

Fig. 239

En general, después del hilado con el huso, se coloca todo el hilo en el *madejador* (fig. 236), aparato que se maneja con la mano, haciéndole describir un semicírculo de arriba a abajo, de modo que todo el hilo se haga madeja en los palillos cilíndricos *pp*, del rústico instrumento. Esta madeja se saca con ambas manos, y se entra por la cabeza del *muchacho* o *chango* (fig. 237). Allí se toma la punta del hilo H, y se hacen los ovillos de la figura 20. Es de advertir que para telas ordinarias la tejedora se vale de sus rodillas para hacer la madeja, sin necesidad de más madejador que éstas.

Si no se va a dejar a la madeja el color natural, antes de ovillarse, como se ha dicho, se procede a teñirla. Al efecto, se echan las madejas dentro de las ollas de barro de las figuras 238 y 239, las que se colocan sobre el fuego, haciendo hervir su contenido. Es de advertir que antes de esto, la madeja ha estado durante seis a ocho días, sometida a la acción de algún mordiente, como el alumbre. Una vez hervida, se saca la madeja, y se procede a la *talvina*, o a colocarla en salvado de maíz con agua, operación que dura tres días. Después se *chuma* (estruja) la madeja y se la lava; se deja a ésta asen-

tarse por una hora, colocándosela nuevamente en una olla con agua, y el salvado, colocado en un cedazo, que da una agua clara, se echa en la olla que contiene la madeja; se arroja la *cochinilla*, frutilla que venden los *coyas:* esta substancia tintórea es de distintos colores, colorada, morada, rosada, eligiéndosela para molerla, según el color a imprimirse a los hilos. Si se trata de una libra de madeja, se echa a la olla media libra de polvo de cochinilla. Esta combinación se hace hervir una hora, y la madeja queda teñida. Después se la saca, se procede a su lavado, y se la pone a secar al sol.

Veamos cómo se dan los diferentes colores:

Colorado. — Cochinilla colorada, media libra para una madeja.

Rosado. — En agua de cochinilla colorada, ya usada, media libra para una de madeja.

Amarillo. — Para media libra de hilo, dos libras de ollín; o *sacansa* (brote de un arbusto) con gajos y hojas, una arroba.

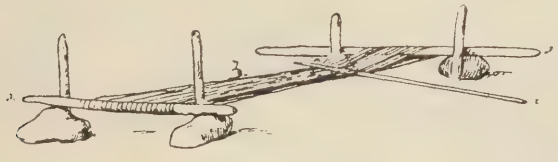


Fig. 240

Verde. — Para una libra de madeja, media onza de añil; con orina, si se quiere obtener el verde azulado.

Morado. — Se echa la madeja ya colorada, en la preparación anterior, que basta para dos madejas.

Azul. — Con añil, una onza para una libra.

Lacre. — Con *socondo* (gajos de una enredadera tintórea). Para media libra de hilo, cuatro roscas de socondo.

Chilca. — Con la *chilca*, arbusto de las ciénagas, según la cantidad empleada, se da el amarillo, o el verde. (También se emplea la jarella y hediondilla para el verde).

Hervidos los hilos en las preparaciones tintóreas, se las somete por una hora al sol; y, una vez secos, van al *envolvedor*, y del huso, pasan a ser ovillos.

Hechos los ovillos, con dos colores, para tejer el poncho de que se habló, viene la *urdida*. Al efecto, se construye con palos, y en el suelo, el aparato de la figura 240, que consiste en cuatro estacas clavadas en cuadro, prolongándose en rectángulo, según el largo que a la tela quiere darse. Junto a las estacas se paran cuatro piedras, para que sirvan de sostén a los *lizos* 1-1, haciéndose entonces alternativamente pasar el ovillo de un palo al otro,

dejando el hilo por arriba del uno y por debajo del otro, de modo que los hilos se crucen, tantas veces, cuantas necesario sea para el ancho de la tela 3. Después de esto, y extendidos los hilos, viene la operación de *enlizar*, que consiste en efectuar la cruza de los hilos, valiéndose de los lizos 1-1, como aparece en la figura 241, tomándose con hilos blancos cada un hilo de la tela, de modo que se separen de los otros que es necesario cruzar, La *payana* 2, sirve para tener separados los hilos que se cruzan durante ella. Con la caña «compás» 3, se enliza del otro lado de la trama, llevando hilos que pasan por la caña, asiendo los que no ha tomado el lizo 1. De las cañas se sacan los hilos con otro par de lizos. Luego se da vuelta toda la tela, con el objeto de «encadenar» los lizos, que son los palos e hilos blancos, repitiéndose la operación anterior.

Encadenados los tramos, de modo que queden los hilos listos para hacerse la tela, se llevan los hilos al telar de la figura 242. Este telar, como

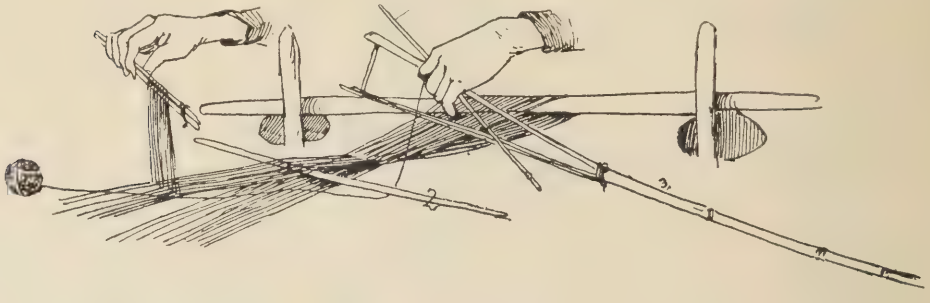


Fig. 241

se ve en la lámina, consta de cuatro grandes horcones de un metro setenta y cinco centímetros de alto, pasándose por los horcones los palos 1-1, en el propósito de dar sostén al palo dos, del que, valiéndose de lazos, se sostienen verticularmente los lizos de la trama. El lazo que sostiene los lizos no está atado, sino hace de correa, en el propósito de que al pasarse el hilo del tramo suban alternativamente el uno y el otro, a fin de *tramar*. De la parte inferior de los lizos, salen lazos que toman pedales de palo 3, correspondiendo dos de éstos a cada lizo. Estos pedales se llaman «pisaderas»; y cuando el pie aprieta los dos correspondientes a un lizo, el lizo contrario asciende, y por entre los hilos, que se cruzan, de la tela, se introduce el hilo de trama. Hecho esto, se asciende el lizo contrario, mientras baja el anterior, para que el hilo quede tomado por los horizontales, o sea la «urdida». Entonces se introduce la *pala* de madera (fig. 243) entre los hilos, y se golpea la tela, a los efectos de apretujar el tejido y hacerlo compacto, hilo por hilo, hasta el fin.

La tela que se va fabricando se envuelve en el palo giratorio 4 de la figura anterior. Los palos 5-5, sirven, por medio de sogas, para tener en tensión horizontal la urdimbre del telar.

El largo del telar reproducido es de cuatro metros; y los palos del medio 6-6, que sostienen el encatrado, están más cerca del extremo en que la tejedora aparece trabajando, introduciendo los hilos, apretando las pisaderas, y dando con la pala en la urdimbre.

Los tejidos se trabajan o a *pala*, como acabamos de describir, o a *peine*, cuando aquellos no son muy finos.

El *peine* (fig. 244) consiste en dobles tablillas de madera, paralelas entre sí, a una distancia de ocho dedos, que sostiene una larga fila de espinas de *cardón* o unas 300 cañitas, las que se atan con tientos o sogas, y las que entre sí guardan el espacio suficiente para que por entre ellas pasen, uno por uno, todos los hilos de la urdimbre.

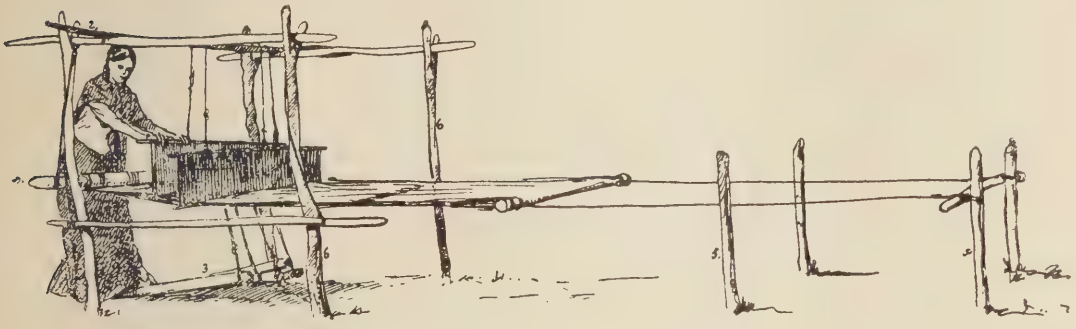


Fig. 242

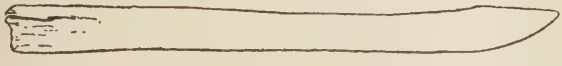


Fig. 243

Fig. 244

Hallándose tales hilos sujetos en dos líneas, y alternados, cada vez que al golpe de los pedales se separan los lizos, formando los hilos un ángulo agudo, la tejedora pasa su ovillo de una parte a la otra, y con el peine, golpeado fuertemente ajusta al vértice del ángulo que forman los hilos, el transversal que antes de cada golpe se hace pasar, para ir formando la tela; operación que se repite por centenares y millares de veces, según el largo que se quiera dar a la tela, para lo que será necesario una cantidad proporcionada de hilos cruzados.

En los *Libros capitulares* de la «muy noble y leal ciudad de San Fernando, Valle de Calamarca» (1), se registra un curioso documento del

(1) *Archivo provincial*, depositado en la Biblioteca pública.

año colonial de 1691, en el que, con motivo de una prohibición a los indios, de vestir como los españoles, «con grave perjuicio de los encomenderos y de la Real Hacienda», se da una idea del traje de la época, de los unos y de los otros; y como es este documento una pieza verdaderamente patriarcal, con el sabor de la tierruca, no me resisto a la tentación de transcribirlo. Dice así:

«En la ciudad de San Fernando, Valle de Catamarca, a... días del mes... de 1691. Nos el Cabildo, Justicia y Regimiento de esta ciudad es a saber... que muchos *indios* se habían introducidos a españoles y a mestizos libres vistiéndose con el *traje de los españoles,* es decir, con capa, cuellos, medias y zapatos, cayendo el cabello hasta la cintura, siendo así que *sus trajes* son el cabello al hombro y mantas o capas sin cuello, descalzos de pie y piernas; y de vestirse conforme al traje de los españoles es con grave perjuicio de los encomenderos y así mismo de la Real Hacienda, pues de las vacantes, nuevo impuesto y otras muchas pensiones de que aperciben la plata para la Real Hacienda se pierde, porque llegándose un indio de su distrito a otra jurisdicción con la introducción que tienen de saber hablar en lengua castellana, mudan a poca costa de traje (1)... en cuya consideración mando que los *indios estantes y habitantes* de esta ciudad y su jurisdicción *se corten el cabello,* y que los que estuvieren calzados de pie y pierna *se descalcen y corten los cuellos de las capas y vistan el traje a usanza de los indios* dentro de tercero día de la publicación de este auto pena de *cincuenta azotes* que inviolablemente serán aplicados *en la plaza* por la omisión y desobediencia; y para que llegue esta noticia a conocimiento de todos, el Alguacil Mayor hará publicar en concurso de *gente* y de los *indios, después de la doctrina,* con lo que se cerró este cabildo, etc.»

(1) Al llegar a este interesante punto, falta un pedazo del documento.

AMAYCHA

Los indios de Amaycha, como lo hemos visto en Lozano, figuran mucho en las guerras, y conviene dar una noticia de este pueblo, que persiste aún, con unos mil habitantes más o menos, contando los barrios de los Zuritas, Aguadita, Ampimpa, Chaupiñar, la Fronterita, etc.

La población actual viene poco a poco bajando de las faldas al llano, en el que se han hecho barrios nuevos, llenos de quintas con viña, alfa, duraznales e higueras. La riega el río de Amaicha, que baja del Zuficonillo y los Corrales, cerros de las Lagunas y Rumiarco. La población baja, porque hoy, al revés de antes, no se busca la defensa de los cerros y colinas, sino los terrenos aptos para cultivos.

Amaycha está en la boca de los valles de Encalilla, Tiopunco y Tafí a un tercio de los campos del valle de Jocavil, teniendo al frente las viejas poblaciones de Encalilla, Colalas, Kylmes, el Bañado, Tiopunco, Carrizay y Fuerte Quemado. Es, pues, un punto importante.

La población de Amaycha, por las numerosas ruinas que he revisado, vése que estaba antes en las faldas, en el lugar denominado los Zuritas, que queda como a 29 cuadras de la plaza actual. En los Zuritas, vése numerosas pircas, casi todas caídas y muchas enterradas, cuadrados y círculos, que ocupan las dos bandas del río de Amaycha en una buena extensión, especialmente a la margen izquierda.

Lo que se han preocupado de defender los indios amaycheños, es su espalda, y no su frente, ni sus costados; es decir, las invasiones de tafíes, anfamas y lules, que pudieran venirles cruzando las sierras, por el Infiernillo y Los Cardones; y así, desde Los Cardones, a un lado y otro del camino, han venido fortificando, hasta cerca de los Zuritas, las ásperas y empinadas colinas, que forman una garganta estrechísima de salida, a veces de doce a quince metros de ancho a lo más, encajonada y profunda, de tal modo que con piedras derrumbadas de arriba, el enemigo quedaría hecho pedazos.

Es por eso que, las fortificaciones en todo ese trayecto, suelen consistir en líneas o fragmentos de trinchera en el cerro, como para esconderse allí los derrumbadores de piedras. Sin embargo, he visto sobre los altos morros de esas lomas y colinas escarpadas, de piedra, sin más vegetación que

cardones, verdaderos grupos de fortalezas, del estilo de Cerro Pintado. Un ejemplar de estos muy escasos grupos de fortaleza, es el morro de una loma casi cortada verticalmente sobre el camino de Los Cardones a Amaycha. La superficie del morro es plana, de 20 metros por 35, más o menos, y consta de un grupo de cinco casas cuadradas de pirca, casi en forma de cruz, de 2 metros, término medio, cada lado, aunque los hay de 2,80. La pirca que los forma, tiene 1,75 de alto, mas o menos, teniendo los cuadrados sus puertas de entrada. Otro grupo, está dispuesto en tres círculos, los tres casi juntos.

Los cuadrados de cerca del precipicio, que cae sobre el camino, tienen a la altura de donde un hombre pueda tirar, o sea 1m30 de alto del suelo, ventanillas abiertas en la pirca para disparar flechas, para el caso que la fortaleza pudiera ser asaltada. Este pequeño morro fortificado, en cada accidente de subida del cerro, tiene pequeñas trincheras de defensa, escalonadas, pero no unas debajo de las otras, de modo que no se ofendieran con las piedras despeñadas. Al frente, hay líneas de defensa para protegerlo, a la vez que para atacar desde allí al enemigo.

Amaycha es muy rico en alfarerías, de las que yo poseo numerosas en mi colección. El barro es lo más empleado. No obstante, se han hallado muchas piezas de piedra, como ser hachas, morteros labrados, quirquinchos, cuyes, llamas con mortero encima, ídolos numerosos. También de cobre, pero poco. Una de estas figuras de cobre, de diez centímetros, era un hombre teniendo un sol con cara en la mano. Fué encontrado en un panteón de la Loma Punteaguda, a una legua al naciente. El objeto fué encontrado bajo el brazo de un cadáver Se han encontrado flechas de hueso y madera en este panteón, y de piedra en todas partes.

La alfarería se parece mucho a la de Tafí, especialmente a la funeraria; pero aquí se encuentra con bastante profusión el tipo de una funeraria figura negra, sobre fondo rojo.

Amaycha tiene muy notables panteones. El denominado de la Soma Pirhua, noroeste y como a 16 cuadras, es muy bueno, y se han sacado grandes cantidades de tinajas y cadáveres, pues una sola persona ha sacado sesenta y tantas tinajas en tres meses. Allí se han encontrado topos de plata. Al suroeste está el gran panteón de la Cuesta del Pelao y está al pie de unas lomas, como a 20 cuadras de la población. También se ha sacado mucho. Pero, sin duda alguna, el cementerio más importante es el denominado de « La Apacheta », donde se halló mi ídolo tinaja a legua y media al oeste. Ese panteón es de varias cuadras y va hasta cerca de Encalilla. Allí hay una buena profusión de *mounds* o colinas artificiales y túmulos. Estos *mounds* tienen 8, 10 y 20 metros de largo, por 2, 4 y 6 de alto, y túmulos hay de 6 a 10 metros de alto, como la mama de una mujer. He practicado durante dos días excavaciones con espléndidos resultados. De un túmulo se han sacado ocho esqueletos, tres encima de otros tres y dos a los costados, practicando un socabón que va al interior. De los *mounds*

se han sacado también de en medio, cuatro, seis, diez, doce cadáveres en cada uno, estando generalmente en el interior estos cadáveres rodeados de piedras paradas a sus contornos. Los cadáveres suelen estar acostados de espaldas.

Estos *mounds* y túmulos eran trabajados con altos de arenas, traídos de un arroyo seco, de alguna distancia. Después, el montón de arena era revestido de tierra greda y encima pedregrullo negro, en mucha profusión para la dureza contra las aguas.

Por un título otorgado en Buenos Aires, que posee en copia el cacique Timoteo Ayala, de 6 de mayo de 1753, ante el escribano de cabildo, hacienda y guerra, vése que los dominios del cacique Francisco Chapurfe se extendían mucho, comprendiendo los siguientes pueblos, de los que se le da posesión : Bañado de Quilmes, San Francisco, Tiopunco, Encalilla y Amaycha, de acuerdo con la cédula de abril de 1716. De 1714 es el título del cacique de Amaycha, don Alonso Chamcana, hijo del cacique Francisco Chanca de Amaycha y de doña Josefa Camyabe.

De los títulos, consta que el cajón se llamaba *Bacamarca*, por este párrafo : « ... volviendo por este rumbo para el poniente, se toma la línea del algarrobo escrito (frente al ingenio Lafone) a la abra del sud del morro San Francisco, que mira directamente a la puerta del Chiflón del río de Vacamarca ». (Este Chiflón, es el cajón.)

En Amaycha hay muchas costumbres primitivas. En los bailes un individuo tiene una caja chuyera y pega tan tan... tan tan... tan... y está rodeado de hombres y mujeres inmóviles que brincan. El de la caja parado, canta, en estilo vidalita y dice :

Hagan redonda esa rueda,
que no quede ni una esquina.
Así me enseñó a cantar,
una llamada Martina.

y una mujer le contesta :

Bienhaiga mi cajerito,
quién lo trajo de su tierra ;
por su modito i tocar
no ha de faltar quien lo quiera.

Entonces todos saltan y cantan esto.

Luego el cajero :

Aquí me pongo a cantar
con la caja y la guitarra,
de ver la casa tan linda
y la dueña tan bizarra.

Contesta uno de la rueda :

Por esta mi mala maña
hasta me han de poner preso;
hecho el que tuviera vacas,
amigo de comer queso.

Entra una muchacha de fuera, y un joven de la rueda le canta:

Gracias a dios que ha venido
con quien deseaba cantar;
con quien me entiendo la letra
y me divierte un pesar

(eso cantan en coro) y ella responde:

Sólo a verte me he venido;
no he traído más diligencia,
a preguntarte y diciendo:
Cómo te va con mi ausencia.

Esto dura mucho, y al final dicen:

Esto que me veu agora
no me volverán a ver;
es como si me muriera,
porque ya noi de volver.

VENERACIÓN AL MORTERO

Si el *tacu* era venerado, éralo también el mortero, *la conana*, dentro de los cuales el fruto amarillo se muele, así como el maíz de la *pirhua*, cuya producción ya sabemos que estaba puesta bajo la protección de la Pacha Mama.

Morteros y conanas se encuentran en todas partes, especialmente en el departamento de Ambato (Catamarca), donde hasta hoy es venerado de las gentes, en tiempo de las moliendas. Estas, antes de moler con la pesada mano de piedra pronuncian en secreto frases de veneración.

Entiendo que sólo los morteros de piedra eran venerados, pues no hay tradición de culto a los de madera. La prueba de ello es que en Tinogasta se venera, por allí, por Fiambalá y Saujil, a los de piedra, mientras tanto que en el camino a estos lugares, o sea en el campo denominado de los Morteros, donde los de madera se cuentan por decenas en los troncos caídos del algarrobo, no son objeto de superstición alguna, respecto a lo cual he hecho una prolija investigación.

La piedra *rumi*, ha sido, después del barro, el material para labrar en él las imágenes de los dioses de Calchaquí, lo mismo que las hachas, y hasta los peñascos de extrañas formas o heridos por el rayo, así como las piedras paradas de forma cónica, parecidas a esas *pirhuas* peruanas, eran aquellos dioses y estas representaciones mitológicas de ese misterioso culto al *falo*.

La forma especial de una piedra, o la manera como la naturaleza la había colocado, daba lugar, como nos cuenta Garcilaso al hablar de los dioses de *Antis*, para que fueran veneradas; y, claro es que esta veneración, sólo tendría razón de ser cuando la mano del hombre les diera ciertas formas o grabara o tallara en ellas.

Quien tenga ocasión de ver coleccionada alguna buena cantidad de morteros, notará al instante que quien los labró no se ha limitado a calar en ellos el agujero para moler, sino que, generalmente a sus costados, hacen de manija para alzarlos fácilmente, caras humanas, *humucutis*, monstruos, tigres, guanacos, sapos, etc., de lo que en seguida se verá algunos ejemplares.

Las formas de los morteros son diversas, así como sus tamaños, pues los hay muy grandes y muy pequeños, como para llevarlos en el bolsillo,

siendo en los medianos donde se graban en relieve las figuras ya dichas. A Los Angeles (Capayán), extendida y diseminada población en una quebrada del Ambato, que desemboca en los campos de Miraflores, puede denominársele especialmente «el lugar de las moliendas», pues hay en las enormes rocas de la orilla del arroyo y en medio del mismo, numerosos y profundos morteros calados en las mismas, hasta cuarenta centímetros de hondo. En una de esas rocas, de cuatro metros de largo, al lado de la cual uno de los comuneros angelinos ha edificado su casa, cuenta con trece morteros, colocados en disposición irregular, en los cuales hasta hoy hacen sus moliendas de maíz y trigo los estancieros de la quebrada.

En Tinogasta, hacia la parte de los minerales, hay numerosas y grandes conanas abandonadas, algunas de ellas con sus respectivas *marays* para moler. Lo mismo en Andalgalá, encontrándose en la ribera del arroyo que riega la hacienda de Huasán una de éstas, con su gran maray.

El maray, generalmente de más de un metro de alto, como que es de piedra, tiene un peso enorme. En la parte superior lleva dos agujeros para introducir en ellos las palancas que le han de mover a fuerza de puño, a fin de triturar los metales o granos que se depositan bajo su base, sobre la piedra de moler. En mi colección poseo una de estas conanas, en forma de barco, de tres cuartas de largo.

Existen morteros que son un primor de arte. El cincel hace maravillas en la piedra, tallándola perfectamente. He visto algunos que tienen en los costados pequeñas caras humanas.

Un otro mortero de mi colección de Capayán, es una especie de sapo u otro animal semejante. En la panza del animal deforme está calado el mortero. Poseo aparte su mano para moler, una piedra de forma cilíndrica.

En Calchaquí, y fuera del valle, cuanto más escasean las alfarerías, más hermosos son los trabajos de piedra, siendo notables ejemplares de ello el Pucará, Ambato, Paclín y Capayán. De Paclín es el hermoso ídolo de piedra de Lafone Quevedo, monstruo poliforme que en su género es una maravilla.

Poseo un hermoso mortero de piedra, un tanto porosa, color ladrillo. El mortero ha sido calado en el lomo del felino, descansando en las cuatro patas del animal. Fué adquirido en Colalao del Valle.

El mortero que lleva el número 373 de mi colección, es de Amaycha. Es del tamaño de una naranja grande, y se parece a un tomate. A uno de los costados del mortero aparecen dos manijas para alzarlo, las que consisten en dos cabezas de guanaco o llama, perfectamente visibles, la una más grande que la otra.

Antes de terminar, insistiré nuevamente en decir, que es el Ambato el lugar predilecto de los morteros, y donde especialmente se le venera por las mujeres del pueblo, que son siempre las que hacen las moliendas de maíz, trigo y algarroba, y que allí es donde abundan las antigüedades de la especie que nos ocupa, con caprichosas y bellas figuras. En el Rodeo,

distrito importante del departamento, se han encontrado grandes cantidades de morteros, y los hay calados en las grandes rocas. En el lugar de Pucarilla, media jornada antes de llegar a Singuil, sirve de pila para agua bendita en su templo, un hermoso mortero en forma de conana, el cual, en uno de sus costados, tiene un gran lagarto, cuya cabeza está doblada en el borde del mortero en actitud de comer lo molido. El lagarto parece ser una *higuana*, sin duda del culto de *amaru*.

En el mismo lugar fué encontrado el dios típico del mortero, que conseguí para el Museo de La Plata, en cuya estantería se ostenta. Fué encontrado al cavarse en una loma al sudoeste del lugar indicado. Es como de $0^{m}18$ de alto, y tiene el aspecto de un frailè, con su hábito respectivo. En la barriga del ídolo está calado, con alguna profundidad, el mortero, pudiéndose perfectamente moler en él. El ídolo es de una grosura extraordinaria.

Se encontró también, en el mismo lugar, un animal de piedra de $0^{m}15$ de largo, por $0^{m}20$ de alto, especie de jabalí o elefante, en cuyo lomo habíase calado el mortero. Está depositado por su dueño, el señor Bernabé Aráoz, en el Museo de La Plata.

No debe olvidarse que sobre la piedra grabada de Colalao se ven morteros, los que tal vez correspondan al culto fálico solar, siendo muy posible que el mortero represente la matriz, dentro de la cual golpea la mano en forma de miembro masculino (1), mucho más si se tiene en cuenta que se muelen los granos y frutos, cuya producción está confiada a la fálica Pacha Mama.

Adán Quiroga.

(1) En una de las tiaras que nos ofrece Jiménez de la Espada *(Culto de Tonapa,* pág. 159) y que constituían la mitra de Vilaoma, vese en la parte superior, encima del Sol, un cimero, el que es formado por un *mortero con su mano*, advirtiendo que todo cuanto constituye la tiara en cuestión es fálicosolar.

Es posible también que *Tonapa* tenga relación con *Tonay*, «piedra de moler».

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10003011330